ELIO ARISTIDES

DISCURSOS

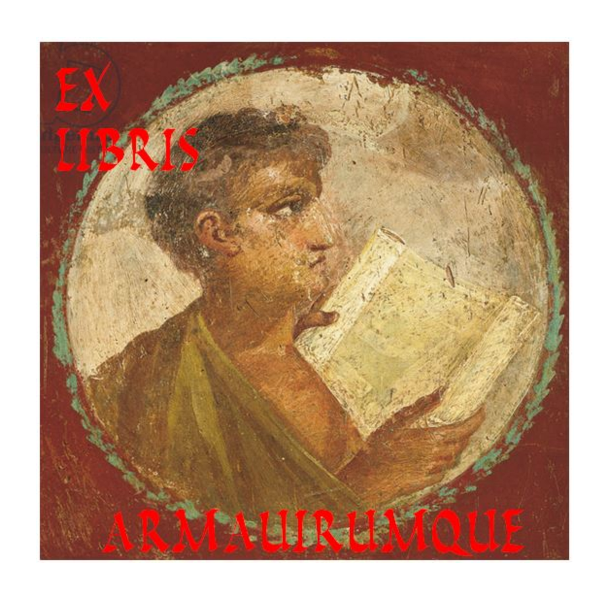
III

INTRODUCCIÓN, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
FERNANDO GASCÓ



EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 234



Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por GONZALO DEL CERRO CALDERÓN.

Depósito Legal.: M. 3112-1997.

ISBN 84-249-1846-0. Obra completa.
ISBN 84-249-1851-7. Tomo III.

Impreso en España. Printed in Spain.
Gráficas Cóndor, S. A.
Esteban Terradas, 12. Polígono Industrial. Leganés (Madrid), 1997.

INTRODUCCIÓN

Las declamaciones

En las declamaciones el sofista se sumerge en una época histórica o legendaria y compone un discurso ficticio que atribuye a un orador contemporáneo [1]. El argumento de once de las declamaciones conservadas de Elio Aristides es histórico —del s. V y IV a.C.— y sólo uno se sitúa en una temática legendaria; en concreto, la relativa a la embajada que los aqueos enviaron para que Aquiles volviera a combatir a su lado (*Ilíada* IX).

Las declamaciones constituyeron un género sumamente popular entre los autores de la Segunda Sofística y en general en la época en la que se dio esta corriente literaria [2]. Sin embargo y a pesar de que tenemos noticias de otras muchas, la relación de declamaciones conservadas es escasa y

[1] Sobre las declamaciones y allí más bibliografía, cf. B. P. REARDON, *Courants littéraires grecs des IIe et IIIe siècles après J. C.*, París, 1971, págs. 99-119; ELIO ARISTIDES, *Discursos* I, B. C. G. 106, Madrid, Gredos, 1987, págs. 51-55.

[2] Cf. G. KENNEDY, «The Sophists as Declaimers», en G. W. BOWERSOCK (ed.). *Approaches to the Second Sophistic,* University Park, Pensilvania, 1974, págs. 17-22.

se reduce a una de Herodes Ático, dos de Polemón, cuatro de Luciano y tres de Lesbonacte [3]. Habida cuenta del número de declamaciones que la Antigüedad nos ha legado, las doce de Aristides forman un apartado fundamental para conocer las vicisitudes del género en época imperial.

No tenían estas obras por sus contenidos una función política, social o cívica, al menos, no resultaba evidente. Incluso en los autores de la época hay ocasionalmente críticas o reconocimiento del carácter libresco y ajeno al marco socio-político en el que se componían estas declamaciones [4]. Es cierto que a veces se camufló tras la recuperación del pasado clásico griego una voluntad polémica y levantisca que Plutarco denunció en sus *Consejos políticos* (814 A-C), cuando decía que no se debía utilizar Maratón, Eurimedonte y Platea para soliviantar los ánimos de los griegos [5]. Pero en Aristides el pasado griego no es en modo alguno un instrumento antirromano, sino expresión de un reconocimiento satisfecho de la tradición histórica de los helenos a la que vuelve su mirada con fruición para mostrar su talento retórico [6].

---

[3] Cf. las referencias que ofrece y en general la excelente introducción de L. PERNOT, *Les Discours siciliens d'Aelius Aristide (Or. 5-6): Étude Littéraire et Paleographique, Édition et Traduction,* Nueva York, 1981, pág. 11.

[4] PERNOT, *Discours...,* pág. 26.

[5] F. GASCÓ, «Maratón, Eurimedonte y Platea: un comentario a Plutarco, *Praecepta gerendae reipublicae* 814 AC», en A. PÉREZ JIMÉNEZ, G. DEL CERRO CALDERÓN (eds.), *Estudios sobre Plutarco: Obra y Tradición,* Málaga, 1990; *Ciudades griegas en conflicto (s. I-III),* Madrid, 1990, págs. 54-66.

[6] Sobre el uso del pasado por Dión de Prusa y E. Aristides, cf. F. GASCÓ, *Ciudades griegas...,* págs. 54-66. Habría que reconsiderar parte de los planteamientos y conclusiones que E. L. BOWIE propuso en «Los griegos y su pasado en la Segunda Sofística» (M. I. FINLEY [ed.], *Estudios sobre*

El empleo de tanto esfuerzo y de no poco talento para reconstruir con minuciosidad unos muy elaborados discursos, ajenos en apariencia a la realidad que circundaba al sofista, provoca en el lector moderno una sensación de sorpresa e incluso de cierto escándalo [7]. Sin embargo, el éxito que tenían las declamaciones y la atención que le prestaban los sofistas prueban que en torno a ellas había un conjunto de elementos que les otorgaban notoriedad y atractivo. Algunas de las *melétai* hubieron de pronunciarse en medio de celebraciones cívicas por sofistas que además de gozar de prestigio solían ser auténticos patronos de las ciudades en las que vivían y que, por ello, contaban con un público fervoroso [8]. También con frecuencia las pugnas y pujas entre los sofistas hubieron de contribuir al aumento del interés del auditorio ante el espectáculo de las rivalidades incruentas, pero feroces de estos hábiles artesanos de la palabra [9]. A todo ello se sumaba, cuando se pronunciaban las declamaciones, una puesta en escena y un «directo», que sin duda aumentaban el colorido y la capacidad de convocatoria del espectáculo. Estas circunstancias, que por desgracia con frecuencia se desconocen, contribuyen a explicar algo mejor el atractivo de estas composiciones para el público y los autores de los siglos I, II y III d. C.

---

historia antigua, Madrid, 1981, págs. 185-231, en el sentido de que el uso del pasado tenía para los griegos de los siglos I al III d.C. un valor más neutral que el propuesto por este autor.

[7] Esta sensación no decrece cuando se le atribuye una función de práctica escolar o docente a las *melétai*, algo que como explicación de conjunto para el género no es en absoluto convincente; cf. PERNOT, *Discours...*, págs. 13 y sigs.

[8] G. W. BOWERSOCK, *Greek Sophists in the Roman Empire*, Oxford, 1969; cf. el capítulo dedicado a las ciudades de los sofistas.

[9] F. GASCÓ, *Ciudades griegas...*, págs. 81-87 y allí más bibliografía.

V-VI

DISCURSOS SICILIANOS

INTRODUCCIÓN

Los discursos sicilianos (V-VI L-B; XXIX-XXX D)[1]

La Sicilia de época clásica fue un tema especialmente estimado en el s. II d. C. hasta el punto de llegar a convertirse en un argumento escolar[2], en motivo para referencias ilustradas[3], en el marco geográfico seleccionado por algunas novelas[4] o en el argumento de algunas declamaciones[5]. Pero la expedición ateniense a Sicilia durante la Guerra del Peloponeso, en la que se reconocía un suceso fundamental en el desarrollo de un acontecimiento bélico que conmocionó la historia de Grecia, alcanzó una especial difusión. Este interés por la isla ofrece las referencias culturales por las que se pudo predisponer Aristides para escribir dos *melétai* rela-

[1] Los números romanos y letras mayúsculas remiten a las ediciones (L-B = Lenz y Behr; D = Dindorf) y al orden que los discursos ocupan en las mismas.

[2] Cf. J. Bompaire, *Lucien écrivain, Imitation et création,* París, 1958, pág. 335 y «Le décor sicilien dans le roman grec et dans la littérature contemporaine», *Revue des Études Grecques* 90 (1977), 55-68; Pernot, *Discours...*, pág. 31 n. 22.

[3] Pernot, *Discours...*, págs. 22 sig.

[4] En concreto la de *Quéreas y Calírroe;* cf. Pernot, Discours..., pág. 32.

[5] Pernot, *Discours...*, págs. 34 sig.

cionadas con la desastrosa expedición a Sicilia realizada por los atenienses durante la Guerra del Peloponeso.

Para componer estas dos declamaciones, también llamadas *Discursos sicilianos,* Elio Aristides recurrió a las fuentes que se han conservado y que documentan el suceso [6]: Tucídides (VI-VIII), Diodoro Sículo (XII 82, 3-XIII 35) y Plutarco (*Vida de Nicias* 12-30 y *Vida de Alcibíades* 17-21). Sin duda pudo recurrir a otras obras que la tradición no nos ha legado, pero de ser, así éstas habrían sido redundantes en su información, pues todos los hechos que menciona están recogidos en las fuentes citadas. De estos tres autores mencionados, las preferencias de Aristides se inclinan decididamente por Tucídides, historiador por el que, como sus contemporáneos, siente veneración [7]. El resultado, como indica Pernot, viene a ser una precisa versión retórica en forma de dos discursos contrapuestos de los hechos narrados en lo fundamental por Tucídides [8]. En los discursos se debate en la Asamblea de Atenas la oportunidad de enviar refuerzos a abandonar la empresa de Sicilia. La discusión se sitúa concretamente tras el envío por Nicias de una carta en la que enumeraba las dificultades por las que pasaba la fuerza expedicionaria ateniense.

---

[6] Sobre las fuentes para estos dos discursos, cf. W. Burchardt, *Quibus ex fontibus Aristides in orationibus Siculis et Leuctricis scribendis hauserit,* tesis doc., Rostock, 1895, y Pernot, *Discours...,* págs. 36-43.

[7] La estima por Tucídides en la época aparece documentada en varios pasajes de la obra de Luciano, *Cómo se debe escribir historia,* y en la práctica historiográfica algo posterior de Dión Casio, cf. F. Gascó, *Casio Dión. Sociedad y política en tiempo de los Severos,* Madrid, 1988, págs. 16 y sigs.

[8] Cf. Pernot, *Discours...,* págs. 81-87 (sobre los discursos contrapuestos), 41-43 y 89-100 (sobre las fuentes oratorias utilizadas por Aristides) y 43-57 (sobre la utilización de Tucídides).

Los *Discursos sicilianos* tuvieron una importante difusión y alcanzaron reputación desde el mismo s. II d. C., y ya por entonces eran tenidos por «clásicos» recientes y estudiados en las escuelas de retórica[9].

No hay indicios ni internos ni externos en estas dos declamaciones que permitan establecer una fecha precisa o aproximada de cuándo pudieron ser escritos[10].

Tanto para estas dos declamaciones como para las demás me ha sido de inestimable ayuda la traducción y notas de C. A. Behr contenidas en su *P. Aelius Aristides, The Complete Works. Volume I. Orations I-XV,* Leiden, 1986.

[9] PERNOT, *Discours...*, págs. 19-21.
[10] PERNOT, *Discours...*, págs. 21-24.

V. PRIMER DISCURSO SICILIANO (SOBRE EL ENVÍO DE AYUDA A LOS QUE ESTÁN EN SICILIA)[1]

Introducción

Atenienses, dejo a otro acusar a Nicias y decir que, por una parte, no quería zarpar de aquí desde el principio y que, por otra, o exagera las desgracias haciéndolas más y más grandes o, si éstas en efecto son así, él es el responsable único. Pues no se aviene con la naturaleza de un hombre prudente desear acusar de forma temeraria a cualquier conciudadano y, si somos justos, le debemos estar agradecidos a Nicias por sus hazañas del pasado[2]. Y para que veáis, atenienses, cuánto disto de toda voluntad de discordia[3] o deseo de denigrarlo, comenzaré mi discurso a partir de este aspecto. 1

---

[1] El título propiamente fue el de *Discursos sicilianos* en tanto que lo que se pone entre paréntesis era un resumen del argumento; cf. Pernot, *Discours...*, pág. 349.

[2] Nicias recuerda sus méritos en la carta en la que pide socorro; cf. Tucídides, VII 15.

[3] Hay un juego de palabras entre *philonikías* y el nombre del general Nicias, cf. Pernot, *Discours...*, pág. 351.

2 Hay dos cuestiones sobre las que deliberáis, la primera es sobre si debéis enviar a buscar el ejército o mandar ayuda, y la otra sobre si se le debe quitar el mando a Nicias, en caso de que prevalezca la opción de enviar ayuda. Sostengo que es necesario que Nicias conserve el mando además de los que elegís ahora, y que nada se haga sin contar con él. Escuchad lo que sigue sobre que no es posible llamar a los de allí y sobre que es necesario enviar a quienes los ayuden.

Valoración de la situación y proyecto

3 En primer lugar, atenienses, desterrad el presente desaliento en la deliberación al considerar que la situación de allí se produce sin vuestra intervención. Pues ni somos inferiores a los enemigos en preparativos, ni, por supuesto, afirmaríamos que nuestras naturalezas son inferiores. Si por estos motivos fuera, este asunto hubiera llegado a su término hace tiempo [y no hubiera resultado peor de lo que se hubiera podido pedir] [4]. Lo que ha producido una pérdida de tiempo ha sido que no se emprendiera una acción rápida, y que los generales no navegaran enseguida contra Siracusa [5], y también que tuvo lugar una revuelta en el campamento cuando Alcibíades se había marchado [6], Lámaco se había muerto [7] y Gilipo había

[4] Se trata de una glosa; cf. LENZ, *Aristeidesstudien*, págs. 122 y sigs.; PERNOT, *Discours...*, pág. 352.

[5] Un pronto ataque a Siracusa era la estrategia defendida por Lámaco (TUC., VI 47-49). El retraso en llevarlo a cabo fue, según TUCÍDIDES, motivo para que los siracusanos cobraran ánimo (VI 63).

[6] Se refiere a la fuga de Alcibíades a Esparta, cuando se exige su vuelta a Atenas para ser juzgado; cf. TUC., VI 88.

[7] Sobre la muerte de Lámaco en una escaramuza contra los siracusanos mientras los atenienses pretendían construir el muro y eran hostigados por las tropas enemigas, cf. TUC., VI 101.

conseguido llegar[8]. Nada más me inquieta, ojalá hable con 4
la ayuda de los dioses. Pues, ¿dónde se hubiera levantado esta muralla, en la actualidad un obstáculo[9], de no haber venido ayuda de Lacedemonia? O en lo que respecta a la ayuda, y no me refiero a ésta, ¿cuándo hubieran tenido tiempo los siracusanos para enviar a buscar ayuda, si alguien les hubiera hostigado desde el principio[10] o si con una actuación rápida hubieran dificultado el socorro que venía, si se hubieran dado cuenta a tiempo y no hubieran permitido que los de Sicilia llegaran a tener una fuerza igual a la de los nuestros[11]? Pero ahora la lentitud de uno o dos hombres[12] y el azar del momento nos obliga a deliberar sobre lo ya pasado. Pues incluso el propio Nicias da testimonio de en qué medida éramos superiores en todos los aspectos[13].

¿Por qué digo ahora esto? No con voluntad de acusar a 5
Nicias ni porque la situación esté peor así tanto por haber llegado a este punto de una manera o de otra, sino porque

---

[8] Sobre cómo surge el proyecto de enviar a Gilipo, hijo de Cleándridas, en socorro de los siracusanos y las vicisitudes anteriores a su llegada a Sicilia, cf. TUC., VI 93, 104. Sobre su llegada, cf. TUC., VII 2.

[9] Se refiere a la muralla levantada por los siracusanos en sentido transversal a la de los atenienses, que impedía que éstos cumplieran sus objetivos de cerco; cf. TUC., VII 4, 6, 11, 42.

[10] El texto presenta problemas críticos; cf. PERNOT, *Discours...*, pág. 354.

[11] El texto también en este caso presenta alguna dificultad (cf. PERNOT, *Discours...*, pág. 354). Acepto la enmienda propuesta por BEHR (*P. Aelius Aristides...*, I, pág. 482 n. 7).

[12] Alcibíades y Nicias.

[13] Efectivamente, en la carta enviada por Nicias a Atenas para pedir refuerzos o que se les hiciera regresar reconoce que sus tropas, en especial la flota, se encontraban al comienzo de la campaña en Sicilia en superioridad de condiciones; cf. TUC., VII 12.

es de la mayor importancia para el futuro. Ciertamente si los enemigos nos superaran por completo, acaso vacilaría. Pero puesto que en todo y en todas partes les hemos vencido con actuaciones correctas, es sin duda posible tomar
6 precauciones y enderezar lo que suceda en el futuro. Reflexionemos sobre que hay muchas cosas de los asuntos de allí que no podemos dejar. En primer lugar, atenienses, a todos es dado darse cuenta de la inoportunidad de suspender lo decidido y como niños echarse atrás, por ser fáciles de animar [14], pero también prontos a la hora de abandonar. Y también estre los megarenses, beocios [15] y entre todos cuantos habitan ciudades grandes o pequeñas, es importante que se considere necesario mantenerse en lo decidido y que la emisión de un decreto es el límite de todas las discrepancias. Ciertamente a ninguno más que a nosotros ello nos resulta conveniente. En cuanto que sois los más sabios de los helenos y los mejores en decidir lo que es necesario para vuestros asuntos y en juzgar lo que otro dice, en esa misma medida es necesario que caiga sobre vosotros una mayor vergüenza, si resulta que suspendéis lo que habíais dedicido [16]. Se cumpliría necesariamente uno de los dos supuestos: o que pareciera que al principio hicisteis un decreto fuera de razón o que después os equivocasteis.

7 Ciertamente, no es cuestión de decir que desde el principio hubo pocas deliberaciones entre nosotros o que resolvimos en una pequeña parte del día todo el asunto. Incluso pasaré por alto que desde el mismo comienzo de la

[14] El texto tiene una laguna que se suple de forma dispar; cf. PERNOT, *Discours...*, págs. 356 y sig.; BEHR, *P. Aelius Aristides...*, I, pág. 482 n. 11.

[15] Son dos de los grandes enemigos de Atenas.

[16] No obstante, Nicias desde el mismo momento en que fue designado para estar al frente de la expedición propuso ante la asamblea revocar la decisión de acometer la empresa siciliana; TUC., VI 9-14.

guerra acordasteis que los siracusanos eran enemigos y que ayudaríais a los helenos de allí en apuros y omitiré las expediciones que habéis enviado para la empresa[17]. Pero al 8
mismo tiempo que deliberábamos sobre enviar esa gran expedición, ¿qué argumento no fue esgrimido[18] o qué tiempo no fue empleado o a quién se impidió hablar? Incluso al final en asamblea para deliberar sobre los preparativos cuando compareció Nicias y de nuevo se opuso desde el principio más o menos con los mismos argumentos que ahora están en la carta, que Sicilia es muy grande y que ni es fácil de ocupar ni de mantener[19], incluso si la conquistáramos, atenienses [...][20]. Se pueden decir dos cosas: que no nos encolerizamos, hasta el punto de impedirle decir lo que le parecía, y que tras escucharle todo, aún más nos afirmamos en zarpar[21]. Como era de esperar, atenienses. Pues, en 9
la medida de lo posible, todos los tales discursos son más de los que impelen y mueven que de los que disuaden. Pues el tamaño y perímetro de la isla es un premio adecuado al atrevimiento de la empresa y que estén mezclados los habitantes de la isla y estén en desacuerdo va en nuestro favor. Pues si todos tuvieran un solo linaje, serían finalmente difíciles de persuadir o forzar, pero mezclados y con aportaciones de todas partes tienen para nosotros la condición de aliados no menos que de enemigos. Pues no podrí-

[17] Se refiere a la primera expedición en el 427; cf. TUC., III 86.

[18] TUCÍDIDES incluye dos parejas de discursos contrapuestos de Nicias y Alcibíades en donde se supone que se aducen los argumentos en favor y en contra de la expedición a Sicilia (VI 9-23).

[19] TUC., VI 11.

[20] Cf. PERNOT, *Discours...*, pág. 359.

[21] En efecto, TUCÍDIDES cuenta cómo las palabras de Nicias tuvieron el efecto contrario y estimularon a la mayoría a enviar la expedición a Sicilia (VI 24).

an unirse, de forma que podemos utilizar a unos de aliados contra los otros[22]. De la misma manera que, en mi opinión, es más fácil ocupar una ciudad enfrentada por facciones,
10 así una isla que desde el principio está dividida. Todavía más, atenienses, antes de que nuestra flota arribara a Sicilia, los siracusanos tuvieron alguna ayuda de los aliados, pero con la situación presente los que antes eran forzados a obedecerles, si permanecían a su lado, eran vacilantes partícipes de sus asuntos, pero si se cambiaban de bando, se convertían en terribles enemigos. La guerra removió bien todas estas cuestiones. Ahora, por su repentino éxito y porque parecen haberse recuperado inesperadamente, aparentan ser sumisos. Pero si tuviera lugar una nueva expedición, en poco tiempo descubriríais, atenienses, que la grande y poblada Sicilia era vuestra.

11 En un principio, convenceros para hacer la expedición requirió por igual de discursos como de un detenido examen. Pero en la actualidad, si se observara la empresa en su conjunto, se apreciaría que es conveniente y que no está por encima de nuestras posibilidades llevarla a término [y que no es imposible ejecutarla] si lo queréis[23]. Pues del mar hemos dominado tanto cuanto era posible y en lo que hace a la tierra nadie podría mencionar batalla alguna, de cuantas han tenido lugar hasta ahora, que no hayamos ven-
12 cido por diferencia[24]. Pero ¿cómo no va a estar fuera de lugar que consideremos que no debemos arriesgarnos, por-

[22] Cf. PERNOT, *Discours*, pág. 360.

[23] El texto está corrupto. LENZ, *Aristeidesstudien*, págs. 123 y sig.; R. PERNOT, *Discours...*, pág. 361; BEHR, *P. Aelius Aristides,* I, pág. 482, n. 17 (no recoge bien la corrección de Pernot).

[24] Es una exageración (cf. TUC., VII 6) y en parte se contradice con lo que dice al final del parágrafo siguiente (12) en donde efectivamente habla de un «descalabro».

que hemos vencido tantas veces, y porque ahora no ha resultado una sola batalla según lo proyectado, estimemos sin remedio la situación? Los siracusanos saben ser atrevidos después de haber fracasado muchas veces y de forma continua; por el contrario, nosotros, que hemos cosechado tantas victorias sobre ellos[25], ¿no haremos lo mismo? Y a partir de los sucesos, que juzgamos un descalabro, ¿no creeremos que no es bueno doblegarse fácilmente? ¡Vamos, por Zeus! 13
Si alguno en Siracusa, cuando tenían fracaso tras fracaso, hubiera dicho que era necesario terminar la guerra y entregarnos la ciudad, y hubiera conseguido persuadirlos, ¿hubiera sido posible que hubiera venido Gilipo en su ayuda o, por Zeus, si hubiera venido, qué haría? ¿Y cómo? De ninguna forma. Ahora creo que por afianzar sus esperanzas y ser siempre superiores a los obstáculos han sacado tanto provecho de ello que parece que combaten[26] en plano de igualdad. Que algo de todo el conjunto de circunstancias 14
haya resultado según su plan no se debe temer, como tampoco debemos parecer inferiores a ellos en tener esperanza, y, puesto que todos los hombres nos han considerado no sólo capaces de ejecutar lo decidido, sino también de sobresalir todavía más en momentos de dificultades[27], no destruyamos a la ligera esta reputación que hemos ganado para nosotros en el tiempo pasado.

Y ciertamente cuando a pesar de que Nicias, que esta- 15
ba absolutamente en contra de la expedición, ha estado a su mando y a pesar de la pérdida de tiempo, hemos tenido una

[25] Tuc., VI 70, 94, 97, 98, 100, 103; VII 5.

[26] Para la traducción cf. Pernot, *Discours*, pág. 363.

[27] Cf. los textos de Tuc., I 70 y Demóstenes, 38, 1, en los que puede fundarse esta idea sobre los atenienses, cf. Pernot, *Discours...*, pág. 364.

tan gran superioridad en las operaciones, es evidente que al
principio no nos equivocamos con lo que decretamos. Por
otra parte, si la tentativa tiene sentido, aunque no hayamos
progresado mucho, es evidente que, si ahora asediamos la
propia Siracusa y controlamos su territorio dependiente,
fácilmente otra expedición en un abrir y cerrar de ojos con-
16 seguiría todo lo demás. Pues no creáis que si los siracusa-
nos se animaron cuando llegó Gilipo con dos trirremes [28],
cuando llegue el contingente que enviemos, no tendrán ma-
yores esperanzas nuestros soldados, para los que habrá un
gran motivo de ánimo al ver a los suyos y al considerar el
número de las situaciones que enderezaron.

17 Ciertamente, atenienses, al principio votar contra la ex-
pedición era propio de sensatos, pero ahora volverse atrás,
después de haberlo decidido e incluso haber enviado un
contingente tan importante y ser evidente para todos por lo
que ha sido planeado, será para todos una señal evidente
para que pueda ser calificado de dos maneras, de irrefle-
xión y cobardía. De irreflexión, si nada de estas cosas hu-
biéramos visto al principio, de cobardía, si diera la impre-
18 sión de que huimos de los siracusanos. Ningún beneficio
estimable hay en todo esto, de manera que por su causa tu-
viéramos que soportar semejante vergüenza, más aún sien-
do atenienses, con los que no se aviene considerar por mu-
cho tiempo si hemos de sufrir algo, sino si por acometer tal
acción alcanzáramos una buena reputación. Ni se podría
decir que hay algo que ganamos al soportar.

Pues no hay razón para que los que somos objeto de asechanzas reaccionemos con enemistad, ya que tanto si cumplimos la empresa como si no, a la enemistad añadire-

---

[28] Sobre la llegada de Gilipo y del corintio Pitón y los efectos que causó en siracusanos y atenienses, cf. Tuc., VII 1-7.

mos la impresión de ser inferiores[29]. Por tanto huir resulta 19
más una vergüenza que un beneficio, pero no si me hacéis caso. Pero puesto que es necesaria la enemistad, la corresponderemos con una acción acorde, y sabremos que por ejecutarla en los términos planeados nos libramos nosotros de los enemigos, pero que si huimos del problema nos dejamos atrás unos enemigos. Así pues, al escoger lo que es adecuado conseguiremos al mismo tiempo ayudarnos, en tanto que una conducta vergonzosa sólo aporta perjuicios.

El momento actual de la guerra en Sicilia

Ninguno de vosotros piense que la si- 20
tuación es distinta a cuando enviamos la expedición y por eso la retiraremos, si triunfa esta opinión. Pues no la enviamos entonces animados por la paz con los lacedemonios[30]. Hay una prueba importante de ello, atenienses. Pues mientras se disputaba todavía la guerra, incluso mucho antes de la paz, emprendimos estas empresas[31]. Pe- 21
ro ¿qué fue lo que nos hizo animosos para la campaña?[32] Lo más justo, atenienses, y lo que cualquiera que estuviera bien dispuesto para con nosotros deseaba[33]: ánimo por nuestros recursos y la conveniencia de conseguir el control del mar por esta conquista, que vendría a fortalecer no poco nuestra posición y producir muchas dificultades al Peloponeso[34]. Ciertamente no se ha de considerar si por entonces estábamos en paz, sino si conviene para la marcha

[29] Cf. PERNOT, *Discours...*, pág. 367.

[30] Se refiere a la paz de Nicias; cf. TUC., V 18-19.

[31] Alude a la primera expedición a Sicilia; cf. TUC., III 86-87.

[32] TUC., VI 24.

[33] El texto presenta problemas; cf. PERNOT, *Discours...*, pág. 369; BEHR, *P. Aelius Aristides,* I, pág. 482 n. 23.

[34] Así lo argumentó Alcibíades en el discurso que dirigió a los espartanos una vez que se pasó a su bando; cf. TUC., VI 90.

de la guerra lo hecho por nosotros allí y que se decida cuando la guerra está en su punto álgido, si se deben indagar con rigor las primeras acciones.

22 Y, en efecto, ni la fortificación, ni las deserciones han de ser consideradas obstáculos[35]. Pues si fuéramos a atacar por tierra a los peloponesios tomando a los nuestros que están en Sicilia, tendría algún sentido. Pero si es necesario permanecer dentro de las murallas, aunque enviáramos dos veces su número, no veo el beneficio que está asociado con hacerles volver e incluso si no es lo más perjudicial de todo para el cerco, que algunos dicen que sufrimos, que todos
23 sean reunidos sin hacer nada. Yo creo que los esclavos no se escapan ahora por considerar con desdén nuestro número, sino por querer desde el principio pasar desapercibidos y por pensar que nada les sucederá, una vez que estén entre los enemigos, haciendo uso de una naturaleza acorde a la de los esclavos, que es la más contraria tanto de nombre como por las pretensiones a la de los amos[36]. Pues a cambio de ser bien tratados, sienten odio y desean vengarse por lo que sería razonable estar agradecido. Esta naturaleza es no estar en modo alguno bien dispuesta para con los amos.
24 Yo encuentro, incluso con respecto a las deserciones, que la expedición es de lo más oportuno. Pues al vernos huir atacarán por despreciarnos, pero si nos ven animosos, al

[35] Cuando Alcibíades se pasó a los espartanos les aconsejó que fortificaran Decelía en el Ática (cf. Tuc., VI 91; VII 18). Ello se llevó finalmente a cabo y significó un notable revés para la marcha de la guerra, entre otras cosas, porque se convirtió en refugio de más de 20.000 esclavos atenienses que pudieron huir allí; cf. Tuc., VII 27. Esta estrategia de los peloponesios fue, no obstante, una de las posibilidades vistas por Pericles al comienzo de la guerra; cf. Tuc., I 142.

[36] Pernot entiende que esta última frase bien puede ser una glosa (*Discours...*, pág. 370).

punto, si acompaña la fortuna, mejorarían su disposición natural. Incluso lo que ahora hacen aquí, a los que de ellos transportemos en las naves, no podrán hacer allí. Por el contrario, de la misma forma que ahora se pasan al enemigo que controla el territorio, si controlamos nosotros el territorio allí y le ocurre al enemigo lo mismo que a nosotros aquí, no podrán pasarse al otro bando, sino que verosímilmente sus partidarios más bien se pasarán a nosotros.

Fuera de estas cosas no se ha de contemplar si de todo 25
lo que va a suceder soportaremos algo más o menos, sino
si seremos constantes en todo ello en provecho de grandes
resultados y si nos sentiremos pagados por los hechos mis-
mos. Considero mucho mejor, pensando en ventajas ulte-
riores, liquidar las dificultades presentes antes que no po-
der resolver éstas y desdeñar voluntariamente aquéllas. Sin 26
duda por lo que hace a la guerra lo más conveniente es el
traslado de las operaciones a Sicilia. Pues si hubiéramos
decidido luchar contra los lacedemonios en la manera que
ellos nos desafiaron, otro sería el discurso. Pero ahora,
¿qué decidimos desde el principio? Permitirles saquear
nuestro territorio, y que nosotros utilizáramos nuestros
barcos y no prestar atención al saqueo de la tierra, puesto
que tenemos mucha, sino presionar en el Peloponeso, con-
siderando que no es el luchar con los que están aquí cerca
lo que es bueno para nuestros asuntos, sino el hacer daño a
las tropas que tienen fuera [37].

No consideréis que es menos conveniente en el conjun- 27
to dominar Sicilia que navegar en torno al Peloponeso, ni
que sería mejor desalojar a los de Decelía que arrebatarles

[37] Se reitera con estas palabras la estrategia diseñada por Pericles para la guerra (Tuc., I, 43).

sus recursos externos. Pues si no pueden enviar nada a Si-
cilia ni recibir nada de allí, pero todas estas cosas están ba-
jo vuestro control, no hay cosa que mejor les pueda destruir
28 o que más les haga dudar de lo que se ha de hacer. Si esti-
mamos más el Helesponto que el Ática por el suministro de
trigo, ¿en qué medida se debe valorar más a Sicilia que al
Helesponto? Pues uno controla el transporte de los barcos
desde el Ponto, pero la otra viene a equivaler a ambos te-
rritorios [38], pues asegura el transporte de todo lo proceden-
29 te de Sicilia hasta el Pireo. Pero a los que llevan con difi-
cultad los asuntos de aquí y la fortificación de Decelía, yo
les diría en primer término que es de lo más sorprendente
abandonar toda el Ática y al mismo tiempo molestarse por
la fortificación de Decelia, como si los del fuerte no tuvie-
30 ran más problemas que nosotros. Consideremos a conti-
nuación —¡así se vuelvan contra los otros las palabras de
mal agüero!— si la situación es ahora peor para la ciudad
y digna de mayor preocupación que en aquel tiempo, cuan-
do todos los peloponesios y sus aliados devastaban el terri-
torio circundante y la peste apremiaba haciendo que las re-
laciones con los enemigos parecieran de paz [39] y todo
estaba lleno de humo, de piras funerarias [40] y destrucción
dentro y fuera de la ciudad. Yo encuentro que en toda la
guerra hubo tantos muertos —¡así no se vuelva a repetir,
31 Zeus Salvador!—, cuantos causó la peste. Si abrumados
por el dolor hubiéramos terminado la guerra, como algunos
nos sugerían, ¿es posible que hubiéramos realizado alguna
de las muchas y hermosas acciones de después? No es po-

[38] El Helesponto y el Ponto Euxino.

[39] Tuc., II 47-57.

[40] Se puede traducir también como «incendio» o «llamas», cf. Behr, *P. Aelius Aristides*, I, pág. 482 n. 28.

sible. Por el contrario, creo que al llevar la situación del momento con ponderación y confiar en mejores tiempos los derrotamos en muchas batallas navales[41] y finalmente al conseguir capturar vivos a los que estaban en Pilos los condujimos con sus armas aquí[42]. La guerra gusta de recompensar con tales cosas a los que pasan fatigas y penalidades. Y no sólo nosotros lo reconocemos así sino que hay un imponente ejemplo de nuestros padres, que abandonaron a los hijos, mujeres, ciudad y territorio por creer que nada es más temible que retirarse indignamente[43]. Si al es- 32
cuchar hablar de la transformación del Monte Atos o el Helesponto se hubieran quedado al punto anonadados como en una tragedia, o después de esto, cuando consiguieron la victoria en Artemisio, viéndose forzados a huir hacia el interior de la Hélade por el número de las naves que los perseguían, hubieran considerado que iban a esforzarse sin fin y que la guerra los desbordaba, y todavía peor, si, cuando por fin vieron toda el Ática llena de enemigos y fuego, no hubieran soportado ver y considerar todo ello con valentía y con un temple más que humano, por así decirlo[44], ¿dónde estarían tantos trofeos?, ¿dónde estaría nuestra hegemonía sobre los helenos?, ¿dónde los propios helenos?, ¿qué

---

[41] Se refiere a las victorias de Formión en Patras y Naupacto (Tuc., II 83-84, 90-92).

[42] Está aludiendo a los espartanos capturados en Esfactería (Tuc., IV 38-41).

[43] Las Guerras Médicas son un tema recurrente a lo largo de toda la Segunda Sofística, cf. Pernot, *Discours...*, pág. 373-375; F. Gascó, «Maratón, Eurimedonte y Platea: un comentario a Plutarco, *Praecepta gerendae reipublicae,* 814 AC», en A. Pérez Jiménez, G. del Cerro Calderón [eds.], *Estudios sobre Plutarco: Obra y tradición,* Málaga, 1990.

[44] En el Panatenaico desarrolla Aristides estos temas de las Guerras Médicas de forma muy amplia (I 92-209).

hecho habría tenido lugar de los que, por hablar después de realizados, no es digno vivir sin haberlos realizado? Es necesario que con estos ejemplos anteriores no seamos peores con respecto a lo por venir, con la idea de que el bienestar y el placer proceden de los trabajos y de que las mayores hazañas esperan a los mejores hombres.

33 Dicen algunos que los de Segesta engañaron en lo que dijeron sobre las riquezas [45]. Yo estoy de acuerdo en que, si la expedición la hubiéramos hecho por los de Segesta, sería necesario admitir las acusaciones contra ellos. Sin embargo, si los de Segesta y Leontinos facilitaron un pretexto [46] para la expedición, pero las cráteras y la carrera hasta Egina eran propias de quienes querían otra cosa [47], ¿por qué charlaremos sin sentido de estas cosas? Pues, si los de Segesta llegaron a ser nocivos para nosotros, no conviene que por este motivo los imitemos ni, porque ellos mintieran por necesidad, es adecuado que por tal motivo decretemos a propósito algo contrario a nosotros mismos ni, puesto que fallamos en conseguir los recursos de los de Segesta, conviene que seamos privados voluntariamente de otros muchos recursos y no parecidos a los que esperábamos de ellos.

34 Todavía quiero decir sobre esto lo que sigue. Atenienses, si confiados en las riquezas de Segesta y en las esperanzas, que éstos nos presentaron, si confiados en tales cosas decidimos que eran recursos suficientes para hacer la guerra, marchemos de Sicilia, hagamos venir a los de allí, sea toda la argumentación en vano, por no ser acorde con

---

[45] Tuc., VI 6.

[46] Se encuentra esta idea en Tuc., IV 60; VI 6, 33.

[47] Se refiere a las libaciones que se debían hacer antes de la marcha y a las carreras que se iniciaban al salir del puerto entre los barcos, cf. Tuc., VI 32; Pernot, *Discours...*, págs. 376 y sig.

el tema. Pero si aquéllos, por ser bárbaros, hicieron prome-
sas para parecer por encima de lo que eran, pero nuestra
fuerza procedía de otro sitio [....][48], hagamos memoria de
una acción nuestra acorde con la situación presente.

Hubo un tiempo, atenienses, en que unos de los nues- 35
tros saqueaban con doscientas trirremes, e incluso más, el
territorio del rey, en tanto otros acampaban en torno a Egi-
na; mientras, los corintios marcharon contra Mégara[49] pen-
sando o bien en obligar a moverse a los que asediaban Egi-
na, o bien en sorprender sin socorro a los de Mégara. Sin
embargo, nosotros conseguimos un tercer ejército —eran
los más viejos y los más jóvenes de la ciudad[50]—, que
mandó Mirónides, y enfrentándonos con los corintios les
vencimos en las puertas de Mégara y de nuevo, como se
negaron a admitirlo, conseguimos otra victoria en las pro-
ximidades del trofeo. Observando esto y considerando que 36
ha sido concedido a la ciudad por su buena fortuna el tener
ánimo, es adecuado que por temor no se pida volver aquí a
los de Sicilia, pues los que están en el Pritaneo[51] no guar-
dan mejor Atenas. Pero, si es necesario mandar ayuda a los
de allí, cosa que yo no discuto, que se envíe la apropiada y
que se reparen las naves que hacen agua con refuerzos, que
darán tiempo para reponerse y ánimo para no temer al ejér-
cito que Gilipo reúne en Sicilia. Pero se ha de prever quié-
nes se opondrán con el envío de mensajeros o nos conse-

[48] El texto presenta dificultades y Pernot indica la existencia de una laguna (*Discours...*, pág. 378).

[49] Cf. Tuc., I 104-5; E. Arist., I 214-217.

[50] Tucídides, I 105.

[51] Es el «hogar de la ciudad» donde ardía el fuego perpetuo. En él se recibía a los extranjeros a los que se deseaba honrar. Parece dudoso que fuera la Tolos; cf. P. J. Rhodes, *The Athenian Boule*, Oxford, 1972, pág. 16, n. 5.

guirán un ejército, venta de Sicilia o del sitio que sea, y se ha de decir adiós a hablar en términos de que, si ocupáramos Sicilia, no sería fácil de conservar. Pues, yo querría, atenienses, que Sicilia ya estuviera así, ya que considero que es la tierra más idónea para conservarla de forma esta-
37 ble. Veamos el ejemplo del rey, que posee Chipre distando tanto no sólo de Chipre, sino incluso del mismo mar y todo ello por medio de la flota fenicia[52], y aún controla a los propios fenicios que tienen las naves, sin tener ninguna propia, por así decirlo. Paso por alto hablar de Cilicia y de
38 la región alrededor. ¿Cuál es el motivo, atenienses, de que quien tiene una superioridad en conjunto, aunque no en las mismas cosas, someta todo a su poder y controle todo con facilidad haciendo uso del recurso del miedo? Después de estos argumentos, atenienses, es imposible que un gran imperio se establezca, si algunos asustan a los que lo intentan, por pensar que no lo conservarán, si se llega a tener éxito.
39 Pero ahora aquí se podría ver que el ejercicio del poder es divino, pues se salva a sí mismo. De la misma forma que en las casas particulares es difícil manejar a uno o dos esclavos, en tanto que muchos se neutralizan los unos a los otros, de la misma forma en los imperios el número de los sometidos confirma la fuerza a los que los han reunido, pues todos se temen los unos a los otros. Así Sicilia, añadida a nuestras posesiones de aquí, será mantenida a salvo por ellas y las mejorará y se convertirá, si se ha de decir la verdad, en vínculo del imperio. Derrotados muchos hombres y de todos los linajes, no sólo no tendrán escapatoria, sino que considerarán bueno todo mal que no exceda sus males presentes.

---

[52] Sobre los fenicios como fuerza naval del rey persa cf. TUC., I 16, VIII 46.

Los posibles peligros en caso de no decidir de forma adecuada

¡Ojalá tengamos sólo este motivo de 40
temor! Pero veo a los otros más próximos que éstos, si movemos, atenienses, la flota de Sicilia. No es necesario que sepa esto por los oráculos de Bacis y Anfílito[53], sino que os anticipo, bien lo sé, que siracusanos, selinuntios y todos los enemigos de allí vendrán aquí, si mandamos venir a la flota. Pues los haremos venir a ellos no menos que a los nuestros, si decidimos lo que algunos aconsejan. No bastará a los siracusanos no haber sufrido daño alguno, sino que esto lo pondrán en la cuenta de la fortuna y de los lacedemonios, que les liberaron, en tanto que a nosotros nos considerarán enemigos, como si los hubiéramos subyugado y ahora sólo fuera posible la venganza.

Ciertamente es de admirar, atenienses, que se repute te- 41
mible para la ciudad que nuestros trirremes estén en el puerto de los siracusanos, pero que naveguen los de los siracusanos y los aliados hacia el Pireo, lo consideren favorable para la situación. Si alguien nos garantiza que éstos mantendrán la paz y no querrán devolver a los lacedemonios el favor, que éstos les han prestado ahora, pensemos que está en nosotros decidir lo que queramos de estas posibilidades. Pero si no vamos a huir de ellos, de forma que no estaremos forzados a defendernos allí donde nos ataquen, ¿por qué llenaremos de confusión el Ática abandonando Sicilia?, ¿por qué hemos de traer aquí la guerra, si es posible controlarlos, para que no salgan de su territorio de grado o a su pesar? ¿Acaso nos es difícil decidir en torno a ellos, pero no es lo peor de todo que ellos decidan so-

[53] Parece que la fuente de inspiración para la mención de estos dos adivinos asociados es PLATÓN, *Téages* 124d (Cf. PERNOT, *Discours...*, págs. 383 y sigs.).

bre nosotros? Y ciertamente no sólo es peligroso traer a los de allí, sino que también los de aquí no parecerá que son tan dignos como los de antes.

42 Me indigna que los peloponesios no duden en fletar otras naves para ayudar a los de Sicilia y, sin embargo, nosotros no nos atrevemos a hacerlo en nuestro propio favor. Condenamos al exilio a los generales Pitodoro y Sófocles y exigimos dinero al tercero de ellos [54], porque volvieron de Sicilia y participaron allí en las alianzas, pero nosotros mismos haremos volver fracasada una expedición tan grande, que será necesario que venga no según unos acuerdos, sino que —me avergüenzo de decirlo— parecerá una fuga. Pero cuando, atenienses, huyamos de hombres que están cercados por una muralla y nos escapemos de la isla por entender la salvación un beneficio ¿dónde depositaremos nuestra confianza?, ¿qué guerra será la que nos espera?
43 ¿No recordaremos, atenienses, aquel día en el que enviamos las naves mientras cantábamos peanes y levantábamos las cráteras e imitábamos la procesión y alegría de las empresas terminadas? ¿No sentiremos vergüenza del mismo sol, si viene a ser testigo de dos cosas tan diferentes, de la gran brillantez y gloria de entonces frente a la humillación
44 de ahora? ¿Qué botín nos traerán a su vuelta, atenienses, o qué acción de gracias elevaremos a los dioses por sus hechos o qué epinicios cantaremos aquí con ellos? o ¿en qué carrera competirán unos contra otros cuando vuelvan, semejante a la muy recientemente tenida? No volverán de otra manera, sino con el silencio, incluso de los jefes de los
45 remeros, tan sólo no sintiendo vergüenza del mar. Después casi odiamos a los que en las confrontaciones gimnásticas abandonan antes de tiempo y de forma indigna, en especial

[54] El tercero fue Eurimedonte, cf. Tuc., IV 65.

si hacen la renuncia justo antes de la victoria[55]. Sin embargo, ¿después de haber emprendido tal confrontación y casi haber terminado la empresa con el bloqueo de Siracusa, con Sicilia casi en nuestras manos, vamos a dejar escapar el galardón de la victoria? Ciertamente no, atenienses. Bien lo sabéis. Bastará para los refuerzos con sólo ser vistos y todo lo de los siracusanos se desvanecerá. Y tanta ventaja sacarán de Gilipo, cuanto mayor haya sido el sitio.
Lo más sorprendente de todo es que Nicias —¿quién pue- 46
de estar menos animado con respecto a estas cosas que él?— dejó en vuestras manos la elección afirmando que había dos posibilidades, o enviar refuerzos o hacerles volver, y no os privó de esperanza de una vez por todas y ello a pesar de estar atemorizado, añadiré que atemorizado desde el mismo principio, pero vosotros, que escuchabais estas mismas cosas de él y que le enviasteis a su pesar, determinaréis de antemano que no es posible conseguir nada
de allí. En modo alguno. Por el contrario, haced memoria 47
de las cosas dichas antes, incluso preguntando a los demasiado inseguros si desde el principio tenían esta misma opinión o estaban con vosotros. Si confiesan que coincidían con vosotros, pensad que se acusan de cambiar de criterio, pero si pensaban de otra manera, considerad que se equivocaban por dos razones, en primer lugar, si, antes de llegar a una decisión, cuando era necesario responder [se callaron], y en segundo lugar[56], si sostienen ahora con violencia la opinión en la que fueron vencidos.

[55] Son frecuentes las comparaciones agonísticas en Aristides, cf. PERNOT, *Discours...*, pág. 387.

[56] El texto está corrupto y se ofrecen diversas soluciones; cf. PERNOT, *Discours...*, págs. 388 y sigs. (sigo su propuesta en la traducción); BEHR, *P. Aelius Aristides...*, II, pág. 483 n. 41.

48 *Peroración* Para que veáis cuánta seguridad acompaña a mi opinión, escuchad lo principal. Marchándoos de allí terminaréis con todas las esperanzas y ni siquiera os quedará un sueño de los asuntos de allí. Pero si enviáis socorro, no os equivocaréis en alguna de estas dos cosas: o conseguiréis Sicilia, como yo pienso, o, si esto es imposible, ciertamente será posible zarpar a salvo de allí.
49 Pero después, si prevalece lo peor, queda lo que algunos ahora consideran lo mejor, ¿qué separa una opinión de la otra? Es necesario enviar generales que pasarán por encima de su lentitud aprovechándose de su edad y experiencia. Esta parte de la carta me agrada —que sea necesario actuar así—, para que no quedemos atrás de los enemigos[57], pues si pudiéramos anticiparnos a ellos en estas cuestiones o bien no reaccionarán o nada podrán.

[57] Tuc., VII 15.

VI. SEGUNDO DISCURSO SICILIANO (EN FAVOR DE LO CONTRARIO)[1]

Exordio

Pedir a los dioses, atenienses, que la ciudad conozca este éxito y todos los demás es para mí lo más agradable y sé que está al alcance de todos. Pero, cuando considerasteis por primera vez el tema de Sicilia, yo pensé que era necesario un buen consejo y ahora necesitáis aún más. Pues en un solo y mismo día deliberamos sobre la ampliación de nuestro poder y sobre nuestra salvación. No me son desconocidas las palabras que escucharíais con más agrado, pero la situación se halla en un punto tal, que no es posible eludir la necesidad, ni aun si lo quisiera. Es mucho mejor ofenderos, si viene el caso, al convenceros e instruiros, que pasar por alto que os tropecéis con vosotros mismos. 1

Estoy pertrechado y dispuesto, pero pido que se me 2
conceda hablar con franqueza. Pues si fuera preciso que hicierais algo contrario a vuestra opinión al escucharme, estaría bien que tomarais precauciones. Pero puesto que está en vuestro poder escoger lo que os plazca, considerando lo que se dice, no es correcto eludir la decisión, sino escoger

[1] Sobre el título del discurso, cf. PERNOT, *Discours...*, pág. 349.

lo mejor tras poner las dos posibilidades una al lado de
3 otra. Además de esto, si el placer que producen los discursos tuviera el poder de orientar los sucesos, sería una desgracia no escoger esta forma de hablar en público [2]. Pero puesto que los sucesos no resultan en la forma en que son dispuestos los discursos, sino que según resulten las cosas al final, así parece que son los discursos pronunciados al principio sobre ellas, es necesario que se acepten los discursos hechos con buena voluntad y no echar a perder en
4 una pequeña parte del día todo el futuro. Puesto que no es propio de una persona sensata en los negocios dar a cambio algo de gran valor por poco, verdaderamente tampoco es equiparable el encanto ocasional de un discurso con la ulterior seguridad de todos [3].

La retirada es posible

5 Primero voy a contestar a lo último de lo que se ha dicho [4]. Después trataré de examinar lo demás, en la medida de lo posible. Afirmo que unos y otros pensáis bien, atenienses, tanto los que desde el principio teníais la idea de que no era necesario navegar a Sicilia y conserváis los mismos argumentos, como los que ahora tenéis la opinión contraria habiendo votado entonces con la mayoría. Pues unos calculaban desde el principio lo que era más conveniente, mientras que los otros muestran con los hechos que preveían lo que iba a suceder. Mientras fue posible tener esperanza, estaban con vosotros, pero cuando la experiencia evidencia la realidad, se sitúan en
6 virtud de lo que se ha puesto de manifiesto. Era, según

---

[2] Nicias en su carta establece también esta oposición; cf. Tuc. VII 14.

[3] En Tucídides la seguridad es un tema recurrente (VI 18, 23, 24, 83, 86; VII 14).

[4] Se refiere a lo dicho en V 47.

creo, propio de una persona que gusta de las disputas querer mantenerse en lo decidido al principio, pero propio de quienes tienen cabeza y de los que quieren salvar a la ciudad adaptarse a las circunstancias. Los decretos no enderezan los hechos bélicos, sino que según esté la situación en la guerra, así han de ser los decretos en torno a ella.

Ésos no dicen otra cosa sino que, puesto que al principio 7
fuimos arrastrados, por ello mismo también ahora debemos equivocarnos haciendo del mal un remedio del mal [5]. Sin embargo, yo, a partir de lo que me encuentro escuchando en vuestra compañía [6], considero que lo contrario hubiera sido lo mejor para vosotros, si desde el principio lo hubiéramos rechazado. Ciertamente lo mejor para todos los hom- 8
bres es captar el futuro por medio del cálculo. Pues es signo de las dos mejores cosas: éxito y buena deliberación. Si para los que se equivocaron en escoger lo mejor, no es posible en una segunda oportunidad cambiar de posición a partir de las circunstancias presentes, se les quita lo que es más propiamente humano, aprender de la experiencia, de forma que por necesidad sea ilimitada la desventura. Ade- 9
más, si alguno os preguntara en qué aspecto más importante difiere una ley de un decreto, encontraríais que las leyes descubriendo lo justo de una vez por todas establecieron el orden común para siempre, en tanto que los decretos están asociados con las necesidades [7]. De la misma forma en que

[5] Sobre esta sentencia, cf. III 534 en donde la utiliza también. Tiene un fundamento clásico-literario en HERÓDOTO III 53; TUC., V 65; SÓFOCLES, *Áyax* 362 (PERNOT, *Discours...*, págs. 395 y sigs.; BEHR, *P. Aelius Aristides...*, I, págs. 473 n. 558 y 483 n. 3).

[6] Se refiere a la carta de Nicias.

[7] Para la diferencia entre ley y decreto en el pensamiento ateniense de entonces Pernot trae oportunamente a colación el libro de J. DE ROMILLY, *La loi dans la pensée grecque*, París, 1971, págs. 202-212.

los sucesos acaecen de una u otra manera según las circunstancias, así las circunstancias producen y liquidan decretos y decisiones. Y con razón, hablamos, en la ley, con los conciudadanos de tal manera que basta formular lo mismo por siempre, pero los decretos han sido descubiertos para los de fuera y para las eventualidades de la guerra. Por tanto ninguno de ellos es estable ni inconmovible ni imposible de
10 ser suprimido. Pero si se ha dicho que es posible suprimir las propias leyes, si en algo perjudican, no sería criticable rehacer un decreto sobre la expedición y la campaña. Pero yo no afirmo que vosotros vayáis a suspender nada de lo decretado. Pues si se puede mostrar que nosotros decretamos que no sería posible volver de nuevo aquí, sería otro discurso. Pero aquello se cumplió y no dificultéis una segunda iniciativa.

El análisis de las presentes circunstancias

11 ¡Vamos, pues, por los dioses! Si alguno desde el principio hubiera podido presentaros con precisión el futuro —sería, según parece, un dios, pues ningún hombre sería capaz de oponerse a los que entonces os incitaban— en el sentido de que la situación llegaría a tal extremo que nuestra primera preocupación sería por los expedicionarios antes que por Sicilia, ¿hay alguien tan loco o desgraciado hasta el punto de comprometer a la ciudad en tales gastos y peligros después de ver la situa-
12 ción a la que se ha llegado?[8] No lo creería[9]. Por tanto, haréis volver a los hombres, que de haber previsto lo que iba a suceder no hubierais enviado, una vez que conocéis lo su-

[8] Cf. PERNOT, *Discours...*, pág. 398.

[9] Cf. PERNOT, *Discours...*, pág. 399.

cedido. Más, si son distintas las circunstancias [10], atenienses, cuando tomamos la decisión y ahora cuando la cambiaremos, si os persuado. Pues entonces, en tregua con los lacedemonios y tras haber vencido con brillantez en la guerra de casa y sin enemigos, actuábamos de forma arrogante, como era de esperar [11]. Pero ahora veis a los enemigos desde la muralla, y en vez de aquella fastidiosa y pesada invasión anual de nuestro territorio acampan ahora constantemente ante nuestras puertas [12], y ha resultado, si hay que hablar con seriedad, un asedio en toda regla. Hemos gastado parte de nuestro dinero [13] en esta buena expedición y nos hemos servido de otra parte en ocasiones anteriores, los esclavos huyen todos los días y hemos disminuido en un número tal, como para que se pudiera guarnecer de forma suficiente la mayor ciudad después de la nuestra. Veamos si 13
parecerá que nos conocemos o guardamos de forma adecuada la ciudad, si asediados nosotros intentamos hacer lo propio a otros allende los mares y, antes de poder abandonar nuestras murallas, navegamos contra otros perdiendo de vista el Ática y sin ser capaces de gobernar sobre los de casa queremos gobernar sobre los habitantes de Sicilia, helenos y bárbaros al mismo tiempo. Por el contrario, es dado hacer tales cosas no a los que están en necesidad, sino a los que prevalecen.

---

[10] Precisamente en el discurso anterior se insistía en que las circunstancias no habían cambiado con respecto a cuando se decidió enviar la expedición (V 20).

[11] Se refiere al éxito conseguido al final de la Guerra Arquidámica y a la impresión que dejó en los atenienses; cf. PERNOT, *Discours...*, pág. 399.

[12] Se refiere a que ocupan Decelía. El contraste entre las invasiones anuales y la ocupación de Decelía por los peloponesios también se lee en TUC., VII 10.

[13] TUC., VI 31; VII 28.

14 Así están las cosas aquí. Pero ¿qué sucede allí? No están mejor que éstas, sino en un estado más preocupante, en la medida que tienen lugar en tierra extraña y es mayor la carencia de lo necesario [14] y tienen peligros más apremiantes. Las naves hacen agua, los marinos están en desorden, el dinero se ha esfumado, la mayor parte de los comerciantes se han ido, los esclavos han desertado, los enemigos atacan [15], hemos sido derrotados en una batalla, el transporte de víveres ha caído en manos enemigas, Sicilia ha hecho defección, Gilipo se ha ido para traer refuerzos, hemos resuelto de forma contraria a nuestros ruegos y más allá de lo esperable [16]. Somos despreciados por unos [17], ante otros calumniados [18], tan sólo los más débiles, los inútiles en momentos de necesidad, restan como amigos [19]. El dinero de los de Segesta se ha esfumado [20]. Dicen que los siracusanos no cederán en nada, si no reciben una compensación acor-
15 de con la agresión. ¿Y ahora, soportaremos esto, atenienses? Y, sin que se acomoden los hechos a lo que decretamos, ¿consideraremos adecuado seguir con lo decretado, como si bastara, aunque no termináramos de comportarnos como locos, o como si los siracusanos fueran a seguir el conflicto con nosotros según nuestros deseos? Y de los tres

[14] Cf. Tuc., VI 21-22.

[15] Se trata de una lección discutida, cf. Pernot, *Discours...*, pág. 402.

[16] Se trata de un resumen de las desgracias acaecidas en Sicilia y de la difícil situación en la que se encontraba el ejército ateniense tal como es descrita por Nicias en la carta que envía a Atenas (Tuc., VII 11-15).

[17] Cf. Tuc., VI 33-35, 49, 63.

[18] Cf. Tuc., VI 75, 83, 87.

[19] Cf. Tuc., VII 14.

[20] Los de Segesta al comienzo de la guerra, para estimular a los atenienses, hicieron ostentación de riquezas (Tuc., VI 8). El tema de los recursos y riquezas de Segesta como estímulo para la expedición fue discutido en el anterior discurso (V 33-34).

generales enviados uno ha muerto[21], el otro se ha pasado al enemigo y ha quedado uno, al que enviamos allí contra su voluntad, ¿a éste le agregaremos ahora de nuevo otros? ¿Y no reputaremos como signo de todo el conjunto, de que cuidamos allí nuestros intereses de manera desigual a nuestra fuerza, si el que nos hizo concebir esperanzas en esta empresa está ahora con los enemigos, nos hemos visto forzados a recurrir al hombre que más se opuso a todo ello? Pero, como si buscáramos un añadido a nuestros males, ¿enviaremos otros generales y otro ejército y nos enzarzaremos en una contienda? ¿Por qué nos animamos, atenien- 16
ses?, ¿acaso por cosechar de forma estable nuestros frutos? Pero sí podrían caer en manos de nuestros enemigos. Entonces, ¿por el número de hoplitas y hombres de a caballo? Temo hablar, pero estoy obligado. Terminamos, atenienses, con las personas alistadas y trastornamos inoportunamente el orden militar. Pues las tropas que eran necesarias que quedaran para la salvación de la ciudad, después de reclutarlas a la sombra de Segesta y Leontinos las enviamos hacia el oeste y ahora hemos puesto las cosas no lejos de la moraleja de la fábula[22]. Pues por el deseo de empresas mayores y lejanas... Pero omitiré las palabras de mal agüero.

Sin embargo, no creo equivocarme si, para que no perdamos nuestras posesiones, os hago una propuesta. ¿No 17
imitaremos, atenienses, a los médicos que no permiten que

[21] Se refiere a Lámaco, hijo de Jenófanes, estratego plenipotenciario con Nicias para la expedición en Sicilia, que murió en combate contra los siracusanos (Tuc., VI 101).

[22] Se refiere a la moraleja de la fábula de Esopo (133 Perry), en la que un perro por querer apoderarse del pedazo de carne que su imagen reflejada tenía en la boca pierde el que llevaba (Pernot, *Discours...*, pág. 406; Behr, *P. Aelius Aristides...*, I, pág. 483, n. 10).

progresen los flujos en el cuerpo, sino que detienen la inflamación antes de que el cáncer se difunda por todas partes[23]? ¿No controlaremos los deseos desmedidos, sino que, vista la primera desgracia, añadiremos otra y dificultaremos la situación con nuevos caballos, hombres y recursos y alimentaremos la guerra con un mal alimento, como si alguien descuidando una hoguera trajera para sofocarla madera, virutas y leños con la idea de dominar el fuego por este procedimiento?

La expedición ha fracasado

18 No paséis vosotros, atenienses, por algo tan estúpido ni os engañéis a vosotros mismos, como los que cierran los ojos para no ver lo que no quieren. Por el contrario, al ver hasta qué punto ha llegado la situación y en tanto tenéis la oportunidad y capacidad de decidir, parad y no queráis ver de las dos vías posibles la que va en contra vuestra y no reconocer la que va a vues-
19 tro favor. En lo que hace a necesidad y carencia de lo imprescindible, la situación no se encuentra en tales términos como para que nos reprochemos a nosotros mismos el haber emprendido la empresa de forma cicatera, sino que todo se ha hecho por la brillantez y pertrechos de la expedición, pero hemos fracasado por obra de la fortuna y por dejar escapar nuestra ventaja inicial —ésta fue nuestra ocasión— y por no atacar Siracusa en el momento de su mayor temor. Por todo ello acúsese a Nicias y a quien se quiera. La oportunidad se ha esfumado y no sería posible recuperarla, ni si enviáramos dos veces tantos hombres.

---

[23] El texto ha sido utilizado para intentar fechar el discurso, por entender que podía aludir a algún problema físico similar al que tuvo Arístides en 148 d. C. (XLVII 61 y sigs. Cf. Behr, *Sacred Tales*, págs. 166, 168, n. 17). De todas manera resulta difícil intentar fechar estos discursos por tales indicios (Pernot, *Discours...*, págs. 23 y sig.).

Vistos de forma repentina, sorprenden los pocos a los mu- 20
chos y los débiles a los fuertes, pero cuando disponen la guerra con tranquilidad, los que han temido cosas terribles son mucho más hábiles para defenderse que los que atacan, tanto por la rabia a causa del miedo pasado, como por la fuerza acumulada durante el ocio.

Por la carta me parece que Nicias ha llegado a la misma 21
conclusión que defendió entonces. Pues al intervenir, atenienses, queriendo disuadiros de la campaña pidió un número tan alto, que creía que no se lo concederíais, para que desde este proyecto dierais un giro hacia la necesaria paz, con lo que es evidente que no llegamos a esta situación por escasez de recursos, pues embarcó con todo lo que pidió. Al escribir por la situación de allí, me parece manifiesto que tiene vergüenza de deciros pura y simplemente que debéis llamarles de vuelta. Y añade como para animarnos que existe la posibilidad de o bien hacer volver a los de allí o bien de enviar un socorro tan importante, que bastara para resolver
las dificultades de allí. Por tanto, atenienses, si ahora acaece 22
lo mismo que entonces y os decidís en favor de la ayuda y del envío, de cuantos el quiera, pero encontrarán las mismas dificultades...[24] Por Zeus, ¿no sucederá lo mismo? ¡Ojalá no, Zeus y todos los dioses! Yo quiero no que no suceda, sino que no haya ocasión ni de temer por ello. Pero creo que todos sabemos que ahora no sólo nos hemos reunido para rogar como en un templo, sino para considerar el tema en su conjunto. Es necesario que en nuestros ruegos pidamos a los dioses los dones mayores y más placenteros, pero en las deliberaciones, quienes después no quieren hacer reproches a los dioses y a ellos mismos, es necesario que escojan lo más seguro a partir de los datos presentes.

[24] Cf. PERNOT, *Discours...*, pág. 409.

23 Que se me diga qué dios, pues ciertamente ningún hombre sería adecuado, es necesario que tomemos como garante para tener confianza como para que la fuerza expedicionaria desplazada de nuevo [25] controle la situación allí y ningún nuevo peligro nos anuncie Nicias. Porque, por Zeus, ¿ha dicho que les hagamos volver o que enviemos quienes les ayuden? Pero él mismo al marcharse de aquí pidió esto y aquello como si fuera suficiente y, sin embargo según su testimonio de ahora nada de ello parece haber
24 bastado. ¿Qué pasaría si os equivocarais por segunda vez o Nicias estuviera entre decir la verdad y atender vuestro deseo? ¿No escogeremos, atenienses, lo que es claro y manifiesto antes que lo velado e incierto, que rápidamente nos confundiría de nuevo? Por el contrario experimentaríamos lo mismo que si unos angustiados y asustados por los pasajeros de una nave en peligro fletaran de nuevo otra nave por el mismo riesgo. En tales circunstancias, los salvadores sacan a los náufragos del agua, no se sumergen con ellos.

La guerra en Sicilia es imposible

25 Y ciertamente, atenienses, si enviamos un contingente tan numeroso, como para que fuera una ayuda evidente para ellos, se dejará muy debilitada la posición de los de aquí, de forma que a los que enviemos en ayuda de los de allí también será necesario buscarlos para que ayuden a los de aquí [26]. Pero si nos dividimos con los dos objetivos, por una parte, de no dar la impresión de abandonar a aquéllos y, por otra, de poder mantener la situación aquí, temo que consigamos lo con-

[25] Hay distintas conjeturas para enmendar el texto; cf. PERNOT, *Discours...*, pág. 410; BEHR, *P. Aelius Aristides...*, I, pág. 483, n. 13. He seguido la propuesta de BEHR.

[26] Sobre la difícil situación de los atenienses por librar una guerra en dos frentes, cf. TUC., VII 28.

trario de lo que pretendemos: prestar ayuda insuficiente a unos y a otros, incompleta para cada uno a causa del otro, y después estaremos sentados en mitad de los dos[27]. Temo 26
por el Pireo por saber que los peloponesios intentaron penetrar en él incluso al principio de la guerra[28], antes de haber sufrido el más mínimo descalabro naval. Temo también por los que marchan, no vaya a irles peor de lo que se puede decir con buen agüero y aun pretendiendo ser de auxilio para los de allí, necesiten quienes vayan a salvar a ambos. Pues si en una, atenienses, en sólo una batalla naval fuéramos derrotados —así los dioses vuelvan esto contra los hijos de los siracusanos y los que están de acuerdo con ellos—, no sólo no podremos controlar la situación allí, sino que ni podremos encontrar cómo huir[29]. Pues al punto será cerrado el puerto, y nos veremos poco menos que sorprendidos en las ensenadas de los enmigos. Y ¿qué pedirán que se haga entonces éstos que ahora están despreocupados? ¿O pedirán que se envíen refuerzos para impedir el aprovisionamiento de los siracusanos, con lo que lograrán apoderarse de ellos? Sí, por Zeus, pero temerán esta segunda expedición. Cobrarán mayor ánimo conscientes de 27
que dominaron la primera expedición. Incluso considerarían que así ya hay un testimonio nuestro de que reconocemos que la situación no marcha bien. Pues al enviar a éstos ahora parecerá que no estamos con ánimo, sino asustados.

[27] Sobre el uso de los proverbios en los *Discursos Sicilianos,* cf. PERNOT, *Discours...,* págs. 105 y sigs. En torno a los paralelos de este proverbio, cf. BEHR, *P. Aelius Aristides...,* I, pág. 484 n. 14.

[28] Fue un intento de los peloponesios al comienzo de la guerra, queriendo coger desprevenidos a los atenienses demasiado confiados en su superioridad naval (TUC., II 93).

[29] Las tres derrotas navales en Sicilia son tratadas por TUCÍDIDES en VII 41, 52, 56, 72-73.

28 Pues bien, cada una de las posibilidades por separado tiene un gran peligro, ya sea disminuir las fuerzas de aquí, ya hacer una expedición allí con el número de hombres que sea. Pero, ¿cómo se opone una cosa a la otra? Con lo que aquí va mal, cobra ánimo el enemigo de allí, de forma que, si resistieran por un poco de tiempo, no pasarían más peligros, pero al suceder de nuevo algo allí fuera de lo planea-
29 do, todos los de aquí compartirían el peligro. No digo que sea derrotada nuestra expedición o que ellos sean superiores en todo, sino que si sólo llegara un rumor engañoso o un comentario de que hemos fracasado, todo estaría trastornado y cambiado, no habría nadie de los que os obedecen a vosotros por obligación, que al punto no se pusiera de parte de los lacedemonios. Pero si se nos priva, atenienses, de los aliados e ingresos [30], ¿qué nos queda? No lo voy a
30 decir, pero todos lo ven. Después nos recuerdan que desde el mismo comienzo se decidió no combatir con los peloponesios en nuestro territorio [31], sino luchar en expediciones y periplos. Pero no quieren recordar, a pesar de ser lo más razonable, que este mismo hombre Pericles que nos persuadió a ello también nos convenció de no ampliar el imperio durante la guerra [32]. Pues yo, atenienses, entiendo que nuestra ciudad en tanto supera a todas las ciudades, que no sólo podría vencerlas una a una, sino que incluso a algunas de ellas asociadas en sus respectivos pueblos, pero ciertamente no es superior a la naturaleza humana ni es sensato
31 que tal se le demande. De la misma forma sostengo que vosotros solos venceríais a todos los peloponesios y también

[30] Sobre los problemas financieros atenienses y los remedios que pusieron, cf. Tuc., VII 28.

[31] Tal fue el proyecto estratégico que trazó Pericles al comienzo de la guerra (Tuc., I 143).

[32] Tuc., I 144; II 65.

que no os resultaría difícil ocupar Sicilia, si tuvierais sólo de enemigo a los siciliotas. Lo mismo digo incluso de los asuntos de Italia, que no se os hubieran escapado si hubierais estado libres de lo demás. Pero si va a ser necesario luchar al mismo tiempo contra los peloponesios, los de Sicilia, tanto helenos como bárbaros, y además de con éstos con los que se les unan del continente de enfrente[33], no puedo tener ánimo, sino incluso temo que nuestras esperanzas son excesivas. Pues este episodio de la guerra tiene 32
el peligro de convertírsenos en mayor que el conflicto principal, puesto que consideramos que es necesario someter Sicilia, Italia y Cartago y prácticamente a todos los hombres, para que trayéndoles aquí vayamos contra el Peloponeso. Pero a mí, atenienses, —y ninguno me tome por difícil— me parece que lo que primero conviene y es necesario es lo contrario, someter el Peloponeso, para que por su medio dominemos a los de fuera, y que más bien es necesario por ellos someter a los otros que atacar a los de allí inoportunamente por causa de éstos.

Sobre que no debéis confiar en el rumor de que gran 33
parte del contingente de los siracusanos está por nosotros, escuchad[34]. Nadie, atenienses, de los que habitan Sicilia, de los helenos o de los bárbaros, odia a los siracusanos y es favorable a nosotros por igual, sino que os diré cómo me parece que es su actitud. Ellos, en tanto ninguno de nosotros había llegado a Sicilia, sentían aversión hacia los siracusanos, de la misma forma que muchos de nuestros aliados hacia nosotros, pues creo que nadie de buen grado quiere ser un esclavo. Pero al hacer acto de presencia un

[33] Se podía referir a Cartago o a Italia. Parece más probable que se aluda a Italia; cf. Pernot, *Discours...*, pág. 415.

[34] Cf. V 9-10.

contingente tan grande, y enviado de nuevo otro por nosotros, y puesto que es manifiesta nuestra intención, no les odiarán a ellos más de lo que nos temerán a nosotros, de forma que nos hemos convertido en conciliadores para ellos[35]. Pues preferirán con mucho a los de casa e iguales, aun si es necesario verse algo sometidos a ellos[36], que a los extraños y forasteros. Esto es lo que temo y además de ello, atenienses, la maledicencia de los lacedemonios, por la que somos vilipendiados como si hubieramos sobrepasado a todos en gobernar por la fuerza.

34 Es de lo más absurdo abandonar el Ática para librarnos de luchar y de peligros, pero preferir arrostrar todo tipo de riesgos por los de Siracusa. ¿Acaso no habéis escuchado la carta en el sentido de que, si no se toma la muralla a la fuerza con un destacamento numeroso, nuestra situación en tierra se puede dar por terminada[37]? En efecto, es sorprendente evitar estos mismos peligros por nuestras casas y propiedades y sufrirlos por una tierra extraña y por lo que nada nos compete. Y ciertamente aquí la batalla se libraría contra los peloponesios y beocios, pero allí contra estos mismos[38] y contra otros aún más numerosos, los origina-
35 rios de la propia isla y los de donde la fortuna quiera. Y nada diría sobre la custodia del territorio si lo hubieramos ocupado, pues desconocería por completo la situación presente. Sin embargo, podría decir sobre el ejemplo de Chipre que el rey[39] gobierna Chipre y todo el territorio sin interrupción desde el suyo propio, pero es que antes de

[35] Cf. Tuc., VI 33.

[36] Sobre la interpretación del pasaje, cf. Pernot, *Discours...*, pág. 417.

[37] Cf. Tuc., VII 11.

[38] Los beocios llegaron algo más tarde, cf. Tuc., VII 11.

[39] El rey persa aparece mencionado, como es habitual, simplemente como «el rey».

bordear el cabo Malea[40], todo el territorio a la derecha es hostil.

Pero dejemos esto. Que alguno de los dioses nos con- 36
ceda Sicilia y lo demás, si lo queréis, y yo, que todo lo temo, os lo garantice. Pero ¿por qué se deben temer miedos y peligros lejanos pasando por alto los que están ante los ojos? Con respecto a esto dígase que Sicilia es grande, buena y ventajosa para la guerra. Pero que no se cambien para nosotros los apelativos ni que nos pase lo del persa[41], quien después de escuchar a Mardonio sobre que Europa era grande, buena y no peor que Asia para poseerla, vino a descubrir que su seguridad era una ganancia estimable. Pues cuando una acción no es desde un principio posible, todo lo demás son charlas insustanciales y sombras.

No es una vergüenza retirarse de Sicilia

—Por Zeus, sí es vergonzoso huir de 37
Sicilia— ¿Acaso si fuera posible conquistarla huiríamos o en cualquier eventualidad? Pues si vamos a huir y es posible conquistarla, muéstrese cómo es posible. Pero si huiríamos en cualquier eventualidad es porque no consideran importante otra cosa que el salvarse. Todavía les preguntaría de buen grado si acaso consideran vergonzosa la vuelta de las trirremes y soldados. Pero ciertamente rogamos desde el principio por recibirlos sanos y salvos. ¿O no sienten vergüenza por esto, sino en el caso de que vuelvan sin éxito en la empresa? Si la vergüenza está aquí, ¿cómo se consigue más, si permanecen hasta que tener éxito sea imposible? A mí, por el contrario, atenienses, me parece que hay mayor vergüenza en esta posibilidad.

---

[40] Es el más oriental de los tres cabos que están más al sur en el Peloponeso.

[41] El persa es Jerjes.

38 Pues si se quedan con intención de hacer algo y después sufren más de lo que ahora han sufrido, ¿cómo no sucederá lo que he dicho? Pero cuando decimos que sólo sentiríamos vergüenza de que no hagan nada, la petición de que vuelvan ahora no comporta vergüenza alguna. Pues ella no ha estropeado aún más la situación allí, sino que la expedición de entonces ha demostrado que nosotros deseamos imposibles, de forma que se deben pedir cuentas a los que nos persuadieron de la expedición, no a los que nos aconsejan la vuelta. Por ellos estamos forzados a huir, como ellos mismos dicen, habiendo sido posible haber permane-
39 cido en nuestro territorio desde el principio. Pero yo no diría, atenienses, que esto es una fuga, en modo alguno. Pues si no nos atreviéramos a resistir a éstos en sus ataques, con razón se diría que es cobardía. Sin embargo, si les atacamos porque sí, si prospera el asunto, es de prudencia proseguir, pero marcharse si fracasa. Pues las guerras por la primacía tienen su dinámica en cobrar ánimos, si es posible la victoria, pero si no, lo segundo, no terminar peor que
40 al principio. De la misma forma, creo, vemos a los buenos hombres de negocios, quienes, si no pueden conseguir más, no perjudican voluntariamente lo que ya tienen, sino que lo intentan, si es posible, sin ponerse agresivos, si algo se les opone. Con tales consideraciones, atenienses, no es necesario que Nicias se retire ahora de la muralla[42] ni que se retiren los soldados que tantos combates han librado, según parece, ya que se comprometieron de una vez por todas. Locura y estupidez es todo esto.

41 Recordad unos pocos y destacados casos de que nada fuera de lo normal ni de la naturaleza humana haremos, si no llevamos un asedio de forma interminable. Sé que en

[42] Cf. PERNOT, *Discours...*, pág. 423.

Tesalia realizamos una campaña en favor de Orestes, pero como no prosperaba, volvimos de nuevo aquí con él [43]. También sé que después de ir contra Eníadas en Acarnania, como no fue posible tomarla [44], volvimos; el general era Pericles, no Nicias. Sé además que ocupamos no un poco de Beocia, como ahora dicen estos de Siracusa, sino que la tomamos en su totalidad y que de nuevo la abandonamos, cuando fuimos derrotados, por valorar más la seguridad de los capturados en la batalla [45]. Recordad que en pro de la paz devolvisteis Acaya y otras zonas a los peloponesios [46]. Pero ya que renunciasteis de buen grado a las ventajas conseguidas en la guerra, para que hubiera paz, ciertamente es razonable que en tales circunstancias bélicas y problemas no se quieran duplicar las dificultades. Pero estas son dificultades más que dobles y no inferiores por sus efectos a quitarnos el ánimo.

Tened también presente que los lacedemonios después 42
de invadir cada año el Ática no sentían vergüenza de retirarse otras tantas veces después de trastornarnos cuanto podían. Y por Zeus que irrumpían en nuestra tierra mientras les era posible. Pero cuando tuvieron miedo por su territorio, cesaron. Ahora de nuevo montan guardia en Decelia, ya que la situación les es favorable. Tal es la naturaleza de la oportunidad y de lo posible. Ningún hombre lo hace todo según lo predice ni las guerras se doblegan a los de-

[43] Se trata de Orestes, hijo de Equécrates, rey de los tesalios que estaba destarrado en Tesalia y que convenció a los atenienses para que le restauraran en el trono en torno a los años 457-56. Cf. TUC., I 111.

[44] TUC., I 111.

[45] TUC., I 113.

[46] Sobre la Paz de los Treinta Años, cf. TUCÍDIDES., I 225, 278; III 270; VII 26.

seos, sino que resuelve las más de las cosas la fortuna, la que deberían conocer y observar los que participan de ella en lo que dé.

43 Aparte de todo ello este su argumento es contrario al más prudente, que anuncia que, si nada consiguieran los que ahora marchan, será posible hacer regresar a ambas expediciones. Pues si es vergonzoso huir en cualquier circunstancia que sea, aún será más vergonzoso, cuando la vuelta afecte a las dos expediciones [47]. Pero si la necesidad es poderosa, ¿por qué tenéis que asustar con palabras pasando por alto los hechos? La retirada ahora es tanto mejor cuanto que en un cambio de fortuna nos retiraremos tras ganar batallas, atenienses, por tierra y mar y casi haber ocupado Siracusa, dejando a todos los hombres pruebas de dos cosas, de nuestro buen ánimo en la contienda y de adecuación a las circunstancias, y ningún siracusano o selinuntio [48] ni ningún otro de los de allí se jactará a nuestra
44 costa ni podrá decir que nos han echado. Pues todos los hombres sabrán que, mientras fue un asunto entre ellos y nosotros, no pudieron resistirnos, sino que, sólo cuando los lacedemonios y corintios atacaron junto con otros antiguos enemigos, fue necesario considerar las nuevas circunstancias. De forma que se agrega no sólo seguridad, sino tam-
45 bién buena opinión a esta forma de pensar. Éstos temen que se dé la impresión de huir —pero yo pido a los dioses no tener razón—, yo temo, por el contrario, que después de ser superiores no podamos huir y nos pase lo mismo que a los que juegan a los dados, a los cuales es posible ver cuán-

[47] Cf. V 48.

[48] Sobre Selinunte, enemiga de Atenas y objetivo militar durante la guerra, cf. Tuc., VI 47-48.

do van perdiendo, aunque indemnes en la mayor parte, cómo la porfía mezclada de rabia les lleva al desastre final[49].

Incluso me parece que sucederá lo contrario y que el 46
envío de ayuda no implica la ocupación de Sicilia o la vuelta de nuevo de los hombres, en tanto que el mandarlos llamar ya es liquidar la situación de allí, como recientemente habéis oído[50]. Pero si nosotros, mientras haya ocasión, los mandamos llamar y nos juntamos todos, afirmo que con la ayuda de los dioses habrá esperanza para la situación de allí, como antes también sucedió cuando según las oportunidades enviamos expediciones y después pudimos atacar con más fuerza[51]. Si nos precipitamos hacia lo imposible, sostengo que alguno de nosotros considerará el fracaso una ganancia, si sólo sucede que hemos fallado en la empresa
y no nos pasa nada más. Después ¿qué general, atenienses, 47
tendrá ánimo para traer todo el contingente aquí, cuando, según lo anunciado por vosotros, parece que habéis votado en contra de que regresen ni siquiera unos pocos, antes de llevar a cabo aquello por lo que fueron enviados?[52] Ahora cuando también Nicias teme vuestros comportamientos, ¿qué pensará que va a sufrir después de no haberse cumplido vuestras expectativas por dos veces? Por tanto, o enviáis a hombres para que venzan o..., no quiero agregar la
otra posibilidad. En lo que yo digo todo está oportunamen- 48
te a vuestro alcance, tanto ocupar Sicilia, si es posible, como que éstos queden a salvo, si la ocupación no tiene lugar. Pues si es fácil poner en orden todo lo de aquí recurriendo a todo nuestro poder, es fácil hacer una nueva

49 Era proverbial comparar la guerra con un juego de dados, Esquilo, *Siete contra Tebas* 414; cf. Pernot, *Discours...*, pág. 428.

50 Cf. V 48.

51 Tuc., III 86; VI 1.

52 Cf. Tuc., VII 48.

expedición naval contra Sicilia. Pero si la empresa es enorme, ¿por qué vamos a encontrar nuevas dificultades más allá de nuestras fronteras para nosotros porque no tenemos
49 bastante con lo de aquí? Voy a exagerar. Si dijeramos que la situación en Sicilia es igual y compartida con la del enemigo —si esto fuera así, yo diría que nosotros somos superiores en mucho—, todos nosotros sabemos con seguridad que no tanto beneficio obtendríamos en Sicilia, si tuvieramos éxito, cuantos problemas nos resultarían de fracasar. Cuando el miedo es mayor que la esperanza, ¿cómo no será oportuno tomar precauciones?

No hay que temer represalias siracusanas

50 Me asombro de que los que temen que los Siracusanos vengan contra nosotros recomienden hacer una expedición contra ellos, como si fuera sin riesgos [53]. No obstante, yo pienso que los siracusanos no están tan fuera de sus cabales como para que, libres de unos problemas inesperadamente, se procuren de buen grado otros nuevos, especialmente, sabiendo por nosotros mismos que no resulta ventajoso mandar una expedición tan importante desde casa. Sin embargo, haría votos a to-
51 dos los dioses para cogerles aquí. Pues no nos enfrentaremos con un número de sus naves igual al que dispondrán allí por su seguridad, pero al mismo tiempo creo que aprenderán la ley de las grandes y lejanas expediciones [54]. Con ella chocó el rey de los persas en su expedición aquí, pero también chocaron los cartagineses al cruzar el mar hacia

---

[53] Cf. V 41.

[54] En una asamblea de los siracusanos celebrada para deliberar en torno a la expedición de los atenienses, cuenta Tucídides cómo intervino Hermócrates para decir que las expediciones navales emprendidas por helenos y bárbaros lejos de sus casas nunca tuvieron éxito, cf. Tuc., VI 33. A esta «ley» parece aludir el texto de Aristides.

Sicilia con miles de hombres en su fuerza terrestre y naval [55]. No es posible por igual guardar lo propio y apoderarse de tierras muy lejanas, sino que el castigo sigue al atrevimiento. Los lacedemonios, que lo saben, nada cuidan tanto como las expediciones a tierras lejanas. Pues ciertamente no son los menos poderosos de los helenos por haber conseguido poco a poco su superioridad.

La historia de Atenas es maestra

Pero si se debe decir algo soslayando 52
lo demás, si se nos presenta una situación de urgencia, no se debe por tal motivo agregar de buen grado a esto lo que no es conveniente, sino que se debe distinguir entre rechazar a los que vienen en nuestra contra y no querer rehuirles. Pero yo tengo miedo, por una parte, de lo que he dicho hace poco [56]; tambien tengo miedo, por otra, contemplando los malos augurios por los misterios, ya que no los desvelasteis de forma digna, antes de que nosotros zarpáramos, y también al contemplar cómo han quedado los Hermes [57], y, por fin, al considerar que quien nos aconsejó todo esto está maldito y que las familias sacerdotales han lanzado maldiciones contra él solo en público [58]. También me acuerdo de la expedición de Egipto [59], que hábilmente

---

[55] Alude a la batalla de Hímera; cf. HERÓD., VII 165-167, y DIOD. SÍC., XI 20-24.

[56] En el parágrafo 45.

[57] Se refiere a la profanación de los Hermes, llevada a cabo, al parecer, por Alcibíades y sus amigos en las vísperas de la expedición a Sicilia. Cf. TUC., VI 28.

[58] Fueron los Eumólpidas y Cérices, porque Alcibíades había profanado los misterios; cf. TUC., VI 28; PLUT., *Alcibíades* 18 y sigs.

[59] En el año 459 a.C. los atenienses fueron llamados a Egipto para que les ayudaran a mantener la sublevación contra el rey persa Artajerjes (TUC., I 104).

ha pasado por alto y que supuso la pérdida de doscientas de nuestras naves y eso que ya poseíamos una parte de Egipto no inferior a toda Sicilia. Y no paramos ahí, sino que pasado el tiempo, fueron otras cincuenta naves en socorro de las de allí, y no sólo no ayudaron a aquellas sino que per-
53 dieron además lo que se había ganado. Con éste, con este ejemplo siento escalofríos, atenienses, y ni de noche ni de día me abandona su recuerdo. Pido de todos vosotros que os guardéis de Sicilia como de Egipto, no forjéis muchos ejemplos semejantes. Pensad que no le hubiera pasado tal desgracia a la ciudad o el segundo envío no se hubiera destruido, si diciendo estas cosas entonces, os hubiera persuadido a no navegar contra Egipto desde el principio, pero si
54 no, al menos, a no enviar trirremes por segunda vez. Pero si todos sabéis que os equivocasteis en aquello por el criterio de los que la aconsejaban y por tener en menos a los que se oponían, mirad no vayáis vosotros mismos a ser castigados por la derrota de nuestra opinión. Tened presente que ni con la importante y gran victoria en Chipre resultó que adquiriéramos la propia Chipre, sino que marchándonos la abandonamos [60]. Todos vosotros sabéis igualmente que es insalubre el territorio, donde se halla el campamento [61].

55 Si no tienen todo ello presente, no debe ser insoportable pensar en que, si despedidos con peanes, les recibiremos derrotados, sino lo que sería lo más terrible, si, a los que enviamos en su día para aumentar el imperio y con tal apariencia, los mandaremos llamar con otros cantos, y la carrera [62] de entonces hasta Egina no les permitirá ahora llegar a salvo a sus puertos.

---

[60] La victoria, según TUC. (I 112), la alcanzaron los atenienses sobre fenicios, cilicios y chipriotas.

[61] Se trataba de una zona pantanosa (TUC., VII 47).

[62] Cf. la nota 26 al discurso anterior.

Peroración He dicho. Ruego a los dioses por dos 56
cosas: que o bien estéis de acuerdo o que me equivoque y yo solo sea acusado de cobardía.

VII

A FAVOR DE LA PAZ CON LOS DE LACEDEMONIOS

INTRODUCCIÓN (VII L-B; XXXI D)

Como en los dos anteriores discursos Aristides obtiene la información histórica y parte de la inspiración en Tucídides (IV 3-41), autor del que, como ya se ha dicho, fue un buen conocedor [1]. La fuente de esta declamación sigue siendo, pues, un autor del s. v a.C. y el tema un suceso también significativo de la Guerra del Peloponeso. El supuesto orador que pronunció el discurso escrito por Aristides asumía la responsabilidad de convencer a la asamblea de los atenienses para que aceptaran las propuestas de paz de los lacedemonios (Tucídides, IV 17-20) tras la captura de un importante número de espartiatas en la isla de Esfacteria [2]. El discurso es una relación de los peligros que entrañaba la guerra por los azares de la fortuna (Tucídides, IV 17-20) y, de forma complementaria, de las ventajas que para Atenas podía suponer aceptar la propuesta de Esparta. El orador pasa revista no sólo a las circunstancias históricas que aconsejarían admitir la propuesta espartana, sino que también recurre a un conjunto de rasgos morales que esti-

---

[1] PERNOT, *Discours...*, págs. 43-53.

[2] Suceso al que Aristides alude en otras ocasiones; cf. PERNOT, *Discours...*, pág. 45, n. 85.

ma propios de Atenas y que según él debían sugerir a la ciudad que actuara con contención y generosidad.

No hay ningún dato que permita sugerir una fecha para esta declamación.

VII. A FAVOR DE LA PAZ CON LOS LACEDEMONIOS

Proemio

Atenienses, en primer lugar, gracias 1
sean dadas a los dioses, que pusieron en situación de venir aquí de tal guisa a los al principio audaces y que no querían ni soportar el nombre de la paz, a pesar de que nosotros se la propusimos muchas veces. Además entregaron de nuevo a la ciudad la facultad de decidir sobre los asuntos helenos, tal como vosotros lo decidáis. Es adecuado aprovechar la oportunidad y vigilar la desconsideración y belicosidad de éstos, a la vez que nos mantenemos en nuestros propios hábitos y maneras.

Hay un antiguo refrán: «no es fácil a los que tienen éxi- 2
to ser prudentes» [1]; sino que los hombres, en su mayoría, se hacen peores con la fortuna. En efecto, atenienses, yo creo que es concebible que a cuantos tienen éxito fuera de la norma y de toda expectativa algo les suceda al no poder controlar asuntos por encima de sus posibilidades. Sin embargo, no hay refrán que diga que vaya a pasar lo mismo que a la mayoría y a los imprudentes a los que de entre los griegos más veces han tenido éxito y en no menor medida han ofrecido indicios de buen juicio a todos.

---

[1] Cf. DEM., XV 16.

3 Debatimos no sólo sobre lo porvenir, sino también sobre los asuntos en los que tuvimos éxito en el pasado. Pues si escogemos lo que es debido y se mantiene la decisión con firmeza, en el futuro habitaremos la ciudad con seguridad y reputación. Pero si buscamos la confrontación más allá de lo justo, es manifiesto que peligrará también lo que poseemos. De forma que cuanto mayor sea la extensión de posesiones que disfrutemos, tanto más se ha de vigilar, pa-
4 ra conservarla con seguridad. No se me escapa que todos, por así decirlo, aceptan a los que apoyan sus deseos y les consideran no sólo amigos, sino incluso los únicos hombres auténticos, en tanto que soportan con disgusto a los que intentan contenerlos. Pero si fuera posible ser dueños a la vez de nuestras palabras y nuestras acciones, de forma que no sólo fuera posible decir las cosas más placenteras, sino ejecutarlas, con razón se incomodaría uno con los que no quieren que así se actúe y se les consideraría enemigos. Pero si media un trecho entre aspirar a lo más grande y aconsejar sobre la situación presente, estimo que debéis escuchar considerando sólo este asunto, si no me equivoco en la argumentación que realizo sobre estos temas.

La naturaleza desigual de los hombres y su dispar fortuna

5 Yo creo que nuestra ciudad es la más afortunada de entre todas las helenas y, si queréis, añadiré, por Zeus, de todas, a pesar de no tener una naturaleza superior a la humana. Pero, ¿cuál es esta naturaleza? Los dioses no repartieron por igual sus dones entre ellos mismos y entre los hombres, sino que ellos, al ser inmortales y señores de todo, tienen fortunas imperecederas y no temen que alguien que llegue a ser más poderoso se las arrebate. Tal abundancia tienen, que no sólo ellos poseen todo lo bueno, sino que incluso lo distribuyen entre otros. Pero no lo distribuyen en la manera que

ellos lo poseen, sino que a los hombres a los que dieron lo
mejor, les concedieron que la mayor parte de las cosas les
vaya bien, pero no todas. Y el mayor ejemplo de esto son 6
los mismos que os solicitan ahora la paz[2]. Si hubieran op-
tado por ser prudentes, les hubiera sido posible conservar
sus primitivas posesiones y actuar como árbitros de estas
cuestiones con otros. Sin embargo impulsados por lo que
tenían, si ahora pueden obtener esto mismo de vosotros, lo
considerarán una ganancia inesperada. No vayamos a sufrir
lo mismo que les echamos en cara, ni heredemos su sinra-
zón en lugar de utilizar nuestros propios juicios sobre estos
temas, los que teníamos desde el comienzo.

La guerra no tiene razón de ser

Bien sabéis que sólo hubo una res- 7
puesta a sus muchas embajadas y órde-
nes: se debía buscar una reconciliación
con justicia y no promover una guerra
general entre los helenos. Sólo entonces, 8
al no aceptar ellos, emprendisteis la guerra por necesidad.
Pero ahora con el asunto en vuestras manos, ¿cómo no va
a ser razonable recurrir a los principios, que desde el co-
mienzo hubierais llevado a la práctica, si nadie os lo hu-
biera impedido, a pesar de haberse invertido la situación
para ambas partes y los que entonces rechazaban la paz
ahora vienen a solicitarla, pero nosotros que éramos parti-
darios de la paz, por nuestra parte aparentamos preferir la
guerra? Y ciertamente ellos podrían decir que han cambia- 9
do de criterio de forma razonable; lo que les ha sucedido
nos da testimonio de que teníamos razón. De forma que no
cambiaríamos de criterio con justicia o ciertamente resul-
taría raro que los lacedemonios hubieran llegado a estar de
acuerdo con nosotros tras abandonar sus criterios, pero

[2] Los lacedemonios.

nosotros daremos la impresión de mantener una forma de pensar contraria a nosotros mismos.

La paz es más justa y es una garantía de éxito

10 Creo que algún dios ha organizado todo esto. Pues si desde un principio hubiéramos escogido la guerra, acaso hubiéramos aportado algún ejemplo de valentía, pero nadie ciertamente podría ver moderación en lo que decidimos. Pero si, al querer nosotros la paz, ellos se hubieran convencido de que debían mantenerla, se hubiera podido elogiar con justicia nuestra preocupación por la Hélade y nuestra falta de ambición. Sin embargo, no todos reconocerían nuestra valentía y fuerza al escoger vivir en paz. No obstante, ahora mostramos ambas
11 cosas de forma eximia. Pues a aquellos a quienes proponíamos la paz y a quienes impedíamos hacer la guerra les ofrecíamos muestras de la mansedumbre y precaución de los griegos a fin de que nada sufrieran; pero ante aquellos a los que vencimos en la guerra, una vez forzados a luchar, conseguimos reputación de valentía y poder, de forma que por ambas razones la ciudad consigue admiración además de estima. Después viene, según creo, la tercera ocasión que necesita buen juicio, la que nos hará parecer superiores en todo a nuestros antagonistas, si la abordamos como es debido. Por lo tanto, siendo imposible ser superiores en todo, tanto cuando hemos vencido como cuando hemos
12 emprendido algo, seamos reservados. Si nos mantenemos en paz, el éxito por nuestros actos se mantiene y se agrega en todo la prudencia. Pero si iniciamos la guerra, que acostumbra a mudar las cosas, temo que al pretender incrementar los éxitos perdamos el crédito por lo que teníamos en nuestro haber. Creo que no se aviene el amor al riesgo a quienes actúan como nosotros, sino a quienes están en una situación como la de ellos. Pues si bien unos,

aunque nada más hicieran, tendrían reputación y la mejor fortuna por sus hechos anteriores, para los otros, sin embargo, si mantuvieran la paz, resultaría vergüenza y una desgracia constante. Pero se lanzan al peligro con la esperanza de librarse de los males presentes, si luchan mejor. No está fuera de razón intentarlo, si se calcula, que en caso de que fracasen, quedarán más o menos igual que antes, pero que, si consiguen vencer, se librarán de todos los males.

Nadie desconoce que el porvenir está velado para todos 13
los hombres. Pues cuando ni la tiranía es poderosa ni la riqueza estable y tienen lugar miles de cambios privados y públicos y, por Zeus, no sólo para las ciudades, sino incluso para los pueblos, ¿quién podría prever el futuro? No obstante, es de hombres prudentes inclinarse por lo mejor tras examinar las dos posibilidades. Nosotros, en efecto, si vencemos a los lacedemonios y conquistamos el Peloponeso, aumentaremos el imperio, es de creer. Pero si —¡ojalá no suceda!— fracasamos, peligrarán nuestras posesiones. Así cuando la ventaja es menor que la dificultad, es mejor llegar a un acuerdo. Y, si se puede alcanzar una victoria to- 14
tal, el inclinarse por la paz comporta la fama opuesta a la de ambición por haber preferido lo mejor para todos y por haber tenido en más el preservar a la Hélade que el destruir a los enemigos. Pero no cuidarse de lo que el incierto porvenir depare está fuera de toda argumentación.

Se debe optar por la paz

Así pues, escoger la paz es correcto 15
por los dos motivos, pero además confiar en la guerra comporta más daño que ventajas, si se ponen el uno al lado del otro. Me pregunto si sabréis perdonar la vida a los lacedemonios cuando les venzáis y ahora, cuando es posible ahorrar vuestras vidas y las de ellos, no os vais a atrever. ¿Qué diréis, atenienses? Pues cuando navegasteis 16

en torno al Peloponeso y realizasteis desembarcos en su territorio[3] y ocupasteis la propia Pilos[4] e hicisteis lo demás, si alguien os preguntara por qué hicisteis estas cosas, podríais decir que forzados y que, mientras nosotros deseábamos vivir en paz, los lacedemonios no compartieron nuestra forma de pensar, nos provocaron para tomar las armas.
17 Pero ahora, ¿qué diremos, si alguien nos pregunta al vernos navegar o realizar una expedición por tierra o metidos de lleno en una de estas actividades? ¿Acaso que fuimos forzados? Pero quienes entonces optaron por la fuerza, vienen ahora en son de paz. Pero ¿acaso quedaríamos en desventaja, si la aceptáis? Sin embargo, nadie nos manda abandonar Egina ahora ni marchar de Potidea ni acoger a los de Mégara[5], se quiera o no se quiera, ni hay ingerencia alguna en nuestros asuntos, la ley sigue en vigor, el imperio sobre los helenos es sólido, los territorios están a salvo y los puertos y los caballos y las trirremes y la capacidad de de-
18 cidir sobre todo ello. Sin embargo, los que hicieron aquellos solemnes anuncios y atrajeron a los helenos con la pa-

[3] Mientras los peloponesios saqueaban la Paralia, la región litoral del Ática, Pericles dispuso una flota de 100 naves que transportaba 4000 hoplitas y 300 hombres de a caballo —después se agregaron 50 naves de Quíos y Lesbos— con la que atacó ciudades costeras del Peloponeso; cf. Tuc., II 56.

[4] Alude al largo proceso militar y político por el que finalmente se tomaron 292 prisioneros de los que 120 eran espartiatas. El suceso provocó un cambio decisivo en la marcha de la guerra. Ello es narrado de forma intermitente en el primer tercio del libro IV de Tucídides.

[5] Se refiere Aristides en este pasaje a las demandas de una embajada lacedemonia enviada antes de que comenzara la guerra con la que se pedía que los atenienses retiraran sus tropas de Potidea, concedieran la autonomía a Egina y derogaran el Decreto Megárico, que prohibía a los de Mégara el uso de los puertos bajo el control directo o indirecto de los atenienses; cf. Tuc., I 139.

labra «libertad», éstos ahora confiesan ser felices si se les permite habitar con hegemomía su territorio, y los que disputaron con vosotros por la autonomía han terminado reforzándola. Antes de comenzar la guerra, se hubiera esperado que ellos atacaran pronto. Pero, una vez que acometieron el enfrentarse a nosotros y después desistieron, no podrán decir que poseéis de forma injusta vuestro imperio, ni que pueden impedíroslo, de forma que de hecho aportarán su voto a que poseáis el imperio de forma razonable, y os entregarán a los helenos todavía en mejores términos que cuando ellos mismos estuvieron de acuerdo en dejar de lado a Pausanias y os prefirieron a vosotros[6].

Pero si los lacedemonios tuvieron tal disposición para 19
con vosotros desde el principio, ¿qué os condujo a esta guerra? ¿acaso considerasteis inadecuada la paz[7]? ¿quiénes hay mejores que vosotros en el respeto por las cosas divinas? ¿podría alguien decir que nada os basta? A pesar de que los corintios os reprocharon esto[8], nadie lo compartió. Además, ¿no cejaréis, si os es posible obtener, lo que si al principio hubierais tenido, no hubierais comenzado la guerra? Pero al tiempo que afirmáis hacer la guerra a vuestro pesar, ¿no os inclinaréis a la paz de buen grado? ¿Por qué? ¿Porque gracias a Zeus tuvimos éxito en todo cuanto pedimos?[9]. Ciertamente éste es el mejor motivo. Pues, nada

[6] Regente espartano de sangre real que venció en Platea y después maquinó una alianza con Jerjes y que finalmente murió de hambre cuando a punto de ser detenido por indicación de los éforos tomó refugio en el templo de Atenea Calcieo; cf. Tuc., I 128-134.

[7] Se refiere a la Paz de los Treinta Años, que supuso el final de las pretensiones de control de Grecia central por parte de Atenas; cf. Tuc., I 115.

[8] Cf. Tuc., I 70.

[9] No es aceptable la enmienda de Lenz a este pasaje, cf. Behr, *P. Aelius Aristides,* I, pág. 485 n. 14.

perdimos de lo que teníamos y además se añadió la reputación de la victoria y de que nadie se atreve a hacernos daño.

Peligros posibles en una guerra

20 Si estábamos contentos con lo que teníamos, ¿cómo no vamos a estar contentos ahora con aquello y lo que hemos agregado? Preguntad a los que os apremian y piden realizar una guerra total quién será vuestro garante en este asunto. Pues no siempre lucharemos en torno a Esfacteria [10], ni será posible a los generales navegar contra objetivos dispuestos para ser tomados, ni traer prisioneros de acuerdo con lo previsto [11], sino que sucederá lo que es propio de una confrontación. Pero si éstos afirman que garantizan el resultado, hablarán como
21 locos, no como cuerdos. Aún más, si ellos solos fueran a correr el riesgo y no todos, todavía. Pero si nosotros, una vez convencidos, seremos los primeros en ser castigados, ¿qué ganancia obtendremos además de ser castigados junto con ellos [12], si al mismo tiempo es posible que tanto ellos como nosotros vivamos seguros? Pero si, en efecto, ellos confiesan que no pueden dar garantías, ¿cómo va a estar bien
22 confiar en lo que para éstos resulta ser vergonzoso? Y lo que es ligereza si se dice de palabra, ciertamente es cobardía considerar que de hecho tendrá lugar. Pues es necesa-

[10] Isla situada frente a las costas de Pilos, en la zona sudoccidental del Peloponeso, que fue escenario de una victoria famosa de los atenienses sobre los espartanos; cf. TUC., IV 8-41.

[11] Lo que viene a decir el supuesto orador es que el asunto salió bien por casualidad, cuando Nicias dejó el mando y lo tomó Cleón, que no lo esperaba y se vio obligado a llevar a término sus fanfarronadas, cf. TUCÍDIDES, IV 28.

[12] El texto está corrupto, cf. BEHR, *P. Aelius Aristides...*, I, pág. 485, n. 17.

rio, si es incierto lo que va a suceder, optar por el riesgo, siempre que mantener la paz sea evidencia de lo peor. Por ejemplo, convino correr riesgos, cuando los bárbaros nos atacaron. ¿Por qué? Porque, si no llegamos a actuar así, la alternativa era la esclavitud. Y de nuevo hicimos lo mismo cuando los lacedemonios nos ordenaron lo que no nos hubiera sido correcto aceptar. Pero si en la paz convive la reputación con la seguridad, en tanto que en la guerra se pasan peligros no sólo por las posesiones, sino también por la propia reputación, ¿por qué debéis de forma tan vana buscar la confrontación, como si estuvierais tan enojados con vosotros mismos en no menor medida que con ellos?

Tened también presente que todos los hombres con pru- 23
dencia estiman la paz por no entrañar peligros, pero también los prudentes parecen emprender las guerras por la buena reputación. De forma que por estas cuestiones surgiría una disputa y cada uno decidiría según su carácter, los unos prefiriendo la paz y los otros la victoria. Pero ahora no es posible separar ambas cosas, sino que, como si hubiera un dios que quisiera mostrarnos que se debe aceptar la paz, y con ella vivir tranquilos y ser respetados, para los que prefieren la guerra está la pérdida de la reputación en
no menor medida que el peligro. ¿Por qué? Pues porque 24
parecerá que hacemos la tregua no por temor a lo que nos pase, sino por humanidad, y ello no es poco en lo que hace a la virtud. Pero si estamos por la guerra, nos haremos acreedores de los tres peores defectos: insaciabilidad, crueldad e insensatez. Pues en ello hay un vivo deseo por más de lo que es debido, alegría por las desgracias de los helenos y el no saber tener juicio ante los problemas. El reproche por cualquiera de estas tres cosas no puede ser más contrario a la naturaleza de la ciudad. Pero si a ello se le agrega la derrota, ¿qué se podría decir?

25 No esperéis ese día en el que parecerá que deseáis la paz forzados por la necesidad, sino decidid en favor de los helenos, si no actuáis en favor de los lacedemonios, recurriendo no sólo a los ejemplos actuales como a los del pasado, en este momento en el que todavía dueños de vuestro destino podéis optar entre hacer la guerra o vivir en paz. Pues después de vencer al bárbaro y querer llegar tan lejos como era posible, perdimos doscientas cincuenta naves en las dos expediciones a Egipto [13]. ¿Quién desconoce que es más fácil vencer a los bárbaros que a los lacedemonios? Es
26 necesario considerar esto y no pasar por algo parecido. Debemos pensar como lo más fuera de lugar que, mientras en un tiempo tuvimos Nisea, Pegas y Acaya, las abandonáramos voluntariamente por tener en mayor aprecio la paz que las ventajas de la guerra, y sin embargo ahora, que no es posible añadir algo a nuestras posesiones y al mismo tiem-
27 po añadir reputación y poder, no queramos. No obstante, en una ocasión creímos necesario abandonar la ciudad y dejar los templos y las tumbas, y correr riesgos en nuestros cuerpos y posesiones por la salvación de los helenos [14]. Pero aun siendo posible que los que corren riesgos pongan a salvo sus asuntos cuando ponen fin a su actuación, nosotros no nos atreveremos a actuar de esta manera, sino que consideramos que los atletas que terminan su carrera victoriosos y no por obligación están en lo correcto. Nosotros no actuaremos así, ni llegaremos a pensar que, de igual manera que es propio perseguir a los bárbaros hasta el fin, se deben considerar las luchas de los helenos entre sí como competiciones por coronas y que la victoria es el fin, sin

[13] Se alude someramente al desastre en Tuc., I 110: «Sólo unos pocos... se salvaron...».

[14] Es un tema que reitera Aristides en todos los discursos en los que aparece Atenas.

buscar nada más allá de este límite. Si de nuevo se ha de 28
considerar cierta la frase que dice que la guerra de los he-
lenos entre sí se asemeja a una guerra civil [15], sin duda será
lo mejor considerar cómo se podrá terminar con ella lo más
rápidamente posible, y no buscar alargar sin límite lo que
no debería haber comenzado. Y ciertamente, si antes algu-
nos helenos estuvieron mal dispuestos con vosotros por
injustas suposiciones, ahora todos os juzgarán sus salvado-
res, si les libráis de sus problemas y males. Pues no mos-
trarán su favor a los que piden por necesidad, sino a los
que, dueños de sí mismos, prefieren estas mismas cosas y
las que son convenientes para todos.

Con estas premisas los lacedemonios no son de temer en el futuro

Considero que, si los lacedemonios 29
son de fiar en algo, lo conoceremos per-
fectamente, pero si pretendieran intrigar,
ése sería su mejor punto débil para actuar
contra ellos. Pues si, cuando necesitan
seguridad, se someten, pero atacan cuan-
do se encuentran con ánimo, es imposible que no actúen en
favor nuestro. Pues todos los considerarán indignos y los
odiarán, en tanto que de buena gana intentarán servirnos
según sus posibilidades. Me admiro de que alguien tema 30
que rompan la tregua, y que al mismo tiempo se decida ha-
cer la guerra voluntariamente y no se piense que se hace lo
contrario de lo que se quiere. Pues convenía actuar de mo-
do que se viviera con seguridad y no impedir que la hubie-
ra desde el principio. Pero creo que, si alguien considera
que los lacedemonios son unos embaucadores y mentiro-
sos [16], educados por sus propias desgracias se comportarán
de forma más suave. Pues al ver que sus anteriores com-

---

[15] Cf. PLATÓN, *República* 470 c-d.

[16] Recojo la propuesta de BEHR, *P. Aelius Aristides...*, I, pág. 485 n. 24.

31 portamientos no les han salido bien, serán prudentes de forma voluntaria o involuntaria.

Peroración

Yo aceptaría una segunda guerra más que seguir ahora en paz, si ellos están trastornados. Pues creo que entonces asistirá a la ciudad la ayuda de los dioses, en tanto que ahora nada hay tan importante por lo que convenga luchar más de lo que es conveniente. Yo ciertamente dije lo que creo mejor. Pido a los dioses por una de estas dos cosas: o bien que estéis de acuerdo conmigo o bien que la fortuna favorezca vuestras decisiones.

VIII

A FAVOR DE LA PAZ CON LOS ATENIENSES

INTRODUCCIÓN (VIII L-B; XXXII D)

El contexto histórico en el que Elio Aristides sitúa la declamación es el final de la Guerra del Peloponeso (405 a. C.). Con la oposición de tebanos, corintios y otros, un orador espartano defiende que Atenas no debe ser destruida.

Las *Helénicas* de Jenofonte (II 2, 19-23) facilitan la información del suceso y las posiciones encontradas de Esparta y sus aliados. Sin embargo, parte de la base documental de la declamación procede de nuevo de los hechos narrados por Tucídides en su *Historia de la Guerra del Peloponeso* [1]. La argumentación que sigue el orador [2] se funda en buena medida en que los méritos de Atenas y sus acciones benéficas para con la Hélade en su conjunto la hacían acreedora de un trato generoso por parte de sus adversarios en la guerra. La relación de los méritos y virtudes atenienses son un resumen de los expuestos en el Panatenaico: arrojo ante los persas, generosidad para compartir sus re-

[1] Por ejemplo, las intervenciones atenienses contra melios y escioneos y las espartanas contra los plateenses.

[2] Según un escoliasta, la argumentación está expuesta con brevedad y con contención en los sentimientos, de forma que fuera adecuada a un orador espartano; cf. DINDORF, vol. I, pág. 601.

cursos y hallazgos materiales y espirituales, hospitalidad para con los exiliados...

No hay indicios que permitan fechar el discurso.

VIII. A FAVOR DE LA PAZ CON LOS ATENIENSES

Proemio

El día que durante tanto tiempo deseamos todos, varones lacedemonios, ya está aquí, concediéndonos la ocasión de decidir en torno a Atenas lo que queramos. Es necesario que no seamos viles y que si se debe decir esto, no deshonremos nuestras acciones, sino que debemos saber qué gran hazaña se ha ejecutado y que a los atenienses no les faltan desgracias ni nosotros ganamos nada con encolerizarnos. Os ruego que no creáis que hablo por estima hacia estos hombres, si no bastan las muchas pruebas, de todos conocidas, que he dado de mi estima por vosotros y de mi odio hacia ellos. Creo que os debo aconsejar a vosotros de forma no distinta a como yo mismo me aconsejé: que antes de considerar qué deben sufrir ellos, veamos lo que es bueno para nosotros, y que no se olvide que nuestros planes son no menos sobre la ciudad de Atenas que sobre la nuestra. Pues si clausuramos nuestras acciones con una decisión adecuada, habremos decidido en favor nuestro y habremos vencido de hecho, pero si acometéis lo que algunos os recomiendan, temo que sea adecuado decir algo inesperado.

1 2

3 Si alguien nos preguntara por qué emprendimos esta guerra tan grande y larga, no podríamos decir ni que nos

saquearon, ni que se apropiaron del territorio, como los argivos[1], ni nada semejante; ni tampoco por envidia a su po-
3 der y a su prosperidad, pues esto no lo aceptaríamos de ninguna manera. Entonces, ¿por qué? Responderíamos que por la libertad de los helenos; sin embargo creo que no es necesario que lo digamos, pues todos declararían en favor vuestro. Ciertamente nadie podría decir que teníamos una ventaja superior a ésta contra ellos. Pues ellos fueron superiores a partir de su intervención en asuntos ajenos, pero nosotros a partir de lo que anunciamos[2].

No os comportéis de forma inadecuada

4 ¿Por qué, varones lacedemonios, recordé estas cosas? Por una parte, para que veáis que nada nos queda por hacer, sino que la guerra ha llegado a su fin. Pues de la misma forma que, si hubiéramos sido libres desde el principio, no habría habido nada más que buscar, así ahora se ha cumplido la misión. Y si así actuamos, mostraremos que los hechos son acordes con las palabras y lograremos la victoria más hermosa, conveniente para los helenos, y honrosa para nosotros mismos. Pero si destruimos de una vez por todas la ciudad, daremos la impresión de haber hecho la guerra no por pensar en los helenos, para que fueran libres, sino por animadversión hacia su ciudad y por llevar a efecto nuestra propia maldad y no por no soportar su desmesura. Todo ello es manifiesto que va contra nosotros.

[1] Argos fue una enemiga tradicional de Esparta en el Peloponeso.

[2] El texto presenta dificultades, cf. BEHR, *P. Aelius Aristides...*, I, pág. 486, n. 3.

Hay que ser generosos

Tened presente otra cosa, aunque a alguno le parezca raro. Los errores de los atenienses les socorren, pues nos fuerzan a comportarnos de forma benévola. ¿Por qué razón? Porque, si bien en un tiempo consideramos necesario encolerizarnos con los atenienses, si sometían a algún heleno, ciertamente ahora no nos es posible destruirlos. Pues ni privar de libertad y destruir son en efecto, cosas parecidas, ni, cuando con ellos no concuerda de estas dos cosas la menos grave, a vosotros sí acomoda la más grave. Ni se debe decir que es necesario hacer autó- 6 nomos a todos los demás y pasar peligros por ellos, y sin embargo, tener tan en nada la causa de los atenienses como para aniquilarles, cuando es posible salvarles con sólo votar. Pues de la misma forma que no os favorecería, si considerarais que sólo ellos debían ser esclavizados, ciertamente mucho menos el destruirlos. ¿Cómo no va a resultar 7 fuera de lugar echarles en cara lo que hicieron mal con los escioneos[3] y los melios[4], y decir que fueron sus más grandes injusticias, pero al mismo tiempo considerar que se les debe imitar, como si fueran acciones correctas, y no considerar ni ver que alguna razón había para que los atenienses actuaran así —de igual forma ellos podrían decir que parece eran maltratados por inferiores y que no se les odiaba con justicia y que no hicieron caso a sus advertencias y otras cosas semejantes, aunque sin ser argumentos sólidos

[3] Los atenienses en Esciona dieron muerte a los adultos, hicieron esclavos a las mujeres y niños y entregaron el territorio a los de Platea. Para la toma de la ciudad y masacre de sus habitantes, cf. TUC., IV 130-133 y V 32.

[4] Hicieron lo mismo que en Esciona, con la diferencia de que en este caso los propios atenienses ocuparon el territorio enviando quinientos colonos a la isla, cf. TUC., V 116.

ni suficientes, yo lo afirmo, sin embargo, los podrían decir sin vergüenza—, no obstante, no nos queda motivo alguno para no hacer las mismas cosas que hemos criticado y que declaramos que no debían suceder entre los helenos? ¿Qué mal os parecerá, en calidad de jueces, que han podido co-
8 meter ellos, si no os parece malo destruir Atenas? Creo, varones lacedemonios, que si alguien os exhortara a imitar la batalla de Maratón[5] o el combate naval de Salamina[6], que no lo consideraríais oportuno, entonces todavía menos unos errores tan notorios. Si no es oportuno que toméis las mejores hazañas de otros, sino que nosotros mismos seamos ejemplo para los demás, ciertamente recomendaros sus peo-
9 res tropelías es enteramente de locos. Me parece que hay exceso en ambos casos. Pues los que actúan son los lacedemonios y no los atenienses, y los que sufren son los atenienses y no los escioneos, cuyo nombre para muchos es desconocido. Puesto que me parece que ellos, si nos hubieran vencido, nada más hubieran buscado, sino que retraídos por vuestra dignidad y virtud hubieran parado ahí. Sabemos que de alguna manera respetaron a los prisioneros de Pilos.

10 No miréis por qué les vais a castigar, sino quiénes son ellos y quiénes vosotros y la medida del castigo. Ahora a

[5] La batalla de Maratón es uno de los temas más queridos y utilizados de los de las Guerras Médicas. Se recurrió a él tanto en la literatura clásica del s. v y IV a. C. como en época romana: cf. N. LORAUX, «'Marathon' ou l'histoire idéologique», *Revue des Études Anciennes* 75 (1973), págs. 13-42; *L'invention d'Athènes*, París, 1981, págs. 156-173; F. GASCÓ, «Maratón, Eurimedonte y Platea: un comentario a *Praec. Ger. Reip.* 814 AC» en A. PÉREZ JIMÉNEZ y G. DEL CERRO CALDERÓN, *Estudios sobre Plutarco: obra y tradición*, Málaga, 1990.

[6] N. LORAUX, *L'invention*.

los eginetas es posible recuperar su patria[7], pero si nosotros destruimos a los propios atenienses y derruimos la ciudad, no nos quedará la posibilidad de arrepentirnos si queremos. Yo pensaba que en modo alguno era oportuno hacer 11 estas propuestas a los que criticaban a los atenienses. Si se actuó con justicia con ellos, ¿por qué se les critica? Pero, si no actuaron con mesura, ¿cómo va a ser bueno para vosotros sobrepasarles tanto en insensibilidad? Pues yo creo que si les perdonáis, de hecho haréis firmes las acusaciones y mostraréis cómo se debe comportar uno con los griegos. Sin embargo, si les destruís, hablaréis en la mejor forma posible en su favor. De la misma forma que los vencedores en los juegos consiguen reputación, así vosotros, si superáis su inclinación, participaréis de su mala reputación. Al atacarles de esta manera les libráis de culpa, pero con el perdón les condenáis.

Además no debéis descuidar que por la cólera de lo que 12 les acusáis, los helenos les verían ahora de buen grado sufriendo, pero pasado el tiempo y tras considerar el asunto, se compadecerán de ellos y os lo reprocharán. Además muchos cambios de circunstancias tienen lugar. Se debe tener presente y considerar que los que les echan en cara los padecimientos de los melios y los escioneos, también os echan en cara a vosotros lo de los plateenses[8]. Pero lo que se puede disculpar en una guerra sin fin, esto no se puede disculpar de igual manera al término de la guerra cuando es posible poner fin a las acciones. No es que sea bueno

[7] Lisandro devolvió su ciudad a los eginetas (y a los melios), cf. JEN., II 2, 9.

[8] Se refiere a la muerte de 200 plateenses, inducida por los tebanos, después del asedio y acuerdo al que llegaron los habitantes de Platea con los lacedemonios, cf. TUC., III 52-68.

que tales sucesos hayan tenido lugar, sino que desde el principio ninguno de ellos debía haber sucedido. Pues, ¿qué griego quedará, si por los que murieron antes, los que
13 vienen después tendrán que pasar por lo mismo? Observad que en las competiciones recompensadas con coronas, a los que luchan sin seguir las reglas no se les elogia, ni, si alguien se lo echa en cara, permitimos que se comporte de la misma forma, sino que venzan, si pueden, los que se mantienen dentro de las reglas. En efecto, cualquiera que fuera heleno no sólo de palabra, sino de mente estaría de acuerdo con que los conflictos entre los helenos no van más allá de estos de los que he hablado, sino que terminan con la victoria, sin embargo el aniquilamiento de los vencidos se se ajusta a la forma de ser de los bárbaros enemigos por naturaleza.

Bastante han sufrido los atenienses

14 Incluso si les juzgamos los peores enemigos entre los hombres, creo que lo que ya hemos hecho no es tan insignificante como para necesitar imponer nuevos castigos, si se habla sobre lacedemonios y a lacedemonios. Al ver sus más de trescientos trirremes en el Pireo y tantas y tantas riquezas llegando cada año y su ambición, que llegaba hasta el lago Meotis, y lo que tenían sometido por la fuerza y por la razón y que consideraban propio el poder de Posidón y que navegaran en torno al Peloponeso[9] y su atención a todo, a lo de Sicilia y Cartago[10], y que no podían estar quietos, y que todo lo hacían suyo, yo pensé que era momento para el odio y para el miedo, y que era necesario moderar su atrevimiento y volver las co-

---

[9] Cf. Tuc., II 56.

[10] Así lo manifestó Alcibíades, según Tucídides (VI 90), en un discurso ante los lacedemonios.

sas a su cauce. ¿Pero ahora qué ocasión hay de miedo o de 15
envidia? o ¿con qué objetivo querremos luchar? ¿Acaso no matamos a miles de ellos en Sicilia recurriendo a todos los procedimientos? ¿Nos olvidamos de caballos, dardos, naves o recurso alguno para inflingir daño? Doscientas naves fueron tomadas, tres mil hombres murieron como saqueadores de templos [11], los restantes cayeron cada día a causa de la peste, todos están atrapados como en una red y aquellas abundantes y brillantes hazañas se han esfumado como
un sueño. Además, ¿estamos enfadados con ellos? En mo- 16
do alguno. Pues es propio de hombres con vuestra naturaleza reprimir por las armas a los que se os enfrentan, por otra parte tratar benignamente a los derrotados y considerar que un buen uso de lo conseguido aporta tanta honra como la victoria. En especial, si han venido a ser los más perniciosos para los helenos en el tiempo presente, hubo una época en que, después de nosotros, ninguno hubo mejor.

Atenas, benefactora de la Hélade

Pero si analizáis el asunto correcta- 17
mente, en modo alguno parecerán comparables las acusaciones de ahora con sus buenas acciones de entonces —me refiero tanto a la importancia como al número—. Ciertamente ahora dejaron desiertas Escione, Melos y Torone y dos o tres ciudades más [12], pero entonces contribuyeron a salvar todas las ciudades en la Hélade, peleando ellos solos contra Datis [13], pero en común con nosotros con-

[11] Por hambre.

[12] El pasaje está inspirado en Jenofonte, *Helénicas* II 2, 3 y además de los ya mencionados sucesos de Melos y Escione (*vide supra*) habla de Torone (Tuc., IV 110, 114; V 2 y sigs.) y sugiere Histiea (Tuc., I 114) y Egina (II 27; IV 57).

[13] De nuevo Maratón.

tra Jerjes y sus lugartenientes. Y ahora han expulsado de su casa a los eginetas, pero entonces dejaron su ciudad para que nada irremediable sucediera a los helenos [14]; aun cuando les era posible marcharse o unirse al rey contra nosotros, no se atrevieron. ¿Hay algo que exculpe a estos hombres ante vosotros? Callo aquel antiguo acto de compartir el trigo y los misterios que aún hoy todos los años tienen lugar, y la aceptación de exiliados y otras múltiples buenas acciones [15].

Las acciones favorables de los atenienses para con los lacedemonios

18 Y tales fueron con relación a toda la Hélade los ahora odiosos e insoportables, pero ¿cómo se comportaron con vosotros? De cómo recibieron a los Heraclidas en esta ciudad y cómo iniciaron a Heracles y los Dioscuros, los primeros extranjeros, no voy a hablar. Pero si además del favor os suplicaran por estos dioses, sería razonable sentir vergüenza. Pero en la guerra contra los mesenios, cuando necesitábamos ayuda, ¿quiénes fueron los que enviaron a Tirteo [16]? o ¿quienes enviaron a Cimón durante el seísmo al frente de
19 cuatro mil hoplitas [17]? Entonces, ¿su comportamiento con vosotros fue tal y el vuestro será inferior? Cuando los dorios les hicieron la guerra, sólo nosotros no estuvimos de acuerdo [18], sólo nosotros les ayudamos cuando sufrían la ti-

[14] Las Guerras Médicas.

[15] Cf. el *Panatenaico* donde ofrece la relación canónica de las virtudes y comportamientos altruistas de Atenas.

[16] Licurgo, *Leócrates*, 106 y sigs.; Pausanias, IV 15,6.

[17] El seismo coincidió con una sublevación de hilotas que se fortificaron en el Monte Itome, cf. Tucídides, I 102; Diodoro Sículo, XI 63-64; Plutarco, *Cimón* 16-17; Pausanias, I 29 Y IV 24.

[18] Es una extraña versión de la invasión doria, cf. Behr, *P. Aelius Aristides,* I, pág. 486 n. 19.

ranía [19]. Tanto nos apresuramos en llegar a Maratón, que
nos convertimos en correos. Entonces, ¿está bien que los
que contribuyeron a salvar a nuestros antepasados mueran
ahora a nuestras manos con sus hijos y mujeres o que los
que abandonaron su ciudad por la libertad de los helenos
sean privados de la ciudad por nosotros o que a los que
ayudasteis en su libertad contra los tiranos y que antes de
mostrar las virtudes de las que he hablado, aniquiléis aho-
ra a estos mismos? Perdonasteis a los que mediaron, a los 20
que antes habíais decretado diezmar [20], y no menos fueron
los atenienses los que os convencieron de esto. Sin embar-
go, ¿conviene que los libertadores de la Hélade que se alia-
ron con vosotros y con los helenos en los templos comunes
tengan un final semejante? Y en tanto mataron a los bár-
baros, que vinieron por la tierra y el agua, por pensar que
saqueaban los bienes de Atenea, y sólo estas dos ciudades
honraron el linaje de los helenos con lo que decretaron, la
nuestra y la de ellos, cuando fue derruida y la acrópolis y
los templos y la ciudad completamente aniquilados y el te-
rritorio entregado a cualquier hombre, ¿acaso creéis que
nada de esto interesaba ni a los otros dioses ni a Atenea,
que es fundadora común de las dos ciudades y lleva el
nombre de su ciudad? En modo alguno, varones lacedemo- 21
nios, imitemos a los bárbaros ni arruinemos a la que canta-
mos como baluarte de la Hélade [21], ni la descuidemos, ni
oscurezcamos uno de los ojos de la Hélade [22], sino que ha-
ciendo memoria de aquel día en el que os obedecieron,

[19] Al final de los Pisistrátidas una invasión lacedemonia contribuyó a la marcha de Hipias, cf. HERÓD., V 63 y sigs., 76.

[20] HERÓD., VII 132,2.

[21] PÍND., frag. 92 TURYN = frag. 76 SCHROEDER.

[22] Cf. ARIST., *Retórica* 1411a5.

cuando les necesitabais para que no abandonaran a los helenos, sin hacer caso de las promesas del rey, despreciando peligros y miedos, corresponded con ellos en esta oportunidad, considerando que una de las cosas más vergonzosas sería estar de acuerdo en privado, si fueran sus actos de humanidad más importantes que las acusaciones, pero no salvaguardar este acto de justicia para una tal ciudad.

Atenas es el mejor aliado potencial de los lacedemonios

22 Vamos, por Zeus, pues no se puede negar, si de nuevo el bárbaro la emprende contra nosotros —todo puede suceder con el transcurso del tiempo— y sabemos cómo fue castigada la Hélade, ¿a quiénes, decidme, tendremos a nuestro lado? ¿A quiénes mandaremos llamar primero? ¿Entre quienes tendrán más oportunidad nuestros enviados para pedir auxilio? Si me hacéis caso, perdonad a los atenienses, pero también perdonaos antes a vosotros mismos y a toda la Hé-
23 lade. Despedid con razón a estos que están enfadados en exceso, haciendo memoria de una ciudad tras otra, porque no eludimos peligro alguno o dificultad por su causa y tienen lo que querían; los corintios consiguieron Potidea y las colonias [23], los eginetas poder recuperar su ciudad, los de Mégara hacer uso de los mercados y puertos de los atenienses. Y bastante favor fue el concedido a los tebanos con Platea al comienzo de la guerra [24]. Pero no es verosímil que ellos fuercen estas cosas, sino que es más probable que os concedan, si no a los atenienses, sí a vosotros la gracia de no haber errado al actuar en su favor y no ser ofensores

[23] Es una noticia que posee lógica, pero que no está atestiguada en las fuentes que se nos han conservado; cf. BEHR, *P. Aelius Aristides...*, I, pág. 487, n. 26.

[24] Cf. TUC., II 2-12.

de la diosa y los helenos. Pues es un sacrilegio mucho mayor que los que vosotros mismos una vez expiasteis[25].

Peroración

Para terminar en pocas palabras, si os 24
hubierais encontrado con que los atenienses habían vencido, estaría bien actuar como propongo. Pero si no es así, venzámosles en dos terrenos, en el de las armas y en el de la humanidad.

---

[25] Cf. TUC., I 128.

IX-X

A LOS TEBANOS: SOBRE LA ALIANZA

INTRODUCCIÓN (IX-X L-B; XXXVIII-XXXIX D)

En el 338 a.C. Filipo II, después de la toma de Elatea, se disponía a cruzar Beocia camino del Ática. Para tal operación necesitaba la connivencia de Tebas. Los atenienses recibieron con gran alarma la noticia de la toma de Elatea y enviaron una embajada con Demóstenes al frente en la que pidieron a los tebanos que tomaran partido a su favor contra el macedonio. De inmediato mandó a su vez Filipo una embajada en la que pedía el apoyo de Tebas o, si no, su neutralidad. Prevaleció ante los tebanos la petición ateniense. En este contexto histórico se sitúan los dos discursos *Sobre la alianza*. La base documental a la que recurrió Aristides se puede encontrar en Demóstenes (XVIII 169-170 y 211-214), Diodoro Sículo (XVI 84-85) y Plutarco (*Demóstenes* XVIII). También en esta declamación —y aquí todavía con más motivo por tratarse de sucesos vividos y documentados por el orador ático— se aprecia la influencia de Demóstenes.

IX. A LOS TEBANOS: SOBRE LA ALIANZA (A)

ARGUMENTO

Cuando Filipo pide a los tebanos permiso para pasar por su territorio para atacar a los atenienses, los atenienses se presentan para ofrecer su alianza.

Proemio

Nadie se admiraría de que Filipo, tebanos, haga lo que tiene por costumbre, porque ha vencido a muchos más por el 1
engaño que por las armas; también ahora él se presenta con la esperanza de actuar así contra vosotros. El pueblo ateniense, en su disposición acostumbrada y tradicional, nos delegó para venir aquí a mostraros, si no lo sabéis, en qué clase de asuntos estáis, o, si lo sabéis, a prometeros ayuda y, por Zeus, a ponerlo de manifiesto de palabra. Está en vuestras manos no resultar inferiores a la fortuna ni, lo que las circunstancias han concitado contra vosotros, dejar que domine, por descuidar, lo que es antídoto para este tipo de situaciones para después buscarlo.

Codicia de Filipo y generosidad de Atenas

Filipo confesó, e hizo bien, una sola cosa: hizo por su interés y no por vosotros lo mucho y admirable que narraron hace poco sus embajadores. Pues en caso 2
contrario no hubiera terminado aquí ni pediría lo que ahora pide. Si vosotros vais a corresponder

en los mismos términos, no nos indignamos, pero entonces él y vosotros debéis tener la misma forma de pensar sobre lo que es justo. Sin embargo, si el agradecimiento es convertirse en esclavo, me parece que se me escapa o bien en qué os favoreció tanto o bien por qué estáis tan disgustados con vosotros mismos, que os queréis imponer voluntariamente tal castigo.

3 Analizad, no obstante, a partir de esto mismo la diferencia entre una y otra embajada. Pues Filipo la envió para pedir que le ayudarais, mientras que nosotros venimos con la voluntad de ayudaros, si lo admitíais. No hacemos nada nuevo ni fuera de lo habitual. Recordad un solo hecho conocido de todos: cuando rompisteis con los lacedemonios después de aquella gran amistad y relación [1], que no interrumpisteis vosotros, sino ellos por maquinar lo mismo que Filipo con respecto a vosotros, entonces ninguno de los helenos —me refiero tanto a los que viven en Europa como a los que viven en Asia— se puso de vuestra parte, salvo nosotros mismos [2]. Nuestro comportamiento actual lo ha su-
4 perado con mucho. Pues entonces, cuando vinisteis, os atendimos, pero ahora venimos por iniciativa propia para asumir la posición de vuestros consejeros o, si así lo queréis, adoptándola de forma anticipada. Pues nos parece que hay un temor tan grande para toda la Helade, que consideramos ya estimable si el que haya alguien capaz, si se lo piden, de convencer a los demás para que quieran salvarse.

[1] Tebas, en efecto, fue uno de los aliados incondicionales de Esparta durante la Guerra del Peloponeso.

[2] Se refiere a la invasión de Beocia por el espartano Lisandro, que terminó con victoria tebana y la muerte del propio Lisandro; cf. I 266-268, donde también trató Aristides este suceso, y JEN., *Helénicas* V 5, 5-21.

Tampoco acordamos esto ahora por primera vez, sino que también en la antigua expedición del bárbaro pusimos en pie de guerra a todos los que pudimos y no tuvimos vergüenza de pedir lo que era conveniente para el conjunto [3].

A los que piensan lo mismo que nosotros, esta breve 5
frase acaso basta, porque omitimos hablar de la caballería y de los hoplitas. Pero a los que nada meditan sobre el futuro y aún están bajo el influjo del engaño y las esperanzas, sólo les digo que considero que las palabras son un estorbo para las acciones, si no se las dispone de la forma más concisa posible. Además yo trataré cuanto ahora es oportuno.

Si Filipo fuera juzgado primero entre vosotros, sería 6
una suerte para los demás helenos. Pero de igual manera entrañaría un peligro para vosotros, que no habéis visto ni observado su actitud fuera de aquí. Pero ahora sean vuestra fortuna los errores de los demás y, dejando de lado las palabras de unos y de otros, dad crédito a sus actos. ¡Ojalá no hubieran tenido los helenos ejemplos semejantes entre ellos y hubieran habitado todos sus ciudades en paz y felicidad! Sería toda una desgracia no sacar enseñanzas de lo que hemos contemplado. Fue cuando los olintios existían [4].
¿Cómo los trató Filipo? Yo creo que de forma más humana 7
de lo que ellos mismos pedían. ¿Quién podría contarlo todo? Pero ocupaban Antemo [5] en su territorio, donde antes no podían poner el pie [6]. Así él estimó más la amistad con

[3] Alusión a las guerras médicas.

[4] Filipo arrasó Olinto y esclavizó a sus habitantes en 348; cf. DEM., IX 26. Algunos de sus habitantes consiguieron refugiarse en Atenas; cf. M. N. TOD, *A Selection of Greek Historical Inscriptions,* II, Oxford, 1962 (r.), n. 166.

[5] Población al norte de la Calcídica.

[6] Vieja aspiración de los olintios y cedida por Filipo junto con Potidea, de donde expulsó a los colonos atenienses (355); cf. DEM., VI 20.

aquéllos que la enemistad con nosotros, de forma que tras arrebatarnos Potidea se la entregó a aquéllos, lo que resultó un peligro para él mismo y un premio para los olintios.
8 ¿En qué benefició esto a los olintios?¿Acaso aportó algunos buenos frutos? Pero él, que al principio dio lo que nadie le pidió, éste es el mismo que después no les dejó nada. Por el contrario a cambio de haberle entregado Potidea, no los entregó a otros, sino que los destruyó por completo, y en lugar de parar su codicia en Olinto, ocupó treinta y dos ciudades e hizo un desierto escita para los helenos en Tra-
9 cia[7]. Pero, ¡por los dioses!, ¿cuánto creéis que habrían pagado los olintios, cuando estaban siendo aniquilados y sufrían muchos y terribles males, por saber con anticipación que les iban a suceder estas cosas y decidir lo mejor en torno a estas cuestiones? Yo creo que lo habrían dado todo. Pero eso, según parece, no les fue posible, sino que a la vez que se enteraban fueron destruidos. Pero vosotros, en tanto podáis, recurrid a este ejemplo y no queráis ser vosotros
10 mismos ejemplos semejantes para otros. Siempre que el Tilfoseo[8] y el territorio de los focidios os resulte una ganancia maravillosa[9], juzgad y preguntaos a vosotros mismos, mientras ponéis en la balanza vuestra ciudad, territo-

[7] En intervenciones que se sucedieron desde el 352 Filipo fue actuando cada vez con más fuerza en Tracia, hasta que en el 342 llevó a cabo un ataque final, quizás con Persia en perspectiva, cf. DEM., XII 10; DIOD. SÍC., XVI 71.

[8] Lugar fortificado al sur del Lago Copais y entre Haliarto y Coronea, cf. DEM., XIX 141.

[9] Alude al desenlace de la Guerra Sagrada. Los focidios en conflicto con los tebanos después de cambiar de alianzas buscaron el apoyo de Filipo, que de esta manera consiguió una fuerte posición en Grecia Central y su incorporación al consejo de la Anfictionía (346); cf. DEM., XIX 327.

rio, templos, tumbas, costumbres, reputación y cuanto se pudiera decir, si no son estas cosas dignas de mayor aprecio. La privación de todo esto, si os fijáis en el ejemplo mencionado, está en el horizonte. Resulta extraño que, por 11
una parte, no se tenga agradecimiento a los prestamistas y que en principio no queramos aproximarnos, si cobran un interés excesivo, pero que, por otra, se considere que no han de merecer de todos odio y desconfianza los que imponen una carga tal y exigen a cambio tantas cosas. Reflexionad al comparar vuestra situación con la de los olintios, excepto por su fortuna. Pues no penséis, por ser los nombres de los lugares distintos, que las situaciones difieren. ¿Dio a ellos regalos como a vosotros o no les dio? Y fueron muchos. Y al final ¿les convino o no les convino?

Vamos, observad también cómo se comportaron los 12
olintios con nosotros en aquellos tiempos, y añadiré cómo Filipo les suplicó y trató de disponerlos a su favor, pero también cómo —añadiré— se preparó. Desconfiaban, odiaban, ni siquiera soportaban nuestro nombre. ¿Entonces, qué? Después que corrieron peligros por ir contra su benefactor y una iliada de males se cernía en torno a ellos, ¿quiénes vinieron en su ayuda? Nadie antes de nosotros ni después de nosotros. Pero allí se puso de manifiesto la diferencia que media entre nuestra bondad y la codicia de aquel. Pues nosotros, a los que tenían por enemigos, cuan- 13
do se necesitaron auténticos amigos, fuimos los primeros y únicos que nos presentamos, en tanto que él, que era menos generoso de lo que quería [10], se hizo con todo, con ellos, las armas, la ciudad y el territorio. Por Filipo quedaron sin nada, por nuestra virtud se pusieron a salvo en Ate-

[10] LENZ supone una laguna o corrupción del texto, que en efecto no se entiende bien.

nas los que escaparon [11]. ¿Acaso nosotros no somos mejores como enemigos que Filipo como amigo y debemos recibir más agradecimiento por nuestra hostilidad que Filipo por su amistad?

Diferencias entre Tebas y Filipo

14 Ciertamente tampoco se debe decir que vosotros mostráis una estima tal por Filipo a causa de que os perdonara en contra de su connatural naturaleza. Pues no es propio de vuestra dignidad admirar a los extranjeros ni podríais superar a los anfipolitas [12] y pidneos [13], de los cuales unos le hacían sacrificios como a un dios, en tanto que los otros podían mostrar un templo dedicado a su padre. Sin embargo, de igual manera expulsó a unos, cuando estuvo harto de ellos, que mató a los otros en el templo de su padre, mientras estaba prestando un juramento, y los asesinatos se impusieron a las alianzas.
15 Pero no creáis que él es tan duro y mira con tan malos ojos a los que habitan fuera de las Puertas [14] y en Tracia, los cuales han pasado toda su vida considerando de quién debían ser súbditos, mientras que no os toma en cuenta a vosotros aliados con nosotros los helenos, y cuyo ataque fue el único que no soportaron los que antes prevalecían en la Hélade [15], sino que verán de buen grado que os va mejor de lo que le conviene. No os creáis con una insignificancia tal,

[11] Se ha conservado una propuesta, quizás de Demóstenes, de exención de impuestos para los refugiados de Olinto en Atenas (348-7), cf. TOD, *A Selection...*, n. 166.

[12] Anfípolis fue tomada por Filipo en el 357, cf. DIOD. SÍC., XVI 8.

[13] Pidna fue capturada también, cf. DEM., I 9.

[14] Las Termópilas.

[15] Se refiere a los lacedemonios que no pudieron encajar la derrota de Leuctra (371).

que no tengáis miedo a Filipo o que no creáis que tiene el mismo sentimiento hacia vosotros, sino que también, creo, os juzga a vosotros enemigos por los mismos motivos que a nosotros. Pues sabe que nosotros no nos someteremos como esclavos y tomándoos por gente parecida os cree con
razón enemigos. Si no nos ataca y miente sobre este tema, 16
creedle en la cuestión de que nada hará contrario a vosotros. Pero si no es razonable desconfiar de lo que confesó, se pone en evidencia por este motivo y por lo que niega sobre ello. Así pues, tenéis dos posibilidades: si no peleáis, seréis sometidos; si no consideráis justo ser sometidos, tendréis que pelear.

Y si su comportamiento benéfico previo dificulta sus 17
asechanzas, entonces no tiene una guerra contra nosotros, puesto que también a nosotros nos devolvió los prisioneros e hizo tratados de amistad [16]. Pero si la codicia es terrible, ¿por qué es necesario hablar de los focidios? Pues no eliminó a los focidios por vuestra conveniencia, no, sino por ser un primer paso en sus acciones, ni para convertiros en más fuertes, sino para debilitar a los helenos en su conjunto, a no ser que también diga que destruyó treinta y dos ciudades en Tracia [17] por vosotros y que tiene guarniciones en toda Tesalia y que ha instalado tetrarquías [18], para que

[16] Se refiere a la Paz de Filócrates (346) a la que se llegó cuando para Atenas resultaba prácticamente imposible recuperar Anfípolis, una vez que se había perdido Olinto. Las poco claras referencias a esta paz se documentan en Esquines, II y III y Dem., XVIII y XIX. Cf. H. Bengtson, *Die Staatsverträge des Altertums,* II, Múnich, 1975, n. 329.

[17] Es conocido el ajuste de cuentas de Filipo con el rey tracio Cersebleptes en el 342 (Diod. Síc., XVI 71; Dem., XII 10. Para la cifra de 32 ciudades de Tracia, cf. Dem., IX 26).

[18] Filipo puso un gobernador al frente de los cuatro distritos de Tesalia (Tesaliótide, Ftiótide, Pelasgiótide y Hestieótide), cf. Dem., IX 26.

vosotros conservéis con estabilidad vuestro orden político, y que atentó contra los megarenses por vosotros y que saqueó Eubea a causa vuestra[19] y que maquinó y cometió asesinatos en el Peloponeso[20], para que no pasarais peligro en absoluto, y que perturbó a los peonios, tribalos y a todos los pueblos del norte[21] y cometió todo tipo de tropelías contra todos los hombres, para que la ciudad de los tebanos floreciera y nada temible le sobreviniera del exterior, y que también ahora viene contra los atenienses por ayudaros. Sin duda resulta evidente por todo ello.

Divide y vencerás

18 ¿Por qué motivo no confiesa de forma consciente lo que tiene contra vosotros, sino que lo oculta? Varones tebanos, Filipo ha excluido a los heraldos de la guerra y sólo recurre a ellos en el teatro. Pues entiende, según creo, que es una gran tontería que en las competiciones gimnásticas no se anticipe el combate ni los golpes de que se deben guardar, y que en la preparación de una guerra y en la disposición de los asuntos se envíe por delante a alguien que los entorpezca, como si se tuviera miedo del enemigo. Así no anunció a los olintios lo que quería, hasta que los cogió como una enfermedad, y cuando se presentó ante los focidios adoptó la apariencia de ir a
19 ellos como amigo. Si también ahora, según creo, le hubiera sido posible presentarse ante vosotros en silencio, lo habría tenido en mucho. Pero puesto que era necesario que fuera descubierto al marchar a través de Beocia, se somete a la necesidad, pero también hace uso de su naturaleza y di-

[19] Cf. DEM., IX 57 y sigs.

[20] Una relación similar de actividades de Filipo aparece en DEM., IX 17.

[21] Cf. DEM., I 13; XVIII 44.

ce que viene contra nosotros, no para descubrir la guerra contra nosotros, sino para que quede velada la guerra contra vosotros, por considerar que hay una gran diferencia entre pelear con los dos y pelear con uno de los dos. Pero si además se le concede que venga contra nosotros con éstos, que en nuestra compañía debían ponerlo en aprietos, resultará una maravillosa sorpresa. Por ello admite una cosa, pero niega la otra. Pero además de todo ello da por supuesto 20
que, si se enzarza con vosotros siguiendo las normas de una guerra, nosotros nos presentaríamos y nos opondríamos, pero que si nos desune, os conseguirá antes de que os podáis oponer, y sólo tendrá que situarse en orden de batalla contra nosotros. Ahora no es la primera vez que hace esto, sino que lo hace de siempre y en todos los asuntos, para que nunca las ciudades se unan. Con el asunto de los focidios lejos y al prever que os convertiríais en nuestros aliados, como acostumbráis, nos engañó a ambos, a nosotros al ofrecernos la paz[22], a vosotros por admitiros como amigos. Entonces ambos fuimos engañados burda y mala- 21
mente, pero ahora pondremos de manifiesto que no somos menos calculadores. Os exige las gracias por su codicia precisamente quien ha destruido todo agradecimiento. Pues él, que viene para despojaros de todo, a cambio de lo poco que una vez os dio, ¿qué agradecimiento ha dejado? ¡Como si intentara exigir agradecimiento de los focidios por lo que han padecido! Pues si aniquiló a los focidios, no conviene que creáis por ello que está bien dispuesto hacia vosotros, sino que, porque aniquiló a los focidios, también quiere haceros ahora lo que a ellos entonces, pero con precaución y sin ceder ahora por lo que pasó entonces, sino aborreciendo aquello por lo de ahora.

[22] De nuevo se alude a la Paz de Filócrates.

22 *Conflictos anteriores de Atenas y Tebas*

Pero con relación a las acusaciones y calumnias que contra nosotros vierten los embajadores, considerad que, si dicen la verdad, tropiezan con ellos mismos. Pues si nosotros podemos acusarnos unos a otros, esto podría ser una discrepancia entre nosotros, pero no una cuestión de quien nada tiene que ver con estos reproches. De manera que no ha sido conveniente que él haya mandado una embajada para incitaros, sino que vosotros, si creyerais que era necesario vengarse, lo habríais llamado, a él y a todos los que hubierais podido, contra nosotros. Pero cuando vosotros mismos sabéis cómo conteneros, ¿qué atención prestaréis a los movimientos de éste? A no ser que se dijera que os comportáis con benevolencia en vuestros asuntos, pero de manera vengativa cuando se trata de los suyos, y lo mismo en los asuntos en que vosotros, y no él, fuisteis ofendidos, si se debe decir algo de estas
23 cuestiones. Después prestad también atención, para que no resultéis ofendidos y recibáis un castigo de vosotros mismos y vengáis a ser peores para vosotros mismos que nosotros, de manera que nosotros estamos dispuestos a resolver con vosotros la situación, en tanto que vosotros... ¿Por qué habría que decir algo de mal augurio? Pues si Filipo ataca por todo aquello que vosotros alguna vez nos reprochasteis y por lo que dicen que debéis estar irritados, concedámosles que tienen alguna razón. Pero si ataca porque no puede controlarse, muestre Pitón[23] si os habéis condenado a vosotros mismos por algo tan tremendo, que al tomar venganza contra vosotros mismos, creeríais decidir de forma correcta.

---

[23] Famoso orador originario de Bizancio y al servicio de Filipo; cf. DEM., VII 20, XVIII 136; DIOD. SÍC., XVI 85, 3-4.

Pero aparte de todo ello creo que estaremos de acuerdo, 24 primero, en que no debe tomarse a mal que por ser nosotros helenos y del mismo linaje disputemos los unos con los otros por el poder y la jerarquía, pero también en que no se debe admitir a un completo extraño en ninguno de nuestros enfados o conflictos, sino que de la misma manera que si dos hermanos disputaran por la primacía entre ellos mismos, se pondrían de acuerdo en una sola cosa: en que si alguien ajeno a ellos intentara obligar a algo sin estar de acuerdo, lo echarían por la misma puerta. De la misma forma en los asuntos helenos a nadie de fuera se le debe dar pie en nuestros secretos —pues así se debe hablar de estas cuestiones—, sino que se debe pensar que las guerras de unos helenos con otros y las acusaciones mutuas se asemejan a la guerras civiles; además se debe, si es posible, vigilar para que no tengan lugar, pero si estallan, se deben terminar cuanto antes, en tanto que se debe considerar que la guerra con los bárbaros y enemigos de siempre es declarada por naturaleza y que su peste y desgracia no son circunstanciales, sino que tienen unos límites imperecederos, como cuando se debe a alguien. Resumiendo, si es posible 25 vengarse, no es justo, pero recurrid a ello, si queréis. Pero si la ocasión está por encima de la mezquindad, para la otra alternativa usemos de Filipo como consejero y pensemos que viene como un mediador involuntario. Si no es posible otra cosa, se nos podría echar en cara esta común actitud. Filipo, sin embargo, no ha dejado tras sí a nadie que cuente lo que por él ha padecido. Así de mal se defiende en torno a estos temas.

Y si en estas mismas pretendierais echarnos en cara 26 desconsideradamente alguna acusación, habría una disculpa fácil. Pero pensad ahora cómo las circunstancias os enseñan que esas acusaciones no son ni justas ni convenien-

tes. Pues si, cuando estuvimos en conflictos unos con otros, os contuvisteis, cuando de hecho todo ha sido resuelto por nosotros y nos presentamos con voluntad de combatir a vuestro lado, entonces vais a enfadaros, tened cuidado con no hacer lo contrario de lo que queréis. Pues no dará la impresión de que tomáis venganza contra los que han cometido injusticia, sino que os enfadaréis con los que han escogido actuar bien con vosotros. Así os comportaríais con los unos y con los otros de forma contraria a la debida, al preferir al que viene contra vosotros por encima del que está a favor vuestro y al tratarnos de manera más pon-
27 derada en calidad de enemigos que de amigos[24]. Es de lo más insólito el hecho de que tengamos los mismos reproches, además os habéis enfadado solos, y mientras tanto el ejército no está en Zóster[25] ni en la frontera del Ática y Beocia, sino en la frontera nuestra y la de la Fócide, en el acceso a Tebas, de manera que ahora me estremezco por las
28 puertas de la ciudad. ¿Por qué venimos agitados por un asunto vuestro? Según creo, sobre todo una buena fortuna dirige a ambas ciudades, después fue de lo más vergonzoso decidir salvaros de hecho y titubear a la hora de mostraros de palabra lo que se debía hacer, en especial, porque se esperaba que aquél iba a intentar falsear la verdad, cosa que nosotros descubrimos. Para enfrentarse a su embajada, según creo, fueron necesarios nuestros embajadores, pero el
29 ejército marcha contra el ejército. Pero si alguno piensa que es raro que nosotros vengamos asustados por vosotros, que también piense que es extraño que Filipo venga a atacarnos por vuestros reproches. De estas dos cosas extrañas no confirméis la que es contra vosotros y destruyáis la que

[24] LENZ piensa que el pasaje está corrupto.

[25] Promontorio de la costa sur del Ática.

os es favorable. ¿Cómo no íbamos a sentir vergüenza, si hace poco libramos de peligro a los bizantinos, perintios, quersonitas, e incluso a los eubeos y calcidios[26], pudiendo decir en torno a todos ellos que no actuaron bien con nosotros, en tanto que por unos reproches estériles nos desentenderíamos de vosotros en un peligro total? ¿Quién entre los helenos es más afín a nosotros?

Deudas de gratitud de Atenas y Esparta

Me admiro de que Pitón considere 30
oportuno recordaros las dificultades que hayan tenido lugar involuntariamente a causa de unos y de otros, pero no entiendo que se deba prestar atención a la multitud de sucesos de todos los tiempos afianzadores de la relación y la confianza, cuando todos los hombres son conscientes de que las ciudades surgieron en el momento oportuno para necesidades recíprocas. Dejaremos de lado cómo recibimos a Edipo[27] y cómo Dioniso, que venía de vuestra ciudad, se encontró con Icario y el regalo que le dio[28], y cómo Heracles fue el primer extranjero en ser iniciado y cómo fuimos los primeros en construirle un templo y cómo protegimos a sus hijos[29], y todo este tipo de cosas. Pero nos ocuparemos de sucesos para los que todavía hay testigos vivos, cuando el pueblo sufrió aquella desgracia y

[26] Demóstenes menciona estos lugares como solicitudes de Atenas ante el avance de Filipo (VIII 18).

[27] Edipo, una vez ciego, fue recibido por Teseo en Atenas. Así lo cuenta Sófocles en *Edipo en Colono* (cf. Paus., I 28, 7; 30, 2. Cf. A. Ruiz de Elvira, *Mitología Clásica*, Madrid, Gredos, 1975, pág. 204).

[28] El ateniense Icario, padre de Erígone, recibió de Dioniso la enseñanza del cultivo de la vid y de la obtención del vino, cf. Ruiz de Elvira, *Mitología*, pág. 474.

[29] Estos méritos de Atenas también aparecen en el *Panatenaico* (I 35, 50 y sigs., 67 y sigs.).

pudimos venir aquí a Tebas como a nuestra patria[30] y después de esto os negasteis de forma unánime cuando los lacedemonios os pidieron que os unierais a ellos para venir contra el Ática[31], y a su vez nosotros, cuando los lacedemonios marchaban contra vosotros, de tal manera rechazamos hacer la campaña con ellos, que al salir a campo abierto por no estar amurallada la ciudad y ganar la batalla, liberamos junto a vosotros a toda Beocia, sin necesidad de alianza de ninguna clase, simplemente optando por actuar
31 bien con vosotros[32]. Y de nuevo, con la Paz de Antálcidas en vigor y tras haber ocupado Fébidas Cadmea, acogimos a vuestros exiliados[33] y cuando fue necesaria la ayuda militar, nos presentamos todos y apenas habíamos llegado y ya expulsamos a los lacedemonios con alianzas, y miles de cosas semejantes se podrían decir sobre cómo nuestras ciudades respectivas surgieron para una recíproca buena fortuna.

32 Pero no sólo tenemos buenas relaciones ciudad con ciudad, sino que también ha sucedido que las amistades particulares entre vosotros y nosotros son las más fuertes. Pues ¿qué hay con más reputación que la camaradería de Heracles y Teseo o qué fue más oportuno para los helenos? Llevaban el mismo traje y por decidir lo mismo hicieron cultivable la tierra. Y cuando Heracles necesitó un amigo, Teseo se congració con él tras llevarlo a Atenas[34]. De la misma forma que entonces hubo necesidad de todo ello,

---

[30] Al final de la Guerra del Peloponeso las ciudades de Tebas y Mégara se llenaron de fugitivos atenienses, cf. JEN., *Helénicas* II 4, 1.

[31] Cf. JEN., *Helénicas* III 5, 5.

[32] Cf. I 294.

[33] Cf. JEN., *Helénicas* V 2, 29-36; DIODORO SÍCULO, XV 20.

[34] Cf. I 35, 52 y sig.

¡por Zeus, Posidón y dioses todos! ahora en verdad, ahora se necesita de su colaboración, experiencia y ambición. Pues 33 creo que no habrían optado por su expedición contra las amazonas[35] ni contra nadie, antes de acabar en común con esta sola persona, que no era desconocida para el Istmo ni para pueblo alguno, sino que ha saqueado tierra y mar. Pero ahora estos son los jueces de la guerra, en tanto que nosotros hemos sido escogidos de entre todos como competidores. ¿Por qué no imitaremos a nuestros arcagetas[36]?

La amenaza de Filipo

Tuvimos, varones tebanos, aquella her- 34 mosa asociación, de la que hace poco he hecho memoria, cuando no nos arredramos ante los lacedemonios, que dominaban la tierra y el mar. No ha habido un día más necesario que este que se avecina ni una oportunidad mejor ni circunstancia en la que más se necesite que las ciudades, héroes y los mismos dioses estén unidos. Un varón sin freno surgido de lo profundo de la tirra, nutrido con la suerte de los helenos o, más bien, con la suya propia, ha hecho acto de presencia por un tiempo largo e intolerable, destruyendo ciudades, cambiando constituciones, mudando de sitio a los exiliados, entrometiéndose en los asuntos de los helenos, como si hubiera cogido en deuda a la Hélade. Pero nadie se le opone ni se mueve, sino que como si todo esto sucediera más allá de las cataratas[37] o en torno al Mar Rojo o a todos los hombres más que a nosotros, un extraño sueño e indolencia nos ha cogido a todos, y de la misma forma que las cosas raras en las historias, así escuchamos admirados lo que está sucediendo, pero sin

[35] Cf. Ruiz de Elvira, *Mitología...*, págs. 375 y sigs.

[36] Los fundadores de las ciudades.

[37] Se refiere a las cataratas del Nilo.

pretender que termine. Y todos los asuntos de los helenos
han tenido lugar como en el Euripo[38] transtornando el día
y la noche y es habitual escuchar desgracias: Filipo está en
Portmo[39], Filipo está en Mégara, Arcadia sufre, los calci-
dios han sido destruidos, Tesalia está sometida, Bizancio
está sitiada, la Élide ha sido tomada[40]. Ha resultado un ca-
35 tálogo de Homero de desgracias helenas. De entre tantas ri-
quezas, cuerpos y lugares saqueados y de entre todo el bo-
tín tomado nada hay peor, por lo que más de uno se podría
lamentar, que porque ha saqueado también nuestras deci-
siones y nuestra capacidad de razonar y ha recurrido a tal
abundancia de pócimas y brujería, que ha convencido a to-
dos para que actúen con él contra ellos mismos en todo, co-
mo si obtuvieran beneficios por destruirse, y ha estallado
un pleito entre los helenos sobre quién le pertenecerá pri-
mero, y nos resta tanta fuerza cuanta les queda a los que
marchan vencidos por un golpe u otro mal. Para ellos es
manifiesto que habrán de caer, pero su fuerza estriba en es-
36 to, que aún está por suceder. Pero él cayendo como un tifón
o tormenta desola por completo todos los asuntos con su
deslumbrante escudo sin dejar nada; con unos emplea las
armas, con otros palabras, casi forzando a todos a mar-
charse. Sin embargo, aún ninguno le ha prestado oído, sino
que, como si una niebla u oscuridad lo hubiera cubierto to-
do, ni siquiera podemos reconocernos a nosotros mismos
ni a él, pero a pesar de saber lo que va a suceder, no obs-
tante por no querer aparentar que lo sabemos, aguardamos

[38] Es el estrecho que separa la isla de Eubea del continente a la altura de Calcis.

[39] Puerto de Eretria ocupado por Filipo, cf. DEM., IX 33.

[40] DEMÓSTENES, en XVIII 71 y XIX 87, hace una enumeración semejante.

de buen grado el destino. Si alguna otra aparición del cie- 37
lo o terremoto hubiera tenido lugar o hubiera sobrevenido un viento fuera de lo normal, todos os hubierais debido atemorizar, hubierais debido llamar a otros e ir en embajada a hacer una consulta en torno a la salvación a Delfos, Dodona y Anfiarao. Pero aunque Filipo prevalece ya por tanto tiempo y ha agitado desde sus cimientos la Hélade y ha recorrido tanto espacio de tierra, cuanta ninguna inundación había antes cubierto, no hay comentario alguno ni conversación ni una súplica oportuna ni discusión típica de helenos, sino que, como si estuviera oculto por una nube o cubierto con el extraño gorro de los poetas, visible para actuar, pero invisible a la hora de recibir daño [41], deambula de aquí para allá hablando a los helenos, revolviéndolo todo, husmeando en todo, si algo malo se ha hecho al vecino, si alguien ha emitido una sola frase, y se lo dice a todos, como si tratara con niños helenos. Pero ¿qué tiene que ver esto contigo, mal anfictión [42]? Todo esto es una sola cosa, que Filipo tiene una ambición desmedida. ¿Qué otros se opondrán a ello? ¿De quiénes debe ser esta fortuna, varones tebanos? A nosotros han asignado los dioses esta obligación.

El prestigio de Tebas

Observad también con respecto a 38
vuestra antigua culpa cómo os desembarazasteis bien de ella diciendo que la ciudad no se pertenecía, sino que los que controlaban sus asuntos eran los partidarios de los persas, los que se pasaron al bando de los persas. Pero admitir a Filipo ahora no es acorde con esas pala-

[41] *Ilíada* V 845.

[42] Sobre la versión ateniense de la penetración de Filipo en la Anfictionía y el progresivo control de la misma, cf. DEM., XVIII 143-157.

bras, sino que o bien es necesario que éstas parezcan una mentira o no queda argumento para ello.

La neutralidad y la alianza con Filipo entrañan peligros

39 Mirad que no está en vuestras manos, aunque quisierais, equivocaros. Filipo exige ahora una de estas dos cosas, o que os unáis a él o que le dejéis pasar. Dejándole pasar nos entregáis a nosotros, pero no le satisfaréis en todo lo que quiere, de forma que a nuestro reproche también se añadirá el suyo. Pero si administra nuestros asuntos, ¿habrá alguien antes que vosotros contra los que irá esto? Aunque nada tuviera que reprocharos, es manifiesto, por Zeus. Pero si entra en el territorio en calidad de amigo y con buenas intenciones, pero una vez dentro se queda y no abandona la ciudad —sabemos la forma en la que capturó Feras[43] y, además de Feras, la manera en la que Fébidas conservó la misma Cadmea—, si, de la misma forma que Fébidas una vez en Olinto consideró que no debía dejar pasar su buena fortuna, así también él y antes de llegar al Ática considera que debe recuperar Tebas, ¿lo convocaríais ante el tribunal de los helenos o qué haríais?, ¿en qué situación quedaríais, si después de dividir las ciudades y mostraros a las claras partidarios de su paso, se volviera contra vosotros mismos en primer lugar? Si tratamos de defenderos con los mismos medios no lograremos ayudaros, pero si no queremos en absoluto recordar los daños, ¿hasta qué límites llegaría vuestra vergüenza? ¡Vamos, pues!

40 De una vez por todas, por todo esto no es posible dejarle pasar, pero aún resta unirse a él y pasar peligros con él, ya que él se va a fiar de vosotros o vosotros de él. Mirad si seríais mejores al correr peligros por conseguir vues-

[43] Filipo antes de ocuparla fue amigo y aliado de la ciudad tesalia de Feras, cf. DEM., IX 12.

tra propia esclavitud y la de los otros helenos o ante el peligro presente actuar en favor de vuestra libertad y de los demás. Pero creo que, si os unís a él, tendréis más espe- 41 ranzas de libertad si sois vencidos que si vencéis. Pues nosotros hemos dejado de lado nuestras quejas contra muchos, pero Filipo es dueño de los mismos de los que es amigo. Y, como siempre, haréis una alianza con nosotros 42 en calidad de igual y semejante, pero hay que seguir a Filipo. Tal es la diferencia, sabedlo. Si nosotros le mandáramos recado —¡ojalá no suceda!, y no sucederá— para decirle que hemos decidido seguirlo y obedecer a lo que mande, ¿nos quedará algún motivo para luchar? Nadie lo diría. Os entregáis en no poca medida, pero decidiréis tan- 43 to peor sobre vosotros mismos como sobre nosotros, pues a nosotros, si ninguna otra cosa, nos queda pelear por nuestra libertad; pero es necesario que vosotros estéis de acuerdo en someteros, antes de venir a la guerra contra nosotros. Además, y este es el mayor error del que lucha, ¿cargaréis con él desde el principio y mezclaréis a los peligros de la guerra el descrédito de la traición? En modo alguno. Por el 44 contrario, considerando que al optar por Filipo habéis escogido un bárbaro distante por naturaleza, aunque se desgarre bailando en las Pitias, y además un tirano, depredador de la Hélade, que ahora también viene contra nosotros, aprovechad la ocasión tras considerarlo todo y el aspecto de una y otra embajada, afines en primer lugar con nosotros helenos y del mismo linaje; después haceos amigos de los vecinos y conocidos desde antiguo y también ahora preocupados por vosotros. Nosotros educados en la liber- 45 tad y en leyes semejantes a las vuestras venimos dispuestos a formar en orden de batalla en defensa de estas cosas y con la idea de que vosotros sois nuestros semejantes. Pero algunos de su embajada vienen como traidores de sus

propias patrias, un lastimoso ejemplo para los helenos, mientras que otros son enviados a la fuerza, os mostrarían encantados, si fueran dueños de sus gestos, lo contrario. ¿Cómo seríais mejores, si liberarais a los tesalios[44] o si después de convenceros vinierais a ser esclavos en su compañía?

Peroración

Fijaos también en lo siguiente, si viviera Epaminondas[45], ¿qué os aconseja-
46 ría?, ¿acaso contribuir con Filipo a esclavizar a los helenos y vivir como un apéndice del que fue rehén entre vosotros o lo contrario? Pero ahora por respeto a su reputación y a la batalla de Leuctra, invocando a Zeus Liberador, a Heracles Castigador del Mal, a Apolo Pitio, a Ismenio[46], a los dioses y héroes comunes de los helenos, considerad que vosotros mismos debéis ser vistos con nosotros. Intentemos no dejar peores ejemplos a los que nos sigan que los que nosotros recibimos de los que nos precedieron. Así, si alguien añade la necesidad que se deduce de la expedición, ¡ánimo, empujemos![47] Pero si alguien creía que sólo tienen ánimo los que venden sus patrias, no piensa correctamente.

---

[44] También ocupada por Filipo tras la victoria definitiva en el Campo de Azafrán (Diod. Síc., XVI 38, 1).

[45] El famoso general tebano que contribuyó a consolidar el poder de su ciudad; cf. Paus., IX 13 y sigs.

[46] Título con el que Apolo era venerado en el templo a él consagrado en Tebas; cf. Her., I 52.

[47] El pasaje está corrupto, como señaló Lenz en su edición (*P. Aelii Aristidis...,* I 4, pág. 647), y la propuesta de Behr no es convincente (*P. Aelius Aristides,* I, pág. 489, n. 50). En la traducción sigo una propuesta de Reiske.

X. A LOS TEBANOS: SOBRE LA ALIANZA (B)

Proemio

Hemos venido no para combatir con 1
palabras a Filipo, sino para ayudaros de hecho a vosotros y a la causa de los demás helenos. Ahora de forma aún más clara, tebanos, sabemos que con razón nos hemos preocupado por vosotros. Pues que Filipo haya llegado a tal punto de desfachatez y astucia, que primero os ha enviado embajadores y después quienes piden ayuda, para poder conquistaros sin batalla y para resolver con nosotros según quiere, es, en mi opinión, enteramente propio de su habitual estilo y digno de vuestra atención.

Interés común de Tebas y Atenas

Quizás el asunto os resulte inaudito: 2
el enemigo avanza, otros vienen aquí preocupados por vosotros, y no sólo contáis con una ayuda no pedida, sino que incluso se añade una exhortación para que la aceptéis. Os pedimos que imitéis a la ciudad de Atenas en estos asuntos y no os sintáis avergonzados en la presencia de estos primeros embajadores. Pues si nosotros venimos después de olvidar todos los litigios, que éstos dicen que teníamos con vosotros, por considerar que debemos salvar con vosotros vuestra ciudad, pero vosotros, que no tenéis nada que reprocharos, lo abandonáis todo sin esfuerzo,

3 ¿cómo no actuaréis de la manera más irracional? No se podría decir la diferencia que hay en las disyuntivas presentes: por una parte está someteros a Filipo y contribuir al sometimiento de los demás helenos, actuar con ferocidad con los que tomaron la iniciativa de actuar benéficamente, adquiriendo la reputación de los tres peores defectos entre todos, insensatez, ambición y desagradecimiento, o, por el contrario, vivir en vuestra ciudad a la manera ancestral, defendiendo con nosotros la libertad común. Me admira que pudierais considerar correcto odiar a los que piensan que esta última alternativa es más acorde con vosotros que la primera, y que más que a nosotros estiméis a Filipo, que os implica con la primera alternativa, y que hagáis una alianza con él, que de hecho confirmaría las peores acusaciones contra vosotros, en tanto consideráis enemigos a los que hablan mal de él.

4 Si el que convengan las mismas cosas es una prueba adecuada de familiaridad, considerar que el interés común ciertamente es un firme augurio de amistad. Nosotros ciertamente pensamos que lo que nos conviene a nosotros también os conviene a vosotros: buen nombre, una voz respetada y ser estimado por delante de los otros helenos, de forma que ¿cómo podríais considerar a otros mejor dispuestos que nosotros? Pues si vencemos, no nos esperan unos premios distintos a nosotros y otros a vosotros, sino que, lo que quisiéramos que resultara para nosotros, lo compartimos con vosotros. En consecuencia lo que pedimos de los dioses para nuestra ciudad, lo imploramos para la vuestra: menos concuerda, según creo, con Filipo pedir lo mismo para él que para los demás. Tal es la naturaleza del déspota: que ninguno sea considerado igual. Es razonable, todavía más, es necesario. Pues si comparte con otro algo en un plano de igualdad, él mismo ha destruido lo que busca. Pues, según creo, es necesario que exista el que gobierne y los gobernados. Pe-

ro los dos términos no quieren decir lo mismo. Y ello no es necesario mostrarlo con palabras, sino que Filipo lo prueba de hecho. ¿Qué aliado suyo hay que no esté peor que sus enemigos[1]? La mayor parte de las veces emprende las gue- 5
rras por razones inconfesables, tal como ahora viene contra vosotros ocultando en lo posible la verdad. Pero el proyecto definitivo que tiene, lo revela a todos e indica por medio de una sola frase, si alguien percibe correctamente el asunto. Pues si en las cartas y tratados suyos está como primera frase «Rey de los macedonios», ¿cómo no va a anunciar a todos entonces lo que calla de su proyecto, y que ninguno de los que aman la libertad puede recurrir a él o confiar en él? Ninguno hay tan romo ni fuera de sus cabales, que crea que se vanagloria de la conquista de un pueblo, que está infestado de males y que ha tenido miles de reyes[2], y sin embargo no desea ser llamado rey de la Hélade, la única tierra bajo el sol que nunca tuvo señor, y que lo que hace no tiene la pretensión de a continuación componer la frase: «Filipo rey de los helenos». ¡Ojalá no sea así, Zeus que ahuyentas el mal, y dioses! Lo contrario, que seamos dueños de su territorio, es mejor y más justo.

Segundas intenciones de Filipo

Además dicen que los rebaños del 6
Ática pasarán a Beocia[3], como si interpretaran oráculos. Filipo sabe regalar, cuando le conviene, no ya los rebaños del Ática, sino incluso los de Macedonia. Considerad esto ob-

[1] En distintos pasajes del anterior discurso se utilizó el argumento de que los aliados de Filipo terminaban siendo súbditos y que las alianzas para el macedonio sólo tenían un carácter circunstancial.

[2] Una despectiva relación del botín que Filipo pudo encontrar en Tracia se encuentra también en DEM., VIII 44-45.

[3] Tal decía Filipo que sería la recompensa por el apoyo que solicitaba de Tebas, cf. DEM., XVIII 213.

servando el caso de Antemonte, que al comienzo entregó a los olintios[4]. Después ciertamente, según creo, exige grandes recompensas. Pues no sólo posee rebaños, sino también niños, mujeres, murallas, ciudades y de todo después de apoderarse de ello, como dice Homero que sucede a los que quebrantan los juramentos, que después reciben castigo «en muchas e importantes cosas»[5]. Hay una gran dife-
7 rencia en que esto no sucede ahora a los que rompen los juramentos, sino que él, que infringe los juramentos, lo provoca. Además del procedimiento de los rebaños sabe comprar la situación al dar oro y plata macedonia, como compró a los caballeros de Olinto, y también, según dicen, con buena madera macedonia que entregó a los jefes de la caballería[6]. Sin embargo, ninguna ventaja alcanzaron los olintios de la madera macedonia que les llegó, sino que como contrapartida de la madera con la que uno techó su casa, toda la ciudad fue derruida. Y ciertamente también les entregó Potidea[7], de la misma manera que ha dado los rebaños del Ática, pues regaló lo que era nuestro[8]. Después les utilizó como a rebaños que, según creo, es lo que quiere decir esto.

---

[4] Cf. IX 10.

[5] *Ilíada* IV 161.

[6] Dem. cuenta que un tal Lástenes techó su casa con las maderas que le fueron enviadas por Macedonia (XIX 265). Este y otros sobornos a los jefes hicieron ineficaz la caballería olintia y la ayuda enviada por Atenas (Dem., XIX 265-267).

[7] Olinto se alió con Filipo (Tod, *Selection...*, n. 158) y ayudó a tomar Potidea en el 355, estimada en la visión de Atenas como un señuelo para atraerse a los olintios; cf. Dem., II 7, VI 20.

[8] Se expulsaron colonos atenienses de Potidea (Dem., VI 20), que fueron despojados de sus propiedades (Dem., VII 9-10).

Entonces, ¿cómo se debe llamar a estas cosas, regalos, 8
amistad, ganancia, beneficios para el que las recibe, como si se le quitara importancia con buenas palabras, o más bien, señuelo, trampa, botín, recompensa por el deshonor, destrucción de los sometidos, fundamento de las desgracias, astucias contra los griegos y todo tipo de calificativos semejantes? De igual manera que dicen que el caballo de madera fue entregado a los troyanos por los aqueos como regalo. Estos son regalos infaustos del tipo que ninguna ciudad aceptaría de buen grado.

Tebas objetivo último de Filipo

Si lo examináis correctamente, se 9
pondrá de manifiesto que es justo que por su comportamiento con los foceos reciba castigo y no agradecimiento —y ninguno de vosotros al escucharlo se sorprenda, sino que siga el argumento de la misma manera que en un mosaico se ponen las teselas encajando unas después de otras—. Pues si tras haberles aniquilado con vuestro concurso se hubiera mantenido en paz y nada más hubiera urdido, pronto se diría que había actuado en favor vuestro. Pero si vino por desear el control de los helenos y para poder atacaros más tranquila y fácilmente cuando quisiera, ¿por qué no le consideráis enemigo desde el mismo día que aniquiló a los foceos? No os tuvo presente en el castigo de los foceos más de lo que tiene presente a los fo-
ceos al venir contra vosotros. Tampoco es posible decir que 10
los foceos le asustaban y pensaba que convenía eliminarlos, ya que antes maquinaban hacerse con el control de los helenos y por sus hazañas tenían una reputación admirable, en tanto que consideraba trivial conseguir y dominar la ciudad de Tebas, de la que en su momento fue rehén [9]. Pues

[9] Cf. IX 46.

tres son las ciudades que debe tener presente. De ellas la de los lacedemonios es la más lejana y casi ha sido eliminada por vosotros[10]; por ambos motivos es de menos importancia para él. De la nuestra no intenta decir que no la trata como enemiga. Pero la vuestra es la que está situada primero y es obligado tomarla primero y por su fortuna resulta no menos temible y sospechosa que la nuestra. A ésta pretende capturarla mirando hacia otra parte y darle el pago habitual
11 por sus buenas acciones. Por este motivo se cuenta el suceso de los foceos y Tilfoseo[11]. Recuerda que compró el servicio con las mismas palabras con las que lo agradeció, como si los cazadores dijeran a los pájaros que se toman no poco trabajo por ellos y al mismo tiempo mostrándoles la trampa exigieran agradecimiento. Pues si realizó estas cosas sobre todo por vosotros, debería recordárselo a él mismo y no a vosotros. Pero ahora, mientras pasa por encima de todas estas cosas, se acerca con un ejército y pone de manifiesto su maldad y, como en una obra de teatro, presenta un final inesperado.

Agradecimiento hacia Filipo

12 Me parece que los embajadores utilizan argumentos sorprendentes y contradictorios. Los tales afirman que debéis estar agradecidos a Filipo, si en alguna ocasión se comportó bien con vosotros. Os piden que todos dejéis vuestros asuntos y que seáis peores para vosotros de lo que lo fue Filipo, de forma que si, aunque no quisiera, se comportó ocasionalmente de forma favorable con vosotros, vosotros, en contrapartida, os debéis equivocar, de manera que os debéis perjudicar voluntariamente y de esta manera distinguiros de él, que si bien

[10] Se alude a las batallas de Leuctra (371) y Mantinea (362).

[11] Cf. IX 10.

él os entregó los enemigos, vosotros, si hacéis lo que os dicen, os entregaréis a los enemigos. ¿Por qué motivo, dime, 13
le debéis agradecimiento a Filipo, si nada os importa para salvaros? Pues yo creo que desde ambos puntos de vista hay ahora argumentos contrarios a la alianza de entonces. Pues si emprendió aquellas acciones por estar realmente bien dispuesto hacia vosotros, es vergonzoso que elogiéis su ánimo y descuidéis vuestros propios asuntos. Pero si era un intento contra vosotros y una preparación del tiempo futuro, es reo de dos culpas, y no de una, de engaño contra vosotros y de venir ahora con un ejército. De forma que no debéis obedecer estas demandas en razón de su conducta pasada, sino que debe ser castigado por ambas faltas una vez que haya sido cogido. Se podría utilizar la malicia de Filipo, para precaverse del daño que pueda hacer.

Nadie discute que los focidios no fueron aniquilados 14
injustamente, pero no por por ello es justo confiar en Filipo [12]. Si algo se debe decir sobre los focidios, en lo que a ellos respecta sufrieron justamente, pero en lo que se refiere a Filipo de forma injusta. Pues cuando no por causa del dios [13] ni de vosotros, sino por su ambición, que manifiesta en toda ocasión, apareció comprometiéndose en estos asuntos, los focidios fueron aniquilados justamente, pero él no los destruyó con justicia. No dejéis de lado vuestros propios asuntos porque los focidios fueron destruidos con razón, ni al mismo tiempo os condenéis a sufrir vosotros

[12] La referencia es al resultado de la Guerra Sagrada que terminó con la victoria de Filipo y con su posición reforzada en la Grecia Central. DEMÓSTENES describe la situación de la Fócide con elocuentes tintes dramáticos (XIX 64-66).

[13] Apolo, pues los focidios ocuparon Delfos en el 357 después de negarse a pagar una multa impuesta por la Anfictionía por «cultivar tierra sagrada»; cf. DEM., XVI 23 y sigs.

mismos lo que los focidios. También podríamos decir que
sufrieron lo justo por ofender al dios, pero vosotros ¿por
qué motivo soportaríais este castigo? Nosotros no lo sabe-
15 mos. Si los focidios merecieron un castigo, puesto que
ocuparon Delfos, me parece difícil que él, que lo único
que no ha hecho ha sido ocupar el templo de Delfos, pero
que en lugar de ocupar el templo ha celebrado los Juegos
Pitios [14] y ha expuesto a los griegos cuestiones que no eran
de su competencia [15], que en lugar de ocupar sólo el templo
de Delfos no ha tomado, sino destruido, treinta y dos tem-
plos en ciudades de Tracia [16], además de saquear toda la
Hélade sin exceptuar nada, ni templo, ni ofrendas, ni mura-
llas, ni caballos, ni armas, ni dinero, ni cuerpos, ni puer-
tos, ni constituciones, éste, que agitó todo como un trueno
y lo destruyó de arriba a abajo, y utilizó a los demás como
quiso, no parece que vaya a ser condenado por todo ello, si-
no que va a ser coronado como benefactor, y ello por vo-
16 sotros, cuya dignidad ha perjudicado. Pero si no es así,
¿cuándo os fue mejor?, —y para que no os disgustéis—
¿acaso cuando os regían Epaminondas, Górgidas y Pelópi-
das [17] y conocisteis a Filipo de rehén [18], o cuando éste al-
canzó el trono y os rigió dándoos las gracias de forma efu-
siva, por medio de lo cual quería convertiros en más
débiles poco después? Si Filipo hubiera exigido de voso-
tros al principio el pago de que sometierais y le entregarais

---

[14] A finales del verano del 346 coincidiendo con el final de la Guerra Sagrada; cf. Dem., V 22; Diod. Síc., XVI 60, 2.

[15] Se refiere a las actuaciones de Filipo como miembro de la Anfictionía.

[16] Tantos templos como ciudades se dice que destruyó en Tracia; cf. IX 17.

[17] Cf. Plut., *Pelópidas* 12; Diod. Síc., XV 39, 2.

[18] Cf. IX 46.

la ciudad, creo que nadie hubiera estimado tanto el conflicto con los focidios.

No concedáis ahora a cambio de aquello lo que al prin- 17
cipio no hubierais soportado. Por el contrario, pensad en primer lugar que se os ha hecho sobradamente lo que queríais, de forma que nada más necesitáis de él. Además si hay que escoger entre dos posibilidades, es mejor luchar contra los focidios que admitir a Filipo en vuestra ciudad. Pues a aquéllos los hubierais vencido por vosotros mismos y con nuestra ayuda, como antes a los lacedemonios, o hubierais recurrido a otro procedimiento. Si éste llega a dominaros, no sé qué cosa peor podéis temer después de ésta. Además ello no era conseguir el castigo de los focidios, admitirlo es no querer estar a salvo. Es mejor perdonar a otros por uno mismo que considerar que hay que morir por otros.

Los conflictos del pasado han quedado atrás

Todo por lo que nos difaman carece de 18
sentido. ¿Qué podría estar más fuera de razón que echarnos en cara si hemos tenido difíciles relaciones recíprocas, pero no soportar si ahora hacemos algo bueno en colaboración con otros, ni darse cuenta de que sus propias palabras los contradicen? ¿Pues si aquello se hizo bien, por qué se nos reprocha? Pero, si se erró, ¿por qué no escogemos ahora lo mejor, ya que es posible? Pues de la misma forma que aquellos sucesos son dignos de censura,
los contrarios merecen los mejores calificativos. Creo que 19
es propio de quien tiene cabeza considerar digno de imitar en el tiempo por venir y preservar con el mayor cuidado posible cuanto de bueno se ha hecho, y al mismo tiempo evitar en lo posible lo que no se debía haber hecho de ninguna manera. Pues lo mejor de todo no era insistir en los errores, sino decidir lo correcto desde el principio, pero, si uno se equivoca, un término medio entre ambas opciones

20 es arrepentirse. Ciertamente si nosotros os hemos hecho algunas cosas inadecuadas a vosotros, también vosotros habéis actuado con nosotros de manera semejante, ¿por qué nos han reprochado este comportamiento más a nosotros que a vosotros? Si nunca os habéis equivocado con nosotros, ¿por qué consideráis ahora que debéis comenzar con
21 lo que perjudicaréis vuestros intereses? Me admiro de que en estas querellas y en los mayores enfrentamientos nosotros estuvimos junto a vosotros y vosotros recurristeis a nosotros[19]. Pero si aquéllas fueron aliviadas con el paso del tiempo y estas colaboraciones han venido a añadirse a aquellas dificultades, entonces empezaremos nuestro enfado desde cero y aprenderemos a ser prudentes sin modelo, pues habiendo tantos no podremos ser los mejores. Pero si se recurre a ejemplos de otros para el tema de nuestra salvación, deberíamos pensar que es necesario prestar atención, pero puesto que tenemos tantos ejemplos propios,
22 ¿cómo no ibamos a utilizarlos? Si no debemos recordar ningún ejemplo, ¿por qué suscitamos estos temas? Pero si se los puede recordar con motivo, es mejor que consideremos los mejores para nuestra salvación y no los descuidemos y fijarnos en los peores. Creo que si nos hubieramos comportado con vosotros de la manera más enemistosa posible desde que habitamos en nuestras ciudades, y hubierais tenido un trato muy amistoso con Filipo hasta este momento, el día presente con motivo lo habría cambiado todo. Pues se ha presentado pidiéndoos que toméis la última decisión, en tanto que nosotros venimos para solucionar definitivamente esta situación de peligro, de forma que si conviniera pensar en vengarse, Filipo no lo permitiría.

[19] Cf. IX 30 y sigs.

Pasado y futuro como argumentos

Con gusto preguntaría a los de la em- 23
bajada contraria si piensan que estas cosas se deben juzgar a partir de lo que vaya a suceder o a partir de lo sucedido. Si es a partir de lo que vaya a suceder, os ofreceremos libertad, salvación, una posición privilegiada entre los helenos, todo lo que es lo mejor. Pero, ¿qué se podría decir que aportará Filipo, salvo cuanto los dioses vengan su cabeza? Pero si es necesario hacerse una opinión a partir del tiempo pasado, muéstrese que todo cuanto Filipo hizo alguna vez en vuestro favor es equivalente a dos acciones de socorro nuestras, la primera en Haliarto [20] y después contra la guarnición. De ellas una expulsó a los lacedemonios de Beocia, la otra de la Cadmea [21]. ¿Esto es lo mismo que prestar socorro contra los focidios? ¿No sabéis que habéis combatido contra ellos desde una posición de superioridad, pero que en circunstancias de necesidad a nadie habéis necesitado salvo a nosotros? Comparad a los focidios 24
con los lacedemonios y ved cómo son cada uno. ¿No son unos los que gobiernan a los helenos en tanto los otros están mejor que nadie? Paso por alto tratar que los lacedemonios emprendieron su expedición hacia Beocia a través del Ática dejando a un lado nuestra ciudad, que al principio estaba sin murallas, a pesar de que Filipo no tenía ningún problema con los focidios, sino que tenía a los focidios en medio de sus aliados. El futuro es más importante que 25
el pasado —pues éste resulta ajeno y no puede afectar de forma positiva o negativa, en tanto que el futuro está por llegar—. Pero nosotros lo hemos superado tanto en ambos aspectos, que en el pasado nos hemos comportado mucho

[20] Cf. IX 30 y sigs.

[21] Cf. IX 30 y sigs.

mejor que él con vosotros y que en el futuro sólo os queda la decisión de estar con nosotros. Así, al ser mejores en ambos aspectos le superamos de largo en lo más importante.

26 Algo positivo, no obstante, tiene esta embajada. Pues muestra cómo intimida a las ciudades y que, si nos unimos, sus proyectos no tienen esperanza de ninguna clase. Nuestra tarea es, al ver su miedo y dónde está su punto flaco, no perder fuerzas, sino hostigarle y destruir sus conquistas y no decidir lo que le conviene. Pues si hay algún conflicto entre nosotros, no le trae indignado por vosotros, sino para sacar provecho de unos y otros. Por este motivo investiga en estos temas.

Los inconvenientes de la neutralidad

27 De forma que cuantos más éxitos acumule[22], tanto más se debe desconfiar de él. Pero él desconfía tanto de vosotros, que no os ha enviado simplemente una embajada con una demanda, como si confiara en sus recursos, sino que os dice que escojáis lo que queráis, o bien entrar con ellos en el Ática o que le dejéis pasar, como si ninguna de las dos demandas fuera correcta. Pensad por un momento. Hombres de Tebas, si os unierais en la invasión con él y dicidierais darle satisfacción de esta forma, todavía seríais peores de lo que él ha pedido. Pues mientras a él le da lo mismo que os mantengáis en paz o que os unáis a él para hacer la guerra, vosotros escogéis lo peor, prestarle ayuda, lo que, según creo, viene a ser un grado extremo de maldad. ¿Cómo se va a soportar o juzgar pasable que, sin que fuera necesario obedecer a soberanos, y ello entre los helenos y gentes de la misma estirpe[23], vosotros os prodiguéis en lo que dejan a vuestra discreción, y

[22] Sigo a BEHR en su enmienda, *P. Aelius Aristides...*, I, pág. 490, n. 26.

[23] Cf. IX 44.

la traición esté por encima de su necesidad? Pero si lo de- 28
jáis pasar, no os lo agradecerá, sino que con el tiempo lo convertirá en reproche. Pues ahora, según creo, al tener presente las circunstancias afirma que se contenta con ello, pero si se desembaraza de la enemistad con nosotros, pretextará que no os habéis unido a él en la campaña. Esto se puede aprender en sucesos ya acaecidos. Los lacedemonios después de echaros en cara, tebanos, el no haber tomado con ellos el Pireo os declararon la guerra[24]. Y que los lacedemonios son niños en comparación con Filipo tanto en astucia como en malas artes, todos lo sabemos de sobra.
Sabemos también de los lacedemonios, ya que los hemos 29
mencionado, que, cuando luchaban contra nosotros, afirmaban hacerlo por la libertad de la Hélade, y con este pretexto se le asociaron muchos[25]. Una vez que llevaron a cabo lo que querían, se volvieron contra sus primeros aliados y reorientaron sus acciones bélicas contra ellos. A los quiotas, que se habían convertido en los más animosos para su causa de entre los isleños y casi fueron los primeros griegos que hicieron defección de nuestro bando, les quitaron la constitución y las murallas y llenaron la ciudad de tanto exilio y muerte, que la paz parecía tener todas las desgracias de la guerra[26]. Rodearon al gran rey por tierra y mar, dispusieron un contingente contra vosotros y poco después marcharon contra Corinto[27].

Hombres de Tebas, si Filipo ve ahora que dejan lo que 30
tienen entre manos para decidir sobre el futuro, y en tanto que dispone la guerra contra nosotros según su idea imita a

[24] Cf. IX 30.

[25] Durante la Guerra del Peloponeso.

[26] Cf. Diod. Síc., XIII 65, 3-4.

[27] Cf. I 269.

los lacedemonios y pertrechado con algún pretexto o renunciando a todos los pretextos simplemente os ataca, ¿acaso diréis que le habéis ayudado contra nosotros o contra vosotros mismos? Pero, ¡por Zeus! ¿Pensáis que acaso él vendrá contra vosotros con más ánimo, cuando nosotros estemos en una buena situación y conservemos el orden que ahora tenemos o cuando hayáis quedado solos y al intentar él cambiar la situación no tenga miedo de nosotros?
31 Ciertamente sabéis que, si entonces hubieran prevalecido las propuestas de algunos para que nuestra ciudad fuera esclavizada y su territorio convertido en pasto[28], no hubierais tenido a quienes recurrir, cuando los lacedemonios realizaron la campaña contra vosotros. Pero ahora la salvación y supervivencia de nuestra ciudad os es necesaria no sólo a vosotros, sino a todos, según parece. Por tanto, es manifiesto que, si ahora nos pasa algo a nosotros, vuestra posición no carece de peligros ni, aunque no los sufráis los primeros, un día pondrá las cosas en su sitio aquí y allí —es bueno hablar así—.

El prestigio de Tebas

32 Tened también presente que algunos os han acusado de formular este plan contra nosotros, pero vosotros os defendisteis diciendo la verdad y que no era una decisión de toda la ciudad, sino la propuesta formulada por un sólo consejero[29], de forma que no pudimos reprocharos nada y votamos ayudaros. Entonces, hom-

[28] Al final de la Guerra del Peloponeso tebanos y corintios pidieron la destrucción de Atenas (JEN., *Hel.* II 2, 19), también algunos lacedemonios eran de la misma opinión (JEN., *Hel.* I 45, 5), pero finalmente se impuso el criterio de Lisandro.

[29] Cf. JEN., *Hel.* III 5, 8. Se trataba de un tal Eriantes, un jefe de la flota, cf. PLUT., *Lis.* 15.

bres de Tebas, ¿acaso, es razonable que unos mismos trataran entonces de no votar nada pernicioso contra nosotros y de desviar la acusación hacia otro, y en cambio ahora aparecerán colaborando con el que sabéis que viene contra nosotros en la medida que le es posible? Además, si se dieran 33
por auténticas vuestras palabras, con las que os quitáis los reproches, cosa de la que estamos convencidos, resultarán estas actitudes no sólo vergonzosas sino contradictorias. Pero si afirmáis que se trata de una mentira, os asignaréis algo inconveniente para vosotros mismos. Al no ser posible dar la impresión de haber dicho la verdad entonces, y hacer lo correcto ahora, no queráis lo que son las tres peores cosas: haber sido perversos desde el principio en la decisión sobre nosotros, sorprendidos haber actuado de forma vergonzosa y ahora de nuevo a sabiendas actuar de forma perversa. Tampoco queráis, como compensación por haber venido en vuestra ayuda en momento de peligro asociaros a las claras con Filipo en una invasión contra nosotros. Pues no es digno de nuestros antiguos vínculos y, para dejar lo demás, de nuestra presente resolución.

Lucha contra el bárbaro

Tened en cuenta que al ceder ante él 34
decidiréis peor para vosotros que para nosotros. Pues si alguien os preguntara por qué tenemos ahora una guerra con Filipo, sé que confesaríais que por la libertad y para que todos no hiciéramos lo que ordena. Creo que está oculto para todos excepto para los dioses quién vencerá, nosotros o Filipo. Por tanto, si no está claro que venceremos, tampoco está claro que vayamos a ser sometidos. De todos es sabido que si cedéis ante Filipo, habréis hecho y haréis lo que él manda. Pues es necesario, según creo, seguir con los demás y hacer lo que a él le parezca. ¿Cómo, 35
entonces, no seréis peores para vosotros que para nosotros

si, lo que está reservado para nosotros derrotados en la guerra —¡ojalá no suceda!—, esto mismo sufriréis con la elección de a quién es necesario aliarse, y seréis sometidos antes de saber quién vencerá? Nosotros nos beneficiamos de dos cosas, aunque nos pueda suceder algo adverso. En primer lugar está el tiempo durante el que hemos luchado por estas cosas y después el no dar la impresión de habernos condenado a nosotros mismos a lo peor. De forma que las dificultades que la fortuna da a los hombres prudentes son llevaderas, pero el condenarse voluntariamente a uno mismo es lo último. Pues obra consigo mismo de forma
36 que no sabe si es justa o injusta. Si ninguno de vosotros piensa que el límite del conflicto con Filipo va a ser hasta que hagamos o no lo que nos pide, sino que será hasta las últimas consecuencias y como es obligado hacer con los extraños, en primer lugar no os atribuyáis una buena disposición cuando colaboráis con semejante hombre. Además, ¿cómo es posible que creáis en vuestra libertad, cuando no nos es posible ni siquiera ser esclavos los unos de los otros, sino que Filipo nos destruirá, añadiría yo, por Zeus? ¿Qué sentido tiene la alianza? Pues si no le vais a permitir hacer esto, ¿cómo va a ser adecuado asociaros a él? Pero si vais a colaborar con él en todo, ¿cómo podría ser ello digno de Dioniso y Hércules, a los que, aunque nacieron en vuestra tierra, nosotros fuimos los primeros en admirar [30]? A ellos sería mucho más adecuado hacer una libación en nuestra compañía por la libertad de los helenos que tomar partido contra vosotros mismos y los preferidos de los dioses.

37 Recordad también que ahora Filipo está más próximo a vosotros, como una nube o un fuego, y que él no pasa por

[30] Cf. I 360; IX 32-33.

el Ática camino de Beocia, sino por Beocia camino del Ática. Pero no pasará si los dioses hacen lo que es justo y vosotros sois prudentes. Las demás cuestiones, lo que se le ocurra hacernos, admiten consideración y tiempo, pero lo que ahora vemos es que este hombre está en vuestra frontera, y no para invadir a los focidios como antes, sino para mostrar amenazadoramente el ejército ante vosotros para llegar hasta Tebas, si lo admitís. Es como si quisiera convencer al que está en medio y más próximo a él en un grupo de dos hombres juntos y de pie al que él se ha agregado, de que pasando el cuchillo a través suyo matará al otro, pero a él nada le pasará [31], [contra vosotros es la primera parte del golpe, nosotros vamos después] [32]. Pongamos el nom- 38
bre que queráis a este asunto o que nos aceptéis como aliados o que vosotros lleguéis a ser nuestros aliados, es igual. Ambos le impediremos el paso porque viene contra los dos, más con la confianza puesta en los dioses comunes de los helenos [33], hombres de Tebas, a los que nosotros en este tiempo daremos culto —no pelearemos por otra cosa distinta a nuestra raza, templos, tumbas y demás aspiraciones, por las que los dioses velan más que por la ambición de Filipo—, y recurriremos a los ejemplos de antaño y al poder que tuvieron nuestras ciudades cuando actuaron juntas. Pues el no haberos unido a Filipo, en la manera que quería para utilizaros contra nosotros, y que nosotros estemos los unos para los otros tiene una gran fuerza y una influencia para aceptar con confianza lo irremediable.

Pero también lo contrario es de creer que os animaría 39
no menos. Pues si ahora tenéis algún temor estando con no-

[31] Cf. III 390 y Heród., III 78.

[32] El texto entre corchetes es una glosa.

[33] Cf. IX 46.

sotros, ciertamente solos no tendréis ánimo, en especial si nuestros asuntos se convierten en un obstáculo, lo que ojalá no suceda. Es necesario que el considerar todo ello no os infunda desánimo ni miedo, sino que debéis evitar lo que sucedería, si nos descuidáramos, y no pensar que el peligro es terrible, sino que lo que es terrible es no pasar peligros
40 por cuestiones tan importantes. ¿Cómo no va a resultar vergonzoso, hombres de Tebas, haber sostenido una guerra imponente con los lacedemonios por el lugar de asentamiento de los mesenios y sentir orgullo por esta ciudad habitada por vosotros y haber cruzado el Peloponeso por vuestros amigos en Arcadia y no permitir arrepentirse a quienes de ellos lo deseaban, sino optar por toda clase de peligros en favor de lo bueno y justo[34], y sin embargo por vuestra propia libertad y salvación, diría más, de todos los helenos no os atreváis a disponer el ejército como respuesta en la frontera de Beocia e incluso dificultéis y traicionéis a los que han decidido liberar a los helenos y perjudiquéis los asuntos comunes e incluso vuestras acciones, por las que sois famosos?

Los embajadores

41 Aunque los tesalios y Pitón nos han ofendido mucho con sus discursos, dejaré de lado a los tesalios. Pues bastante castigo han recibido de Filipo, de forma que enfadarse con ellos no es mejor que sentir compasión por ellos y pedir que sean dueños de sus propias decisiones. Pensad vosotros que, si nos hacéis caso, os encontraréis en la misma situación que nosotros, pero si es-

[34] Se alude a las tensiones surgidas dentro de la Liga Arcadia, que se expresaron en forma de partidarios de Esparta y Tebas y tuvieron como desenlace final la batalla de Mantinea en el 362; cf. JENOFONTE, *Helénicas* VII 4-5.

cucháis a los tesalios, en la misma que ellos. Ellos vienen dejando en casa una tetrarquía[35], en tanto que nosotros no conocemos ningún señor salvo las leyes. E incluso en sus discursos éstos os aconsejan cosas con las que seréis más sólidamente esclavizados, en tanto que nosotros con las que aumentaréis vuestra presente felicidad. Pero contesta- 42
remos brevemente al bueno de Pitón. Éste es, hombres de Tebas, un bizantino. Observad de cerca nuestra naturaleza y la de este hombre[36]. Éste, después de entregar su patria, vive para Filipo, en tanto que nosotros, cuando Filipo fue contra Bizancio, fuimos en su ayuda, pusimos fin a su cerco y salvamos la ciudad. Ello a pesar de haber sido amigo nuestro en el pasado. Él, lo que aconsejó a sus conciudadanos entonces, esto mismo también os recomienda: sometimiento, obediencia al inferior y ser un apéndice. Nosotros desearíamos para vosotros lo que conseguimos para los conciudadanos de Pitón, tanto más lo creo así, cuanto más estimable nos es desde siempre la tierra de los tebanos y en el momento actual es más importante para la situación presente de los helenos.

Peroración

De palabra y obra hemos librado una 43
parte de la guerra, la otra, según parece, habrá de librarse. Ahora es el momento de decidir, antes de que Filipo vea lo que haréis, y mostraros en armas, para que vea que los helenos tienen sus fuerzas a salvo, mientras Atenas y Tebas luchen juntas.

---

[35] Cf. IX 17.

[36] Es un pasaje con problemas textuales; cf. BEHR, *P. Aelius Aristides...*, I, pág. 490, n. 46.

XI-XV

DISCURSOS LÉUCTRICOS

INTRODUCCIÓN (XI-XV L-B; XXXIII-XXXVII D)

La situación aludida en los *Discursos léuctricos* es la que se produjo después de la victoria tebana en Leuctra (371 a. C.). Espartanos y tebanos compitieron por hacerse con el apoyo de Atenas, que se entendía decisivo para una nueva e inevitable confrontación. Jenofonte en el libro VI de sus *Helénicas* (VI 4, 19 y sigs.) ofrece el relato histórico de las circunstancias en las que se sitúan las cinco declamaciones de Elio Aristides [1]. A esta fuente historiográfica se deben sumar otras de carácter literario. La influencia de Isócrates y Demóstenes ha sido oportunamente destacada [2]. Es de señalar que las argumentaciones expuestas por los distintos oradores muestran que Elio Aristides tenía una profunda comprensión y conocimiento de la situación política de la Hélade en el s. IV a. C.

De los cinco discursos —presentados en forma de pares contrapuestos y uno de conclusión— dos recomendaban apoyar a Tebas, dos a Esparta y el quinto propugnaba

---

[1] Sobre las fuentes de los *Discursos léuctricos*, cf. BURCHARDT, *Quibus e fontibus...*, págs. 25 y sigs.; y BOULANGER, *Aelius Aristide...*, págs. 387-390.

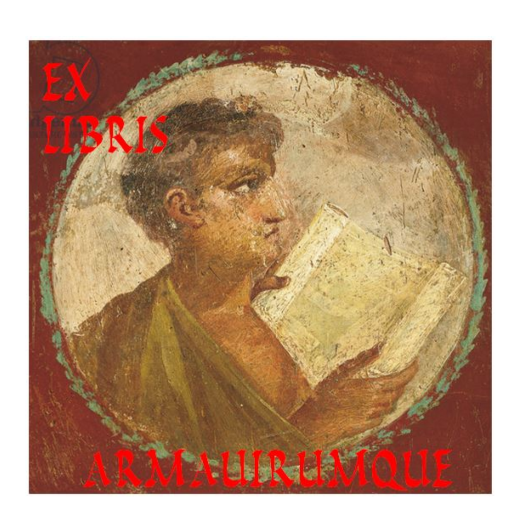
[2] BOULANGER, *Aelius Aristide...*, págs. 289 y sig.

la neutralidad, opción que efectivamente se impuso en Atenas. Es notoria la capacidad de Aristides para buscar nuevos perfiles argumentales en torno a unos mismos sucesos[3] y éste es uno de los aspectos que ha contribuido a asentar la opinión de que los *Discursos léuctricos* son las mejores declamaciones de Aristides[4].

Tampoco en este caso hay referencias externas o internas que permitan establecer una fecha de composición de estos discursos.

[3] Cf. KENNEDY, «The Sophists», op. cit., pág. 21.

[4] Así, ESCALÍGERO que decía que no tenían parangón con las restantes declamaciones de Aristides; cf. DINDORF, I, pág. 610. No se trata, sin embargo, de una de las obras más elaboradas del sofista; cf. KENNEDY, «The Sophists», *op. cit.*, pág. 21.



ARGUMENTO DE LOS DICURSOS LÉUCTRICOS[1]

Después de la guerra del Peloponèso, una vez que habían vencido a los atenienses, quisieron los lacedemonios someter también a sus propios aliados y en primer lugar marcharon contra los tebanos. Pero los tebanos asociados con los atenienses obtuvieron después una victoria[2]. Por fin, cuando fueron ellos solos y entablaron una batalla en Leuctra, obtuvieron una completa victoria[3]. Después de la victoria hicieron una nueva campaña contra los lacedemonios[4] y los lacedemonios mandaron una embajada a los atenienses para pedir una alianza[5], pero también los tebanos mandaron una embajada con intención de impedir esto. 1

[1] Este argumento es un escolio que se encuentra en algunos de los manuscritos de Aristides y fragmentariamente es mencionado en algunos de los manuscritos de Libanio; cf. LENZ, *P. Aelii Aristidis...*, vol. I, fasc. 4, pág. 675.

[2] Se refiere a la victoria obtenida en el 395 en la localidad beocia de Haliarto donde murió Lisandro y en la que lucharon como aliados atenienses y beocios contra los lacedemonios; cf. JEN., *Hel.* III 5, 16-22; TOD, *A Selection...*, n. 101.

[3] ARISTÓTELES en *Política* I 270 dijo que Esparta fue aplastada de un solo golpe: la batalla de Leuctra. Para la batalla, cf. esp. JENOFONTE, *Helénicas* VI 4, 4-15.

[4] JEN., *Hel.* VI 5,22-32.

[5] JEN.E, *Hel.* VI 5,33-36.

2 Aristides con este material compuso cinco discursos, el primero en favor de los lacedemonios, el segundo en favor de los tebanos, el tercero en favor de los lacedemonios, el cuarto en favor de los tebanos, el quinto en pro de no ayudar ni a uno ni a otro. Son admirados tanto por su fuerza como por sus argumentos. Éste es el argumento, pero el argumento pragmático está sin escribir[6].

[6] El anónimo autor del escolio está utilizando terminología retórica. Cf. BEHR, *P. Aelius Aristides...*, I, pág. 491 n. 5.

XI. PRIMER DISCURSO LÉUCTRICO: A FAVOR DE LOS LACEDEMONIOS

Proemio

Atenienses, me he levantado con la idea de que, si no fuera demasiado ingenuo confesarlo, admitiría estar a punto de decidir y confirmar a quién de los dos apoyaré, y si alguien que se levantase un poco después demostrara que no tengo razón y argumentara algo mejor, sería el primero en dejarme persuadir. Tal buena disposición en favor de uno u otro no tuve en el pasado. Diré lo que me hizo levantarme animosamente y me persuadió para inclinarme a favor de unos, diré y mostraré de igual manera la opinión que tengo sobre unos y otros, sacando a relucir en primer lugar lo fundamental de ambos. 1

Yo quiero que uséis a los tebanos contra los lacedemonios y a los lacedemonios contra los tebanos y que a ninguno de los dos le vaya mejor de lo que conviene a nuestra ciudad. Si estuvieran en igual situación y tuvieran ambos la misma consideración, no habría problema. Puesto que la balanza se ha inclinado tanto del lado de los tebanos, temo la debilidad de unos y la fuerza de otros. Si fuera necesario por medio de alguna acción enmendar la debilidad mencionada y terminar con esa fuerza, tendríamos por de pronto dos tareas y después habría que ejecutar cada una en su 2 3

momento oportuno. Puesto que han coincidido ambas cosas, me parece necesario aprovechar esta coyuntura y apor-
4 tar a los unos tanto cuanto conviene quitar a los otros. Pues creo que al ser éstos equiparados por nosotros se verán forzados por sus circunstancias, pero cuando sea anulado uno u otro, nuestra solicitud será sobre los vencedores. Con estas reflexiones como fundamento manifiesto que ocurrirá lo que acaso parezca fuera de lugar: si nos mantenemos al margen de ambos, pasaremos peligros por uno o por otro, pero si ayudamos a los más débiles, en el futuro estaremos en una posición intermedia entre los dos.

Solicitud ateniense por los necesitados

5 Al considerar todo ello he dejado de ser neutral y éste es el motivo por el que he optado por los lacedemonios. Pero vuestra inclinación hacia la filantropía y a anticiparos a los quejosos desafortunados antes de que pidan ayuda, no permitiría que estos asuntos fueran considerados con precisión. Me consta que cuando el heraldo, al que los tebanos os enviaron con una corona, anunció el resultado de la batalla, lo escuchasteis con malestar y desagrado, y que estuvisteis tan lejos de alegraros con él que ni lo llamasteis al pritaneo ni le hicisteis ningún gesto amistoso [1]. Así es cierto el viejo refrán: cada uno de los desafortunados tiene una buena fortuna común con el carácter de esta ciudad, por el que son salvados [2].

---

[1] No invitaron al heraldo tebano a la comida habitual con la que se les agasajaba ni le respondieron en torno al auxilio que solicitaba, cf. JENOFONTE, *Helénicas* IV 4,20.

[2] Un tópico recogido en JENOFONTE, *Helénicas* VI 5,45, y el propio E. ARISTIDES, I 60.

Preguntaré al que os pueda recordar lo hecho por los lacedemonios en la guerra de Decelia[3], quiénes participaron con ellos. Creo que no fueron los samios, sino más bien aquellos a los que se deberá ayudar por pensar que no tienen culpa. Si se debe atribuir tales cosas a la oportunidad y la filantropía, es justo que se olvide por igual lo que han hecho. Y no el tener deseos de venganza contra los lacedemonios, que fueron convencidos por los tebanos desde el principio, se esforzaron en mitad de la contienda en terminar con ella y después se les impidió[4], en tanto no se hacen reproches a los tebanos que actuaron desconsideradamente hasta el final. Pero si es debido pedir cuentas a unos y a otros, lo que, por los dioses, no lo considerara yo adecuado, si ninguno pudiera convencerme, ¿por qué se debe acusar a los que no es posible distinguir de los otros? Pues, como diría quien lo examinara con detención, los unos compartieron las peores acciones de los otros. 6

Peor los tebanos que los lacedemonios

Y ciertamente si se debe comentar algún suceso seleccionado, en tanto se dejan de lado sus acciones bélicas conjuntas, observemos lo hecho y decidido por unos y otros después de la guerra, pues encontraremos que la decisión de los tebanos era la destrucción de nuestra ciudad, su esclavitud y que ninguno quedara libre[5]. Evito añadir el nombre de la ciudad a estas 7

[3] Sobre la ocupación de este lugar sugerida por Alcibíades y su significado durante las campañas atenienses en Sicilia y hasta el final de la guerra; cf. TUC., VI 91,98; VII 18 y sigs.; VIII 3.

[4] Parte de los aliados de Esparta (beocios, corintios, eleos y megarenses) estuvieron en contra de concluir las hostilidades después del período llamado la Guerra de los Diez Años, cf. TUC., V 17.

[5] No sólo los tebanos, sino corintios y «muchos helenos» estaban a favor de no negociar con Atenas, sino arrasarla cuando Terámenes fue a Se-

palabras de mal augurio. Ni siquiera antes el persa decidió tales cosas sobre nosotros, sino que pensó que bastaba si conseguía que hicieramos voluntariamente lo que ordenaba[6]. Por el contrario la decisión de los lacedemonios fue la que ahora consideran que deben obtener de vosotros: se-
8 guiré habitando su ciudad y no sufrir nada irremediable. Y, en efecto, yo me pregunto, si los lacedemonios estuvieron de acuerdo con los tebanos y apoyaron esa acción y ningún dios prestó ayuda en este asunto, ¿qué impediría a los tebanos buscar aliados a los que convoquen contra los lace-
9 demonios? Además —séame concedido decir esto sin afán de polémica—, si se analiza el asunto con toda justicia, se hallará a los lacedemonios merecedores de perdón tanto por lo que hicieron en la guerra, como por lo que hicieran después. ¿Por qué? Porque la esencia misma de la guerra provee de una excusa a los que combaten por el poder y la hegemonía, si en algo se han excedido, pero los que combaten por una pretensión distinta y se hallan en una situación diferente y cometen los excesos que cometieron los tebanos entonces podían en justicia sentirse avergonzados, porque han desenmascarado su crueldad y tienen una naturaleza perversa.

Ya han sufrido suficiente los lacedemonios

10 Ciertamente si alguien considera que el análisis de estos temas ha pasado, pero busca el pretexto de la presente guerra, veo que juzga que los lacedemonios cometieron injusticia y cree que se debe estar de parte de los tebanos. Yo por mi parte ni lo creo en modo alguno ni tampoco diría que Fébidas fue quien tras-

lasia a concertar las condiciones de la paz al final de la Guerra del Peloponeso; cf. JEN., *Hel.* II 2,18-20.

[6] Se alude a la actuación del persa en las Guerras Médicas.

tocó estas cosas y nada se hizo de común acuerdo, sino que cuando le llamaron los propios tebanos, a los que no les gustaban las circunstancias presentes, Fébidas se presentó entrando en la ciudad y ocupó la Cadmea[7]. Pues ciertamente al escuchar todo ello fue posible a los que estaban en casa pedirle que volviera, castigarlo, sacar sus fuerzas de allí y mostrarse enfadados, lo que distaron mucho de hacer[8]. Si 11
hubiéramos dificultado a los tebanos en su deseo de tomar venganza, ciertamente hubiéramos cometido injusticia y no hubieramos actuado de acuerdo con nosotros mismos. Pero una vez que se han vengado, ansían proseguir. No creo que sea necesario, so pretexto de justicia, concederles la más cruel de las acciones, someter el Peloponeso y al resto de los helenos. Pues esto es lo que significa la destrucción de los lacedemonios. Si antes de la batalla hubie- 12
ran ambos enviado a pedir ayuda igual que hacen ahora, yo habría apoyado a los tebanos —me refiero sin discusión—. ¿Por qué? Porque hubiera creído que la petición de los lacedemonios era para contribuir a esclavizar a los tebanos, en tanto, la de los tebanos para tomar justicia de los lacedemonios. Yo hubiera creído mucho mejor este discurso que el anterior. Pero si en el momento de presentarse la em- 13
bajada ya han conseguido lo que pretenden, no veo la forma de nuestra ayuda. Pero yo, y nadie se moleste por esta consideración fuera de lugar, si al principio hubieran en-

[7] El comandante espartano Fébidas en su trayecto hacia Olinto entró en Tebas (382 a.C.), instaló una guarnición en la ciudad y se apoderó de la Cadmea. De esta manera cometió un acto impío de agresión por el que según JENOFONTE recibió Esparta el castigo divino en Leuctra (*Hel.* II 2, 25-32 y V 4, 1).

[8] A pesar de un malestar inicial entre los éforos se terminó de admitir que la acción de Fébidas era benéfica para Esparta y que se debía conservar lo adquirido, JEN., *Hel.* II 2, 32-36.

viado las dos embajadas, hubiera apoyado a los tebanos, pero si después de la batalla las hubieran enviado de nuevo, como ahora hacen ambos, de buena gana hubiera aconsejado cambiar. Pues cuando la guerra comenzó, hubiera pedido ayudar a los que estaban siendo tratados de forma injusta, pero cuando el motivo por el que les hubiéramos ayudado estuviera satisfecho, hubiera creído una de dos, o se detenían necesariamente o si actuaban de forma inmoderada, de nuevo debíamos contenerlos. Y en la misma medida en que antes les hubiéramos ayudado de manera deci-
14 dida, así y más afirmo ahora que nos debemos oponer. Pues después de alcanzar la justicia por la que decían esforzarse no paran, llegan por el camino de la justicia a la acusación de los lacedemonios y dejan de lado el motivo de la guerra por el que convenía entonces ir contra los lacedemonios. Pues no se vengan por lo que han sufrido, sino que con lo que han conseguido pretenden conseguir más. Así pues, se ha cumplido lo que les era debido, por lo que consiguieron ayuda. Pero en la actualidad se sabe que su conducta tiene los rasgos de lo injusto, por lo que con razón les pondre-
15 mos dificultades. Además no sería razonable ayudar entonces a los lacedemonios para esclavizar a los tebanos ni ahora apoyar a éstos para destruir a los lacedemonios. Ciertamente es mucho más adecuado, Zeus y dioses, que los tebanos desistan por nosotros a que participemos por ellos en esta acción.

16 Pues sucede, sucede, en efecto, que los que se defienden sin mesura cometen injusticia. Y si alguno con los actos con los que castiga, comete injusticia en ellos, de nuevo comienza el proceso. ¿A qué me refiero? Los lacedemonios marcharon contra los tebanos. Bien. Así también los lacedemonios pagaron su deuda a los tebanos. Este es el final de los reproches. Lo que después de esto hagan los te-

banos es, por así decirlo, el comienzo de un segundo acto de injusticia y un nuevo ciclo. Esto no sólo afecta a ciuda- 17
des, sino que también todo lo relativo a particulares cae bajo el mismo principio. Alguien ha sido castigado por algo. Ésta ha sido, por así decirlo, la conclusión de su mala acción. Pero si el que tuvo su satisfacción en su día, después de ello maltrata y arrastra al desgraciado, las leyes ordenan castigar al que así actúe. Justamente. Pues va en favor de la naturaleza de nuestro linaje que haya un límite para los que cometen faltas, después de lo cual la cólera de la víctima deba parar. Que se me conteste ahora: si nos unimos a los tebanos y vencemos de nuevo a los lacedemonios, ¿qué impedirá que los tebanos pretendan un nuevo castigo, que ejecutarán, y que esto nunca tenga límite a causa de la querella inicial?

Compasión de los lacedemonios

¿Pero por qué trato en detalle estas 18
cosas? Pues si los lacedemonios han realizado actos absolutamente terribles y más allá de todo posible castigo, la ocasión, atenienses, los exculpa, por tanto no está bien que os unáis a otros para aumentar sus desgracias. De los suyos han muerto más de mil[9], sus aliados han hecho defección, los templos de los tebanos están adornados con sus armas, sus esperanzas se cifran solo en vosotros, ¿cómo va a ser adecuado convertirse en sus verdugos y no ayudarles a preservar sus restantes recursos? Pues si vosotros les hubierais hecho esto en vuestra propia guerra, con razón me parecería que deberíais parar en ese punto. Pero colaborar con los tebanos en la completa des-

[9] El balance de la batalla de Leuctra es desigual para las distintas versiones; cf. Jen., *Hel.* VI 4, 15; Diod. Síc., XV 56, 4; Plut., *Agesilao* 28.

trucción de los adversarios, ¿cómo no se va a evitar inclu-
19 so decirlo? Apórtese contra estos argumentos la Paz de Antálcidas [10] y lo que se quiera. En la necesidad presente los lacedemonios pagarían mucho por que se dijera que la paz se hizo con su oposición. Pues cuanto más se critique la
20 paz, con tanto más ánimo debéis salvarlos ahora. Pues en el tratado se escribió que el rey podía hacer lo que quisiera a los griegos que habitaban en Asia. A los que esto incomoda no es posible ahora descuidar la embajada de estos desgraciados. Pues de ninguna forma alguien podría decir que lacedemonios y atenienses tuvieron una solicitud semejante con respecto a los helenos, aunque sólo fuera fijándose en los propios acuerdos con el rey, de los cuales los de ellos entregaban a los helenos que vivían en el mar, en tanto que los nuestros mantenían al rey lejos del mar [11]. No es lo mismo llegar a un acuerdo en estos términos forzado por la necesidad y por desear la paz y, mientras se está en paz, por deseo de guerra no prestar atención a los que quie-
21 ren lo justo. [Cuando es duro y terrible escribir que el rey puede hacer lo que quiera con los que están en tierra, ¿cómo no va a ser mucho más perverso que nosotros colaboremos con los tebanos contra los helenos en Europa?] [12]. Pues si se juzga la acusación y reproche contra los lacedemonios, que abrumados por la guerra escribieron a los que estaban en la tierra del rey, el rey les podía hacer lo que qui-

[10] Llamada también Paz del Rey (387-386 a. C.), que fue considerada un éxito para Esparta. Los términos están recogidos en lo sustancial en JEN., *Hel.* V 1, 31.

[11] Alude a los términos de la Paz de Calias (449 a. C.) con la que Atenas consiguió un delicado equilibrio en sus relaciones con Persia.

[12] Se trata de una glosa; cf. LENZ, *P. Aelius Aristides...*, I, fasc. IV, págs. 684 y sig.

siera [13], ¿cómo vosotros que sois atenienses y dueños de vuestros consejos podéis soportar entregar los helenos de Europa a los tebanos y lo mismo a los lacedemonios a los que, si no otra cosa, el prestigio que tuvieron los exculpa?

Atenas no tiene compromisos con Tebas

A los que hablan en favor de los teba- 22
nos, se les podría ocurrir ahora ese importante argumento de que ya antes los hicisteis vuestros aliados y ellos os recordarán la expedición a Haliarto [14] y la batalla de Coronea [15]. Podrían decir que es raro que hagáis amigos a los enemigos de entonces y enemigos a los aliados de entonces. Pero yo disto tanto de creer que ello se opone a la ayuda a los lacedemonios que, si yo pensara que ninguno iba a hablar en favor de los tebanos, utilizaría los
mismos ejemplos en su favor. ¿Quién no sabe que entonces 23
convertimos en amigos y aliados a los tebanos, que habían sido adversarios y enemigos de siempre, y las diferencias existentes no impidieron que nos asociáramos y uniéramos a ellos, cuando nos pareció que se expresaban con los mismos justos presupuestos? Que la alianza de entonces no es impedimento para que admitamos ahora a los lacedemonios en alianza, se deduce de lo anterior. Varones atenienses,

---

[13] La primera condición de la Paz del Rey decía: «Artajerjes, el rey, considera justo que sean suyas las ciudades de Asia...» (JEN., *Hel.* V 1, 31).

[14] En Haliarto (395 a. C.) murió Lisandro al frente de un ejército focidio que no esperó que llegara Pausanias para enfrentarse a los tebanos. Una vez que llegó, Pausanias hubo de retirarse al contar para entonces Tebas con la ayuda ateniense, cf. JEN., *Hel.* III 5, 17-24.

[15] En la batalla de Coronea se alinearon, por una parte, beocios, atenienses, argivos, corintios, enianos, eubeos y locrios y, por otra, lacedemonios, orcómenos y focidios bajo el mando de Agesilao; cf. JEN., *Hel.* IV 3, 15-21.

mostraré de forma más clara aún que lo anterior que por la presente alianza es necesario que ayudemos a los lacedemonios y que a los que recuerdan nuestra diligencia de entonces para con los tebanos no les queda sino cambiar de
24 punto de vista. Pues si alguno os preguntara, atenienses, con el pago de cuánto dinero consiguieron los tebanos vuestra alianza, le diríais: «¡Calla, hombre! ¿A nosotros los tebanos?, ¿cómo?, ¿por qué?, ¿qué otros hicieron algo semejante?». Entonces, ¿cómo les recibisteis? Pues no eran amigos desde antiguo. Ninguna razón se podría hallar de no ser el peligro y la necesidad y el hecho de que si los descuidábamos quedarían al punto bajo dominio de los lace-
25 demonios. Si tuviérais alguna familiaridad privada con ellos, ni siquiera así os podrían reprochar con justicia que no queráis uniros a ellos para cometer injusticias, sino que daría la impresión de que cambiáis de posición, pero con razón echaríais más cuenta a nuestra propia oponión sobre ellos mismos que a su agradecimiento. Mientras la causa por la que os unisteis a ellos entonces fue la que he dicho, yo afirmaría que la impresión de ser mudables está ahora asociada con la participación en su lucha, en tanto que seguiríamos siendo los mismos, si no optáramos por los otros,
26 puesto que ambos intercambiaron su posición. Pero si alguno afirma que le asusta que se le asigne a la ciudad la reputación de estupidez, su temor ha llegado demasiado tarde. Pues ¿por qué no consideró esto en tiempo de los tebanos? Después quede libre de esta culpa, pero convénzase de lo siguiente. Cese de tener miedo por temas que no lo merecen y de envanecerse a destiempo, salvo que también diga que los pilotos actúan de manera contraria a ellos mismos y les eche en cara que no siguen el mismo curso desde el principio ni tampoco el correcto, sino que guían hacia otras rutas contrarias a las de antes. «¡Hombre!, la necesidad me

guía. Actúo de la misma manera. Pues poseedor de un oficio y una forma de razonar siempre estoy con el viento que me lleva, tanto si voy en un sentido como en otro.» Ésta es la explicación del piloto, según creo. Yo tengo que dar en favor de la ciudad esta misma explicación.

Para que veáis que simplemente tengo todo presente y 27
ninguna porfía mezclo, diré algo aún más importante que lo anterior. Si nosotros recordamos mucho la anterior alianza, como es debido, y nos resistimos a cambiar de posición, no peleemos con los tebanos, pero tampoco dejemos de lado a los lacedemonios —no propongo un enigma—, sino que enviemos quienes adviertan a los tebanos
que dejen en paz a los lacedemonios. Si escuchan estas pa- 28
labras y se persuaden, ni haréis nada en contra de ellos, ni los lacedemonios serán aniquilados por ello, sino que unos se mantendrán como amigos, en tanto que los otros se sumarán a éstos, pero ambos estarán agradecidos, los unos por no tener conflicto alguno y los otros por haber sido salvados por vosotros. También escucho que hace mucho tiempo, antes de las Guerras Médicas, los propios tebanos pusieron fin a una batalla que estaba a punto de tener lugar contra nosotros, cuando se presentaron los corintios y nos reconciliaron a los unos con los otros[16]. Ahora ciertamente los tebanos nos creerían con más razón, cuando, en tanto la embajada de los lacedemonios nos pide que vayamos contra ellos, nos ven preocupados de tal manera que, para no vernos forzados a hacerles nada malo, los exhortamos y persuadimos de palabra, pero no los obligamos por la fuerza de las armas, aunque ello es posible para nosotros. Si se 29

[16] Se refiere a los conflictos que se produjeron tras la expulsión del tirano Hipias con intervención de tebanos, corintios, plateenses y lacedemonios, cf. HERÓD., VI 108.

convencen, como dije, esto sería lo mejor. Si no prestan atención, se ofenderán a ellos mismos, no menos que a nosotros. Pues nosotros actuamos respetando la alianza y sin querer romperla, mientras ellos serán de los que menosprecian estos argumentos y no dan importancia a que van a levantar las armas ahora contra los que antes eran sus alia-
30 dos. No permitáis a los oradores que digan contra vosotros lo que debían decir contra los tebanos, ni os contengáis si alguien intenta convenceros de lo que no os compete. ¿Cómo no va a resultar extraño que, cuando nosotros queremos, si es posible, convencer a los tebanos, y no sólo a nosotros mismos, de que no se deben tener diferencias, cuando los tebanos nos arrastran incluso sin que nosotros queramos, que nos recomienden que estemos en paz y que estimemos como aliados a los que huyen de nosotros?

31 ¡Vamos, por Zeus! Si los tebanos os hubieran dicho, cuando vinieron al principio, que, si se desembarazaban de la guerra y el peligro que los acechaba, os convertirían en sus enemigos y os odiarían, si no les permitíais de una vez por todas aniquilar a los lacedemonios y someter a la Hélade, ¿hay alguien que hubiera pensado que había otros
32 hombres más perversos o más dignos de morir? No les demos ahora un motivo para hacer aquello que no hubieran alcanzado al principio para tales objetivos, sino que por el contrario pongamos todos los obstáculos posibles, si esta alianza no debe parecer realizada para tales fines. Pero creo que los tebanos no son tan insensibles y perversos, a pesar de ser tebanos [17], como para reprocharos más ahora si les impedís destruir a los lacedemonios, que para recordar

---

[17] Los beocios en general tenían fama de zafios y brutos, cf. PÍND., *Olimp.* VI 90; TEMISTIO, XXVII 334 B; CIC., *De fato*, 7; HOR., *Epístolas* II 1; TERT., *De anima* 20, 3.

el agradecimiento que os deben por su salvación, la que consiguieron por vuestro medio.

Con gusto preguntaría a los que hablan en favor de los 33
tebanos si dicen que ellos son nuestros aliados o que lo han sido. Pues si lo son, ¿por qué nos persuaden para convertirlos en tales? Pero si lo han sido, mucho antes que ellos lo fueron los lacedemonios. Además no es razonable afirmar que lo han sido, pero, como si la alianza todavía estuviera en vigor, intervenir pidiendo que no se deshaga la alianza. Y ciertamente que rechazasteis la alianza, lo sabe el que anunció la victoria, al que recibisteis, cuando vino después de la batalla, de una manera no más honrosa que a los mensajeros que antiguamente envió el bárbaro[18]. No diré, aunque lo recuerdo, cuántos se lamentaron hasta las lagrimas al escuchar a los lacedemonios. ¿Por qué motivo? 34
¿Acaso sois tan maliciosos y perversos y habéis superado a todos los hombres en perversidad y maldad, que a los amigos, si consiguen algo bueno, los odiáis y envidiáis? No es así. Es una satisfacción, por Zeus, afirmar: «no es así». ¿Entonces qué sucede? Desde antiguo hay algo connatural a esta ciudad que goza de buena fama entre todos, algo que no ha llegado a los de Mégara, aunque son vecinos, ni a los segundos más importantes de los helenos, los ahora infelices lacedemonios, sino que ha surgido y alcanzado aquí su madurez desde el mismo comienzo. ¿Qué es esto? Solici- 35
tud hacia los débiles y una compasión por los desgraciados no sin sentido, sino suficiente para su salvación[19]. Este rasgo no permite a la ciudad sentir afán de venganza ni inda-

[18] Sin embargo, los embajadores persas fueron asesinados.

[19] Compadecerse de los débiles y necesitados era uno de los valores que, según Aristides, encarnaba Atenas y su pasado; cf. ARISTIDES, I 99, 125.

gar quién es el desgraciado, sino que, tan pronto aprecia que alguien tiene una desgracia, al punto olvida las que ella misma sufrió. Por ello es suficiente para todos los hombres en lo que a la ciudad respecta, como una contraseña, la apariencia de desgracia. Por este motivo no abandonó a los tebanos y tuvo piedad de los lacedemonios, cuando al principio, en tiempo de los heráclidas, supo de sus desgracias[20].

Los tebanos ya han obtenido satisfacción

36 No hablaré en contra de las ayudas que los tebanos nos prestaron, al no unirse a los lacedemonios en el ataque al Pireo[21], al acoger a Trasibulo[22]. Estaría loco. Sin embargo, ya he escuchado a alguien decir que se les debe agradecer en la misma medida que reprochar el que no se sumaran al ataque y, por Zeus, el mismo añade que se les debe odiar por el motivo por el que hicieron esto. Pues afirmaba que estaban irritados al no
37 haber conseguido destruir nuestra ciudad. Pero yo dejo de lado estos argumentos para los que deseen recurrir a ellos. ¿Qué es lo que yo digo? Si los tebanos se hallaran en algún peligro, con justicia alguien nos recordaría tales cosas para que no nos sumáramos a un ataque contra su ciudad, como tampoco ellos antes se sumaron a los propios lacedemonios contra la nuestra, cuando la situación estaba mal. Pero cuando el discurso es por la salvación de los lacedemonios, ¿por qué debemos ser seducidos con estos argumentos extraños? Con tanta más razón no debemos mirarlos con indiferencia, cuanta mayor sería la vergüenza, si los

[20] Cf. I 52 y sigs. Esta forma de argumentar con las tradiciones de las ciudades es muy antigua y, por ejemplo, Jenofonte (*Hel.* VI 5, 47) la pone en un discurso del fliasio Procles dirigido a los atenienses.

[21] 403 a. C. Cf. Jen., *Hel.* II 4, 30.

[22] Jen., *Hel.* II 4, 1-2.

tebanos no se abstuvieron de pasar dificultades con nosotros que teníamos problemas, sin que hubiera ninguna petición de ayuda por nuestra parte, en tanto que nosotros, que somos atenienses, ayudaremos en sus desgracias a los lacedemonios, que han confesado en su embajada que no tienen ninguna oportunidad sin nosotros.

Ciertamente no me mostraré remiso en decir que, si los 38
tebanos no hubieran recibido de nosotros como contrapartida unas muestras de agradecimiento no superiores, sino muy superiores a sus buenas acciones, se lo deberíamos todo. Pero, ¿es posible, por Zeus, que parezca a alguien igual o similar no seguir a los lacedemonios en su ataque y alinearse contra los lacedemonios en favor de los tebanos o es lo mismo también acoger a los exiliados, práctica que es común entre todos los hombres, y preocuparse para que no sean exiliados ni expulsados de su tierra? Tales cosas a cambio de su ayuda recibieron los tebanos de nosotros, incluso matamos a Lisandro[23] y erigimos un trofeo y libramos de enemigos el territorio de Beocia. ¿Recibieron en correspondencia buenas acciones en su justa medida? ¿O si nos hubiéramos sometido a ellos, ya no hubieran reclamado más?

La deuda ateniense con los lacedemonios

Admiro que vayamos a recordar los 39
actos benéficos de los tebanos, pero no tendremos en cuenta para nada la decisión de los lacedemonios, sin la que, si ellos no se hubieran comportado con mesura con nosotros, las buenas acciones de los tebanos no hubieran tenido terreno sobre el que aplicarse[24]. Tan infe-

[23] No es cierto, Lisandro murió antes de la intervención ateniense en Haliarto.

[24] Se refiere al comportamiento de los lacedemonios después de la Guerra del Peloponeso.

riores a este solo acto son los hechos benéficos de los tebanos, cuanto que, destruidos de una vez por todas, no hubiera sido posible a los tebanos y a los que quisieran comportarse de forma benéfica con nosotros. Muchas formas diferentes muestran también en qué medida no podíamos ser más desgraciados sufriendo lo contrario de lo que habían acordado los lacedemonios, pero que lo pasamos mejor
40 que después con los tebanos. Con respecto a estas cuestiones[25] acaso alguien pudiera hallar un procedimiento distinto de ellos, pero para no sufrir estas cosas[26] se necesitaba totalmente a los lacedemonios por la fortuna que entonces tenían, la que ojalá nunca hubieran tenido[27]. Pues ella destruyó nuestra floreciente ciudad y los trajo a ellos mismos a las desgracias presentes.

41 Y ninguno crea que digo que estamos a salvo gracias a los lacedemonios —¡ojalá nunca les vaya así de bien!—, sino que la justa providencia de los dioses, así como la fortuna que desde un principio le tocó en suerte, atenienses, salva y protege nuestra ciudad. En cuanto es propio de hombres, intervinieron en alguna ocasión los lacedemonios y los focidios y algún otro, según creo, pero ciertamente no en menor medida los lacedemonios por tener el control de
42 la votación. Pero ahora debemos pensar que se presenta aquella misma situación, en la que nosotros mismos estuvimos en un tiempo, y en correspondencia les devolvemos igual la decisión que entonces pensamos que los lacedemonios debían tomar en favor nuestro ante un peligro y en circunstancias semejantes, puesto que ya previamente fui-

[25] La ayuda prestada a Trasibulo y su negativa a intervenir en el Pireo.

[26] La destrucción de la ciudad de Atenas.

[27] Habían ganado la guerra.

mos beneficiarios de algo semejante. Se han convertido en suplicantes ante vosotros, los lacedemonios que antes decidían y conducían a los helenos y poseían la tierra y el mar, y se expresan como suplicantes con mesura diciendo que es necesario que también ellos saquen algo en claro de vuestra felicidad, y así habréis salvado no sólo a los tebanos y los otros helenos, sino también a ellos. Pero si los que os 43
ayudaron con los votos entonces piden a cambio ser salvados ahora por vosotros por las armas, aceptad preferentemente su petición. Pues la disposición de lo que es justo tiene un mismo fundamento, pero el estilo del bien obrar que consigue la mejor reputación muestra la excelencia de vuestra magnanimidad. Otros favores dan crédito a los primeros que los otorgan, pero el que vosotros concedéis ahora a los lacedemonios, lo pondrá todo a vuestro favor. Pues salvados por un voto, cuando llega vuestro turno salváis por la guerra y las armas. Esto es lo que produce prestigio y por lo que se pone de manifiesto que sois atenienses y no otro tipo de hombres. Pero si incluso fuera necesario que 44
vosotros ahora votarais sobre ellos en los mismos términos, yo no me alegraría con vosotros por salvarles, sino que lo juzgaría obra de ellos. Y ciertamente cuando vosotros salvasteis a los tebanos, no les devolvisteis favores por otros iguales. Por entonces no os sobraban los trirremes ni teníais todavía quien levantara la muralla [28], sino que la ciudad estaba sin custodia y desnuda. Pero ahora en efecto veis muchas naves reunidas en el Pireo, veis la muralla y todos los demás recursos, por los que la guerra quiere ser dispuesta. Tal abundancia tenéis que ambos contendientes

[28] Trasibulo en respuesta a una petición de ayuda tebana contestó que su socorro sería superior al recibido de Tebas, pues no tenían cómo defenderse; cf. JEN., *Hel.* III 5, 8-16.

están de acuerdo en que la balanza se inclinará del lado del que os pongáis.

45 Creo que no es ocioso ni carece de sentido observar que, si los tebanos no destruyen a los lacedemonios cuando se presente la oportunidad, sino que los tratan de una manera suave y mesurada, la reputación será de los tebanos en lugar de nuestra. ¿Qué podría ser más vergonzoso? Pero si los aniquilan de una vez por todas, no será un suceso secundario y circunstancial que no haya lacedemonios en la Hélade. Además de semejante desgracia, se agregará la opinión de que nosotros somos los responsables, cosa que es más importante que lo anterior, si ello se puede decir.
46 No puedo creer que siendo tebanos los perdonen, si tienen la ocasión de hacerlo. Siempre que reflexiono sobre sus decisiones sobre nosotros y aquella hermosa votación y de dónde proceden sus primeras discrepancias con ellos, pienso que primero se debe sentir tristeza por los lacedemonios, si llegan a tal peligro. Pues no es verosimil que emitieran ese voto en torno a una guerra de la que otros se ocupaban, pero de la que habían sido dueños y rectores, la dirigieran de forma mesurada, si se presenta la ocasión, y trataran suavemente a los lacedemonios odiados por ellos mismos y por nosotros, porque en una ocasión nos habían perdonado. Pues no nos odian por su causa más de lo que los odian a ellos por ellos mismos y por nosotros.

Tebas es más peligrosa que Esparta

47 No me parece razonable que tengáis miedo de que los lacedemonios nos den problemas de nuevo, si son salvados. Pues si concediéramos que ellos tuvieran las mayores expectativas, ciertamente no podrían esperar y desear algo superior a dominarnos. Sin embargo, saben bien que ya antes en modo alguno les convino esto, sino que cuando alcanzaron la hegemonía por

tierra y mar, entonces, rodeados de males humanos fueron a Corinto, a Beocia, de nuevo a Argos recorriendo de arriba a abajo toda la Hélade[29] y hostigados, hasta que vergonzosamente pidieron ayuda al rey de los persas[30] y al final heridos en una sola batalla fueron derrotados. Para los 48
que es manifiesto que no es ventajoso actuar como hubieran deseado y para los que es un perjuicio y peligro que haya un motivo por el que sea necesario hacer la guerra, ¿por qué motivo se darán animos en una situación absurda semejante o querrán luchar, cuando la victoria no es posible? ¿Por qué iban a pretender ocupar de nuevo las ciudades, que entregadas ellas mismas no pudieron conservar? Creo que nadie se atrevería a montarse en un carro viendo un lugar escarpado, sabedor de que no puede mantenerse sentado, ni tampoco nadie afrontará unos problemas semejantes por los que al punto resultará derribado. Quien asume algo por encima de su rango, si bien al principio lo lleva con facilidad, poco después, afectado, resulta destruido. Los lacedemonios recuerdan también con cuánta preparación y con cuánto orden se dispusieron para la primera guerra, así como los aliados y consideración que tenían en aquellos tiempos.

Y no les pasó desapercibido que, si la ciudad no hubie- 49
ra cometido errores con ella misma, comenzando con la guerra contra los de Sicilia[31] y con la pérdida de las naves en Egospótamos por desidia de los generales[32], y si no hu-

[29] Se trata de la llamada Guerra de Corinto (a partir del 395 a. C.) en la que Esparta hubo de enfrentarse con una coalición formada por Beocia, Corinto, Argos y Atenas. Cf. Jen., *Hel.* V.

[30] Nueva alusión a la Paz de Antálcidas o del Rey.

[31] La desastrosa expedición a Sicilia durante la Guerra del Peloponeso.

[32] La batalla tuvo lugar en el 405 a. C. y fue la última derrota sufrida por Atenas en la Guerra del Peloponeso antes de que se rindiera por falta de suministros. La derrota se atribuyó a no haber sabido escoger un lugar

bieran contado con tantos hombres, no habrían conseguido la superioridad en modo alguno, sino que o bien nos habrían pedido terminar la guerra o vencidos habrían terminado por estar sometidos. Pero ahora, ¿fijándose en qué suscitarán semejante problema?, ¿fijándose en el imperio, en la fuerza?, ¿contando con qué ingresos?, ¿teniendo qué
50 brillantes recursos para la guerra? Nada de esto existe. Que no parezca, atenienses, que tememos a suplicantes. Pues en primer término sería vergonzoso, si se escuchara que los atenienses tienen miedo de los que pretenden ser salvados. No llevemos al convencimiento ni a éstos ni a ningún otro heleno de que consideramos que se debe tener algún tipo de sospecha por ellos. En modo alguno. Pero, ¿qué creéis? Si no se bastan para atacar a los tebanos sin nuestra ayuda, ¿cómo van a pretender atacarnos?, ¿buscando qué?, ¿para qué nos destruirán? Sin embargo, cuando tuvieron la ocasión, no lo hicieron. Pero ¿porque no les convino perdonarnos? Ciertamente por ello se darán cuenta de que están a salvo. Entonces ¿para tener problemas sin motivo? Pero no están tan locos. ¿Por qué entonces os incomodarán? Desde luego, no para ser odiados. No se me ocurre por qué
51 pudiera ser. ¿Cómo no va a resultar extraño y fuera de lo común pensar que hombres que han sido salvados por vosotros y que han conseguido más de lo que esperaban, maquinarían algo desconsiderado para nosotros, aunque adquirieran el imperio y la fuerza de rey de Persia? Además, si vamos a temer a los que hacemos el bien, ¿en quién confiaremos? No veo en quién. Si todo sistema para conseguir la seguridad tiene dos caras, el de los lacedemonios posee

adecuado para anclar la flota ateniense, dejarla abandonada en la orilla y desatender las advertencias de Alcibíades sobre el particular; cf. JEN., *Hel.* II 1, 20-32.

las dos. Pues ni pueden perjudicarnos ni es verosímil, con tales consideraciones, que quieran.

Pero observemos la situación de los tebanos, igualmen- 52
te sin peligro, bien destruyan a los lacedemonios, bien queden éstos sin sufrir tal destrucción. Pero ¿quién desconoce que, si los lacedemonios son quitados de enmedio, después la guerra se trasladará aquí y los tebanos comenzarán entonces a ocuparse de nosotros? Ninguno de vosotros está convencido de que ellos buscan algo distinto a ocupar la posición en la que nosotros y los lacedemonios después de nosotros estuvieron, ni somos tan ingenuos, que creemos que los tebanos serán más benévolos con nosotros que con ellos mismos ni que serán tan perezosos y negligentes que, destruidos los lacedemonios y cumplida la mitad de la obra, abandonarán de buen grado lo que queda. Las cosas no son así. Por el contrario, hace poco alguien, no sé quién, 53
me dijo bajo juramento que ya habían decidido construir trirremes y embarcarse [33]. Pues dijo que Epaminondas les había dicho que nada ganaban con su predominio en tierra, si no controlaban también el mar. No se debe desconfiar de estas palabras. Pero yo sé bien, y vosotros no peor que yo, que los tebanos, cuando venzan a los lacedemonios, vendrán contra nosotros. Si esto va a ocurrir, pasaremos el peligro o bien con aliados o bien solos. ¿Por qué os ilustraría sobre lo que se debe pensar de ser dejados solos? Pero si tenemos aliados, mejor los presentes que los que se puedan encontrar.

Ciertamente el cuadro no es el mismo. Pues entonces 54
parecerá que ellos nos ayudan, pero ahora parece que vamos a salvarles. Además de estos dos aspectos, digo lo siguiente. Si estáis asociados con los lacedemonios, no arrui-

[33] Diod. Síc., XV 78.

néis a los que vendrán en vuestra ayuda, pues es posible que tengáis a ambos. Pero no se puede asegurar que, si los abandonáis, los lacedemonios se unirán a los aliados a los que en su día podáis recurrir. No veo a los que en ese momento vayan a querer ayudaros animosamente. Pues cuando os mostráis abandonando a los lacedemonios, es nece-
55 sario esperar que otros os paguen con la misma moneda. Y no podréis echarles en cara cosa alguna. Pues siempre que recurráis con otros a los mismos argumentos, que menospreciáis en ellos, os vendrá la vergüenza de haber fallado. ¿En qué medida aceptar una guerra con aliados estables y claros y disponer bien vuestros asuntos para mostraros interesados en la salvación de otros es mejor que permitir que los tebanos lleguen a ser tan poderosos y evitar dar las gracias a los lacedemonios, para después buscar a otros que os hagan lo mismo, si aparece alguien?

56 Si nos unimos a los lacedemonios, creo que es necesario que se ocupen de que no nos equivoquemos en nuestras expectativas. A ellos y no a nosotros importa mostrarse como los hombres más perversos y que todos se unan contra ellos, cosa que sucedería si intentaran maquinar contra sus benefactores, de forma que, si estoy equivocado y cambiaran de posición después, habrán tomado una mala decisión no sobre nosotros, sino sobre ellos mismos. Es necesario que nosotros nos ocupemos de prevenir que los tebanos se hagan poderosos. Pues esto os pone en peligro a vosotros,
57 no a ellos. Ni siquiera si nos aliamos con los tebanos, veo que haya una garantía. Pues cuando reflexiono sobre quiénes fueron para los lacedemonios y qué pretenden ahora, me pregunto con admiración si recordarán algo de nuestra ayuda. Pues en tiempo anterior ¿de qué victoria, expedición, reunión o acción de los lacedemonios estuvieron ausentes los tebanos? ¿Qué consideraron más importante que

estas cosas? Nada, si se exceptúan sus templos. ¿Acaso, después de haber juzgado una pérdida no haber conseguido destruir a los lacedemonios y por ello recurrir a nosotros, antes enemigos, tendrán contemplaciones con nosotros, amigos de ocasión y circunstancias? Y, en efecto, no 58
es lo mismo ser engañados por confiar en los lacedemonios que por confiar en los tebanos. Pues el aspecto de la alianza no es el mismo, ya que al salvar a los lacedemonios parece que sois nobles y filantrópicos, pero, si optáis por los tebanos, parecerá que queréis compartir la hegemonía y adquirir parte del poder sobre la Hélade. Para los que engañan resulta vergonzoso compartir buenas causas, pero si comparten malas, tanto más vergonzoso resulta para los engañados. Cometer injusticia con la esperanza de alguna ganancia es un doble deshonor, cuando no se cumplen las cosas como se esperaba. Es necesario precaverse por anti- 59
cipado de las ocasiones de engaño y de temor y no tomar decisiones en torno a estos temas, cuando no se pueda; de igual manera no se debe pretender un conocimiento puntual de tales cosas y, en la medida de lo posible, debéis anticiparos y preservar a los lacedemonios, como si fueran vuestros escudos, por juzgar prudente la actuación del rey, quien al final de la guerra se comportó con nosotros de manera desigual al repartir su benevolencia de forma conveniente para él siempre entre los que iban perdiendo[34]. Pues sabía, según creo, que es mucho mejor perjudicar con oportunidad a los más poderosos aliados con sus adversarios, que jugárselo todo a una batalla contra los que han tenido siempre éxito.

[34] Cf., por ejemplo, Jen., *Hel.* I 1, 6-9, 23-24.

Hay que tomar partido

60 Séame permitido usar contra los que hablan en favor de los tebanos lo que podrían decir quienes creen que no se debe ayudar a ninguno de los dos. Pero permítaseme, por el contrario, usar contra estos que defienden que no se debe ayudar ni a uno ni a otro los errores que cometen los que piden que hay que preferir a los tebanos. Pues es necesario que la ciudad quede libre de problemas y dificultades; yo tampoco diría otra cosa. Pero ello en modo alguno será así, si atendéis a los tebanos. Si nos guardamos de ello, se les debe convertir en iguales que los que ellos incomodan. Pues si no vamos a ayudar a los tebanos y abandonamos a los lacedemonios, no veo el beneficio de este comportamiento, sino que incluso es mejor
61 ayudar a los tebanos que a ninguno de los dos. Si se les debe tener como aliados y amigos irreprochables, no descuidemos nada. Pero si evitamos esto, no hagamos las dos cosas: poner dificultades a los unos y actuar enemistosamente con los otros. Por el contrario, además de no compartir el poder con los tebanos, tomemos además la decisión de ponerles coto. De lo contrario, ni los lacedemonios obtendrán ventaja alguna de nuestra buena acción ni nosotros tendremos parte del poder de los tebanos, sino que habremos decidido con descuido para con los lacedemonios y de manera inamistosa para los tebanos. Los tebanos recibirán los premios, en tanto que nosotros la vergüenza. Pero si es necesario quedarse con la vergüenza, es mejor la que no se pasa por nada, sino por alguna ganancia, ya que la vergüenza
62 es la misma. Además parecerá indiferencia que la ciudad quede al margen de estos problemas como Sérifos[35] o cualquier otra ciudad de las que, satisfechas de estar a salvo, se

[35] Una pequeña isla del Egeo al norte de Melos y Sifnos.

mantienen neutrales[36]. Pues la elección del lugar más honorable y mejor tiene sentido, atenienses, y honra, mientras que quitarse de enmedio y evitar los problemas, es propio de la inercia y pereza y carece de sabiduría alguna o dignidad. Pero, ¿no creéis, atenienses, que los eginetas y los de Mégara podrían haber decidido no incomodar a ninguno y no implicarse en los problemas? Vosotros no podéis pensar así. No lo permiten los trofeos y las hazañas de vuestros padres ni los trirremes que enviaron a petición de los jonios y que las muchas y brillantes victorias obtuvieron por tierra y mar, por las cuales la ciudad se superó a sí misma en la misma medida que antes a otras.

Los tradicionales lazos entre Esparta y Atenas

Se debe también examinar en favor 63
de cuál de los dos contendientes es más adecuado y acorde con las costumbres patrias que os aliniéis, en el de los tebanos o en el de los lacedemonios. Fijad la vista en los trofeos de vuestros padres y en las batallas en el mar, en la de Artemisio, en la de Salamina, también en la batalla terrestre de Platea y en la inscripción del trofeo de Maratón. Cuando os pido que fijéis la vista en ellos, pido que os fijéis en la Acrópolis y en el Partenón y en los despojos, que conseguimos con estos a los que no se debe abandonar ahora ni unirnos a los tebanos para destruir a los que en tiempos tuvimos como asociados.
Vamos pues, la Hélade ha sido perjudicada, el rey ha mos- 64
trado con claridad la opinión que tiene sobre la guerra, los tebanos maquinan por un imperio, todos saben que nosotros nos oponemos, ellos tienen buenas relaciones con el bárbaro y confianza desde antiguo[37]. Entonces, si o bien porque

[36] El pasaje está corrupto, cf. BEHR, *P. Aelius Aristides...*, I, pág. 493, n. 55.

[37] Se alude a la opción tebana durante las Guerras Médicas.

los tebanos lo han llamado o bien por su propia decisión de
nuevo se presenta animoso el bárbaro con una expedición,
¿no será mejor que los lacedemonios estén a salvo y dis-
puestos para tal eventualidad y apuro y que no se produzca
una Hélade tuerta, según expresión de aquel lacedemonio[38]?
Pues esto se cuenta que dijo un lacedemonio a los tebanos
en favor nuestro, cuando pedían que nos destruyeran.
65 Se me ocurren muchos sucesos antiguos y otros más
próximos, los cuales son comunes a diversas ciudades ade-
más del levantamiento contra el bárbaro, por ejemplo, có-
mo se hizo copartícipe por primera vez de los misterios a
Heracles, un extranjero[39], y cuando se marchó de entre los
hombres, nosotros fuimos los primeros en tributarle honras
iguales que a los dioses[40], y la fuga de sus hijos aquí y
vuestro patrocinio y la batalla contra Euristeo, que los ex-
pulsó[41], y finalmente la llegada de Cimón a Itome[42] y de
66 Tirteo, antes que Cimón, a Esparta[43]. De su parte se me
vienen a las mientes la disolución de los tiranos, las rela-
ciones con los alcmeónidas y otras muchas cosas. Pero
contar y dar una relación de todas ellas no sería ni fácil ni
posible. Pero, atenienses, si ahora se presentara anuncián-
doos que el epigrama del trofeo en Maratón ha sido daña-
do con un cincel y después del tumulto se descubriera al
autor y éste dijera después que sólo había dañado la parte
de los lacedemonios, pero el resto estaba a salvo y claro,
67 estoy seguro que lo soportaríais peor. Si alguien quitara el
nombre de los lacedemonios del trofeo, no penséis que de-

[38] E. Arist., VIII 21.
[39] E. Arist., I 374.
[40] E. Arist., I 50 y sigs.
[41] E. Arist., I 52.
[42] E. Arist., VIII 18.
[43] E. Arist., VIII 19.

béis llevarlo a mal, mientras les expulsáis de la Hélade en unión de los tebanos, y permanece la inscripción. Considerad, si los problemas hubieran llegado a tal punto que los tebanos después de una victoria total con vuestra ayuda hicieran la propuesta sobre ellos, ¿qué votaríais?, ¿destruirles? ¿Y quién de los que votarían muy de grado estaría dispuesto a confesarlo? Pero, ¿salvarlos como antes ellos a vosotros? ¿Cómo, entonces, os asociaréis a otros para destruirlos? Vamos, si sucede lo que digo, y os unís a los te- 68
banos, cuando se celebre una reunión y os pidan que os defináis sobre lo que hay que hacer con los lacedemonios ahora o después, cuando nada les quede, ¿qué responderéis, atenienses?, ¿qué decisión tomaréis?, ¿destruir a los que acordaron no destruiros?, ¿dejarles a salvo? Además, ¿preferiréis asociaros en su destrucción, cuando es posible preservar por las armas a estos en favor de los cuales, si necesitaran un voto, con justicia decidiríais su salvación? No 69
pasaría por alto el caso de aquellos argivos, en cuyo favor fuisteis contra Beocia y no permitisteis a los propios tebanos obrar desconsideradamente más allá de lo que justificaba la ocasión, aun sabedores de que habían sufrido injusticia al principio [44]. Los lacedemonios con conocimiento preciso de todo esto vienen ahora ante vosotros pidiendo ayuda contra estos mismos, no por sus siete muertos, sino por la salvación de todos los demás, como si desde entonces ambas cosas fueran inevitables en lo sucesivo, que los tebanos se excedan y que nosotros se lo impidamos.

[44] E. Arist., I 80.

Peroración

70 Termino con una recapitulación. Tenéis, atenienses, a los lacedemonios en vuestras manos, cosa que deseasteis desde antiguo, y resta a la ciudad junto con la obtención de la satisfacción conseguir adquirir la reputación de benéfica, si vosotros queréis. ¿Qué sería más dulce que la fortuna haya puesto en vuestras manos o bien castigar o bien salvar a los que os han ofendido? Con respecto a ello decidid lo que conviene. Si son abandonados por vosotros, no resistirán, parecerá que llegáis a convertiros en responsables de un problema no pequeño. Pero incluso si se reponen ellos mismos, es mejor la reputación que os venga del agradecimiento de los lacedemonios y del recuerdo de todos los hombres.

XII. SEGUNDO DISCURSO LÉUCTRICO. EL PRIMERO EN FAVOR DE LOS TEBANOS

Proemio

Creo, atenienses, que no es la primera vez que deliberáis sobre la alianza con los tebanos ni depende de lo que digamos, sino que si la memoria no me falla, lo pensasteis mucho tiempo antes de que tuviera lugar esta embajada [1]. Pero puesto que los lacedemonios también cuentan con personas que hablan elocuentemente en su favor, dejadme que también yo exprese aquello de lo que yo tengo conciencia con relación a los tebanos, usando de una diligencia menor en su defensa que la de los otros en torno a los que escogieron, en la medida en que mi opción es en favor vuestro. 1

En primer lugar quiero recordaros, cuando se anunció que Fébidas había ocupado la Cadmea [2] —para mí Fébidas son los lacedemonios [3]—, qué actitud, atenienses, adoptasteis y la decisión que tomasteis. ¿Acaso tomasteis la deci- 2

---

[1] Tebas enfrentada con Esparta, envió una embajada, antes de la batalla de Haliarto, solicitando ayuda a Atenas; cf. E. Arist., XI 22, 44.

[2] E. Arist., XI 10.

[3] La explicación se debe a que al principio los éforos estuvieron en contra de la acción de Fébidas.

sión que ahora os piden algunos, uniros a los lacedemonios y participar de tamaña desmesura y abuso o, por el contrario, juzgasteis que eran los hombres más perversos y os regocijasteis con los tebanos y con ellos sufristeis y rezasteis para que se presentara la ocasión de tomar venganza? Pues bien, ahora se ha presentado esta ocasión, digna, atenienses, de vuestra justa decisión y digna también de la diligencia de los tebanos, la que tienen para liberar a su patria.
3 Si sois tan raros como para rezar por ello, pero una vez a vuestro alcance dejáis pasar la ocasión y la abandonáis, no actuáis como atenienses, sino como no sabría decir quién. Pues creo que nadie está tan lleno de estupidez y sinsentido que, cuando se le presenta lo que ha pedido, hace lo contrario. Pero, si ni siquiera un loco hubiera actuado así y se hubiera entristecido, porque las cosas resultaran según su proyecto, sino que se lo hubiera agradecido a la fortuna y a la oportunidad, ¿qué queda sino uniros a los que han tenido éxito en lo que queríais y os solicitan estas mismas cosas y os proponen la honra por lo que han hecho? Pues al considerar ellos, si no les ayudáis, que no tendrán ningún beneficio de lo que han conseguido, por lo mismo que piden para el futuro, por ello os otorgan la gloria de la victoria que han obtenido.

La petición de Tebas

4 Yo quisiera que vosotros hubierais participado en la propia batalla de Leuctra[4]. Pues en ninguna acción más hermosa hubierais podido tomar parte ni de la que a más justo título os hubierais podido vanagloriar. Pero también creo que se ha presentado en el momento preciso. Pues aprecio que los peligros son me-

[4] «De Leuctra» sería en opinión de BEHR una glosa (*P. Aelius Aristides...*, I, pág. 494, n. 4).

nores, pero que vuestra reputación no es inferior. Ciertamente no es admirable que los tebanos pidan ayuda desde el principio, pero cuando han tenido fortuna —no hubieran podido esperar más—, no han renunciado a recurrir a vosotros. Esto ha sido algo hermoso y grande para mi gusto.

No dudaré en decir que me parece mejor ayudarlos des- 5
pués de su petición que sin haber sido llamados. Pues en este caso podrían decir después que no necesitaban de nosotros, pero al haber hecho ellos acto de presencia y al haberos halagado, en no menor medida que los que han sufrido una desgracia, no podrían negar lo que ponen en evidencia y ellos mismos demuestran. Algunos dicen que 6
los tebanos carecen de sensibilidad[5], acaso tengan razón en otro particular. Sin embargo, no han tenido el que, por así decirlo, es pecado común a todos los hombres, sino que mientras cambian de parecer los que tienen reputación de tener entendimiento, cuando consiguen un éxito por encima de lo esperado, ellos después de tamaña victoria han estado lejos de este comportamiento. Pues ellos vienen a vosotros y saben que, aunque venzan diez veces a los lacedemonios, no conseguirán ventaja alguna, mientras vosotros estéis ausentes del proceso. ¿Cómo no van a actuar con prudencia?

Los lacedemonios merecen mayor castigo

Y ni siquiera los lacedemonios po- 7
drán haceros un justo reproche, si tomáis el partido de los tebanos. Pues que consideren lo que decidieron en su día sobre Egina y Potidea[6], y si quieren observar el tema con sinceridad, se darán cuenta de que no pueden de-

[5] E. ARIST., XI 32.
[6] TUC., I 139.

cir o votar otra cosa distinta a que tengáis de aliados a los tebanos y que los descuidéis. Los lacedemonios no podrían indicar ni probar que hayan sufrido por nuestra causa algún daño en aquellos tiempos, sino que consideraban que debíamos dejar libre Egina y abandonar Potidea, más o me-
8 nos lo que ahora ordenó Cleómbroto a los tebanos[7]. Pues ciertamente sabéis que nada hay más engañoso, cuando los lacedemonios buscan ampliar su poder. Entonces ellos están al frente de los helenos, entonces son celosos de cuidar de las libertades, siempre que quieren atraerse algo. Pero cuando por actuar de una manera correcta y preservar la dignidad de la ciudad no soportamos aquello ni nos sometimos, atenienses, inmediatamente nos declararon la guerra con todos los que podían, con menosprecio de los juramentos y acuerdos que nos hicieron, cuando capturamos Eubea[8], con menosprecio de los trofeos y las batallas marítimas. ¿Quién hubiera pensado que, mientras se conservara su memoria, aunque sólo fuera un poco, ellos actuarí-
9 an en contra de nuestra ciudad? No meditaron la apelación, en la que les pedíamos dar y tomar lo que era justo en nuestras diferencias. Sino que ellos después de rechazar de forma negligente y estimar en nada todo esto —me callo las expediciones anuales y la destrucción sin fin del territorio y los combates cada año—, agotaron nuestras levas, soliviantaron a muchos aliados, arrastraron a algunos por la

[7] Cleómbroto, poco antes de Leuctra, y siguiendo las indicaciones de la asamblea espartana, amenazó con llevar su ejército contra los tebanos, si estos no dejaban independientes a una serie de ciudades; cf. JEN., *Hel.* VI 4, 1-3.

[8] Se refiere a la llamada Paz de los Treinta Años, firmada con Esparta en el 446 a. C. en un momento de dificultades de Atenas; cf. TUC., I 115, 1.

fuerza a su bando, hasta que dejaron desguarnecida la ciudad, finalmente interrumpieron el aprovisionamiento de grano, tomaron las naves y nos hicieron derruir la muralla con nuestras propias manos, por Zeus[9].

Cuando juzgaron que debíamos sufrir estas cosas en con- 10
trapartida por los eginetas y el sitio de Potidea, ¿qué dirían
que deberían sufrir ellos por ocupar la Cadmea, habiendo
entrado en tiempo de paz y estando vigentes aquellos acuer-
dos tan favorables[10]? ¡Oh Tierra, dioses y Justicia!, con la
que, para pasar de una cosa a otra... Pero dejemos ahora to-
do esto. Al haber decidido entonces que los eginetas debí- 11
an ser autónomos y al haber hecho a la ciudad lo que le hicieron, porque no estuvisteis de acuerdo, no podrán ahora decir nada si les hacen a ellos lo mismo, por haber actuado desconsideradamente con los tebanos y haber empezado con tal comportamiento injusto, y pagan su deuda con ellos y con vosotros. Creo que se deduce de los hechos. Pues no es lo mismo hacerse con unos que han hecho defección que pedir a unos que usen las leyes, que él tenga, y conservar por la fuerza en contra de sus acuerdos la acrópolis de los tebanos después de capturarla, si se debe decir lo más importante. Bien sabéis que ni nosotros ni los tebanos provocamos la guerra ni nos preocuparon estas cuestiones, sino que aquéllos al asociarse con el rey nos forzaron[11] y así nos
unimos a ellos. Me admiro de que después de obligar a 12
otros a ocuparse de sus propios asuntos e intervenir de tal

[9] Se refiere al final de la Guerra del Peloponeso a partir de Egospótamos; cf. Jenofonte, *Hel.* II 2, 1-23.

[10] Quienes cometieron este acto fueron los espartanos, cuya conducta es criticada incluso por su partidario Jenofonte (*Hel.* V 4, 1). Lo que argumenta el orador es que fue una conducta aún peor que la ateniense y por tanto merecedora de mayores castigos; cf. E. Arist., XI 10.

[11] La Paz del Rey; cf. E. Arist., XI 19.

manera en asuntos ajenos pidan ayuda y no reciban un castigo. Sí, por Zeus, sino que ya han recibido bastante, y es norma para la ciudad no ser rencorosa y se enfrentan con la justicia unos argumentos semejantes, a los que yo seguiría con gusto.

Hay que ponderar la ayuda

13 Si fuera lo contrario y los tebanos se hubieran presentado en primer lugar para que marcháramos contra los lacedemonios y no a la inversa, ¿qué hubieran dicho los que piden que ayudemos a los lacedemonios?, ¿no diría que han sufrido injusticia y que por ello era necesario estar de su parte? Yo sé con qué grandes gritos se diría esto. Si en efecto hubieran sufrido primero injusticia los lacedemonios, lo hubieran aducido y por ello sería necesario ayudarlos. Pero una vez que se les ha visto actuando de forma injusta, ¿de igual forma les ayudaremos, porque no se debe ser rencoroso? ¿Cuándo estaremos de parte de los tebanos o de dónde, atenienses, conseguiremos el motivo para optar por un bando, si no sometemos a consideración nada de lo que han hecho? Pues no les pediremos que decidan por suerte, sino que ayudaremos a aquellos cuyos hechos lo justifiquen, según creo, si hacemos lo
14 que es debido. Pero en lo que respecta a no ser vengativos y que ya los lacedemonios han sido castigados, si fuera verdad una cosa u otra, yo estaría de acuerdo con ambas. ¿Qué digo? Los lacedemonios, atenienses, no están cerca de la situación a la que ellos nos condujeron en su día. Mucho les quedaría por sufrir, si fueran a llegar a ella. Pues un día y un suceso de la guerra de entonces, me refiero a la de Sicilia, nos trajo más desgracia y problemas que aquellos por los que ahora se lamentan los lacedemonios. ¿Con cuál de estas desgracias compararemos las de los lacedemonios? ¿Acaso con las batallas navales que perdimos, o con

las batallas terrestres o con el incendio de los trirremes o
con la funesta retirada? Pero, por Zeus y todos los dioses,
no sé si pasaré sin lágrimas por estos sucesos.

Pero los ahora humildes lacedemonios ¿qué hicieron 15
cuando tal desgracia se cernió sobre la ciudad? ¿Acaso juz-
garon que era suficiente? Reunieron entonces a todos los
hombres contra ella, a Tisafernes, Ciro, los trirremes feni-
cios, los esclavos del rey [12], a todos los helenos, hasta que
después de perseguirnos por todas partes se enfrentaron a
nuestra flota en Egospótamos [13]. Y cuando tal desgracia so-
brevino a la ciudad, ¿cómo actuaron? Ocuparon el acceso a
los puertos e impidieron la entrada de los barcos en el Pi-
reo [14]. Y ciertamente hubo hambre. Pero esto no bastó, sino 16
que, cuando se pusieron en contra las islas y todas las de-
más posesiones, cuando los esclavos se marcharon, cuando
el territorio fue saqueado por los que estaban en Decelia,
cuando a la ciudad sólo le quedaba el suelo, tanto distaban
de querer ayudarnos, si alguno nos hubiera perjudicado, que
en medio de tantos males no nos consideraron dignos de
ningún acuerdo, sino que enviaron de vuelta sin resultados
a los embajadores que habían ido de nuestra parte. Pero al
final los hicieron esperar por tanto tiempo que llenaron la
ciudad de muertos, y esta nueva desgracia les debimos. Pe-
ro entonces hicieron un acuerdo consistente en un nuevo
mal, al tener que entregar nosotros las naves restantes y de-
rruir la muralla con nuestras propias manos.

Inmediatamente alguien podría decir que examinar con 17

[12] Insiste en la ayuda que los lacedemonios obtuvieron del persa en la Guerra del Peloponeso a partir de la expedición a Sicilia.

[13] E. Arist., XI 49.

[14] El bloqueo lo llevó a cabo Lisandro anclando en la boca del Pireo con 150 naves; cf. Jen., *Hel.* II 2, 9.

cuidado estas cuestiones es afán de revancha, pero justo lo contrario, de los propios argumentos se deduce que no queremos tomarnos la revancha. ¿Por qué? Porque, puesto que nada han sufrido los lacedemonios por nuestra culpa ni han llegado a una situación similar a la nuestra, no es adecuado decir que los hayamos castigado lo suficiente. Si hasta ahora no los hemos castigado lo bastante, eludimos la re-
18 putación de rencorosos, si marchamos contra ellos. Creo que es enfadarse más de lo oportuno y califico de venganza por encima de lo justo que quien ya tiene satisfacción después reclame añadir algún castigo posterior. Pero si se trata de quien todavía no ha alcanzado una satisfacción adecuada, si pretende que tenga lugar, creo que con él nadie podría con justicia irritarse ni puedo soportar esta palabra. Pues si afirmamos que los que quieren hacer justicia se vengan, ¿qué impide que admiremos como hombres nobles a los que hacen malas acciones? ¿o pensaremos que se vengan los que acusan en los tribunales a los que han cometido injusticia? Pues a ellos se ha concedido en concepto de castigo más de lo que han sufrido.

Tebas mejor que Esparta

19 Pero creo que es distinto recordar lo que uno ha sufrido y ser rencoroso. Ambas cosas se precisan por su medida. Que sepa, quien os ha recordado las faltas de los tebanos que se introduce en un discurso desigual. Pues en primer lugar —no sé de los muchos temas cuál diré primero—, si alguien me preguntara, si os unierais a los tebanos, a cambio de qué y por qué decidisteis hacer la guerra contra los lacedemonios, no mencionaría motivos personales ni porque en cierta ocasión hicieron daño a nuestra ciudad, sino que diría que después que los tebanos nos mostraron que hablaban cosas más justas acerca de la guerra que mantenían.

¿Por qué me salí del análisis de lo hecho por los lace- 20
demonios durante la guerra de Decelía? Porque quería de-
mostraros que los propios lacedemonios con unos motivos
mucho más insignificantes nos arrastraron a unas desgra-
cias muy superiores a las que ahora se ciernen sobre ellos.
¿Qué busca en este particular la acusación contra los teba-
nos, que, si entonces cometieron injusticia, ahora no deben
ser admitidos como aliados por los motivos que dije? Y 21
ciertamente si es necesario tratar cosas nimias de entonces
por extenso, yo no libraré a los tebanos ni diría de forma
rotunda que están libres de culpa. No soy tan olvidadizo ni
tan desvergonzado. Pero si se les juzga en comparación con
el comportamiento de los lacedemonios, encuentro que es-
tán excusados por actuar en favor de ellos mismos, algo
que evito. Pues cuando los lacedemonios los aventajaron
en faltas por no poco, ¿cómo no hacen lo que creo que es
admirable de decir? Pues todos, en efecto, sabéis que los
tebanos no nos hicieron la guerra junto con los lacedemo-
nios, sino los lacedemonios con los tebanos. ¿Qué sentido 22
tiene esto? Yo pienso que los que pelean para dominar y
conseguir poder lo hacen con afán de conseguir más y por
envidia, por Zeus, hacia los que ocupan el primer puesto,
en tanto que quienes los siguen y participan de una acción
injusta, se libran del reproche por otra buena acción, por
ser leales a quienes los guían. Si estoy en lo cierto, en-
cuentro que por las mismas cosas se puede juzgar a unos
dignos de vituperio y a otros de elogio. Sé que, si los lace-
demonios quisieran ocuparse de sus asuntos, ni la cólera de
los corintios ni el vituperio de los megarenses ni la sinra-
zón de los tebanos [15] hubieran podido algo y no hubieran

---

[15] Fueron las tres ciudades que estimularon a los lacedemonios a entrar en guerra con Atenas.

23 añadido a su odio la fuerza de perjudicar a la ciudad. Pero ahora, según creo, su mala voluntad, su envidia, su habitual infidelidad y todo lo demás en lo que son hábiles incitaron a los lacedemonios contra nosotros, pero no adujeron pretextos inoportunos. No menos lo mostraron inmediatamente después de la guerra contra el bárbaro en el tema de las murallas [16]. ¿O acaso también entonces los tebanos les pidieron que enviaran quienes impidieran ponerlas en pie? Además, ¿culparé yo a los fliasios [17] o a otros de los males sucedidos durante la guerra y los reponsabilizaré por sus acciones, pero no haré lo mismo con quienes los utilizaron para dominar la Hélade? ¿Y de los bárbaros, echaré las culpas a Farnabazo [18] o a Pisutnes [19] y no al rey señor de todos ellos? ¿Y quién echará las culpas a los esclavos de cuanto hacen mandados por otro y no a los señores que les llevan a hacer tales cosas?

24 Además de que los dos no merecen igual reproche por los hechos de entonces, a lo que se dice que hicieron juntos se agregan para los lacedemonios otros muchos hechos adversos y perniciosos contra nosotros, en tanto que nada se puede atribuir a los tebanos después de aquellos hechos, de forma que, si alguno se reafirma en la participación de unos y otros entonces, al añadir estas acciones posteriores encontrará que la balanza de los reproches se inclina del lado de los lacedemonios y, en la medida en que se excedieron éstos, en esa misma medida no participaron los tebanos. Pero aparte de estas acciones y de las anteriores la

---

[16] Se opusieron, después de las Guerras Médicas, a la reconstrucción de las murallas de Atenas.

[17] Los habitantes de Fliunte, ciudad de la Argólide.

[18] Sátrapa de Dascilio, activo al final de la Guerra del Peloponeso.

[19] Sátrapa lidio, activo al principio de la Guerra del Peloponeso.

situación tomó tal cariz, que los tebanos, aunque hubieran
sido responsables de más actos injustos, habrían quedado
libres de culpa por sus últimas buenas acciones, en tanto
que los lacedemonios, aunque nada malo hubieran hecho,
por lo que hicieron en tiempo de los tiranos[20], merecerían
la pena más alta. Es mucho más necesario beneficiar a los
tebanos, porque nos ayudaron, que odiar a los lacedemo-
nios a causa de los hechos en los que aquéllos participaron.
Éste es el argumento más importante de todos, a los teba- 25
nos sólo se les puede echar en cara que actuaron con des-
consideración contra nosotros, pero a los lacedemonios
además de por esto, porque fueron contra ellos injustamen-
te cuando eran sus aliados, de forma que, si fuera necesa-
rio no guardar rencor a ninguno de los dos, ciertamente se
debería ayudar a los tebanos por las razones indicadas.

Ayudar a Tebas es ser coherente

Pero si además de todo ello es nece- 26
sario decir lo obvio, no debemos exami-
nar a los tebanos, pues debería haberse
hecho antes de la alianza. La alianza, por
la que su trayectoria debería haber sido
analizada, se selló hace mucho tiempo. ¿Cuál es el grito y
el voto más poderoso que un tebano puede emitir[21]? Si to-
dos los tebanos hubieran estado de acuerdo, hubiera sido
adecuado echárselo en cara entonces, cuando por primera
vez vinieron por ayuda. Pues por entonces estaban más cer-
ca de los motivos de las acusaciones.

Y yo de buen grado preguntaría a los que ahora abogan 27
por los lacedemonios qué decisión tomaron entonces y qué

---

[20] Compara la actuación de los lacedemonios que impusieron al régimen de los Treinta Tiranos que acogieron a Trasíbulo; cf. E. Arist., XI 39, 44.

[21] E. Arist., X 31, XI 7.

les pareció, cuando los lacedemonios salieron del Peloponeso para castigar, según decían, a los tebanos, una vez que no se unieron a ellos en la expedición contra el Pireo e incluso acogieron a los nuestros expulsados por los tiranos, y vinieron aquí llamándoos y pedían que no les abandonáramos y vosotros erais dueños de aceptarlos o no, ¿qué pensaron entonces los que ahora están con los lacedemonios? Si creían que era necesario no admitir a los tebanos y abandonarlos, no convencieron de lo que habían decidido. Pero si consideraban necesario aceptarlos y utilizarlos como aliados, ¿por qué ahora les reprochan lo que, cuando era el momento, no recordaron? Si no estaban de acuerdo con vosotros, no hicieron la labor de unos buenos ciudadanos, ni sólo el trabajo de los tebanos, sino incluso el de vuestros enemigos. Pero si coincidían, ahora han intervenido en contra de sus propios criterios, no sólo en contra de los vuestros.

28 No llamaría a éstos torpes y sinvergüenzas, pero si alguien se lo llamara, no se equivocaría en ninguna de estas dos cosas. Serían torpes, si cambian de posición y después de callar, cuando era debido mostrar estas cosas y hacer las acusaciones, ahora nos dan lecciones, cuando, si entonces hubieran dicho esto, se hubiera estado de acuerdo en guardar la paz en el futuro; serían sinvergüenzas, si fueron derrotados cuando hablaron en su día y fuerzan el tratamiento de las mismas cosas después del momento oportuno. Pues si los discursos de los tebanos os persuadieron de que no buscaron asociados con otros vuestra esclavitud, ¿cómo va a ser adecuado prestar oído a las acusaciones de las que estuvisteis de acuerdo en que fueran absueltos? Pero si no creéis esto, sino que por haberlos hallado después bien dispuestos en un momento de necesidad pensáis de ellos así, de forma que a pesar de no poder cambiar de criterio los

ayudáis por la relación surgida después y por la confianza, ¿por qué motivo los abandonaréis ahora, cuando por todo ello es necesario estar con ellos de forma más animosa? En 29
primer lugar no es lo mismo, atenienses, actuar bien con los que son aliados y han sido amigos sin doblez que comportarse de esta manera antes de entrar en esa condición. Después, si las buenas acciones de entonces de los tebanos os animan y creéis que debéis pasar peligros por ellos, ahora todavía permanecen, así como también otras vuestras para con ellos. No deja de ser terrible que, cuando no teníamos trirremes ni murallas ni nos habíamos recuperado en absoluto de aquella gran y constante desgracia, nos mostráramos inquietos por ellos y no los postergáramos, y ahora, cuando la ciudad se ha recuperado bien e interviene en el concierto político y ha recobrado las fuerzas, no sólo evitamos ayudarlos, sino que incluso hacemos una guerra contra ellos, a pesar de no poder reprocharles nada, y estimamos en más la seguridad de los lacedemonios que la de nosotros mismos, como si alguien enfermo y sin fuerzas deseara ayudar a los amigos, cuando no le era posible andar fuera de su casa, pero que una vez recuperado golpeara, estrangulara e hiriera a estos mismos en vez de ayudarlos contra otros. Esto es lo fundamental, por así decirlo: no 30
admitir como aliados a los tebanos y no recurrir a ellos como asociados fue una decisión fruto de una opinión, pero admitirlos y hacerlos vuestros aliados y después dejarlos parecerá que es el extremo de la sinrazón. Pues si no se salva a quien no se considera digno, no se comete injusticia, sino que la comete quien se luce como bien intencionado, pero cambia de criterios y actúa mal. Pero lo más llamativo de todo será si acogemos a los tebanos y los convertimos en nuestros aliados, cuando habían sido nuestros enemigos y se lo podíamos reprochar, pero una vez que han

llegado a ser aliados, resultará que recordaremos los perjuicios del principio y de nuevo los convertiremos en enemigos, de la misma forma que entonces de enemigos los
31 convertimos en aliados. De las disputas que llegan a los tribunales final y límite es el voto, pero de las disputas que os llegan a vosotros como pueblo, ¿qué final se podría indicar distinto de los decretos? En ellos está escrito que hay que ayudar a los tebanos. Además, ¿qué se debe hacer con los que ya hemos convertido en nuestros aliados y sobre los que ya hemos tomado una decisión, los someteremos a pruebas desde el principio? Como si hoy decidiéramos que debemos tenerlos de aliados, pero después al día siguiente consideraramos de nuevo si es necesario hacer lo que habíamos decidido, o incluso, por Zeus, si lo decidieramos hoy e inmediatamente después volviéramos sobre lo mismo, para ver si es necesario. Se puede escuchar de los mayores que los tesalios, que vinieron aquí con su caballería de acuerdo con su alianza, cambiaron en el curso de la batalla y se pasaron a los lacedemonios[22].

32 No penséis que cambiar de bando antes de entrar en batalla merece un reproche semejante al de los que tras compartir importantes y grandes batallas se cambian después fácilmente de bando, por dejar como está la no pequeña diferencia que existe entre atenienses y tesalios. No recordaré la batalla de Haliarto[23], en la que vencimos conjuntamente a los lacedemonios, ni aquella posterior gran batalla de Corinto[24] ni la que libramos contra Agesilao en

[22] Tuc., I 107.

[23] E. Arist., XI 22.

[24] Se refiere a la batalla de Nemea que se libró con resultado incierto en el 394 a. C. con una participación ateniense de 6.000 hoplitas; cf. Jen., *Hel.* IV 2,17-23.

Coronea[25]. No hablaré sobre las otras, pues dar una relación de todas no es fácil. ¡Por Zeus, que fue sabia la actuación 33 del rey quien en la gran guerra nos trató de forma distinta[26]! ¿Y qué mayor signo de desconfianza se podría citar que confesar que no era amigo de ninguno de los bandos, sino enemigo de ambos, y no sentir más odio hacia los que habían sido adversarios que hacia los que habían sido aliados en alguna ocasión? Por este motivo aunque emulemos sus perjurios y las otras maldades por las que se esforzó, pero que no resulte vergonzoso y fuera de lugar por completo que a pesar de ser atenienses imitemos las maldades del persa. Pues no se ha de decidir lo mismo por vosotros y por él en torno a la Hélade, sino que él decidirá en su calidad de enemigo y vosotros como los que tienen el poder y están al frente. Creo que carece de sentido y es indigno 34 de vuestra fama que resultéis peores que los tebanos. Pues si ellos, a pesar de su buena fortuna, no os abandonan, sino que mantienen los acuerdos existentes, pero vosotros en cambio no os preocupáis dejándolos de lado, abandonándolos y sin atender lo que piden, ¿cómo no sucederá lo que no se debe decir? No es en absoluto bueno que los tebanos os consideren mejores de lo que os mostráis vosotros mismos. Pues cuando ellos os pidan ayuda por pensar que os acordaréis de sus buenas acciones y que conservaréis vuestra palabra, no los escucharéis y se la concederéis a los otros. ¿Cómo se podría evitar tal vergüenza?

Se debe analizar cómo os comportasteis en su día con 35 aquellos de vuestros aliados que hicieron defección. ¿Os portasteis de una manera dulce y ponderada? No lo dirían quienes lo experimentaron. Pues se descubrirá que algunos

[25] E. ARIST., XI 59.

[26] E. ARIST., XI 59.

recibieron un castigo mucho más severo que los enemigos declarados, y ninguno os lo criticaría ni os lo censuraría con justicia. Pues no se puede soportar recibir injusticia, pero recibirla de quien menos debe produce una cólera in-
36 contenible. No vaya a resultar que vosotros mismos incumplís el marco de justicia que suscitasteis para los otros. Por el contrario, pensad que tenían algún pretexto por el que podrían conseguir el perdón, por ejemplo, las cuotas excesivas, que eran maltratados, que algunos a título privado les sustraían dinero, y otros semejantes. En vuestro caso nadie podría decir algo parecido, ni ciertamente vosotros podríais.
37 ¿Cómo entonces no vais a merecer que se tenga en vosotros una confianza exagerada? Pues ciertamente no diremos que es honorable colaborar con unos mientras les va bien, y que se conviertan en enemigos cuando cambie su situación, como si hubieran cometido algún acto de injusticia. Sin reservas, abandonar a los amigos, ya pasen por circunstancias difíciles ya sean prósperos, comporta la misma reputación de deshonor. Además de esto, me parece peor y más perverso ser desleales con los que tienen fortuna, en cuanto que los que abandonan a los que están pasando por una situación difícil podrían aducir debilidad, por la que no podían ayudarlos. Pero los que así actúan, incómodos con los afortunados, tendrán en el futuro una reputación por envidia y malevolencia y no por ningún motivo político. Ello excede a todos los insultos de los hombres. Pues de la misma forma que, según creo, se disculpa al piloto que en una tormenta y huracán pierde el control de la nave, pero si la abandona cuando es posible navegar con un viento favorable, lo alcanza una acusación y reproche ineludibles, así los problemas en las circunstancias difíciles disculpan a los que hacen defección, en tanto que las actuaciones desconsideradas en momentos de fortuna provo-

can un reproche claro y sin paliativos. Además nada me parece mayor sinrazón que querer compartir los trabajos y males de los que se hayan en dificultades, pero cuando viene el momento de cosechar los frutos, entonces se busca a otros, con los que de nuevo se pasarán dificultades. No le veo el fin. Pues si siempre acogemos a los vencidos y, una vez que los organizamos como queremos, optamos por ponernos de parte de sus enemigos, siempre estropearemos aquello por lo que nos esforzamos, de forma que para nosotros una guerra surgirá de otra. 39

Mayor amenaza en los lacedemonios

¿Por qué debemos pasar peligros, si no conservaremos el premio, cuando lo consigamos? Por Zeus esto es claro, pero por otra parte ayudar a los lacedemonios en la recuperación de su poder no es peligroso ni temible. Pero yo, y nadie se extrañe por la exageración, no vacilaría en confesar que temo mucho más a los lacedemonios dueños de sus propias cosas que a los tebanos dueños de toda la Hélade. Pues éstos no me parece que pudieran conservar el imperio, al no dar la talla, sino que con el trascurso del tiempo volverían de nuevo a ser lo que fueron. Pero los lacedemonios, mientras tengan algún fundamento, me parece que fácilmente y poco a poco prosperarían, pues, en la antigüedad partiendo de pequeñas y débiles ciudades, Beo, Continio y Erineo [27], y sin ser superiores a nadie, sino que estaban satisfechos en donde ahora habitan, por nosotros al principio se hicieron con dos partes del Peloponeso, al conquistar Mesenia [28], y después rigieron toda la Hélade consiguiendo poco a poco más poder. Pero, por 40 41

[27] Tuc., I 107.

[28] Se alude de nuevo a la ayuda ateniense a los Heraclidas; cf. E. Arístides, I 57, 68.

favor, se tiene un miedo sin fundamento, el agradecimiento que nos deben por la ayuda los hará ser mesurados, se podría decir. Pero, ¿qué gratitud mostraron los lacedemonios a alguien en alguna ocasión, ellos que se comportan de forma contraria a todos los demás hombres? Pues otros, si han sufrido los más terribles males, se han hecho más dulces por buenas obras posteriores, pero si se intentó algo por los lacedemonios, se llevó a la práctica. Cuando recibían los mayores beneficios, entonces marchaban contra
42 los que se los concedían. En primer lugar, para que comencemos con los asuntos propios, salvados por nosotros en la guerra contra los bárbaros —ciertamente sabéis que aportaron diez naves a la flota [29] y cuatrocientos hoplitas en las Termópilas [30], y sólo esto tuvieron la primera vez, una aportación que sería ridícula, aunque se hiciera la guerra con los de Mégara, así todo recayó sobre nosotros y nuestros trirremes, que impidieron que el Peloponeso fuera tomado una ciudad tras otra—, pero a pesar de haber sido objeto de un favor tal y cuando Mardonio nos invitó a una alianza a cambio de regalos, ellos enviaron a su vez embajadores y hablaron no menos que ahora, para que no los traicionáramos [31]. No mucho después de suceder esto nos dificultaron la construcción de las murallas de la ciudad, pero pidieron ayuda contra Itome, pero cuando llegó la ayuda la rechazaron de manera deshonrosa [32] y, por fin, metidos en una guerra abierta, lo que ellos debían sufrir, nos
43 lo hicieron a nosotros. Puesto que el rey les había sido útil

[29] HERÓD., VIII 1; DIOD. SIC., XV 78, 4.

[30] La cifra habitual ofrecida por las fuentes es de 300; cf. HERÓD., VII 202; DIOD. SIC., XI 4, 4.

[31] E. ARIST., I 172 y sigs., 178 y sigs.

[32] E. ARIST., VIII 18; XI 65.

en la guerra y había colaborado en las empresas más importantes, ¿cómo le recordaron el favor? Por medio de Quirisofonte y Clearco lanzaron a Ciro contra él [33]. Y no fue suficiente, sino que de nuevo marchando a través de toda Europa con Agesilao, imitando la campaña de Agamenón contra Troya [34], atacaron a Farnabazo [35] y ¿qué mal no practicaron contra la tierra del rey y sus subordinados, hasta que les abandonó la fuerza para poder hacer la guerra al mismo tiempo a nosotros, a los tebanos y al rey? ¿Cómo se comportaron con los tebanos? Inmediatamente después 44
de la guerra que nos habían hecho en unión de los lacedemonios, al punto comenzaron a pasar peligros por su propio territorio. ¡Estupendo, por Zeus! Ellos lo merecían más que nadie, se podría decir, pues así vinieron a apreciar su propia sinrazón. También lo digo yo. Pero los lacedemonios no movieron la guerra contra los tebanos para mostrarse agradecidos con nosotros y castigarlos para actuar en nuestro favor. Esto ciertamente es ridículo. Pues ellos por este motivo se habrían castigado a sí mismos antes que a los tebanos. Pero marcharon, según creo, contra los tebanos por sistema. Para sintetizar, todos se han convertido en 45
herederos de las guerras de las que los libraron. ¿Acaso los lacedemonios están agradecidos a sus benefactores y devuelven más de lo que han recibido? ¿Cuál es la causa y cuál su naturaleza? Me parece que consideran la peor de las vergüenzas no el no corresponder a los que les han hecho el

[33] Se refiere a los motivos que provocaron la expedición de los 10.000 que narró JENOFONTE en la *Anábasis*.

[34] Agesilao antes de iniciar su campaña realizó un sacrificio en Áulide, enfrente de Eubea, imitando a Agamenón. Quería hacer notar que tenía grandes planes de conquista y una voluntad de iniciar una guerra de Grecia contra Troya (Persia).

[35] JEN., *Hel.* IV 1, 20-28.

bien, sino el dar la impresión de haber sido objeto de buenas obras. Para no tener que confesarlo, cambian de bando y arremeten contra los que son responsables para con ellos de los más destacados bienes, y así ponen de manifiesto claramente que no les deben ningún agradecimiento.

46 Me parece que éste es el estilo de los lacedemonios. Creo que alguien correctamente podría decir que vienen a ser siempre esclavos de la necesidad, pero señores de sus benefactores, si les van bien las cosas. ¿Acaso es entonces razonable que los tebanos no se muestren agradecidos, si nos unimos a ellos contra los lacedemonios? Pero todavía más, si hiciera acto de presencia la insensatez y hubiera que en contra de nuestra opinión iniciar un conflicto, por mi parte optaría sin reservas por los tebanos, a quienes en unión de todos los beocios tiempo ha derrotó con facilidad Mirónides al frente de nuestros ciudadanos de más edad[36], antes que por los lacedemonios, de quienes sabemos lo que
47 hemos pasado por su culpa. Pero además de otros motivos, si los tebanos actúan desconsideradamente con nosotros, creo que habría muchos que no lo admitirían, en especial, aquellos a los que ahora recurren, los arcadios, los argivos y los demás que, si los ven comportándose con los aliados de esta manera, harán causa común con nosotros y todos a una se pondrán de nuestra parte. Pero en el caso de los lacedemonios, si prosperan por nuestro medio y se comportan con nosotros de forma injusta e inadecuada, ¿cómo les haremos frente o qué haremos? ¿Les haremos reproches ante los helenos o pediremos ayuda contra ellos o qué ha-
48 remos, si confesamos que ellos son muy poderosos? Pero la respuesta que se me ocurre ante esto, es clara y fácil de

[36] Se refiere a la victoria de Enofita (457 a. C.); cf. Ps. Jen., *La república de los atenienses.* III 11 (Cf. Diod. Síc., XI 81, 3).

imaginar. «Vosotros, que proclamáis ser inteligentes, cuando os fue posible debilitarlos de forma drástica y que se volvieran mesurados, no sólo no lo hicisteis, sino que incluso se lo impedisteis a los tebanos y los entregasteis, aun siendo vuestros aliados. ¿Por qué entonces os quejáis de la fuerza y poderío de los que vosotros dispusisteis contra
vosotros mismos y contra otros?» Sin embargo, atenienses, 49
creo que mostraré que el peligro de los tebanos simplemente carece de riesgos. Pensad, si no. Los tebanos, antes de recibir de nosotros ninguna buena acción, en especial cuando estaban aún próximos los motivos de la discordia, no sólo no marcharon contra el Píreo, sino que durante el establecimiento de la tiranía, que, si hubiera durado más, no la habría soportado la ciudad, se comportaron de la mejor manera posible con nosotros. Al ofrecer su ciudad como próxima y amiga consiguieron que el exilio de Arquino, Trasibulo y otros muchos que hubo por aquel entonces, fuera inocuo y no lamentable, a pesar de que sabían que sus actos no carecían de riesgo a causa de los lacedemonios [37].
Además, por Zeus, ¿nos asustará que maquinen algo, cuan- 50
do se desembaracen por nuestro medio de los lacedemonios, ellos que fueron tan benévolos en medio de un infortunio semejante y que, antes de saber que obtendrían después algo de nosotros, tuvieron con nosotros una relación y amistad como la descrita? Pero ¿no temeremos los excesos de los lacedemonios [38]? ¿No es lógico esperar lo contrario?

---

[37] De nuevo se refiere a la ayuda a los exiliados durante el régimen de los Treinta Tiranos. En esta ocasión se agrega el nombre de Arquino mencionado por los oradores (Dem., XXIX 135; Esq., II 176; III 187,195).

[38] El texto presenta problemas; cf. Behr, *P. Aelius Aristides...*, I, pág. 495, n. 49.

51 Una vez que estoy aquí, de grado, atenienses, querría saber para cuál de nuestros grupos políticos es mejor estar con los lacedemonios. ¿Acaso para los del Pireo? Pero fueron exiliados por su culpa y cuando intentaron volver de nuevo se opusieron[39]. ¿Acaso para los de la ciudad[40]? Pero les mataron y, en lo que respecta a los lacedemonios, fueron entregados al pueblo. Pero por la buena fortuna de la ciudad y su buen juicio, ambos partidos estamos a salvo
52 e indemnes en lo fundamental. Haré la pregunta de nuevo, pero sobre los tebanos, ¿a cuál de los dos partidos no le conviene unirse a ellos? ¿Acaso a los del Pireo? No diré que gracias a los tebanos, aunque partiendo de Tebas, ocuparon File[41] y, al ocuparla, obtuvieron la buena fortuna posterior y consiguieron lo que deseaban. ¿Acaso a los de la ciudad? Pero por la vuelta de los exiliados se desembarazaron del malestar y de la discordia con los suyos y juraron tener los mismos enemigos y amigos.

Se debe concluir lo empezado

53 Así los lacedemonios resultan enemigos de ambos, en tanto que los tebanos amigos. Esto se decidió hace mucho tiempo y no hoy por primera vez. Es crucial el momento presente, en el que es necesario poner este límite para todos estos asuntos. ¿Qué otra cosa queda sino concluir con las dificultades con los tebanos y no abandonar nuestra posición, cosa que también comporta vergüenza para los particulares[42], y no actuar como desertores al cambiar de bando y dejar en paz las cuestiones
54 agotadas? Esto es lo mismo que si en un combate de boxeo

[39] Trasibulo y los exiliados.

[40] Los Treinta Tiranos y sus partidarios.

[41] E. Arist., I 256.

[42] E. Arist., III 97.

o en una competición por el estilo se combate con ánimo hasta el momento de los premios y después, cuando ha sido resuelta la situación y sólo queda recibir la corona merecida, repentinamente se comportase como los vencidos. «Pero, hombre, ¿tiras la corona cuando la consigues?» «Sí», dice él. «Pero los tebanos heredarán la reputación.» «Sí, por Zeus, si los abandonamos.» «Pero ellos se hicieron cargo de la guerra.» «Entonces, que sean una ayuda, pero nosotros nos haremos cargo del mando.»

No es menos reputado ayudar a los que lo piden que pe- 55
dir auxilio a los que lo prestarán. Pues los poderosos no se
refugian en los más débiles, sino que son los más débiles
quienes tienen necesidad de los más fuertes. La fama re-
sultante es mayor en estos últimos. Me admiro de que al-
guien crea que es vergonzoso que la ciudad participe de la
victoria y los éxitos, pero considere honorable tener parte
en las desgracias y la derrota, y se avergüence de vencer en
unión de otros, y crea que heredar el infortunio de otros es
merecedor de una noble y hermosa honra. Pero si vamos a 56
dudar, porque los tebanos han ejecutado las más importan-
tes tareas, nos persuadiremos de lo que es contrario de lo
debido. Pero ahora, como si hubieran talado los árboles y
hecho expedito y fácil el camino para nosotros, después de
haberse llevado ellos los problemas y dificultades, al final
han guardado para nosotros la reputación. No hay buena
fortuna más infrecuente que conseguir buena fama de ma-
nera adecuada por medio de los esfuerzos de otros. Pero 57
creo que los únicos que no se expresan así son los que afir-
man que hemos obtenido una satisfacción de los lacede-
monios. Pues si piensan que fue obra de los tebanos y que
nada tuvo que ver con nosotros, ¿cómo dicen que nosotros
obtuvimos satisfacción? Pues es evidente que podrían reci-
bir un castigo de los tebanos, pero aún nos deberían una sa-

tisfacción. Si nosotros los hubiéramos castigado por nuestros propios medios, acaso se podría decir que bastaba. Pero al haber sido los tebanos quienes consiguieron la victoria, no es posible eludir la cuestión afirmando que ya es suficiente. Sería ciertamente terrible, si los tebanos entraran en guerra con ellos y pudieran darles un castigo inmediato, pero si nosotros, siendo quienes somos, no lo consiguiéramos a pesar de que están en deuda con nosotros
58 desde hace mucho tiempo. No creais que, si se vence a alguien derrotado por algún otro, la corona tiene menos prestigio o que no se proclamará al vencedor, porque alguien hubiera preparado en parte la victoria para él. Pero pensad en lo siguiente, si hicisteis esta batalla al lado de los tebanos, ¿no sería vergonzoso y torcido hacer defección al día siguiente para alinearse con los lacedemonios? Y ciertamente hubierais luchado junto a ellos con ánimo, si alguien os lo hubiera pedido entonces. Igual vilipendio sobrevendrá ahora, si os quitáis de enmedio. Pues parecerá que actuáis de forma contradictoria no sólo en esta batalla, sino también en otras batallas anteriores.

Hay que tomar partido

59 Tampoco aconsejaría que no os pusierais de parte de ninguno de los dos. Si se puede decir, mejor os unís a los lacedemonios que a ninguno. Pues aun perjudicando a los tebanos diréis que os compadecéis de los lacedemonios, pero si os mantenéis neutrales, ni preservaréis la justicia para los tebanos ni tendréis como amigos a los lacedemonios, sino que no conseguiréis una reputación desagradable de perezosos, que a ninguno más
60 que a vosotros os conviene evitar. ¿Por qué? Porque, en primer lugar, libres de todo tipo de reproches, todavía estáis más lejos de éste, y además existe un dicho antiguo, según el cual sois los más rápidos en decidir lo mejor y en ejecu-

tar todo[43]. Es manifiesto a partir de vuestros decretos y de las guerras que de siempre habéis tenido. Además sólo entre vosotros, según creo, se ha escrito una ley contra la pereza, para que nadie se dedique al ocio de manera inoportuna, o se descuide, o diga que la indolencia es ineficacia[44]. El peor de los males es que aparezcáis en público como culpables de lo que prohibís a los particulares. Pero también está lo siguiente. Si los lacedemonios son capaces de 61
recuperarse por no estar vosotros junto a los tebanos, no estarán en donde conviene que ellos estén, ni en donde es necesario que os esforcéis por conducirlos. Pero si vencen los tebanos, es mejor que consigáis la reputación de la victoria vosotros que ellos si tienen que vencer sin vuestra ayuda.

Los lacedemonios no son dignos de compasión

¿No es terrible borrar el nombre de 62
los lacedemonios de la Hélade? En efecto, cuando estén en nuestras manos y entreguen su ciudad, como nosotros se la entregamos antes a ellos. Pero si insisten, ¿por qué es necesario lamentarse por estas cosas?, ¿por qué es necesario recordar su voto, que emitieron cuando nosotros no estábamos en pie de guerra, no antes[45]? Además, a los que podríamos salvar con un voto, ¿contra estos usaremos las armas? ¡Por Zeus! Es razonable, para salvarlos con el voto. Es necesario que ellos lleguen a nuestra misma situación, si ellos han de recibir de nosotros el mismo voto.

Este mismo argumento también es contrario a la ayu- 63
da, en favor de la que ellos hablan. Pues de la misma forma que convenía salvarlos, si no quedara salida alguna, si-

---

[43] Tuc., I 70, 2; Dem., III 15.

[44] Tuc., II 40, 2.

[45] E. Arist., XI 39 y sigs.

no que sólo hubiera oportunidad para un voto, una vez que hubieran recibido castigo suficiente, así ahora deben ser anulados y derrotados por completo, después que se les ve resistiendo. Pido a los dioses que venga la ocasión para tal generosidad. Pero afirmo que no nos debemos apartar de las dificultades presentes por palabras de hermosa apariencia ni dejar ir a los lacedemonios una vez heridos. Ellos no
64 podrán ser capturados después, si os evitan ahora. ¡Por Zeus! ¿Cuánto hubierais pagado, cuando fuisteis gobernados por ellos y maltratados por los tiranos, por haber tenido esta ocasión y porque se os hubiera presentado tal oportunidad? Yo hubiera pagado con mi propia vida. Pero si alguno considera con respeto el nombre de los lacedemonios y la dignidad de su territorio, y le parece terrible y criminal practicar una acción bélica en la tierra regada por el Eurotas[46], no menos digna que la de ellos es la tierra de Eleusis, la de Triasio, la de Acarnas[47] y todas las demás
65 que han sido saqueadas miles de veces. Contadle estos sucesos y se consolará más fácilmente. Pues ciertamente no les concederemos la facultad de devastar, en tanto que para nosotros quedará reservado el permanecer tranquilos cuando nos invadan, como si fuera normal destruir el Ática, pero se hubiera concedido a su territorio un don y el honor de sólo él quedar libre de los males de la guerra. Pero si algún territorio debe quedar libre de daño, conviene que
66 sea el nuestro. Pues fue el primero en dar frutos y en compartirlos con los helenos, no sólo con los lacedemonios, y ella es la que fue llamada por el dios[48] «metrópoli de los

[46] El río que atraviesa Laconia de norte a sur.

[47] Son los nombres de tres conocidos demos del Ática.

[48] Apolo.

frutos»[49], y no la de los lacedemonios, y todos los otros nombres divinos se le han aplicado a ella por todos, no a la tierra de los lacedemonios. Y por ella y sus vecinos ha permanecido sin devastar la tierra de otros. Y en efecto, ¡Deméter!, que los que son atenienses protejan su tierra es más justo a que protejan la de los lacedemonios.

Estoy contento con que alguien haya recordado a Hera- 67
cles y a los hijos de Heracles[50], como si nos hubiéramos esforzado con los lacedemonios, pero no tanto con los tebanos, de no ser que presenten también a Yolao como espartiata. Me admiro de que no hayan añadido cómo acogimos a Edipo y lo remitan a la honra de los lacedemonios. Pero yo bien sé que habéis hecho esto y que habríais hecho mucho más en compañía de los tebanos, si tales ocasiones se hubieran presentado. No se me oculta que hubo un mo- 68
mento en que cada uno de estos hechos no habían sido ejecutados, pero cada uno tuvo lugar en su momento oportuno. Sin embargo, en los sucesos anteriores no se presentó una oportunidad semejante a la de los de ahora. Pues ahora todo lo de los helenos reposa sobre vuestras espaldas. Por una parte, los tebanos confían en vosotros, a pesar de su buena fortuna, por otra los lacedemonios se han retirado. Os es posible por igual preservar la confianza de los tebanos y, al tiempo que castigáis a vuestros enemigos, poneros al frente del resto de la Hélade con seguridad, además de mostrar a todos los hombres las virtudes de la ciudad, cómo trata a los que han maquinado contra ella y cómo se relaciona siempre con los que le han hecho algún favor. Poco me falta para decir que no podéis mostraros 69
amistosos, si antes no habéis sido severos. Pues si apuráis

[49] E. Arist., I 37, 399.

[50] E. Arist., XI 65.

la guerra hasta el final y capturáis prisioneros, la ciudad y los bienes y entonces los salváis, aun siéndoos posible hacer lo que queráis, entonces apreciarán los lacedemonios vuestra generosidad en tales circunstancias, aunque no son de los que se dan cuenta de los que les hacen el bien. Entonces al mismo tiempo todos os considerarán valerosos[51] y justos.

70 Recordad, atenienses, la desgracia de Sicilia. Entonces los lacedemonios unidos a los siracusanos[52] vencieron por no poca diferencia, pero cuando destruyeron todas nuestras naves y capturaron armas y prisioneros en el mar y en tierra, y nada de lo que habían pedido a los dioses les faltaba, ¿qué hicieron cuando nos vieron huir a pie y dejando atrás no pocos heridos? ¿Acaso nos ayudaron o cambiaron de bando? No cejaron, hasta que los estrategos se entregaron ellos mismos y el ejército a los lacedemonios. Entonces mataron a unos, a otros, como les pareció, así los trataron, y no he agregado que hicieron todo esto cuando había una alianza con nosotros que realizaron cuando tuvieron de
71 vuelta a sus prisioneros[53]. Pero ahora cuando a su vez se entreguen a nosotros que los atacamos en compañía de los tebanos y lleguen a la situación a la que ellos condujeron a Nicias, entonces no los imitaremos, sino que los superaremos en magnanimidad al dejarlos con vida. Pero antes de que ello suceda, no nos apresuremos, ni cambiemos de criterio.

---

[51] Sigo una enmienda de Behr (*P. Aelius Aristides...*, I, pág. 495, n. 63.

[52] Esparta envió a Gilipo, que en la narración de Tucídides es responsable de que Nicias enviara una carta llena de desaliento a la asamblea de Atenas; cf. Tuc., VI 91.

[53] Se refiere a los capturados en Esfacteria y a la Paz de Nicias (421 a. C.).

Se debe evitar la unión de Tebas y Persia

Creo que también es necesario precaverse, para que no hagamos volverse, atenienses, a los tebanos hacia aquel que no queremos. ¿Tengo que decirlo claro? Al rey. Pues si no tienen éxito con nosotros, no se quedarán tranquilos, sino que buscarán a otro. Y éste para ellos vendría a ser el rey. Pues cuando nos necesitan ahora contra los lacedemonios, ¿cómo no necesitarán de igual manera la ayuda del rey contra nosotros y los lacedemonios? Pero si esto va a suceder, ¿cómo diremos que 72
hemos decidido lo correcto y justo sobre los helenos, si así les hemos traído contra ellos al bárbaro? Además los lacedemonios están en el interior del Peloponeso y son hábiles en buscar siempre lo que les conviene, pero el Ática es accesible por tierra a los tebanos y por mar al rey. Y en la antigua expedición todo el trabajo y dificultades confluyeron aquí[54]. 73

Peroración

No provoquemos para la ciudad y los helenos una guerra inadecuada por compadecer inoportunamente a los lacedemonios, sino que mantengámonos con la iniciativa en la guerra contra los lacedemonios, no vaya a ser que por librarles a ellos mismos nos impliquemos en problemas y males insoportables. Tal me parece sobre este asunto. Quede yo en manos de los lacedemonios, si no lo he dicho todo por estima a los tebanos y simplemente en favor de vosotros. 74

[54] Las Guerras Médicas.

XIII. TERCER DISCURSO LÉUCTRICO. SEGUNDO EN FAVOR DE LOS LACEDEMONIOS

Proemio

Me adelanté a intervenir para considerar con vosotros, atenienses, en favor de cuál de los contendientes es necesario que yo hable. Creo que haríais lo correcto, si no os sumarais a los que han tomado ya la decisión hace tiempo ni a los que lo han hecho por ellos mismos, sino a los que aguardan a lo que resulte a partir de sus cálculos. Me parece que recomendaros esto a vosotros y a mí mismo es la manera de analizar los problemas sin prejuicios en público. 1

Lacedemonios y tebanos merecen reproches

Los lacedemonios, como vosotros escuchasteis y yo afirmo, rompieron la alianza al ocupar la Cadmea[1] y dieron una muestra de codicia, en no menor medida que los tebanos en su día, al entrar en Platea[2]. Los tebanos llegaron a ser tan poderosos que les convenía sufrir algún revés. Y así las cosas, el reproche se les puede hacer a los lacedemonios, pero el temor se sien- 2

[1] E. Arist., XI 10.

[2] Platea fiel aliada de Atenas fue sitiada y capturada por Tebas al comienzo de la Guerra del Peloponeso (429-427 a. C.).

te ante los tebanos. Si los juzgamos, decidiremos que los lacedemonios han cometido injusticia y con razón han sufrido lo que han sufrido. Pero si se mezcla en la deliberación algo de favoritismo hacia nosotros mismos, no acrecentaremos el poder de los tebanos ni los convertiremos en herederos de los lacedemonios en sus actuaciones faltas de
3 consideración. Pues no analizaremos si destruirán a los lacedemonios con justicia, sino si podrán hacer lo mismo con nosotros de forma injusta, de esto es de lo que hay que tener miedo. Y no querremos que nos sobrevenga el ejemplo que nos ha hecho ahora sufrir con los tebanos, una vez que dejen fuera a los que ahora sirven de obstáculo. Pero, atenienses, tenéis muchos reproches contra los tebanos, pero también muchos contra los lacedemonios, no distingo contra quiénes sean más y mayores, pero sí sé que, si los tebanos hubieran tenido éxito, una vez de entre las que lo in-
4 tentaron, ahora no estaríamos deliberando[3]. Pasaré por alto que no sucedió por la solícita providencia de algún dios. También me viene al pensamiento que los lacedemonios no están libres de culpa en todo esto. Pues el haber conducido a la ciudad a una situación tal, que los tebanos pueden declarar estas cosas sobre ella, los lleva a compartir el reproche con razón. Los tebanos, al haber luchado junto a ellos, participan de la responsabilidad de habernos llevado a esta situación, en tanto que los lacedemonios no los tienen como asociados para perdonarnos la vida en el futuro.

5 Y, ciertamente, no admitiré aquello de que uno de los tebanos propuso esto[4]. Lo que antes hicieron a Platea, no permite una escapatoria semejante ni pretexto de ninguna

---

[3] En su voluntad de que se destruyera la ciudad de Atenas al término de la Guerra del Peloponeso; cf. E. Arist., XI 7.

[4] E. Arist., XII 26.

clase, ni muestra que tal fue la argumentación en torno a la votación sobre nosotros. Podrían decir en lo que se refiere 6
a su antigua responsabilidad, que no fue de todos, sino que sólo mediaron sus jefes[5]. Se defienden de que traicionaron a los helenos, de que mataron a algunos, de que lo intentaron con nosotros, en coherencia con sus primeros actos y, si actuaron de manera completamente desconsiderada, aducen la responsabilidad de sus jefes para defenderse de todo ello, pero cuando se les recuerda solamente el Pireo[6], todos coinciden en que uno o dos hicieron la propuesta, de forma inadecuada todos son llamados tontos[7], cuando son sabios en lo más importante. Me parece irracional, teniendo que- 7
jas contra los dos bandos, haber ido contra los lacedemonios y haber buscado tomar la revancha y, sin embargo, dejar en paz de una vez por todas a los tebanos y que nuestro enfado con aquéllos sea superior en tal medida que pensamos que cometemos una injusticia si no apoyamos por completo a los tebanos. Yo creo que se debe castigar a los lacedemonios, en la misma medida que no debemos dejar indemnes a los tebanos. Pero me asusta que con los tebanos de aliados vayamos a perder a los aliados que ya tenemos. Al observar las antiguas culpas que los helenos nos echaban en cara, no hallo ninguna diferente a que nos comportamos de forma no moderada con algunos de ellos[8].

---

[5] Una nueva alusión al comportamiento propersa de los tebanos en las Guerras Médicas.

[6] E. Arist., XI 36.

[7] E. Arist., XI 32.

[8] Se refiere a algunas actuaciones de Atenas en la Guerra del Peloponeso.

8 *Hay que ser moderados*

Ciertamente entre todas las actuaciones, que se nos hayan podido investigar alguna vez, ninguna llegaría a esta acción de ahora ni de cerca. Pues ¿quién podría decir que la pretensión de destruir a los lacedemonios no es mucho más importante y dura que todas vuestras desagradables actuaciones de entonces con nuestros dependientes? De forma que yo no puedo comprender cómo nos seguirán los que entonces sufrieron tales
9 malos tratos. Pues si incluso algunos de ellos odian a los lacedemonios —¡ojalá todos sientan así! Y, por Zeus, la mayor parte son del mismo parecer a causa de los harmostas y de las injurias de entonces de Lisandro[9]— y los odian por igual a causa de su seguridad mientras no dejen de tener la fuerza de hacer lo mismo. Sin embargo, no me parece que los odien tanto, como para verlos destruidos de una vez por todas, por considerar que la ciudad de los lacedemonios aporta reputación a la Hélade.

10 *Desmesuras de Tebas*

Ciertamente, los tebanos y vosotros no debéis decidir lo mismo sobre los lacedemonios. Pues se ajusta mucho más a aquéllos tomar una revancha extrema por motivos nimios que a vosotros una mesurada por los más importantes motivos. Pues si alguno calcula además la condición de uno y otro por su actuación, juzgará moderada la de ellos, aunque sea terrible, y la vuestra extrema, aunque haya sido moderada. En tal medida
11 sois superiores en generosidad y ellos en crueldad. Además es un viejo rasgo suyo no preocuparse en absoluto del interés general de la Hélade, sino que sólo fijan su atención en donde haya algún beneficio, pero no es posible para voso-

[9] E. ARIST., I 292, 295.

tros, que sois los protectores de los justos intereses comunes y por tales sois tenidos, desdeñar esta forma de comportaros por un enfado particular o un reproche.

Agradecimiento a los lacedemonios

Con respecto a la pregunta de si de- 12
ben ser los del Pireo o los de la ciudad quienes salven a los lacedemonios [10], respondería que ambos, si son atenienses. Pues no tiene razón de ser que nosotros hayamos jurado incluso con fórmulas tremendas que estaríamos de acuerdo y no tendríamos afán de venganza los unos contra los otros [11], que queramos destruir a los lacedemonios y remover la memoria de lo que acordamos enterrar y no considerar ni ver que quien investiga tales cosas con cuidado destruirá el vínculo de los acuerdos.

No hay peligro de que Tebas se una a Persia

Ciertamente los que temen que los te- 13
banos, si no consiguen ayuda nuestra, llamarán en su socorro al rey [12], se asustan con un miedo sin fundamento. Pero me parece que actúan de una forma extraña al temer que tengan abundancia de aliados, convenciéndoos para que vosotros mismos lo seáis, sin considerar que actuarán mejor si estiman terrible agregar alguna ayuda a los tebanos, poniéndoles trabas más que ayudándoles. Pero ahora exhortan, como si fuera necesario escoger a estos a los que se teme que alguien pueda beneficiar, y no a los que se pediría a los dioses que incluso otros se unieran. Aunque no pueden impedir que el rey ayude, sin embargo

[10] E. ARIST., XII 51.

[11] El texto alude a la situación que se crea tras la expulsión de los Treinta Tiranos, cuando se forma un foco de resistencia en Eleusis que fue sometido. Después se prestaron solemne juramento de no guardarse rencor; cf. JEN., *Hel.* II 4,43.

[12] E. ARIST., XII 72.

14 consiguieron que vosotros no lo hicierais. Pienso que los tebanos no son tan estúpidos y locos, que, mientras luchan por el poder con los lacedemonios, se pongan de acuerdo con el rey sobre su esclavitud. Pues, en efecto, es ridículo que ellos pretendan destruir a los lacedemonios, para que no sean un obstáculo, que llamen en su lucha contra ellos a este que saben que será su dueño. Si llaman al rey como aliado habrán tomado una decisión más favorable para nosotros y los lacedemonios que para ellos mismos, en cuanto que nos reservarán su castigo, pero ellos al no oponerse con las armas al punto se someterán a él. Incluso si él nos vence, habrá vencido por él mismo, en tanto que vencerá a los otros con el concurso en primer lugar de ellos mismos. Estarían locos si lo quisieran.

15 Y ciertamente si alguno cree que su ánimo se funda en la antigua amistad y alianza con el bárbaro, más miedo tendrán. Pues saben que entonces quedaron sin participación en todo lo bueno y le cedieron lo que tenían, acogiendo primero al mismo rey y después de esto fue acogido Mardonio, su lugarteniente, el cual, al establecerse con la caballería y un ejército inmenso, pasaba el tiempo destruyendo [13] y esquilmando la tierra y hacía uso de la ciudad como de un campamento, pero no permitió a nadie libertad alguna. De forma que por entonces nadie fue más desgraciado que los tebanos, que fueron recriminados por los helenos y maltratados por los bárbaros. En consecuencia, no querrán que de nuevo les sobrevenga la experiencia de una desgracia semejante ni pedir que el rey les envíe un varón, que asentado en Beocia y comandante en jefe en la guerra no
16 les permitirá ni hablar en murmullos. Después, una vez

[13] Heród., IX 15.

vencedores en esta manera y resplandecientes, huirían, según creo, de tomar una apariencia tan humilde, de manera que de nuevo volverían al bárbaro y a la antigua infamia. Pero esta sospecha carece de fundamento. Pues cuando se da la disyuntiva de que o bien al vencer hayan vencido favoreciendo a otro incluso en contra de ellos mismos, o bien vencidos, lo que ya antes sucedió, sean abandonados y queden en nuestro poder, ¿para cuál de estas dos posibilidades necesitan del rey? También ahora, si son abatidos, 17
tendrán alguna esperanza de que les salvemos, pues se darán cuenta de que a ellos primero y a los lacedemonios ahora les sucedió lo mismo. Pero si después de llamar al bárbaro no tienen éxito, saben que serán simplemente borrados de la faz de la tierra. Por consiguiente, ¿cómo no preferirán luchar por sus propios medios, lo que acarreará una victoria pura y simple o una desgracia con expectativas de recuperación, antes que tomar de socio al rey, cosa que hará irreversible la situación y convertirá en vana la posible victoria? Además están obligados a no ser impru- 18
dentes, si lo desean. Pues es evidente que los eleos y arcadios que ahora están con ellos [14], si perciben que traen al bárbaro, no se quedarán quietos, sino que sospecharán y tomarán precauciones, al darse cuenta, por una parte, del gravísimo peligro que se les vendrá encima, y, por otra, de la mala reputación si ahora se unen a él con los tebanos contra el que al principio fue su compañero de armas junto con todos los helenos que pensaban en la justicia. Más bien me parece que los tebanos, por los aliados que tienen, no recurrirán al rey, antes que por el rey vayan a menospreciar a estos aliados.

[14] Se refiere a la antiespartana Liga Arcadia.

Hay que buscar un equilibrio de fuerzas

19 Pero en conjunto, atenienses, si ahora con los lacedemonios a salvo tenemos miedo de que los tebanos se unan al rey, ¿qué haremos cuando no los tengamos de aliados, sino que nos quedemos solos entre los tebanos y los bárbaros? Si tenemos algún fiador poderoso de que, si los tebanos destruyen a los lacedemonios, no nos someterán inmediatamente ni vendrán contra esta ciudad, aún así, por el Zeus Libertador de Platea [15] y los monumentos de los antepasados caídos de ambos bandos, es terrible mirar con indiferencia que la ciudad de los lacedemonios desaparezca de la Hélade y ello por obra de los tebanos. No obstante, séame permitido este impío comentario, ¿lo permitiremos, atenienses, y veremos con indiferencia sin pararnos a pensar en ello, queréis que lo diga, colaboraremos en su destrucción o de ninguna manera ac-
20 tuaremos así? Pero si los temas en los que nos han ayudado los tebanos no implican tal familiaridad y cercanía, de forma que ésta no sea mayor y más intensa que la que tuvieron antes con los lacedemonios, a los que ahora están lejos de recordar, los hombres nunca quedaban saciados con el éxito, sino que los que más han conseguido más desean, y es lógico que por aspirar a la hegemonía teman mucho más a nuestra ciudad que a la de los lacedemonios tanto por su capacidad como por su experiencia en problemas, por su rapidez y por su diligente presencia en todos los asuntos, y a esto sigue que conscientes de ello busquen quitar de enmedio a nuestra ciudad, y por encima de todo hay una total confianza en que no van a querer cometer injusticia, sino que, ni siquiera si lo quieren, serán capaces de hacerlo; si

[15] Nueva mención del sitio y toma de Platea por los tebanos; cf. E. ARIST., XIII 2.

todo ello se manifiesta de esta manera, ¿qué nos impide salvar a los lacedemonios y al mismo tiempo apuntalar la seguridad de nuestra ciudad y conseguir reputación de generosidad, de magnanimidad y valentía? Pues en el hecho de salvarlos sin pretender vengarnos están estas tres virtudes que apuntan a la fama.

Los lacedemonios deben ser compadecidos

Con respecto a que los lacedemonios 21
no tuvieron la misma fortuna que nosotros [16] y se les debe salvar por su votación, pero que por las armas se les debe destruir, y con respecto a este tema, más bien dificultad —pues dudo llamarla sinsentido—, no es difícil encontrar una respuesta simple y sabia. Si fuera posible, atenienses, administrar la guerra y ponerlos en una situación tal durante la guerra que nos fuera posible preservarlos por un acuerdo, inmediatamente se prestaría atención a estas palabras. Pero al no estar en nuestras manos controlar la guerra de esta manera, ¿qué haremos, si nos excedemos una vez? ¿Acaso nos arrepentiremos? ¿Y, qué 22
valor tiene una vez que ha sucedido? Ahora una sola batalla los ha privado de todo, de aliados, de hilotas y de la confianza de los periecos, para resumir, los ha privado de todo el sistema sobre el que estaban asentados. El tropezarse con aspectos deteriorados facilita darse cuenta. Si los que quedan son derrotados en solo otra batalla, ¿qué impide que todas sus cosas sean puestas a prueba en una pequeña parte de un día y que mueran todos los hombres en edad militar, que la ciudad sea capturada mucho más al ser una ciudad sin murallas y que sus mujeres y niños sean hechos prisioneros y que todos ellos sean ejecutados, por así decirlo, antes de que lleguen al consejo y a la discusión? Así

[16] E. Arist., XII 62.

pues, ahora los tebanos os convocan para hacer todo esto, de forma que los destruyáis en su compañía. ¿Por qué otra razón se podría decir, cuando la discusión fue sobre esta misma ciudad? Es necesario que tomemos una resolución
23 y no esperemos lo que nunca vendrá. Por Zeus pareceremos desleales a los tebanos al no ayudarlos. Pero todavía lo pareceremos más, si después de ayudarlos no conseguimos lo que nos había llevado a intervenir. ¿Qué nos impide estar de acuerdo con lo que ellos opinan? ¿Qué digo como ejemplo? Para destruir hasta sus cimientos la ciudad, esclavizar a las mujeres y los niños y matarlos a todos, para esto nos llaman.

24 Yo daré por supuesto que nosotros aguantaremos la acción y que los lacedemonios no serán los primeros en ser destruidos y que se propondrá una votación, como si en un circuito recurrente ello fuera debido a todos los enemigos. Si, cuando nosotros propongamos una votación para salvar a los lacedemonios, no están convencidos ni coinciden en ello los tebanos —esto no requiere demostración—, ¿quedará entonces otra salida distinta a la disensión y ser enemigos? Ciertamente éste es el comienzo de la guerra y de los problemas, pero los lacedemonios o previamente habrán sido ya destruidos, si prevalece la opinión de los tebanos, o aguardarán al veredicto de la guerra, si nosotros los podemos librar. Pues o bien es necesario que si les sucede algo, en contra de nuestra opinión marchemos contra los tebanos, o bien los tebanos, por habernos ocupado nosotros de los lacedemonios, vengan indignados contra no-
25 sotros. ¿Acaso es mejor luchar después con los tebanos por la sombra de los lacedemonios, que no podrían unirse a nosotros o estarían completamente destruidos o, por el contrario, emprender una guerra justa y noble en su favor,
26 mientras podamos salvarlos? Yo me inclino por esto. Si no

han tenido la misma fortuna que nosotros, ello va más en nuestro favor. Pues es manifiesto para todos que les irá mucho peor, si vosotros lo queréis. Pero cuando os oponéis, al haber querido vengaros si hubierais podido, parecerá que mostráis magnanimidad por no haber necesitado tomar venganza, de manera que por una sola acción alcanzaréis un doble resultado, la venganza y el prestigio de ser bondadosos. Ciertamente esto fue desde el principio una virtud vuestra [17].

También, en efecto, atenienses, probaré con facilidad 27
que han sufrido con diferencia más terribles cosas de las que os hicieron alguna vez. Nosotros hemos sido verdugos o víctimas los unos de los otros en muchos combates y batallas, pero ellos vencidos en una sola batalla lo han perdido todo. Ello es manifiesto también por lo que sigue. Pues a nosotros nos privaron de nuestro dominio en el mar, pero ellos ahora aun teniendo los dos, los han entregado, de forma que si ser privado de algo importante es un indicio de infortunio, el de los lacedemonios ahora es mayor que el que tuvimos nosotros entonces.

Dependencia de Atenas si apoya a Tebas

No atiendo al orden de la alianza con 28
los tebanos, pues ellos han comenzado la guerra, como veis, pero necesitan de vosotros en calidad de ayuda complementaria. Juzgad vosotros qué significa estar de acuerdo en que tomen el mando, al tiempo que hacéis memoria del trofeo que levantasteis en Enofita [18]. Y juzgad si no es una evidente insensatez permitir que ellos tengan el mando. Pues al ser llamados por ellos, que son autores de las mayores hazañas, al disputar sobre el mando no pa-

[17] Ambos aspectos reiterados a lo largo del discurso I *(Panatenaico)*.

[18] E. ARIST., XII 46.

29 recerá que estéis libres de esta culpa. Yo quiero preguntar lo siguiente a los que están ansiosos por sojuzgar a los lacedemonios y dicen que no debemos aflojar: si los tebanos no nos dan el mando, ¿nos pediréis que seamos aliados en calidad de sometidos? «¡Por Zeus, pero lo darán!» Ciertamente ellos no, mientras vean los escudos de los lacedemonios colgados entre ellos. Pero si es posible hacer suposiciones en ambos sentidos, ¿de dónde y cómo tendremos la certidumbre? Pues si nos lo dan, se podría decir que no se debe luchar con ellos, pero si no están conformes,
30 ¿quién diría que es necesario aguantar? Si nos sucede que decidimos unirnos a los tebanos, cuando tenga lugar el conflicto que digo que va suceder, ¿habrá sucedido entonces alguna otra cosa distinta a haberlos abandonado y estar de bronca y reproches con ellos y no ser capaces de enmendar la situación en favor de los lacedemonios ni poder hallar qué se debe hacer? Pero si prevalece entre todos un común acuerdo de que ostente el mando cada uno por orden, tebanos, argivos, eleos, arcadios[19] y vosotros, ciertamente es hermoso que, aun siendo atenienses, repartáis con todos los hombres el mando y lo ejerzáis sobre los griegos por orden, como distribuyendo alguna porción de otro tipo o comida. ¿Y acaso es mejor obtener la quinta parte del mando, si así salen las cosas, pero en todo lo demás terminar siendo gobernados por los que digo, o aceptar a los lacedemonios en igualdad de condiciones y estar los dos al frente, los dos entre los que se dividió la Hélade desde el principio? Pues no temáis que los fliasios disputen con vosotros, y no digo que sea necesario aceptar a los lacedemonios en estas condiciones. No pongo los límites del proce-
31 so, sino que más bien creo que estarán de acuerdo. ¡Por

[19] Ello sería resultado de incorporarse a la Liga Arcadia.

Zeus! Yo los exhorto, si verdaderamente tienen necesidad de nosotros y han conservado algo de su dignidad, o diría a sus embajadores que optaríamos por los tebanos, si ellos nos obedecieran en esto, pero si no, atenienses, es más ponderado aceptar a los lacedemonios en pie de igualdad que admitir una tan acrítica asociación con los tebanos.

La reputación ateniense

Creo que os conviene vigilar para que no caigáis en las mismas culpas que los lacedemonios ni, lo que reprocháis con razón, imitéis. Hay una acusación no pequeña contra ellos de que destruyeron Platea[20] con los propios tebanos e hicieron traición, y de nuevo por fin, de que entregaron a los jonios en los acuerdos con el rey[21]. No creáis que tenéis una buena razón pa- 33 ra destruir Esparta en unión de los tebanos, ni para hacer reproches a los lacedemonios, porque entregaron al rey a vuestros colonos, pues vosotros mismos os entregáis a los tebanos. Os entregaréis a vosotros mismos, si les quitáis del camino a los lacedemonios con los que ahora están en lucha.

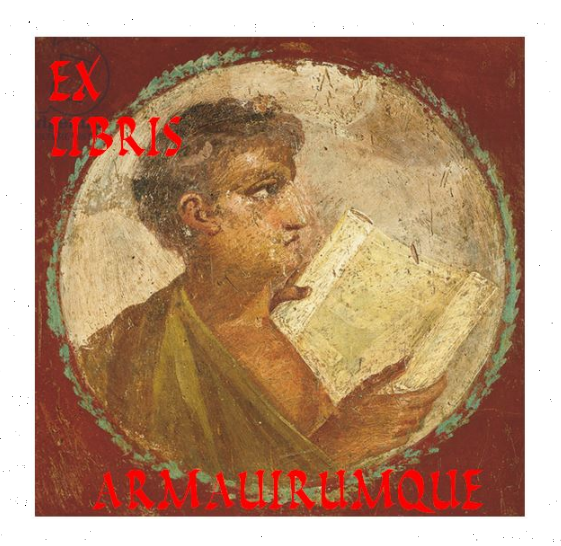
Peroración

Todavía añadiré un breve punto. Si los 34 lacedemonios consiguen otros aliados al fallarles vosotros, ¿qué mayor vergüenza podría haber que primero buscaran a otros y después encontraran quienes se ocuparan de Esparta, mientras había atenienses? Si no encontraran a ningún otro que les ayude, no debéis descuidar a los que cuentan con vosotros nada más. Hago preces por su salvación y victoria, si vosotros lucháis a su lado. Pero si los abandonaréis, prefiero que perezcan antes que sean ayuda-

[20] E. ARIST., XIII 2.

[21] Nueva alusión a la Paz del Rey; cf. E. ARIST., XI 19.

dos por otros, para que nuestra vergüenza sea simple. Ésta es mi opinión tras considerar las dos posibilidades. Atenienses, también para vosotros estaría probado mi punto de vista.



XIV. CUARTO DISCURSO LÉUCTRICO. SEGUNDO EN FAVOR DE LOS TEBANOS

Proemio

Con razón, atenienses, necesitaron muchas palabras los que hablaron en favor de los lacedemonios. Su caso no era tan simple como el de los tebanos, sino que, a mi parecer, era necesario un orador de más habilidad. Yo, por mi parte, soy, atenienses, de los que no consideré amigos a los tebanos antes que todos vosotros, pero observo que en la ayuda a los lacedemonios está como fundamento que no se debe buscar una revancha, en tanto que en la ayuda a los tebanos está lo mismo y además que se deben recordar los beneficios que de ellos recibimos, de manera que si es necesario que terminemos de odiar, hace tiempo que hemos cancelado este sentimiento hacia los tebanos. Y si apoya a los lacedemonios el hecho de que no nos pueden hacer daño, mucho más apoya a los tebanos que desde hace mucho han puesto de manifiesto que nos quieren favorecer. 1

No se debe apoyar a los lacedemonios

Estos oradores nos exhortan a que no consideremos enemigos a los lacedemonios por más tiempo, pero observo que los tebanos son amigos, incluso antes de que nos pidieran ayuda. Pero si tanto puede el hecho de de- 2

poner la enemistad, hasta el punto de que inmediatamente son nuestros aliados, ¿cómo valoraremos que tuviéramos antes de aliados a los otros, cosa por la que ahora ellos se afanan? Y no considero, atenienses, que debáis favores a los tebanos y a los argivos, pues pienso que mucho más os deben a vosotros los tebanos, sino que afirmo que es cohe-
3 rente y adecuado a vuestras recíprocas relaciones. Me admira que se tema que nosotros seamos amigos y aliados de los tebanos por considerar que son fuertes, pero que se estime conveniente que sean adversarios y enemigos, y que, por una parte, se tenga miedo de que hagan la guerra contra los lacedemonios y, por otra, se actúe para que os ataquen, y se pide que tengáis cuidado, no vayan a luchar después contra nosotros, pero ya se incita a que entréis en esa situación, y se exhorta a que os animéis contra los tebanos a convertiros en aliados de los lacedemonios, de los que se dice que son inferiores, en tanto que no se permite que nos animemos contra los lacedemonios a hacernos aliados de los tebanos, con la idea de que es más conveniente una alianza con los más débiles, y no —dicen— con los que son como los tebanos. Pero preguntan quién es el garante de que los tebanos se mantengan dentro de los acuerdos con nosotros [1], como si no pudieramos contestar: ¿quién es el fiador para que los lacedemonios se mantengan en los acuerdos, si hacen esta guerra?

Tebas es más fiable

4 Y ciertamente el porvenir es incierto, a lo que recurren con exceso contra los tebanos. Pero si debemos desechar la calumnia fácil y las disputas para fijarnos en lo que es cierto, los tebanos tienen mucha más fiabilidad que los lacedemonios. Y pondré por tes-

[1] E. Arist., XI 52 sigs., 57.

tigos de ello a los que se expresan de forma contraria a mí.
Si alguien les preguntara: «dime, ¿hicieron bien los lace- 5
demonios al ocupar Cadmea[2]?». Si vigilan la apariencia
ofrecida ahora mismo, responderán sin duda: «no hicieron
bien». Si se les volviera a preguntar: «¿por qué?», contes-
tarán: «rompieron el tratado». ¿Qué otra cosa podrían de- 6
cir? A través de las respuestas en las que no podrían negar
que no han cometido injusticia para actuar en su favor,
ofrecen el testimonio al que me refiero, pues sin duda sa-
béis que en la paz y durante las treguas se juzgan especial-
mente bien los que quieren actuar con justicia. Pues en la
guerra no prevalece el comportamiento habitual, sino que
cada uno toma lo que la fortuna u oportunidad le concede.
Cuando ambos eran dueños de sus proyectos, entonces los
tebanos parecía que pensaban que debían ocuparse de sus
propios asuntos, en tanto que los lacedemonios resultaron
ser agresivos y ambiciosos, ¿cómo no va a ser necesario
considerar a los tebanos más fiables y transferir el temor a
los lacedemonios, no vaya a ser que cuando consigan poder
nos hagan esto mismo a nosotros? 7

Pues yo no creería lo que sigue, que al pasar por Beocia entraron en Tebas aprovechando la oportunidad, pero que si hubieran tenido esta misma oportunidad con vosotros, os hubieran perdonado de buen grado a los que estabais luchando con los tebanos contra ellos. Si de hecho esto os hubiera sucedido, ciertamente con razón podríais pensar que se les debe vigilar en el futuro, y puesto que podría haber sucedido, si la ocasión se hubiera presentado, no los vigiléis menos. En efecto, habéis participado en aquello que se atribuye a los tebanos, y a ello se añade vuestra propia rivalidad desde el principio. De manera que, en la medida en

[2] E. ARIST., XII 2.

la que estén enfadados con los tebanos, es necesario que parezca que lo están el doble con vosotros, lo que ahora
8 ocultan por necesidad. Además saben que los tebanos nunca consiguieron la hegemonía con el beneplácito de los helenos, pero que vosotros la mantuvisteis por muchos años, al principio tomándola por buena voluntad, después conservándola por la fuerza. Afirman que es propio de ellos estar al frente de los helenos[3] y que mandaron las fuerzas de tierra y mar en la guerra contra el persa y después, cuando terminaron con nuestro imperio. Todo ello no rebosa se-
9 guridad ni tiene tanta seguridad cuanta se creería. Me parece que los propios tebanos aconsejan que no es necesario ni apartarnos ni introducirse ellos en el mar, que a todos más que a ellos les es afín, pues son conscientes de no haber tenido nunca lo que estiman que no lo deben buscar. Pero al atacar a los lacedemonios y al destruir sus posesiones considerarán que ninguno se irritará con ellos. Si por estos motivos los tebanos se muestran hostiles con los lacedemonios, no con vosotros, sin embargo los lacedemonios se muestran mucho más hostiles con vosotros que con los tebanos, ¿cómo no va a resultar preferible con diferencia el bando de los tebanos? El hecho mismo de que odien a vuestros enemigos, ¿cómo no va ir muy en vuestro favor, sin contar que no les ha quedado pendiente ningún conflicto con vosotros?

10 Hay un testimonio derivado de la propia embajada, pues ahora la desgracia y circunstancia trajeron aquí a los lacedemonios, lo que no es indicio de lealtad alguna ni de buena disposición para con vosotros. Pero los tebanos, después de haber vencido, vienen y os piden que participéis de sus éxitos, que han tenido éxito. ¿Qué mayor prueba de su fia-

[3] Isócr., IV 18.

bilidad podríais tener? ¿Acaso esta oferta no se muestra en todo como sin peligro y sin dolo? Si se debe hacer uso de 11
un derroche de discreción ante una desvergonzada falsa acusación, olvidemos el futuro. Pues muchas cosas podrían suceder en cualquier momento que sería imposible prever ni cabe darlas por ciertas. Pero a partir de lo ya sucedido y sobre lo que no cabe duda alguna, se pondrá de manifiesto que haremos lo correcto al optar por los tebanos, por una parte, por haberse comportado bien con vosotros, pero, por otra, porque por este motivo ya antes optamos por ellos y, por fin, porque los lacedemonios a nosotros y a ellos nos trataron antes de manera desmesurada e injusta. Si sobre el 12
futuro no será posible insistir, pero quienes estiman tanto a los lacedemonios, cuanto fuera justo evitar el odio hacia los tebanos se unirán a nosotros en callar lo sucedido, por lo que se juzga lo que es justo, ¿quedará algo más que un movimiento de cabeza para dar la bienvenida a la ayuda? Pues no será posible decir nada. Y, ¿quién soportaría tanta incoherencia? 13

Pero se debe investigar la habilidad y manera en la que los lacedemonios tratan los asuntos. Cuando hicieron dos guerras contra nosotros, primero la de Decelía[4] y después la de Corinto[5], ¿cómo las llevaron a cabo? Pues en la primera pidieron al rey que fuera su aliado, con cuya ayuda pensaban que terminarían con nosotros más fácilmente[6], y pusieron fin a la segunda por medio del mismo rey tras enviar a Antálcidas, quien le entregó a los helenos a cambio

[4] Llama así al último período de la Guerra del Peloponeso (413-404 a. C.).

[5] Se llama así a la guerra que libró Esparta contra una coalición formada por Beocia, Corinto, Argos y Atenas (395-386 a. C.).

[6] E. Arist., XII 15.

14 de la paz. Y este fin pusieron a las dos guerras [7]. Además nada impedirá a los lacedemonios que recurran a todo por lo que ellos crean que pueden conseguir alguna ventaja, pero si la fortuna ha hecho fuertes a algunos de nuestros aliados, ¿nosotros los abandonaremos? Y ciertamente no es parangonable la asociación de los atenienses a los tebanos contra los lacedemonios a que los lacedemonios se unan al persa para entregar a los helenos. O ¿es lo mismo abandonar a los jonios, eolios y dorios [8], mientras se lleva a cabo alguna empresa, y no entregar a nadie y guardar un comportamiento justo con los vecinos y los aliados? O, ¿nos asusta tener un aliado poderoso? ¿Qué podría ser más vergonzoso que la suposición de que alguien escuchara que los atenienses no quieren que ninguno de sus aliados tenga
15 fortuna? Si evitamos a los que tienen poder, ¿a quién pediremos a los dioses tener como aliados? Nosotros en una ocasión admitimos a los corcirenses, aun no estando en las alianzas [9], por pensar que evidentemente nos convenía tenerlos de aliados, una vez que fueron poderosos, y ahora bien sé que, si los tebanos no tuvieran nada en común con la ciudad, pero por otra parte se les viera con poder, todos afirmarían que es de la mayor importancia convertirse en sus amigos y traerlos a nuestros puntos de vista y contro-
16 larlos. Ahora, en efecto, vienen por su propia cuenta y están decididos a unirse a nuestra ciudad y a no estar separados, si se les admite. Algunos ya han expulsado una

[7] La Paz del Rey.

[8] Son las estirpes helenas que habitaban Asia y que habían sido abandonadas al dominio persa por la Paz del Rey.

[9] No está tan claro este aspecto. Atenas estaba técnicamente en su derecho para acoger como aliada a Corcira, porque las cláusulas de la Paz de los Treinta Años no preveían el traspaso de ciudades neutrales; Corinto sostenía lo contrario.

guarnición asentada en su territorio y después de ser sometidos a la fuerza pusieron en fuga al enemigo, y todo, por así decirlo, cuanto es hecho por coerción, fácilmente se desmorona en su momento. Pero una benevolencia de buen grado, mientras encuentra justicia, permanece.

Me fijo también en lo siguiente: si los lacedemonios no hubieran hecho esta buena paz, ¿acaso habríamos hecho 17 hasta ahora otra cosa que estar en guerra con ellos, nosotros y los tebanos unidos como estuvimos? Esto es evidente. Si nos hubieran tratado como enemigos sin haber cometido ninguna nueva falta, ¿cómo no nos tratarán de la misma forma con razón, cuando han agregado esta nueva injusticia, el acuerdo de semejante paz? Pero si ellos no sólo la arreglaron, sino que también la transgredieron, ¿cómo no se ha de ayudar a los tebanos contra ellos? El poder de los tebanos no quita la acusación contra ellos. Pues no por este motivo fueron contra ellos, para hacerles fuertes, ni 18 para pasar por lo que ahora soportan —pues sin duda hubieran estado locos, si lo hubieran pretendido—, sino que pienso que sucedió por fortuna, pero que la idea de ellos fue otra. La jerarquía de la justicia, ya sea débil o fuerte el que conspira contra ella, tiene una misma lógica. Podríais entender más, si lo observarais de la siguiente manera. Si 19 no hubiera marchado contra los tebanos [10], sino contra vosotros y no hubiera tomado la Acrópolis, ¿cómo pensáis que deberían haberse comportado? ¿Se deberían haber apenado con nosotros o alegrado o qué deberían haber pensado? Lo que de ellos entonces con razón hubierais exigido, esto mismo conviene que les aportéis, una vez que fueron los primeros en sufrir la ambición de los lacedemonios.

[10] Fébidas, cf. E. Arist., XI 10.

Los lacedemonios sobrevivirán

20 Pero quiero saber de los que se lamentan por los lacedemonios, si se preocupan por su salvación o por su hegemonía. Si es por el imperio, no creo yo que nos debamos preocupar de que los lacedemonios tengan poder. Pero si es por su salvación, ¿por qué se dan prisa? Pues también es posible que los lacedemonios sean derrotados y que subsista Esparta, ciertamente lo respetable para ellos. A no ser que digan que, si no dominan a los helenos ni pueden hacer lo que quieren, no les vale la pena estar a salvo, sino que prefieren ser destruidos.
21 Si así están, ciertamente no son humildes. Además yo creo que los tebanos os admitirán gustosos antes que a ellos si, una vez terminada la guerra, quisierais salvar a la ciudad. Pues cuando vean que por vuestro medio han conseguido la facultad de poder manejar a los lacedemonios de la manera que quieran, ¿cómo no optarán por lo que les pidáis, o con qué dirán que os deben corresponder por la alianza y las acciones, si no os corresponden por medio de su decisión? «¿Qué, si los lacedemonios se anticipan en ser destruidos?» Y, ¿cómo podría suceder? «Si todos, por Zeus, formaran en orden de batalla.» Pero esto nunca podría suceder, pues en modo alguno llevarían con ellos a la batalla a las mujeres y a los niños.

La evolución de una guerra es incontrolable

22 Además yo preguntaré: ¿qué sucederá si caen en masa los tebanos, si nos unimos a los lacedemonios?, ¿no habremos sobrepasado el límite de nuestra ayuda?, ¿acaso les destruiremos? ¿Y cómo se puede arrostrar esto? Pero, ¿de nuevo nos uniremos a ellos? Y, ¿cuál será el límite, si otra vez rechazamos a los lacedemonios completamente? Pues no mediremos los sucesos, al no transportar en la guerra una balanza, sino que es nece-

sario equilibrar las tendencias optando desde el principio por un orden y no, como los navegantes, estar cambiando constantemente de posición en dirección a lo menos profundo.

Puesto que el no ser capaces de controlar la guerra[11] es 23
común a ambas partes, y se debe, después de haber optado por una de las dos, no abandonarla ni entregarla, pongamos nuestra atención en la que más conviene poner nuestras solicitudes. Vamos, por Zeus Liberador y los Treinta Tiranos[12], si, cuando estalló la guerra de los unos contra los otros, nos hubiéramos inclinado en favor de los lacedemonios después de escuchar los embajadores enviados por ambos y hubieramos optado por ellos, ¿no sería el argumento más poderoso para los que hablan en su favor que ya habíais condenado a los tebanos y no se debía menospreciar a los que entonces hicisteis vuestros aliados? Si entonces no fuisteis contra los tebanos, sino en favor de los tebanos y hubierais tenido la misma disposición después, ¿no nos fortalecerá de nuevo lo mismo [que entonces a ellos][13]? Pero puesto que optasteis por ellos antes de que los lacedemonios fueran contra la Cadmea[14], ¿cómo vais a cambiar ahora de bando, cuando incluso, si estuvierais con los lacedemonios, sería adecuado tomar el partido de los que habían sufrido injusticia?

Atenas y Tebas

Si, en efecto, los tebanos nos hubie- 24
ran expulsado y no nos hubieran admitido, todos dirían que se comportan con desmesura y hacen cosas terribles y nos aconsejarían que cambiáramos de bando.

---

[11] E. Arist., XIII 21, XV 22.

[12] E. Arist., XIII 19.

[13] Es una glosa, cf. Lenz, *P. Aelii Aristides...*, I, fasc. IV, pág. 769.

[14] E. Arist., XI 10.

Pero si están firmes, os desean, llaman y no tienen menos necesidad de vuestra ayuda en el combate que de la victoria, ¿tendremos en nada todo ello? Pero no es adecuado. ¿Cómo y para qué seremos sus aliados? De esto se hablaba ahora mismo. Yo, no sin sentir admiración —hablo del orador—, considero esta pregunta por completo terrible y ridícula. Pues al ser nuestros aliados de una u otra manera no conviene entonces preguntarse si había que prestar ayuda, sino que se debe por una consideración de la alianza
25 mirar conjuntamente en qué términos se hará. Además yo puedo fácilmente contestar a los que quieran saberlo, que será en los mismos términos que antes. Recurren a vosotros como también entonces, ¿cómo, pues, no van a estar de acuerdo? Pero si es necesario anticiparse a la ocasión, fijémonos en esto mismo para los lacedemonios, ya que encontraremos que es mucho más difícil su propuesta. Pues si quieren tenernos de aliados con las condiciones de antaño, querrán tener el mando por tierra y por mar [15]. ¡Por los dioses que no concibo que las mismas personas sean supli-
26 cantes y jefes! Pero si se debe hacer una alianza en condiciones de igualdad, yo diría con seguridad que prefiero a los tebanos, de los que estos mismos dicen que son más fuertes que los lacedemonios. Pienso que no hay vergüenza mayor que tratar como iguales a los vencidos y desafortunados. Pues entonces, atenienses, ¿seremos superiores a los lacedemonios, si ahora, cuando han venido a nosotros por necesidad, nos conformamos con ser iguales?

[15] Tal como en las Guerras Médicas.

Esparta y Tebas

Si ellos se fijan en la honorabilidad 27 de un apelativo o juzgan tales cosas por la reputación de un nombre, los tebanos son maestros de estos a los que ellos admiran [16]. No sean rechazados por inferiores, una vez que muestre claramente que son palabras hueras y nada en lo que se pueda creer. Pues si los lacedemonios 28 han tenido mala fortuna y han fracasado y nada les queda, encuentren su salvación entregándose y acompañándoos a su ciudad, de la misma manera que ellos entraron una vez en la nuestra [17]. Y por Zeus, no muchos se me anticiparán, sino que me pondré de pie y seré el primero que pida oponerse a los tebanos, si no escuchan nuestras palabras y no dejan en paz a estos hombres. Pero nunca harán los lacedemonios algo semejante, según creo. ¿Cómo podrían? Después que llame a los embajadores, lo veréis. Un poco después os podréis dar cuenta de ello.

Rechazo de la ayuda ateniense por los lacedemonios

Pero ahora concededme agregar un 29 pequeño aspecto. Pues se me vino a las mientes mientras refería lo de nuestra antigua ayuda [18], la que rechazaron después de recibirla en un momento límite por solicitarla de nosotros de la misma manera que ahora vienen, pues al haber estallado la guerra y estar en pleno desarrollo tenían necesidad de aliados y recurrían a todos los que estaban presentes, y ni siquiera cuando lo pedían se le permitió a ninguno de ellos marcharse. Atenienses, si también 30 ahora hacen lo mismo y afirman que no necesitan de vosotros, ya sea, por Zeus, porque tengan sospechas, ya por

[16] E. Arist., XII 67.

[17] Tras el final de la Guerra del Peloponeso, cf. Jen., *Hel.* II 2, 23.

[18] E. Arist., I 222.

cualquier otra razón, son gente soberbia y recelosa, y en verdad que nos marcharemos agradecidos por ser objeto de las desmesuras de unos y con desprecio hacia los otros, pero teniendo a ambos como enemigos para el futuro.

Atenas y los lacedemonios en el pasado

31 Me parece admirable que alguien tema que tengamos por enemigos nada más que a los tebanos, pero no juzgue motivo para asustarse el tener que vérselas con ambos. «Sí, por Zeus, mientras vuestros trofeos existan, no es adecuado derrotar a los lacedemonios». Pero nosotros a aquellos de nuestros conciudadanos que hicieron las propuestas por las que se levantaron estos trofeos no los hemos perdonado por ello, cuando después descubrimos que habían cometido injusticia, sino que consideramos que Milciades había muerto en prisión no sin motivo [19], también mandamos al exilio a Temístocles que fue enseña y general en nuestras hazañas más gloriosas, al no poderlo matar [20]. ¿Cómo no resultaría indigno que tratéis así a los vuestros, por medio de los cuales se podría decir que vuestras acciones de entonces resultaron bien más que por los lacedemonios, y sin embargo despidáis a los lacedemonios, aun habiendo tenido ocasión de destruirlos?

El apoyo a Tebas prestigia a Atenas

32 Y, ciertamente, comprenderéis fácilmente que una guerra contra ellos es más presentable que una en su favor, pues en ésta parece que estáis con el más débil, cosa que éstos dicen que es más noble, pero en aquélla estamos con estos que han recibido injusticia, lo que es más honroso. Pero podremos evitar la dificultad que está asociada a esta guerra por el hecho de estar

[19] E. Arist., III 420 y sigs.

[20] E. Arist., III 348, 363.

de lado de los mejores. ¿Cómo alguien en sus cabales no juzgaría mejor conseguir una victoria con seguridad si además se le añade reputación?

Peroración

Esto es lo que indico. Es necesario 33
para mí y para vosotros decir que ésta es la opinión mejor y más justa y no sólo decirlo, sino también colaborar con ella animosamente.

XV. QUINTO DISCURSO LÉUCTRICO: EN FAVOR DE NO AYUDAR NI A UNO NI A OTRO

Proemio

Si tengo alguna capacidad de expresarme con franqueza, atenienses, intentaré referirme a los asuntos presentes que conozco, pidiéndoos que no alborotéis, antes de que lo escuchéis todo. Es una ardua tarea examinar imparcialmente lo que es conveniente para vosotros. Pues unos y otros de los que hablan tienen la estima de aquellos a los que apoyan además de aquellos de vosotros que opinan lo mismo, pero los que están fuera de esta disyuntiva y se hallan en medio se encuentran con que no dicen nada agradable a ninguna de las dos partes ni a vosotros lo que queréis y esperáis. De manera que es mucho más funcional tomar partido, aunque se equivoquen, que ser neutral, pues los unos tienen de amigos a los que los apoyan, pero el otro no alcanza ningún agradecimiento de vosotros. 1

Aunque el asunto tiene tal complicación, ciertamente no voy a titubear, pues me parece que a los que hablan en favor de cada una de las opciones les hace falta el que hable en favor vuestro. Si yo soy ese hombre, os daré las gracias por vosotros mismos, pues a los que hablan en favor de uno u otro, aunque sean derrotados por los adversarios, 2

mantienen a salvo el agradecimiento de aquellos a los que apoyan, pero el que es neutral ciertamente se ve privado del agradecimiento de unos y otros, pero no está claro qué re-
3 cibirá de vosotros. En modo alguno sucede que sea lo mismo la opción por lo que es conveniente para uno u otro y tener bien dispuestos a los que opinan lo mismo, o levantarme para actuar en vuestro favor, enfadarme con vosotros y derrotado perder el apoyo de los tres, pero victorioso resultar igual que el que hubiera sido derrotado, pues en lugar de vosotros tienen a otros a los que ellos han escogido y convertido en sus amigos.

Errores argumentales en los otros oradores

4 Me parece vergonzoso, no político ni adecuado, que en Atenas haya a la hora de pronunciarse los discursos quienes hablen a favor de los tebanos y también a favor de los lacedemonios, pero que falten los que hablen a favor de vosotros mismos. Pero yo elogio a los oradores de uno y otro bando, porque al hallar muchos y admirables argumentos contra los otros me han ilustrado al mismo tiempo sobre qué debo decir sobre estos temas. Pues creo, aunque nada pudiera saber por mí mismo, que podría percibir lo mejor por lo que ellos han dicho. Pero les reprocho que aunque lo ocultaron y buscaron todo, para que pasara desapercibida su opción, los unos al hablar para ganarse el favor de una parte y los otros para ganarse el favor de otra tan sólo no evitaron mostrar que buscaban
5 ocultar su partidismo. Pero, ¿qué se debe decir: «ahora no he venido para agradar a los tebanos», y después pedir que les ayudemos, o de nuevo decir que no se quiere agradar a los lacedemonios y después solicitar que nos arriesguemos por ellos? Pues si esta forma de comportarse es verdad para ambos y se les debe creer, como yo afirmo que es necesario, aun queda un espacio a mi argumentación para dejar

el campo libre unos y otros. Pero ahora, de la misma manera que si vosotros indagarais con quién vais a hacer la guerra, pero sin que entre en consideración lo que sea más oportuno para la ciudad, así los que os piden que hagáis la guerra contra unos y los que os piden que hagáis la guerra contra otros, se comportan como si fuerais a tener un castigo, en el caso de que no pasarais peligros. Pero en medio estaba encomiar el ocuparos de vuestros propios asuntos a los que no sois amigos de ninguno de los dos. Nada es más provechoso para la ciudad que esto, ni nada les será de más ayuda a los hombres en edad militar ni nada será más seguro para las naves, bienes y todo en general.

Los motivos para la guerra

Dicen que vosotros y vuestros antepa- 6
sados pasasteis por frecuentes peligros por actuar en favor de muchas ciudades, y dicen verdad. Pero si os preocupáis tanto por otras personas, de manera que no titubearíais si fuera necesario luchar en su favor, ¿cómo no os vais a preocupar de vosotros mismos hasta el grado de no correr riesgos inoportunamente? Pues ciertamente no es adecuado que vosotros aseguréis incluso con peligro lo que es conveniente para otros, pero no lo que os conviene
a vosotros incluso sin riesgos. Además, si se quiere consi- 7
derar por qué vuestros padres tuvieron buena reputación, si fue por sus actividades en el mar, campañas y peligros o fue por el carácter de sus actos, los buenos motivos y necesidades que hubo en ellos, creo que no se diría que por aquéllos. Pues se les podría conceder el elogio de los piratas y ladrones, si se admirara esto y se pensara que continuamente ellos buscan estar implicados en dificultades. Pero,
según creo, su lucha contra los bárbaros fue en favor de los 8
helenos y no descuidar nunca una causa justa por comodidad, lo que les hizo con razón famosos. Pero ahora la gue-

rra no tiene características tales, de manera que nosotros debamos participar por necesidad, por la primacía o por algún motivo justo. En primer lugar no es posible determinar a cuál de los dos se debe ayudar. ¿Por qué digo esto? Por lo siguiente, porque, si el que vosotros ayudarais a muchos es necesario que sea el motivo para que no estéis en paz, ello es común a los dos, de manera que en justicia podríais uniros con unos, pero al mismo tiempo daríais la impresión de estar equivocados al abandonar a los otros.

No hay motivos para optar por unos u otros

9 Después, si debemos hacer memoria de actuaciones injustas que hemos sufrido por unos y otros, a ninguno de los dos nos deberíamos unir. Pero si los dejamos libres de reproches, no podríamos librar a unos y a los otros no, sino que libraríamos por igual a ambos. Así las cosas, no tendremos a quien elegir, por tener
10 razón los dos. Pero, ¿cómo no va a resultar fuera de lugar colaborar con ellos voluntariamente en la destrucción de unos a los que, si así sucediera, también es necesario ayudar siguiendo la pauta de no tomar venganza[1]? De manera que si es necesario prestar ayuda, pero es absurdo prestársela a ambos, el argumento de que no se deben hacer reproches está en el medio, al no ayudar a unos porque ello se les debe a los otros, ni a los otros porque también se les
11 debe a ellos. Hasta el punto de que, puesto que no se deben sentir afanes de venganza, por ello mismo tampoco se debe prestar ayuda. Pero ha sucedido aquello que más se habría implorado a los dioses, que los tebanos y lacedemonios han chocado entre ellos y nos dan la ocasión de estar ociosos y tranquilos, en tanto ellos sostienen una guerra interminable con el patrocinio y providencia de algún dios

[1] Behr, *P. Aelius Aristides...*, I, pág. 398, n. 3.

por nuestra ciudad, según me parece. Pues si hubiéramos querido vengarnos de ellos, hubieran sido necesarios esfuerzos y peligros y, si nos hubiéramos mantenido en paz, los habríamos dejado sin castigo. Sin embargo ahora el asunto ha sido planeado por el dios, de manera que quedándoos en casa os es posible que ellos sean castigados por ellos mismos. Ciertamente es necesario utilizar esta oca- 12
sión de manera prudente y atenta y no observar cómo los unos dominarán a los otros, sino que vosotros no seréis incomodados por ninguno de los dos. Pues está fuera de lugar que cada uno de ellos haya enviado aquí embajadores que buscaban lo conveniente para ellos mismos, no para vosotros, en tanto que vosotros ponéis sus asuntos por delante de lo que os es conveniente a vosotros mismos.

Mirad, por Zeus, quiénes utilizan los argumentos más 13
ponderados, los que os piden que os metáis en problemas, ataquéis a unos y hagáis esto en calidad de enemigos, o el que defiende no pasar peligros, castigar a ambos y no enojarse con ninguno. Y no está claro para vosotros, si vais a la guerra, que resulten leales los comportamientos de aquellos con los que se ha colaborado en la lucha, pero si permanecéis en casa, aparte de que os daréis seguridad a vosotros mismos, es manifiesto a todas luces que ambos os estarán justamente agradecidos. Pues al no haber luchado 14
en unión de ninguno, no podrán haceros reproches, pues saben que es imposible, pero al darse cuenta de que no les habéis hecho daño, ambos os estarán agradecidos, pues saben que sólo queda este comportamiento para los que no desean hacer daño a ninguno. ¿Cómo no va a ser mejor, 15
mientras ellos se desgastan, cosechar el agradecimiento de ambos que unirse a uno de los dos para no congraciarse con ninguno, sino tratar primero a unos y después a los otros como enemigos? Pues ponen en evidencia que con ra-

zón miro con desconfianza, los que apoyan a los tebanos con respecto a los lacedemonios, y los que apoyan a los lacedemonios con respecto a los tebanos.

16 Pero también es manifiesto, además de estos argumentos, que en tiempos anteriores conspiraron y participaron en todo como ningún pueblo participa en los asuntos propios toda vez que ahora se presentan con toda diligencia y vigor para luchar los unos contra los otros y piensan que os deben tener como amigos a vosotros que os perjudicaron y que nada simple y justo decidirán después sobre vosotros, en especial al recurrir a vosotros ahora por necesidad, no por benevolencia. Pero cuando ahora, aun sabiéndonos cerca, de igual manera luchan entre sí, ¿cómo no será obligado, cuando destruyamos a uno de ellos, que nos ataquen los que queden por saber que, si nos vencen, nadie quedará que se les oponga?

Los favores de lacedemonios y tebanos

17 «Pero, mi querido amigo, es justo correr riesgos por otro motivo, aunque sea necesario sufrir un comportamiento tan desconsiderado. Pues es duro desdeñar a los lacedemonios o a los tebanos, hombres que han realizado tantas y tan buenas acciones para la ciudad.» Creo que por la abundancia de las buenas acciones de cada uno no puedo determinar ahora cuál de los dos nos ha hecho más y mejores cosas a nosotros, cuando considero, por una parte, que de forma amistosa y valiente ambos invadieron nuestro territorio y poco faltó para que fuera durante treinta años[2] seguidos, por otra, que de grado y con facilidad fortificaron Decelía contra nosotros[3] y se en-

[2] Durante la Guerra del Peloponeso.

[3] A partir del 413 a. C. y hasta el final de la guerra.

frentaron a nosotros en Sicilia[4], y en todas partes, aparecían antes de ser llamados. En lo que respecta al aniquilamiento de los de Platea[5], creo que se cederán el mérito recíprocamente. «Sí, por Zeus, pero los tebanos no lucharon 18
mal en Delio[6].» Pero alguno dirá: «¿Acaso lo hicieron peor los lacedemonios en Anfípolis[7]?». No soy capaz de hacer una lista completa de sus demás buenas acciones por su número. Tales son las alternativas que usaron para con la ciudad. «Pero antiguamente también los tebanos se unieron al rey[8].» Pero después actuaron así los lacedemonios, cuando todavía había trofeos, que habíamos levantado juntos. Entonces ¿acaso no tengo razones para dudar en torno a cuál de los dos ha sido responsable de mayores bienes para la ciudad? «Sí, por Zeus, pues los lacedemonios votaron que 19
nuestra ciudad se salvara[9].» Esto es así. «También los tebanos, cuando los lacedemonios los requerían, no les prestaron atención[10].» También ello es así. Entonces, ¿debemos, por una parte, estar agradecidos a los lacedemonios, porque no destruyeron nuestra ciudad de la misma manera que Platea, pero a los tebanos, por otra, porque se negaron a invadirnos o, por el contrario, debemos odiar, por una parte, a los lacedemonios, porque nos condujeron a una situación en la que estábamos en sus manos, pero, por otra,

---

[4] E. Arist., XII 70.

[5] E. Arist., XIII 2.

[6] Infructuosa campaña ateniense (424 a. C.) en la que pretendió restaurar el control perdido sobre Beocia.

[7] Atenas perdió Anfípolis por la intervención del comandante espartano Brásidas y la incapacidad de Tucídides, que entonces actuaba como general (422 a. C.); cf. Tuc., IV 108.

[8] E. Arist., XI 64.

[9] E. Arist., XI 7.

[10] E. Arist., XI 36.

hacer reproches a los tebanos, puesto que participaron en todos los ataques anteriores con ellos, en mayor medida que creer que les debemos agradecimiento a los unos por salvarnos y a los otros por no haber participado una vez en
20 la invasión? Y ciertamente no debemos estar más enfadados con los tebanos, que votaron en favor de nuestra destrucción, que con los lacedemonios, que les dieron la oportunidad de poder votar lo que quisieran sobre nosotros, ni de nuevo debemos estar más enfadados con los lacedemonios por marchar contra el Pireo que con los tebanos por el motivo por el que estaban ausentes, motivo, que si se nos permite observarlo en detalle, encontraremos que fue porque su propuesta no venció.

21 Pero ¿por qué examino con detalle estos asuntos? Pues si alguien quiere considerar estas acciones como buenas acciones, no lo discuto. Pero os diré cómo lo veo yo. Si se debe observar si han hecho algo positivo para la ciudad, no estimo que debamos referir las buenas acciones de los tebanos y las injusticias de los lacedemonios, ni tampoco lo contrario, sino hablar de lo bueno que haya sido hecho por los dos. Pero si se debe examinar con atención su comportamiento injusto, no es adecuado revelar el de unos y al mismo tiempo ocultar lo que de bueno hayan hecho los otros, sino puesto que ambos tienen en su haber lo uno y lo otro, una de dos, o bien no perjudicamos a ninguno por ser nuestros benefactores o bien no ayudamos a ninguno por pensar que ambos nos han perjudicado.

La necesaria neutralidad

22 Si a ambos se debe corresponder con lo que es justo, por el daño que nos hicieron no deben conseguir ayuda, pero por sus buenas acciones ninguno de los dos sufra, y de esta manera habréis buscado el bien para ambos. Pero si os inclináis a favor de unos o a favor de

otros, a ninguno trataréis con justicia, por una parte, al beneficiar a los que cometieron injusticia, pero, por otra, al destruir a quienes han actuado bien con vosotros, mientras es posible administrar[11] la justicia y quitar el apoyo a unos en la medida en que no se debe exceder en odio a los otros.
Pero si también debo decir esto, creo que hemos corres- 23
pondido con suficiente agradecimiento a los tebanos porque no se unieron a los lacedemonios en la invasión y acogieron a Trasibulo, al matar a Lisandro[12] y hacer lo demás que sabéis. Pero ahora se debe corresponder con agradecimiento a los lacedemonios por su voto de no cometer aquella acción, aun siéndoles posible destruirnos en compañía de los tebanos. Pienso, en lo que respecta a los tebanos que su alianza debe valer en cuanto que no nos uniremos a los lacedemonios, en lo que respecta a los lacedemonios su buena acción debe valer en cuanto que no estaremos con
los tebanos. Los hace semejantes también que no es razo- 24
nable ayudar a los lacedemonios, una vez que transgredieron sus vínculos de lealtad, pero tampoco a los tebanos, una vez que ya obtuvieron satisfacción de forma adecuada. Por tanto, ni es bueno unirnos a unos en la invasión ni obstaculizar a los otros en su justa cólera.

Preguntaré a los que han hablado en favor de cada uno 25
por separado. Varones que apoyasteis a los lacedemonios, ¿por qué os afanáis? ¿Deseáis que los tebanos no consigan la alianza y que los lacedemonios no sufran nada desagradable de parte nuestra? Yo os apoyo en esto. Vamos de nuevo. Varones que habéis hablado en favor de los tebanos, ¿queréis que los tebanos no tengan obstáculos y que no nos in-

[11] E. Arist., XIII 21; XIV 23.
[12] E. Arist., XI 22.

clinemos en favor de los lacedemonios? Voto con vosotros. ¿Por qué gritamos en vano y discutimos, cuando ha hecho aparición un árbitro tan interesado por los dos y justo? Pero ciertamente no os basta la neutralidad en la guerra. Pero
26 si no les basta, eso es otro tema. Y si de las tres pretensiones que cada uno de vosotros tenéis, primera que no sufran daño aquellos a los que apoyáis, segunda que no se beneficie a los contrarios, y tercera, que ayudéis más a aquellos por los que optasteis, puedo hacer desaparecer la última de ellas, ¿cómo no voy a compartir con vosotros por partida doble vuestra forma de pensar más que la que tengo? Pero añadiré que también voy a compartir con vosotros estas mismas cosas por las que vosotros mismos pudierais decir que ellos son mejores. Pues ¿cómo no va a ser mejor indagar conjuntamente lo que es conveniente para la ciudad que introducirse en el tema por algún agradecimiento o animosidad personal? Además lo que cada uno critica de los otros, esto mismo lo hace cada uno. No permitáis que cuenten sus buenas acciones, pero tratad las de los que apoyáis. Defendeos de las acusaciones, después acusad.

Ambos tienen su razón

27 Atenienses, yo también estoy de acuerdo con ellos en que no hago nada contrario a mí mismo. Pero ellos se muestran cada uno por separado contradiciéndose a sí mismos y a los otros. Pero además es necesario que yo tenga una opción propia por no discrepar con ninguno de los dos, en la medida que yo es-
28 toy de acuerdo con ambos. No es posible que la defensa llegue a pedir que se ayude a ambos. ¿Pues cómo? No ir contra ninguno de los dos ha sido el argumento último de la defensa, pues cada uno por su parte se opondrá a que se ayude en la guerra a los otros. Mi discurso no es otro distinto de la que pudiera ser la lectura de un funcionario que

hubiera compuesto el discurso de uno y otro, y lo hubiera convertido en uno a partir de dos distintos.

Imposibilidad de actuar como los persas

Pero lo dicho sobre el rey hace poco[13], 29 haced memoria, no nos permite ayudar ni a unos ni a otros en mayor medida que nos exhorta a prestarles ayuda. Qué es lo que digo, bien lo sabéis. Ni ciertamente es posible ayudar a los tebanos según este argumento, pues son parecidos a los persas[14], ni a los lacedemonios, porque ellos también siguen las huellas de las maldades del persa y en modo alguno os conviene ser herederos de su malicia y falta de lealtad. Ni ciertamente confesaríais que odiáis a la Hélade hasta el punto de pretender debilitarla lo más posible, como lo pretendió el rey, ni tampoco es admisible que parezca que cambiáis de criterio. No es censurable permitir que los litigantes sean juzgados por ellos mismos y nadie os lo podría echar en cara. Además también el rey sin 30
participar en la invasión y sin pasar un peligro físico, sino por medio de sus muchas riquezas, intervino en los problemas y envió un lugarteniente, de los que tenía no pocos. Y ésta fue la guerra del rey, Farnabazo, Pisutnes, Tisafernes[15], engaño, dinero y cosas semejantes. Pero si nosotros nos inclináramos por alguien, sufriríamos lo que aquél evitó por medio de otros. Pues él se preparó para no correr nunca 31
riesgos por este motivo y provocó los problemas desde lejos. Pero nosotros, al contrario que él, correremos riesgos en nuestros cuerpos, territorio y, por así decirlo, en todos nuestros recursos, pues no tenemos posibilidad de hacer la guerra por medio de otros ni nos basta estar a lo lejos de la

---

[13] E. Arist., XI 59; XII 33.

[14] E. Arist., XI 64.

[15] E. Arist., XII 23.

guerra, para provocar problemas, ni tenemos noticias de ellos por medio de informes ni participaremos en los sucesos de manera ociosa, utilizando nuestra voluntad como medida, sino que tendremos que estar presentes y pasar penalidades y correr riesgos en no menor medida que los que están en lucha desde el principio y no podremos mandar un
32 lugarteniente, cuando queramos. Pues si tenemos que contribuir con dinero, no tenemos tanto para distraerlo en una necesidad semejante. Si colaboráramos con unos de esta manera, no se puede hablar de Susa ni de Ecbatana[16] ni de que es necesario un año de camino para descubrir el mar, sino de un viaje de un día o de dos para invadir, saquear y arrastrar, de manera que por estos motivos habrá que ir al cuerpo a cuerpo. Éstas son las dificultades propias de la desgracia.

Las ventajas de la neutralidad

33 Yo mismo también os pediría que ayudarais a los lacedemonios por el hecho de que los tebanos son superiores, si no me diera cuenta de que en la medida en que son superiores en número y fuerza, en esa misma medida estoy persuadido de que se recuperarán aquéllos. Si estuvieran en igualdad de condiciones, tendría miedo por los tebanos por creerlos más débiles. Pero puesto que los tebanos actuando correctamente los han dejado atrás, creo que la guerra tiene posibilidades semejantes para ambos. Pues es posible a los lacedemonios incluso después de haberse puesto en movimiento más tarde, darles alcance. Prolongará la guerra y la hará mas duradera el hecho de que los tebanos, ensoberbecidos con sus éxitos, traten de llegar a todo, en tanto que los lacedemonios, por

[16] Capitales de Persia y Media.

considerar que son superiores en valor y capacidad, no aceptarán quedar por debajo de los tebanos. Pero si se debe imi- 34
tar el comportamiento de alguien, éste debe ser el buen comportamiento de los argivos, que en la guerra entre nosotros y los lacedemonios se mantuvieron en paz y prosperaron en su juventud, territorio y en todo, hasta que complicados en los problemas perdieron entonces la felicidad previa y su democracia, y de nuevo siguió todo tipo de males. Las guerras engendran, por así decirlo, todo tipo de males, la disolución de las instituciones públicas, la discordia, la calumnia y todo género de cuestiones que no se podrían prever, de todo lo cual, si alguien se debe guardar, debemos ser nosotros que tenemos experiencia de ello.

Pero también he escuchado que nuestros antepasados 35
en aquellas circunstancias entregaron Salamina a los de Mégara durante un tiempo en el que promulgaron una ley de pena de muerte para el que propusiera invertir la situación[17]. Cuando en ocasiones es necesario y conveniente dejar y abandonar las cosas propias, ¿cómo va a valer la pena sentirse implicado en los males ajenos y estar enfadados con unos, que ahora piden nuestra ayuda, por haber invadido el Ática, si se le ocurrió hacer esto en el pasado a uno de ellos, en tanto que nos parecerá bien que nosotros mismos nos metamos gratuitamente en una guerra y en una terrible agitación, y ello sabiendo que es más fácil comenzar una guerra, pero que nada es más difícil que terminarla? Pues la mayor parte de los hombres optan por los peligros cuando son dueños de sí mismos, pero los evitan cuando están bajo el control de otros. Ninguno de los dos comportamientos es propio de un hombre prudente. Continuamen- 36

[17] DEM., XIX 252; PLUT., *Solón* 8.

te nuestro territorio ha sido saqueado, ha habido muchos muertos y la espléndida abundancia de riquezas, que en un tiempo reunimos en la Acrópolis, ha desaparecido, la ciudad carece de gente en edad militar; a la que está en proceso de recuperación no la arruinemos, sino que en la medida en que ellos actúen con odio, tengan un comportamiento hostil, se ataquen entre sí y se amenacen, seamos nosotros árbitros de la guerra, abogando por nuestra ciudad, reuniendo riquezas para ella, caballos, trirremes, disponiendo los recursos, en la misma manera que se levanta una casa
37 caída. Si me hacéis caso y os contenéis, vendrán embajadas de nuevo de parte de unos y de otros, bien lo sabéis, cuando parezca que habéis dispuesto y establecido todo de esta forma. Pero sé que no sólo ellos, sino que también muchos otros, para hablar con ayuda de los dioses, enviarán embajadas deseosos de conseguir vuestra amistad, si os mantenéis tranquilos y queréis utilizar su envidia hacia vuestro lideraz-
38 go. Pues nadie confesará que tiene miedo de que ambos se unan o de que por separado vengan contra nosotros, no lo digo porque éstos o aquéllos estén a bien con nosotros, sino porque el asunto carece de lógica. ¿Por qué motivo, por Zeus, se habrán de unir?, ¿porque, por Zeus, no nos unimos a ninguno de ellos? Pues en la misma medida en que estén más enfadados, tanto más difícil resultará que se unan. Pues cuando cada uno de ellos se indigna por no poder perjudicar a los contrarios por vuestra ayuda, ¿cómo los van a abandonar, o cómo van a unirse entre sí, cuando son conscientes de que los otros están indignados, puesto que no os tienen como aliados contra ellos?

39 Además de estas cuestiones, en esta situación no tienen ningún momento de ocio, sino que los tebanos insisten por considerar a su alcance la destrucción de los lacedemonios, y ni por el imperio del rey renunciarían a estas actividades

en las que están ahora. Pero los lacedemonios preferirían
morir todos, si pudieran vengarse de los tebanos. Hasta tal
extremo les odian. Y no es para sorprenderse que creyendo
que sufren una derrota inopinada lo llevan a mal por ver-
güenza. Para resumir, su odio mutuo y su irritación ha des- 40
plazado su mala disposición para con nuestra ciudad; como
si una nube se hubiera interpuesto, no se enteran de lo
nuestro. Pero si ahora les tenemos miedo, sin que nada ma-
lo les hayamos hecho, ¿cómo no vamos a temer razonable-
mente mucho más que si, cuando prestamos ayuda a unos,
los adversarios pueden vencer? Pues ahora nada tenemos
que temer de los que venzan, si ellos realizan una revuelta.
Pues en su cansancio y fatiga pronto se convencerán de que
han obtenido una «victoria cadmea», si luchan contra no-
sotros que estamos bien y sanos. Pero si nos unimos a uno 41
de ellos, por una parte, si sucede que conseguimos la vic-
toria, tendremos también —y en no menor medida— que
ser copartícipes de las desgracias, de manera que, si des-
pués actúan con desconsideración, estaremos en situación
de igualdad con ellos, pero, por otra, si los asuntos van
mal, el peligro es manifiesto. Sin embargo, ahora, los que
alcancen la victoria lo harán para nosotros, pero de otra
manera, si así sucede, uno de los dos conseguirá la victoria
por nuestro medio.

Además nuestra situación no es igual a la de ellos, pues 42
los lacedemonios, al habitar en el extremo del Peloponeso,
están a cubierto de buena parte de la guerra y de proble-
mas, y los tebanos están lejos, más allá del Citerón. En tan-
to nuestra ciudad está en el camino de la guerra, y ninguna
de las facciones tendrá un camino expedito contra los ad-
versarios, hasta que invadan nuestro territorio, que de nue-
vo está en disposición de ser destruido.

Sinsentido de una guerra que no pretenda una victoria definitiva

43 Pero, en conjunto, no veo por qué motivo tenemos que ir a la guerra, si no estamos dispuestos a destruir ni a unos ni a otros, o por qué nos pondremos en medio, para evitar la muerte de los adversarios, cuando es posible por completo evitar la fama de perjudicar a unos u otros al no decir nada odioso a sus embajadores, sino ser dulces y ponderados con unos y otros, si nos pidieran ayuda para ir contra otras gentes, fácilmente les podríamos prestar atención, pero al pedirla para atacar los unos a los otros no queremos participar, no por evitar beneficiar a unos u otros, sino para evitar hacer daño a cualquiera de los dos.

Peroración

44 Me parece que esto es sensato observándolo en su conjunto. Pero temo, atenienses, que seáis mejores a la hora de resolver los problemas ajenos que a la hora de solucionar los vuestros propios.

XVI

EMBAJADA A AQUILES

INTRODUCCIÓN (XVI L-B; LII D)

El tema desarrollado en esta declamación está tomado del libro IX de la *Ilíada*. Los reveses militares de los aqueos forzaron una deliberación en la tienda de Agamenón, y la conclusión fue enviar una embajada formada por Ulises, Fénix y Áyax para pedir a Aquiles que depusiera su cólera y de nuevo volviera a la lucha al lado de los aqueos.

Aristides, en esta declamación, entremezcla los argumentos de los tres discursos y añade algunos propios tomados en parte del discurso de réplica de Aquiles y también de algunas noticias mitográficas externas a Homero [1]. Se trata, como ya se ha dicho, de la única declamación de tema no histórico que se nos ha conservado de Aristides.

A pesar de que tiene un cierto carácter de ejercicio escolar que le resta interés, la obra tuvo su difusión y Libanio, de forma complementaria, escribió una declamación en la que presentaba la respuesta de Aquiles a los embajadores. Parece, no obstante, que no se debe entender como una réplica del autor del s. IV al sofista del s. II [2].

Ningún dato permite establecer la fecha en la que Aristides escribió este discurso. Sin embargo, se ha visto en la

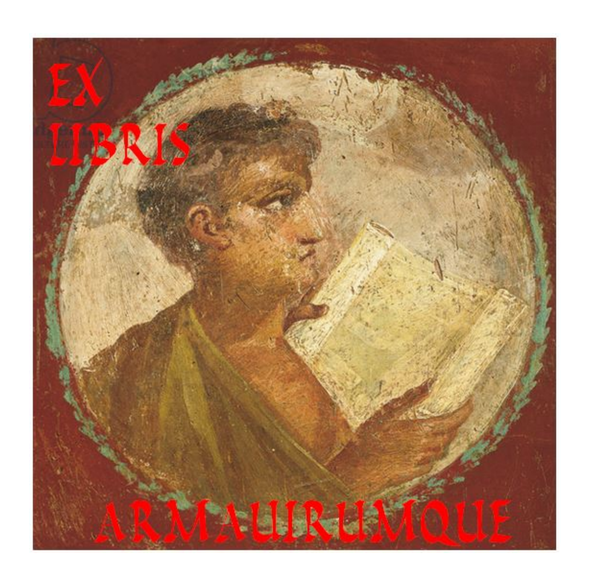
---

[1] Cf. Boulanger, *Aelius Aristide...*, pág. 274.

[2] Cf. Behr, *P. Aelius Aristides...*, I, pág. 499.

consideración detenida a lo largo del discurso del tema de la fama y sus vicisitudes una proyección de algunas vivencias y reflexiones del sofista[3].

[3] Cf. Behr, *Aelius Aristides and the Sacred Tales*. Amsterdam, 1968, pág. 95.



XVI. EMBAJADA A AQUILES

Una cólera sin medida es contraproducente

Excelente Aquiles, tu cólera y enfado 1
por las ofensas sufridas no carece de sentido, al menos hasta ahora. Tampoco intercedería yo, si Agamenón mantuviera la misma forma de pensar o negara sus errores, sino que lo dejaría pasar, para que actuaras como quisieras. Pero puesto que te suplica por ello y te ha hecho regalos y te anuncia otros[1], ¿por qué vas a echar en cara las faltas al que las confiesa? De la misma manera que él admite que dices lo que es justo, así tú presta atención al que se excusa. En caso contrario, ¿cómo no resultará sin sentido mantener la misma forma de pensar que antes con el
que ya no la mantiene? Además, procura no castigarnos a 2
nosotros por lo que le reprochas a él[2]. Si estás a mal con todos nosotros, dime, por Zeus, ¿por qué razón? Pero si exculpas a los demás, el peligro es común a todos. De mane-

[1] En el conciliábulo en su tienda, Agamenón respondió a Néstor reconociendo sus errores y enumerando los presentes que estaba dispuesto a entregar a Aquiles; cf. *Ilíada* IX 114-161. Las promesas de Agamenón las repitio Ulises en la tienda de Aquiles (*Il.* IX 261-306).

[2] Ulises en su discurso pidió a Aquiles que distinguiera entre Agamenón y los restantes aqueos (*Il.* IX 300-302).

ra que, ¿cómo va a ser justo mantenerse indiferente? ¿Acaso para que por este motivo, por Zeus, sea él odiado aún más por todos? Pero todavía me da más miedo que no sobrevivan quienes puedan odiarle. Tantos son los que están
3 cayendo. Además, por los dioses, ¿cómo crees que tengan otra forma de pensar? Temo, no obstante, que, si te extralimitas, se produzca lo contrario de lo que pretendes y después de disculparle te critiquen. Pues no creas que el primero en encolerizarse es considerado el responsable, mientras que el que después no quiere hacer las paces parecerá que ha tomado una prudente decisión.

Los bárbaros son los auténticos enemigos y la ayuda de Aquiles es imprescindible

4 Por otra parte, querido Aquiles, debes preferir que nuestro pueblo se salve más que el que alguien sea odiado con motivo. Pues si por siempre has de estar encolerizado, yo te pediría, que fuera con los bárbaros, nuestros enemigos por naturaleza[3]. Muchos más reproches tenemos contra ellos y por motivos más importantes. De forma que, ¿cómo va a ser justo odiar al que te aflige ocasionalmente, pero a los enemigos de siempre no sólo dejarles indemnes, sino incluso permitir que venzan a tus compañeros, con los
5 que se te vio combatirles[4]. Ahora, si has decidido destruir totalmente nuestro ejército, ¿por qué no te pasas abiertamente a los bárbaros y permites a los de la ciudad avanzar en tanto tú al atacar desde Sigeo[5] intervienes para cogernos en medio de tus tropas y las de ellos? Porque, por Zeus, ¿no

---

[3] Ciertamente no es homérico considerar a los «bárbaros» enemigos por naturaleza, cf. BOULANGER, *Aelius Aristide*, pág. 274.

[4] Traduzco el texto con la enmienda de BEHR (*P. Aelius Aristides...*, I, pág. 500, n. 5; y LENZ, *P. Aelii Aristidis* I, 4, pág. 800).

[5] Localidad de la Tróade, próxima a la costa y al noroeste de Troya.

es éste un acto insoportable e ilícito? Tu aportación de ayuda en la actualidad merece estos mismos juicios. Pues no mueren menos mientras tú mantienes tu retiro. Además, se agrega el reproche de pereza a tu imagen al dar la impresión de que simplemente contemplas lo que sucede. De 6
forma que el reproche contra ti es doble en lugar de único, pues parece que odias a los de tu pueblo y temes la batalla. No te comportes así, sino opta desde el principio por una de las dos posibilidades. Si prevalece la cólera, pon todo tu corazón en ello. Pero si sabes razonar, no te dividas en tu manera de pensar: no les dejes como si fueran amigos, sino atácalos como a enemigos. Por el contrario, sabe que ahora actúas peor que si con los bárbaros nos atacaras, por cuanto que la traición es mucho peor que la enemistad manifiesta.

Tú, por otra parte, si vinieran ahora embajadores de 7
Príamo para proponerte una alianza, no les admitirías en tu tienda. Pero lo que te pedirían, eso haces al arruinar decididamente nuestros intereses con tu inactividad. Además, si no lo ejecutas con hierro o fuego, ¿consideras que es más agradable? Tampoco les darías a ellos y a nosotros la misma consideración. Pero por igual te mantienes al margen de unos y otros, pero como además no ayudas a ninguno de los dos, con tu determinación les eres favorable, en esa medida son superiores a nosotros.

Agamenón ya tiene bastante

Y durante tu cólera fuiste tan civiliza- 8
do que no creiste que Agamenón debiera morir. Hay una prueba rotunda: no le mataste, aun siéndote posible. Incluso ahora, crees que nadie de los demás debe abandonarle, sino que es mucho mejor salvarle en compañía, aunque no lo merezca, que mirar con indiferencia que por su culpa mueran los demás y se le castigue por este procedimiento. Pues, dime, ¿qué es lo que más desearías? 9

¿Acaso no es que él carezca de reputación y sea criticado y se le odie entre las tropas? Esto ciertamente le sucederá por dos razones: por los que hasta ahora han muerto y los que a partir de ahora se salvarán. Pues les parecerá que fue el culpable de lo primero al echarte de la alianza en un acto de desmesura, sin embargo parecerá que tú sólo les salvas con tu ayuda. De forma que por su culpa ningún aqueo se salva, pero por la tuya ninguno muere.

Contradicciones de Aquiles

10 Mira que el motivo de esta discrepancia, que has tenido con él, no tuvo otra razón de ser que la salvación de los aqueos. Por esta causa convocaste la asamblea[6] al ver la multitud de los muertos por la peste, e invitaste a Calcas a que hablara sin miedo, si algo sabía. Y cuando se adelantó y dijo que temía que alguno de los superiores a él, incomodado, le hiciera algún daño, juraste que no lo permitirías. Por estas palabras denunció al culpable, pero él se enfadó con los dos. Pero tú no te que-
11 daste al margen, antes de que se hiciera lo necesario. ¿No resultará raro que por causa de la enemistad que provocaste para que estuvieran a salvo los griegos, a estos mismos destruyas y que consideres que debes enmendar los infortunios, en tanto que voluntariamente provocas lo que nos aniquilará? ¿No resultará también extraño que de aquello mismo por lo que entonces suplicaste a los dioses, ahora no quieras tratar, y pensar que se debe mostrar respeto al dios[7] por un sacerdote bárbaro[8], pero no querer sentir vergüenza a causa de tantos de tu mismo pueblo ni de su número, dio-

[6] En el noveno día de la peste, Aquiles convocó al pueblo para una asamblea (*Il.* I 53-55).

[7] Se trata de Apolo.

[8] Crises.

ses comunes, leyes divinas y alianzas, y ceder a tu amada para poner a salvo la causa de los aqueos, pero ahora por ella[9] aniquilar el ejército aqueo en su totalidad?

Y ciertamente, si existiera la posibilidad de escoger en- 12
tre dos cosas —y hable yo con franqueza, por Zeus, pues es justo, en especial ante un varón que respeta la verdad—, ¿sería necesario salvar a la muchacha, o bien al ejército y la causa de los aqueos? No hubieras pedido de Zeus, tu antepasado, ni de ninguno de los demás dioses que ella se salvara a cambio de todos los demás. ¿Entonces? Si es posible conservarla y salvar a los aqueos, ¿optarías por despedirla y que los tales fueran aniquilados? ¿Y cómo no va a resultar extraño saber cómo cambiar una desgracia por otra desgracia, pero cuando es posible tener ambas cosas sin daño, permitir que se pierdan las dos? Pues no era exclusivo de los Atridas amar a sus mujeres[10]. ¿Quién podría decir algo semejante?

El interés común debe prevalecer sobre el privado

Pero por ello mismo la naturaleza de 13
la guerra debe ser admirada. Pues si cada uno hubiera pensado justo al principio: «ahora Menelao reúne un ejército por su mujer, ¿cómo va a ser razonable que yo deje a mi mujer y, además de mi mujer, a mis hijos y mis padres mayores y posesiones y esclavos para navegar fuera de la Hélade y, además de todo ello, que en la campaña peligre mi vida, que es la más estimable de todas las posesiones [como el mejor de los griegos define][11]». Si todos hubieran recurrido a estas reflexiones, en modo alguno se habría reunido el contingente. Pero ahora

[9] Briseida.

[10] En la *Ilíada* es el propio Aquiles quien utiliza este argumento (IX 340).

[11] Es una glosa; cf. Lenz, *P. Aelii Aristidis...*, I, 4, pág. 803.

creo que dos cosas les incitaron: que estaban asociados por antiguos juramentos [12], en mi opinión por la providencia de alguno de los dioses, y que creían que el conjunto había sido agraviado por gente de otro pueblo [y ello no era admisible] [13]. Pero se podría añadir una tercera razón: la necesidad de obedecer a los jefes.

14 No analicemos ahora por qué dispusimos al principio la expedición, sino que no es propio de los mismos hombres haber considerado secundario entonces todo lo demás, y ahora desistir, antes de conseguir aquello por lo que vinimos. Pues no concuerda con el motivo de la expedición, sino que resulta contrario a la propia expedición. Además no es lo mismo. Escúchame con benevolencia, pues no hablo para discutir contigo, sino para apaciguarte. Pues si no recuperara a la muchacha, con todo motivo podrías retirarte. Pero ahora no sólo a ella, sino que además de ella te da otras siete [14]. Paso por alto otras muchas cosas parecidas.
15 Ciertamente si los troyanos quisieran devolver a Helena y cuanto con ella tomaron, cuando se la llevaron, no tendríamos motivo de conflicto con ellos. Pero si además de todo ello agregaran de lo suyo otros bienes, nadie se opondría a que se les admitiera. ¿Qué mayor prueba que ésta? Nosotros mismos les propusimos esto al principio [15]. Pero nin-

---

[12] APOLODORO cuenta que, después del rapto de Helena, Agamenón envió un heraldo a cada uno de los reyes de la Hélade para recordarles los juramentos que les asociaban y para insistir en que la afrenta había sido común. Ulises para librarse de la expedición quiso pasar por loco, pero no tuvo éxito (*Epítome* 3, 6-7). Cf. RUIZ DE ELVIRA, *Mitología...*, pág. 414.

[13] Quizás una glosa; cf. LENZ, *P. Aelii Aristidis...*, I, 4, pág. 803.

[14] Se refiere a las siete mujeres de Lesbos que promete entregar Agamenón a Aquiles; cf. *Ilíada* IX 128.

[15] Menelao y Ulises, según contaba Anténor, visitaron Troya para traer de vuelta a Helena; cf. *Ilíada* III 203-227 y XI 138-142. Cf. RUIZ DE ELVIRA, *Mitología...*, pág. 419.

guno de ellos quiso aceptarlo, sin embargo a ti te devuelven la que te arrebataron junto con otros muchos bienes.

Si además debe ser castigado por su desmesura, él lo ha 16 sido y en abundancia. Pues junto con la multitud de sus soldados que ha muerto, ¿qué castigo crees que recibe por su miedo y su humillación? Pues ahora ninguna otra cosa conserva a salvo la apariencia, tras haberse convertido de rey en suplicante y de libre en esclavo. Y si se debe decir la verdad, sólo puede esperar en tu compasión, si la fortuna le es propicia en grado extremo.

Nuevas contradicciones de Aquiles

Y ciertamente si se deben recordar es- 17 tos asuntos, reflexiona sobre esto. Es de lo más sorprendente que, cuando se convocaba la fuerza expedicionaria, tan dispuesto estabas a participar en la campaña que, en cuanto viste las armas, te abalanzaste sobre ellas y no te contuviste, y ello a pesar de que eras un niño guardado entre doncellas [16]. Pero ahora, cuando ya eres adulto y tienes un hijo [17] de edad suficiente para participar [en campaña] [18] y has conseguido la mayor fama entre todos, no quieres recurrir a tus armas, sino que buscas pretextos para abandonarlo todo. Entonces sorprende que abandonaras tan fácilmente a la muchacha —¿qué te es más querido que ella?— Y a la mujer que tenías de tu misma clas [19], y que ahora por otra muchacha decides radicalmente lo contrario a lo que

---

[16] La historia de cómo Tetis quiso resguardar a su hijo la cuenta OVIDIO en *Metamorfosis* III 163-170.

[17] Neoptólemo, hijo de Aquiles y Deidamia. Para las hazañas que llevó a cabo contra los troyanos, cf. RUIZ DE ELVIRA, *Mitología...*, pág. 431.

[18] Es una glosa; cf. LENZ, *P. Aelii Aristidis...*, I, 4, pág. 804.

[19] Se refiere el autor a Deidamía, hija de Licomedes, rey de Esciros, a la que Aquiles abandonó para finalmente dirigirse a Troya. Sobre las distintas tradiciones, cf. RUIZ DE ELVIRA, *Mitología...*, págs. 344 y sig.

debes. Procura que tal comportamiento no resulte indigno de alabanza incluso para Deidamía y para un hombre digno de recuerdo.

18 También dices que por tu madre, que los conoce a la perfección, se te ha informado sobre los dos destinos[20]. Pero yo dudo sobre si comentas estas cosas en serio o te burlas de nosotros con alevosía. Pues no son ciertamente tus palabras adecuadas a tu persona. Lo pruebo con muchas de tus acciones. Si hablaras totalmente en serio, incluso si la situación fuera tal, podrías sin embargo decidir lo debido.
19 Pues, sobre todo, yo diría que tu madre intentó que estuvieras de acuerdo con estas palabras[21], puesto que tu padre y tu maestro te enseñaban por medio de pruebas[22]. Además sería terrible que te mantuvieras tan firme en la discusión, hasta el punto de preferir el prestigio y el honor antes que la vida y llegar a viejo, pero puesto que coincidiste con ella sobre cuál era el mejor destino, llegarás de nuevo a ser otro desde el principio. Y entonces pensabas que el ejército era mucho más digno de atención que tu propia vida, pero ahora no es equivalente a una doncella, ni siquiera a una de las
20 cosas sucedidas a una doncella. De esta manera parecerá que piensas que esta muchacha vale más que dos cosas, tú y los aqueos. Pues, ¿cómo no va a valer más que tú, si la reputación vale más que la salvación, pero la doncella más que la reputación? Así parecerá además que has engañado

---

[20] Tetis anunció a su hijo la disyuntiva entre fama, pero que no volvería, si se quedaba en Troya, y la ausencia de fama pero una vida más larga si volvía a casa; cf. *Ilíada* IX 410-416.

[21] El texto presenta problemas, traduzco la ed. de LENZ frente a la propuesta de BEHR (*P. Aelius Aristides...*, I, pág. 500, n. 23; cf. el aparato crítico de la ed. de LENZ).

[22] Peleo y Quirón, cf. RUIZ DE ELVIRA, *Mitología...*, págs. 343 y sigs.

a tu madre y pones de manifiesto que no sabes razonar. Pues haber escogido al principio embarcarte de vuelta a casa y vivir con tranquilidad era una decisión sobre tus intenciones, pero cambiar de opinión después de haber escogido los peligros de la expedición no es tomar una decisión igual. Esto es lo que menos concuerda contigo, en cuanto que entre los hombres practicas la virtud en forma excelente y no mientes. Pues no pedirás cuentas a los que dicen algo, pero proyectan otra cosa[23], y alabarás a los que deciden según las circunstancias y no se mantienen en la misma posición.

Considera que en los ejércitos, mientras los comandan- 21
tes no reúnen a los soldados, cada uno, por así decirlo, es dueño de sí mismo. Pero una vez que se tiene un puesto en la formación, se debe mantener o será considerado cobarde. Pero no parece que tú caviles en torno a tu elección, sino que abandonas la decisión, que ya tomaste, y, se podría decir, que dejas la formación. Creo que, si hubieras visto esto en sueños, habrías sentido vergüenza. Has decidido lo que era justo y noble: una larga vida no es deseable si no va acompañada de los comportamientos debidos. Pero después los heraldos[24] se llevaron a la muchacha y a causa de ello tu naturaleza se ha convertido en otra. ¿No evitarás la acusación de los dos peores defectos, el de cobardía y el de deslealtad? Ninguno de los enemigos te echó jamás en cara estos vicios. ¿Pero quién sabe, por los dioses, si te los asignará Agamenón?

Pero yo creo que el desenlace de todos los asuntos de- 22
be dejarse en manos del dios, de la misma forma que ves

[23] En la respuesta de Aquiles a Ulises se encuentra esta consideración, *Ilíada* IX 312 y sigs.

[24] Taltibio y Euribates, *Ilíada* I 319.

que todos nosotros hemos decidido sobre nosotros mismos. Pues esto no necesita un arte especial, sino que es manifiesto para todos que la paz es un don más conveniente que la guerra y que no es fácil que quienes luchan y sufren peligros pasen su vida sin derramar sangre. Pero no suspendemos por este motivo nuestras lealtades, sino que dejamos a la divinidad lo que es de su competencia. Sin embargo en lo que respecta a los razonamientos y decisiones, en modo alguno puede alguien estimar lo que es peor para él[25].

23 ¡Sí, por Zeus! «Pero no son dignos de ti los regalos, ni te inmutan las promesas, ni aunque superaran en número la arena y el polvo[26].» Ciertamente ya conozco bien, buen señor, esas palabras. Pero yo no te aconsejo que ayudes a los aqueos a cambio de bienes. ¿Cómo podría? Nunca vería de forma tan mezquina tus asuntos, sino que así lo hago por la justicia misma y porque es lo debido. Si quieres admitir bienes a cambio como una especie de signo de amistad o si prefieres rechazarlos, no lo trataré, y decide sobre este parentesco con tranquilidad, pues ni esto podrías conseguir.
24 Sería un niño, si no te aconsejara[27] que creas que él no es cicatero con su donación y ofrecimientos, por más que tengas otros motivos que te puedan impulsar. ¿Cuáles son éstos? Los que ha poco tú mismo enumeraste, motivos mucho
25 más dignos que las riquezas. ¿Cómo no va a resultar extraño y antinatural que al principio, cuando estabas al frente de los aqueos, tomaras doce ciudades por mar y once en el con-

[25] Al comienzo de la frase hay un problema textual que se resuelve suprimiendo lo que se entiende como un posible resto de una frase perdida; cf. Lenz, *P. Aelii Aristides...*, I, 4, pág. 807.

[26] *Ilíada* IX 385.

[27] Recojo la enmienda del pasaje hecha por Behr; cf. Lenz, *P. Aelli Aristidis...*, I, 4, pág. 808 y Behr, *P. Aelius Aristides...*, I, pág. 500 n. 30.

tinente[28] sin tener en cuenta ningún asunto privado, ni esfuerzo, ni peligro, ni trabajo, ni perder tu vida, lo que dices que te es lo más querido, al tiempo que les convertías en dueños de tales riquezas y prosperidad, sin embargo ahora no te atrevas a contribuir a su salvación? ¿De dónde, por los dioses, has obtenido a esta muchacha, para no mencionar los beneficios que nos has conseguido? Así, por cierto, capturaste Lirneso[29] entre otros numerosos territorios. No es razonable que el ejército sea el añadido de la muchacha, sino que la muchacha lo sea del ejército y de lo demás.

Toda cólera debe tener un fin y también la de Aquiles

Lo más sorprendente de todo es que 26
Crises, cuando recobró a su hijo[30], no se vio obligado a rogar más [a los enemigos][31], sino que cesó su cólera, a pesar de estar también en peligro su propia vida al ser bárbaro y por naturaleza enemigo. Sin embargo, tú, con ella de vuelta y con otras muchas además de ella y, además de mujeres, riquezas, ciudades, territorio y boda —todo lo cual dejo de lado por no ser fundamental, pero no puedes criticarlo[32]—,
¿permanecerás por siempre en estado de irritación? Y él 27
pidió al dios que pusiera fin a nuestra enfermedad[33]. Sin

[28] *Ilíada* IX 328 y sigs. Para la relación de ciudades y los textos en los que estas hazañas de Aquiles aparecen recogidas, cf. Ruiz de Elvira, *Mitología...*, págs. 420 y sigs.

[29] Allí capturó Aquiles a Briseida, cf. *Ilíada* II 688 y sigs., XIX 291-299; XX 92 y 191-194.

[30] *Ilíada* I 446.

[31] Se trata de una glosa; cf. Lenz, *P. Aelii Aristidis...*, I, 4, pág. 808 y Behr, *P. Aelius Aristides...*, I, pág. 500, n. 37.

[32] Así se lo indicaba Néstor a Aquiles, *Ilíada* IX 164.

[33] La súplica de Crises hizo que Apolo pusiera fin a la peste, *Ilíada* I 451-456.

embargo, ¿no querrás tú poner fin a las adversidades de la guerra? Pero él mostró a los aqueos su fuerza de dos maneras: porque con sus maldiciones mató a muchos y por sus plegarias nos salvó a todos. Sin embargo, ¿tú consideras que debes imitar al sacerdote en sólo una cosa, en esto de la matanza? Pero sería mucho mejor mostrar tu fuerza al salvar a todos que, tras haber hecho lo primero, evitar lo siguiente. Tú podrías pensar que es terrible traicionar al ejército para conseguir de nuevo a la muchacha. No obstante, ¿no admitirías poner a salvo el ejército al tiempo que con-
28 sigues de nuevo a la muchacha? Pero Héctor con fuego y hierro [34] lo ataca todo y poca tarea es para él salvar Troya. Sin embargo, ¿permanecerás tú en la tienda cantando con tu lira [35]? ¿Te mantendrás cantando las hazañas de otros? Mejor sería ofrecer a otros la oportunidad de cantar tus hechos después de algún éxito. Pero, por Zeus, esta cólera, que tienes, ¿la cantarás como si fuera divina? Temo que acabes cantando los elogios fúnebres de los aqueos, cantando de esta manera absolutamente a destiempo.

El valor de Aquiles

29 Además afirmas que estimas la vida y te engañas a ti mismo. ¿Quién, por los dioses, es tan niño que cree que Aquiles ama la vida y por esto está al margen de la guerra, porque no es posible que un muerto vuelva a resucitar? Pero si escucháramos a Epeo el foceo [36], ¿qué palabras distintas a éstas escucharíamos?

[34] Fue Ulises el encargado de dar cuenta a Aquiles del furor de Héctor; cf. *Ilíada* IX 237-243.

[35] Cuando los embajadores llegaron a la tienda de Aquiles, éste se hallaba «recreando su espíritu» con la lira, *Ilíada* IX 186-194.

[36] Tras la muerte de Patroclo celebró Aquiles en su honor unos juegos fúnebres y en ellos la victoria en el pugilato la obtuvo Epeo; cf. RUIZ DE ELVIRA, *Mitología...*, pág. 425.

¿Pero qué digo? Él en boxeo moriría de buen grado antes
que ser vencido por alguien. Así estas reflexiones penetren
en Tersites[37] y cualquiera semejante a él. Pero tú, mi que-
rido amigo, no te burles ni presumas cobardía, que no con-
cuerda contigo. Pues ni nos convencerás, ni, según creo, te
convencerás. ¿Después de botar las naves te irás[38]? Ade- 30
más, ¿no te avergonzarás ante las Nereidas, parientes de tu
madre, por surcar el mar ahora de una forma tan distinta a
la de antes? Entonces comenzaste a conseguir reputación al
reunir un ejército para la expedición, pero ahora has ofen-
dido a todos. ¿De qué parientes has heredado este compor- 31
tamiento? ¿Acaso de los parientes del mar o de los de tie-
rra firme, que cuando vinieron aquí no se marcharon antes
de conseguir con su general la toma de la ciudad[39]? ¿Qué
nombre pondrás, por los dioses, al sacrificio que dices que
harás mañana[40]? ¿Acaso le llamarás acción de gracias, o
qué le llamarás? Además, ¿no te da vergüenza poner por
testigos a los dioses de semejante cobardía al sacrificar, ha-
cer libaciones y cantar peanes sobre las desgracias de los
helenos, al tiempo que confiesas haberlo recibido todo de
ellos y mientras ves la llanura llena de cadáveres de hom-
bres que estuvieron bajo tus órdenes no sé cuantos días an-
tes? ¿Y cómo será la manera de tu marcha? ¿Qué dirá la 32
gente y los que escuchen: «¿Aquiles ha vuelto? ¿Con qué
botín viene o qué primicias trae o qué edificio coronará, de
los privados o de los públicos?». Ahora es bueno que te di-

[37] Tersites, además de feo, fue en la guerra de Troya modelo de indolencia y atrevimiento; cf. *Ilíada* II 248.

[38] *Ilíada* IX 357-365.

[39] Hércules en compañía de algunos voluntarios, entre los que se encontraba Peleo, en actividad complementaria a su noveno trabajo, conquistó Troya; cf. Ruiz de Elvira, *Mitología...*, págs. 226 y sig.

[40] *Ilíada* IX 357.

rijas a Esciro[41]. ¿Y qué dirás a tu hijo? ¿Qué habrás de decir a tu mujer para parecerle más valiente? Pero, ¿por qué hablo de Esciro o tu mujer? ¿Qué dirán los troyanos? ¿No dirán que huyes asustado, mientras ven que no tenían salvación si te quedaras? Los años de Príamo y de Néstor juntos son dignos —¿o no?— de tal vergüenza.

La dilación puede ser desastrosa

33 Pero tú no actuarás así, sino que te quedarás hasta que Héctor llegue a tu tienda y naves[42], mientras mata a todos uno tras otro, ¿entonces les mostrarás, quién eres? Si tanto sobresales, ¿cómo no va a resultar vergonzoso permitir que se produzca esta situación y no recurrir a tu superioridad, sino cuando nadie esté vivo? Pero si la dificultad es de aho-
34 ra[43], se ha de prestar ayuda, cuando todavía es posible. No es que yo desconfíe de que tú sólo seas capaz de enfrentarte con él y los bárbaros e incluso de vencerlos. Pero creo que en todo, no sólo en esto, la oportunidad marca una diferencia, porque es mejor que muestres tu excelencia mientras haya espectadores y testigos. Pero además porque entonces parecerá que te estás salvando a ti mismo y que atacas por necesidad, mientras que ahora dará la impresión de que te pones en marcha por que te lo han pedido y para ayudarles, de manera que conseguirás no poco por nuestro
35 agradecimiento. Pero de una manera total no es posible convertirse en el administrador de la guerra en todos los aspectos que quieras, sino que podrían acaecer muchos suce-

[41] Patria de Deidamía y donde se encontraba Neoptólemo; cf. RUIZ DE ELVIRA, *Mitología...*, pág. 344.

[42] *Ilíada* IX 651-655.

[43] El texto es corrupto sin que haya ninguna enmienda convincente; cf. LENZ, *P. Aelii Aristidis...*, I, 4, pág. 811.

sos de los que quieres junto con otros de los que no admi-
tirías. [Habrá alguno de los que ciertamente te son gra-
tos][44]. Dejo de lado los demás, pero a nosotros, a los que
llamabas tus amigos más queridos y ante los que te levan-
taste al vernos y con los que brindaste y pediste que el vi-
no fuera más puro[45], ¿qué nos impide que mañana mura-
mos a esta hora de igual manera mezclados con los demás
y que la tierra esté regada con la sangre de estos con los
que ahora tú haces libaciones, y que las cráteras de la vic-
toria estén en la casa de Héctor[46] y que se canten peanes,
mientras tú estás vivo, por Zeus? ¿Qué sucederá si con las 36
tiendas tomadas y las naves incendiadas degüellan a esta
deseadísima mujer o si tras capturar a la que ahora es el
origen de todos los problemas, se la llevan con ellos? Con
gusto te preguntaría, si Agamenón la matara tras llevarla
consigo o mientras tú estabas delante, ¿qué debe hacer aho-
ra o con cuántas muertes te ha de pagar para que le seas fa-
vorable? Pero si ahora la devuelve viva a su antigua situa-
ción y además promete lo que tú más desearías, ¿después
no cejarás, sino que te enfadarás tanto que si no castigas a
todos pueblo por pueblo, ciudad por ciudad, persona por
persona, considerarás que tu vida no merece vivirse. Pro-
cura no odiar entonces a esta muchacha cuando por ella se
destruye todo el ejército.

[44] Se trata de una glosa; cf. LENZ, *P. Aelii Aristidis...*, I, 4, pág. 811; BEHR, *P. Aelius Aristides...*, I, pág. 501, n. 56.

[45] Aquiles recibió a los embajadores poniéndose en pie, llamándoles sus amigos más queridos entre los aqueos e invitándoles a beber; cf. *Ilíada* IX 198-203.

[46] *Ilíada* VI 528.

37 *La necesidad de ponderación*

También te quiero decir un dicho de tu maestro Quirón, que dijo en Pelio a uno de Etolia[47]. Afirmó que nada es mejor para un hombre que un ánimo moderado, pero nada peor que uno desmesurado. El uno corresponde a los enemigos con perjuicios equiparables a los sufridos, el otro destruye siempre y constantemente al que lo tiene. Tú no hagas nada más de lo debido, ni sufras. Asume que la naturaleza ha dispuesto para todas las cosas una especie de límites y nada de lo humano es inmortal, ni la guerra, ni la gratitud, ni la paz, ni la cólera, ni
38 nada de lo demás. ¿O fue encontrado un final de la amistad que tenías con el rey, pero no aparecerá de nuevo el fin de la cólera? Es mucho mejor pensar que las amistades son inmortales que cuando están sometidas a la fortuna, no querer encontrar un medio para poner fin a la enemistad. Pues dos diosas rodean todas las acciones de los hombres, Némesis y Dike[48], y no permiten que se transgredan los límites de la naturaleza, pero con facilidad empequeñecen a los grandes, si alguno de éstos no les prestan atención. Y de esto tienes un ejemplo cerca. El que entonces fue más orgulloso que tú, ¿hay alguno más humilde que él ahora?

39 *Aquiles debe orientar su cólera contra Héctor*

Es necesario que pienses que si bien nos escuchas a nosotros esta propuesta con palabras, en verdad y con hechos Héctor ejecuta su embajada y habla contigo. Todas las otras desmesuras e insultos, ¿por qué los habría de decir? Amenaza con capturarte mientras duermes. Dice además que su antepasado Dárda-

[47] Quizás Meleagro; cf. Behr, *P. Aelius Aristides...*, I, pág. 501, n. 63.

[48] Aristides era especialmente devoto de estas dos divinidades y erigió una inscripción dedicada a ellas en su finca de Laneio; cf. Elio Aristides, *Discursos*, I, B. C. G. 106, pág. 9, n. 8.

no no era peor que el tuyo, Éaco[49], y que tú aparentas cólera, pero que en realidad le temes. ¿Cómo soportaré oír tales insultos? ¿Quién se vengará por ti? ¿No te levantarás, por los dioses? ¿No te molestará no haberlo hecho antes? ¿No estimarás un perjuicio todo el tiempo transcurrido? Si es necesario indignarse por una mujer, ¿no orientarás tu cólera contra los troyanos, culpables de todo? Pues si éstos al principio nada hubieran iniciado, ¿qué desgracia, grande o pequeña, de todas las aquí sucedidas hubiera tenido lugar?

Hay que ayudar a los helenos

Piensa en que [Peleo está entre Éaco y 40
tú][50] aquel Éaco al que en cierta ocasión alcanzaron los asuntos de los griegos. Pero tú tienes esta situación en la mejor manera posible. Pues al imitar la forma de pensar de tu antepasado le superarás en nobleza. Pues él fue útil con su súplica, pero tú al prestar ayuda de hecho colmarás todas las súplicas. Además de todo ello piensa en lo 41
siguiente. ¿Con qué pies saldremos de tu tienda, por Zeus, si no te convencemos? ¿Qué diremos o qué responderemos —todos nos esperan—, si contentos alrededor nos preguntan? ¿Qué se les debe decir? Responde. Haz una libación con nosotros a Zeus Salvador, y que ésta ahora no sea la última, sino que avergonzado por nuestra común necesidad, los embajadores y la hora de la embajada o porque es de noche y hay estrellas, y por los dioses y héroes comunes de los helenos, depón la cólera como si se tratara de una enfermedad, muéstrate al bárbaro con la salida del sol.

---

[49] Era el padre de Peleo; cf. Ruiz de Elvira, *Mitología...*, pág. 336.

[50] Es una glosa; cf. Behr, *P. Aelius Aristides...*, I, pág. 501, n. 66.

ÍNDICE DE NOMBRES

ÍNDICE GENERAL